



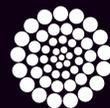
150Años

ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA / MÉXICO

COLECCIÓN DE ANIVERSARIO

ISAAC COSTERO: VIVIR PARA LA CIENCIA

María Isabel Souza
Ruy Pérez Tamayo
Dolores Ávila



CONACYT

Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología



150 AÑOS

ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA / MÉXICO

ISAAC COSTERO: VIVIR PARA LA CIENCIA



CONACYT

Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología



150 Años

ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA / MÉXICO

ISAAC COSTERO: VIVIR PARA LA CIENCIA

Por: **MARÍA ISABEL SOUZA**

Prólogo: **RUY PÉREZ TAMAYO**

Compilación y Edición: **DOLORES ÁVILA**

Fonoteca del Instituto Nacional de Antropología e Historia /
Facultad de Medicina, UNAM



CONACYT

Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología

DERECHOS RESERVADOS © 2014, por:
Academia Nacional de Medicina (ANM)

Editado, impreso y publicado, con autorización de la Academia Nacional de Medicina, por



Una edición de:

Intersistemas, S.A. de C.V.

Aguilar y Sejas 75
Lomas de Chapultepec
11000, México, D.F.
Tel. (5255) 5520 2073
Fax (5255) 5540 3764
intersistemas@intersistemas.com.mx
www.intersistemas.com.mx

Isaac Costero: vivir para la ciencia, primera edición

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, almacenarse en cualquier sistema de recuperación inventado o por inventarse, ni transmitirse en forma alguna y por ningún medio electrónico o mecánico, incluidas fotocopias, sin autorización escrita del titular de los derechos de autor.

ISBN 978-607-443-423-1

Advertencia

Debido a los rápidos avances en las ciencias médicas, el diagnóstico, el tratamiento, el tipo de fármaco, la dosis, etc., deben verificarse en forma individual. El(los) autor(es) y los editores no se responsabilizan de ningún efecto adverso derivado de la aplicación de los conceptos vertidos en esta publicación, la cual queda a criterio exclusivo del lector.



Reproducir esta obra en cualquier formato es ilegal. Infórmate en: info@cempro.org.mx

Créditos de producción

Alejandro Bravo Valdez
Dirección editorial

DG Edgar Romero Escobar
Diseño de portada

LDG Marcela Solís
Diseño y diagramación de interiores

DCG. Marco A. M. Nava
Coordinación de proyectos

J. Felipe Cruz Pérez
Control de calidad

Impreso en México

Printed in Mexico

PRESENTACIÓN

En el año 2007 preparaba mi contribución al Seminario de Antropología Médica de la DEAS (INAH) sobre el tema “El Trastorno por Déficit de Atención e Hiperactividad” cuando llegué a un curioso punto de encuentro entre medicina, historia y literatura. En un recuento de personajes históricos que habrían padecido este trastorno aparecía ni más ni menos que Santiago Ramón y Cajal, el científico español, Premio Nobel de Medicina y Fisiología de 1906. Pocas cosas me han apasionado más que las vicisitudes de la vida de las personas, así que sin pensarlo mucho empecé a leer *Infancia y juventud*, y me maravillé al saber cómo en ese joven indómito de mediados del siglo XIX, que en nuestros días sin duda hubiera sido candidato a Ritalin®, fructificaría con el tiempo la semilla de la imaginación y la creatividad científicas en su máxima expresión.

Me encontraba ya interesada por entonces en las entrevistas del fondo Historia de la Medicina del Archivo de la Palabra del INAH, pero fue de manera fortuita como oí decir que en este fondo existía una entrevista a un médico de la escuela de Cajal. Revisé el catálogo de las entrevistas de dicho fondo disponibles para consulta en la Colección de Testimonios Orales de la biblioteca Manuel Orozco y Berra (Dirección de Estudios Históricos), y constaté que todos eran médicos mexicanos, ninguno de los cuales había tenido relación directa con el Nobel español. Me enteré luego de que había algunas entrevistas descartadas y entre ellas encontré la de Isaac Costero. La transcripción se había hecho, como era la costumbre, inmediatamente después de la entrevista, a principios de 1978, pero había sido corregida sólo parcialmente y, al comenzar la tercera sesión, contenía un largo apartado con muchos espacios en blanco, al final del cual se indicaba que la grabación resultaba casi ininteligible. Lógicamente, el siguiente paso era escuchar el audio de la entrevista, cosa que pude hacer en la biblioteca del Instituto José María Luis

Mora. Comprobé así que, en efecto, había un fragmento de aproximadamente media hora donde lejanamente se adivinaban las voces de los protagonistas, entre un estruendo que denotaba una falla técnica en el momento de la grabación. Recurrí a la Fonoteca del INAH y, valiéndose ellos de la tecnología digital, y yo por mi parte haciendo acopio de cuanta información pudiera conseguir sobre el personaje, fue posible reconstruir esta entrevista. Para lograrlo, conté con el apoyo decisivo de Dolores Pla y Silvia Ortiz, investigadoras del INAH, y de Andrés Pineda, del Centro de Documentación de la Academia Nacional de Medicina. La transcripción quedó completada y corregida en diciembre de 2010.

Entretanto, fui trabando relación con diversas personas que conocieron a Isaac Costero, fallecido en la Ciudad de México en 1979, y me contaron detalles de su historia. Rebeca Monroy me lo presentó, trayéndome un cuadro que descolgó de la sala de su casa, y me prestó una compilación de artículos científicos de su padre, Guillermo Monroy, discípulo de Costero en el Instituto Nacional de Cardiología. María Isabel Souza, la entrevistadora de Costero, a quien localicé a través de un amigo médico, Mario Souza, me contó cómo era Costero y cuáles fueron las circunstancias en que se desarrolló la entrevista entre diciembre de 1977 y abril de 1978. Ernesto Guerrero, por muchos años investigador en el Instituto de Investigaciones Biomédicas de la UNAM, me hizo llegar el *Manual didáctico de Anatomía Patológica* que Costero publicó en 1949, y un ejemplar del *Boletín del Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos*, hoy convertido en el mencionado instituto. Ruy Pérez Tamayo, alumno y después colega de Costero, se interesó en el proyecto y escribió una presentación a mi edición de la entrevista; de ambos surgió la idea de proponer la reedición de la *Crónica de una vocación científica*, inconseguible en la actualidad. Pérez Tamayo me puso en el camino para entablar contacto con la familia de Costero, y sus hijos mexicanos, Rafael y Carmen, me otorgaron autorización para gestionar la reedición del libro. Rafael me consiguió y me permitió digitalizar el material fotográfico con que su padre ilustró la *Crónica* y me confió un ejemplar que descubrió en el archivo familiar con correcciones de puño y letra del autor destinadas a una segunda edición. A Eugenia Meyer, creadora del Archivo de la Palabra y profesora del posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras, me dirigí en el año 2009 durante una visita suya a la Dirección de Estudios Históricos para preguntarle si dentro de su serie Archivo de la Palabra Médica tenía programado publicar la entrevista de Costero; me comunicó que no y que creía que alguien debería tomar

esa tarea en sus manos; el presente trabajo acata su sugerencia. Para corregir algunos detalles de la transcripción, me favoreció el dominio del alemán de Annemarie Brüggmann, la erudición de Rafael Tena y los conocimientos de electrónica de mi hermano Miguel Ávila. Por último, en octubre de 2012 presenté en las Jornadas Académicas del Seminario de Antropología Médica, donde surgió este proyecto, una semblanza biográfica de Isaac Costero, y ahí conocí a Rosa Camelo, también profesora de Filosofía y Letras, quien me alentó a continuar. En ese momento, un giro favorable de las circunstancias me permitió retomar el proyecto y en esta última etapa revisé mi edición de la entrevista, redacté el prólogo para la reedición de la *Crónica* y efectué la indispensable corrección de erratas.

* * *

Las tres fuentes autobiográficas aquí contenidas son las siguientes:

VII

1. Vivir para la ciencia. Entrevista a Isaac Costero, *presentación de Ruy Pérez Tamayo, edición de Dolores Ávila. Edición del documento "Entrevista al doctor Isaac Costero, realizada por María Isabel Souza los días 14 de diciembre de 1977; 15 de febrero, 3 y 10 de marzo, y 18 y 28 de abril de 1978 en la Ciudad de México. PHO/8/32". Transcripción resguardada en la Colección de Testimonios Orales de la Biblioteca Manuel Orozco y Berra de la Dirección de Estudios Históricos del INAH.*
2. *Entrevista al doctor Isaac Costero, realizada por María Isabel Souza, los días 14 de diciembre de 1977; 15 de febrero, 3 y 10 de marzo, y 18 y 28 de abril de 1978 en la Ciudad de México. PHO/8/32. Audio. Duración aproximada: 12 horas, dividido en seis tracks, uno por cada sesión.*
3. Isaac Costero, *Crónica de una vocación científica, 2ª ed., prólogo Dolores Ávila. [1ª ed.: México, Editores Mexicanos Unidos, 1977]*

Se trata de tres fuentes históricas de valor equiparable, pero de diverso carácter y con distinto énfasis. Mientras que la entrevista del Archivo de la Palabra es en su origen un documento sonoro, en el que con toda la espontaneidad y riqueza de la voz viva el entrevistado aborda múltiples aspectos de su vida privada, el libro es una larga y muy meditada disquisición escrita, en torno a su formación y desarrollo profesional, como bien lo indica el título.

Por lo que toca a la entrevista, incluyo aquí el audio completo porque lo considero el *verdadero* documento. La voz no puede ser reemplazada por una transcripción, porque en este paso se pierde la

esencia del testimonio. En las décadas recientes, el testimonio oral ha adquirido poco a poco un estatus semejante al del impreso. Pero la inercia nos lleva a continuar haciendo transcripciones, lo que aquí convierto en una oportunidad para ofrecer mi personal propuesta de lectura. A partir de mi transcripción literal, disponible para consulta en la biblioteca Manuel Orozco y Berra, preparé la presente edición, que a la vez pretende reflejar una época en la trayectoria de la historia oral en México, la de fines de la década de los setenta. Con este objetivo es que conservo el esquema de diálogo, si bien sólo dejo las preguntas necesarias para seguir la lógica del discurso del entrevistado. Descarté la posibilidad de convertirla en narración autobiográfica pues ésta podrá encontrarse con creces en la Crónica.

Por lo que respecta al lenguaje, cabe aquí la siguiente reflexión. Transformar un “acto de habla” en un texto escrito constituye invariablemente un reto descomunal, pues la expresión oral posee una gramática propia, con elementos gestuales y sonoros que difícilmente pueden trasladarse al papel. Una palabra o una frase inconclusa, una variación en el tono o en el volumen de la voz, una señal con la mano, un momento de silencio... obedecen a intenciones más o menos deliberadas. Lo que se preferiría no decir, por ejemplo; aquello que el interlocutor percibe como apenas insinuado, sugerido entre líneas o, más propiamente, entre ondas sonoras, y que, también en forma más o menos consciente, termina o cierra de acuerdo con las leyes de la “buena forma”, componiendo, interpretando.

Si bien la expresión de Costero es de una acentuada limpieza, al grado de que a ratos podría decirse que habla “como un libro”, no es extraño que la emoción le gane y las palabras tomen un ritmo fuera de control. En una especie de mediación entre la mesura y el desbordamiento, conservo en el texto escrito el tono coloquial de la conversación, pero corrijo la sintaxis de aquellas expresiones donde podía verse dificultada la comprensión y elimino el uso vicioso de muletillas propias del lenguaje oral (tales como entonces, pues, ahora), así como algún error o tartamudeo que sin duda Costero hubiera corregido de haber tenido la oportunidad de hacerlo. La entrevista sigue claramente un orden cronológico, que se trastoca sólo en dos o tres momentos con fines de comparación, sin que afecte la continuidad de la narración. Suprimo las repeticiones, rescatando los elementos novedosos y determinando la mejor ubicación del fragmento. Asimismo elimino algunas partes meramente circunstanciales del diálogo que interrumpían la secuencia de la exposición.

DOLORES ÁVILA

[Crónica de una vocación científica]
PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

“La ciencia histórica nos deja en la incertidumbre de los individuos”, declara, contundente, Marcel Schwob. El biógrafo, en su concepto, debe considerarse un artista, no un historiador, porque “no hay ciencia [...] de la manía de un hábito, de las sinuosidades de un carácter”. Schwob preconiza de este modo, a fines del siglo XIX, la aparición del “sentimiento de lo individual” que habrá de caracterizar a la moderna biografía. De una “alegoría continua” para John Keats 150 años atrás, ha pasado a ser para Robert Gittings, contemporáneo nuestro, “poesía con una conciencia”, es decir, ciencia y arte a la vez, pues “toda biografía, hasta la más material en sus métodos, es de hecho un comentario sobre el espíritu humano mismo”. Así considerada, a la biografía ha de vérsese como género por excelencia entre la literatura y la historia, cuya práctica plantea en nuestros días una cuestión medular: hasta qué punto la historia de la vida de un hombre *ha de escribirse* con arte, o debe aspirar a *ser propiamente* una obra de arte.

Característico de la tradición anglosajona, el género biográfico ha sido escasamente cultivado en los países latinos. A ello ha contribuido el hecho de que los documentos de índole autobiográfica que servirían como fuentes son un hábito poco arraigado y cada vez menos común entre nosotros. Resulta, por ello, una grata obligación traer al presente estas memorias publicadas en 1977 por Isaac Costero, científico hispano-mexicano dedicado a la investigación biomédica cuya vida transcurrió a lo largo del siglo XX (1903-1979). Miembro de la Escuela de Histología española, que presidía Santiago Ramón y Cajal, el gran parteaguas de su vida fue la Guerra Civil que en 1937 lo empujó hacia México, donde solía preguntársele si había conocido a Cajal. Con gran modestia contestaba que “lo vio”, para significar que su relación había sido la del joven de veinte años,

apenas iniciado en la investigación, con el ya célebre anciano que tiempo atrás había recibido el Premio Nobel de Fisiología y Medicina. Pero lo esencial es que Costero respiró la tradición científico-humanística que lo envolvió durante más de una década en los laboratorios de la Junta de Ampliación de Estudios, dirigida por Cajal, en la Residencia de Estudiantes de Madrid.

El registro de la propia experiencia vital para transmitirla a las generaciones venideras fue parte importante de esa tradición, que Cajal había iniciado con *Infancia y juventud*. Imbuido del romanticismo proveniente de su formación en la filosofía idealista alemana, Cajal dedicaría muchas horas a la escritura y a la publicación de su obra autobiográfica, que culminaría con *El mundo visto a los ochenta años. Confesiones de un arterioesclerótico*. También Pío del Río Hortega, discípulo de Cajal y maestro directo de Costero, dará fe de hechos sobresalientes de su vida en *El maestro y yo*. Otros notables paralelos pueden encontrarse entre la vida de Costero y la de sus maestros: una temprana afición al disfrute y estudio de la naturaleza, así como el gusto por el dibujo, la fotografía y la literatura. Al igual que el padre de Cajal, el de Costero fue un hombre de pensamiento liberal, que logró despertar en el hijo la curiosidad por los fenómenos biológicos, ingrediente básico en su formación de investigador. Como Cajal, dedica su *Crónica* a sus alumnos, si bien no aspira a la creación literaria, sólo a cumplir con lo que para él constituía una obligada rendición de cuentas en la que entretejería, en un estilo muy personal, el relato de su vida y de su obra.

La narración de Costero, herencia encaminada a pagar las expresiones de afecto recibidas, constituye un ejercicio de “análisis cualitativo” de la propia trayectoria. Así denomina a la rememoración parsimoniosa de sus andanzas de científico, que serán útiles para sus sucesores porque “la experiencia ajena ayuda a afirmar y completar la propia, así que no están de más las biografías”. En la exposición de sus especulaciones y reflexiones personales, alguien podría encontrar “algo que entrevió en sí mismo, pero ahora percibe con mayor precisión. He aquí explicada la razón de este libro: una razón de esperanza”. Un imperativo de orden superior guía, pues, a Costero en este postrer ajuste de cuentas: es su humilde pero necesaria contribución a conservar la memoria de aquellos conocimientos que, como “paradójica consecuencia del progreso”, se olvidan a veces por tiempo imprevisible “como los tesoros en las tumbas”, provocando que muchos individuos perciban el mundo como una masa gris y homogénea, que empezó y terminará con ellos. La preservación de los saberes,

adquiridos en cada día y en cada hora a un elevado costo social, es condición del auténtico progreso. Como maestro, Costero es autor de textos para la enseñanza de la patología. Por otra parte, sugiere la necesidad de salvaguardar la academia, en su auténtico sentido: símbolo de la vigencia de los clásicos y del respeto a los que nos precedieron en la empresa humana. Da fe de los problemas que enfrentó como investigador y de sus logros, sin presunción ni estridencia: a menudo admite que sus interpretaciones no quedaron claras o que invirtió años en el estudio un tema “sin ningún hallazgo original [...], que así de ingrato resulta el trabajo científico”. Acerca de los meningiomas, señala que su contribución “fue por demás pobre [...] produjo preparaciones bellísimas, apropiadas para inspirar a artistas decoradores, pero con detalles originales modestos”.

Vista la escritura autobiográfica como un recurso didáctico, esto explica que para Costero la historia de su vida sea la historia de su formación y desarrollo como científico. Ha vivido para la ciencia, así que todo queda comprendido dentro de esta perspectiva, desde la cual mira al mundo. Pero al redactar su obra declara que en realidad persigue metas de mayor alcance: “nuestra intención ha sido hacer asequibles nuestros proyectos, ideas y resultados a toda persona medianamente culta”, lo que se revela en el estilo ensayístico que adopta. Para empezar, su particular concepción de la práctica científica: “al descubrimiento científico debe seguir su interpretación filosófica”, con lo cual asienta que el científico no es en modo alguno ajeno a la búsqueda del significado de sus hallazgos. De ahí que su obra autobiográfica abarque muy diversos aspectos de su vida y no se reduzca a una “biografía intelectual”. A su vez, el lector común al que se dirige debe ser capaz de interesarse en temas científicos. Para que el hombre de ciencia y el lego puedan encontrarse a medio camino, el autor fragmenta su exposición de tal manera que permita a sus “deseados lectores” una aproximación progresiva. Consecuencia de esto es que la estructura de la *Crónica*, en apariencia una sencilla cronología, sea en realidad compleja al servicio de sus fines didácticos.

En efecto, la *Crónica* posee una construcción muy peculiar, no lineal sino en espiral. Los relatos de vida y obra configuran un perfecto entramado donde los acontecimientos se reconstruyen con delicioso detalle (“un sábado tomábamos nuestra copa –su copa y mi vaso: yo tenía que beber leche–...”); paso a paso, todos sus elementos son indispensables para alcanzar el gran objetivo: dar a conocer los logros de una vida dedicada a la investigación científica. Para ello, Costero empieza delineando el contexto histórico, siempre en un estilo anecdótico que echa mano de la recreación de diálogos

para transportar al lector al lugar y el momento en que ocurrieron los hechos. Las épocas se sobreponen; su “segunda primera estancia en Madrid” en 1973 le permite rememorar el pasado a partir de experiencias actuales. Cuenta y vuelve a contar la historia, pero el grado de dificultad aumenta poco a poco y nos impone en forma creciente el reto de refrescar nuestros conocimientos de ciencias básicas, así como de ejercitar nuestra capacidad de concentración. Pero nunca nos abandona: aun los largos párrafos de la tercera parte, donde resume propiamente sus aportaciones científicas, son interrumpidos con nuevas anécdotas que “amenicen la aridez de los conocimientos científicos” para aligerar el esfuerzo del “paciente lector”. Más aún: son ocasión para llegar a desenlaces sorprendentes, donde se sincera y descubre las entretelas de las relaciones entre científicos (rivalidad, descalificación, ataque franco) que el decoro impedía hacer del todo explícitas; o lanza sus teorías personales sobre el mundo y la vida (ideas que son, “si no reflejo fiel de hechos rigurosamente comprobados, sí de gran valor didáctico”), en un acto de confianza y no sin pedir la complicidad del lector: “Con la esperanza de que mis amigos, a los que va dirigida esta confidencia íntima, la guarden en secreto”.

¿Por qué vale la pena, para un lector común, aceptar el reto de leer la *Crónica*? Ante todo, quizá, porque nos acerca a una semblanza biográfica que ya nos procura aquel placer que, según Thomas Carlyle, pone de manifiesto “la natural sociabilidad del hombre”: lo “inexplicablemente grato” que resulta “conocer a un congénere; ver en su interior, entender sus expresiones, descifrar el corazón absoluto de su misterio”. Hombre de pensamiento propio, independiente, quintaesencia del individuo que se aparta de la masa para pensar y actuar como tal; renuente a dejarse absorber por la costumbre y la tradición, Costero se desprende de ciertos prejuicios sociales y religiosos, y adopta una premisa básica que le dicta su formación de librepensador: el individuo tiene derecho a observar el mundo que lo rodea, a cuestionarlo, apreciar su belleza a la vez que desentraña sus leyes, y utilizar sus descubrimientos en beneficio propio. Además, la *Crónica* resulta impactante porque cuenta cómo un individuo sentenciado por el franquismo salva la vida providencialmente. Esto explica la sensación de euforia con que Costero llega a México, donde vuelve a sentirse “libre y apreciado por sus semejantes”, es decir, vuelve a sentirse persona, después de haber visto de cerca la “disolución de la modernidad [...] la experiencia humana fuera del invernadero de la civilización”, en palabras de Antonio Saborit.

El placer que proporciona la lectura de la *Crónica* se explica además por razones que tienen que ver con el uso del lenguaje. Heredera de una tradición científico-humanística, la escritura de Costero alcanza matices ensayísticos, tras lo que él llama su “gusto por la paradoja”. En la intimidad de la escritura privada, lejos del proscenio académico, escudriñando en las profundidades de su pensamiento y sentimiento, concibe ideas del orden de aquellas que Robert Louis Stevenson considera un ejercicio de índole poética, porque están destinadas a “provocar en las personas momentos de lucidez que les hagan reflexionar sobre su vida”. Pienso por ejemplo en su “confesión” de haber hallado deleite en una vida de intenso esfuerzo y disciplina; confesión que es a la vez una autodefinición: “Para mi entendimiento, trabajar significa hacer algo desagradable [...] Limitado en esta forma el concepto de trabajo, creo indispensable proclamar el derecho del hombre a no trabajar, si así lo desea [...] mi prototipo humano se ha designado con varios nombres: bohemio, artista, misionero... es en realidad el vagabundo, el individuo amante espontáneo de la naturaleza”.

No sabemos cuándo inició Costero la redacción de la *Crónica*. Por su construcción en “episodios” o “estampas”, podría colegirse que fue coleccionando, probablemente a lo largo de mucho tiempo, los registros sueltos de recuerdos, anécdotas, datos varios (no correría el riesgo de dejar nada fuera); materiales que habría compilado y presentado a mediados de los setentas. El momento: su invierno. El lugar: el paralelo 20 norte, a 2 300 metros sobre el nivel del mar. Combina así, por primera vez, poesía y ciencia: las coordenadas de su localización exacta sobre la superficie del planeta, junto a una referencia simbólica al final de su vida, el momento en que escribe su autobiografía, retirado ya de la actividad profesional. Y en seguida, un signo que preside su libro, como presidió su vida: a imitación de Isaac Walton, el pescador de caña (*The compleat angler*), aspiró siempre a ocuparse en una actividad que no ofendiera “ni a Dios ni a los hombres”, apartado del tráfico del mundo y refugiado en la paz del laboratorio, equiparable al solaz de una ribera mientras pica el pez.

¿Qué libro es *The compleat angler*, que movió a Costero a recomendarlo como lectura obligada en la escuela primaria? Escrito en Inglaterra a mediados del siglo xvii, el poeta Wordsworth expresó su admiración en un soneto: “Mientras se presten los corrientes ríos a un inocente deporte,/vivirá el nombre de Walton, sabio benigno,/cuya pluma, al esclarecernos los misterios de la caña y el torzal,/nos exhortó, no sin fruto, a escuchar reverentemente cada revelación/que la Naturaleza pronuncia desde su rural santuario./Dulce, no-

blemente versado en sencilla disciplina,/el más largo día de verano le resultó demasiado corto/ para su favorito entretenimiento [...]” Miguel de Unamuno, admirador de Wordsworth, leyó el soneto y dedicó a la obra un ensayo donde retrata a Costero en la figura del escritor: “Su piedad fue una ‘piedad alegre’, hija de salud, de buena conciencia y de resignada *aurea mediocritas*, de la riqueza que se contenta con ver. Amaba las distracciones que no hacen que se miren unos a otros los amigos avergonzados a la mañana siguiente”. Esta es la primera referencia a Unamuno, que devendrá hilo conductor en la *Crónica*.

El discurso de Costero es antisolemne; habla de lo común, lo cotidiano, lo que atañe al hombre de la calle. Su expresión tiene una base de pensamiento universal, porque, sin importar el lugar ni la época, va a lo esencial, lo que permanece, lo propiamente humano. Gran lector, no vacila en tomar prestadas las palabras de sus autores favoritos (de los clásicos griegos y latinos a Miguel de Unamuno y Alfonso Reyes) cuando se aplican a lo que ha visto y ha vivido personalmente. Tras residir en México tantos años o más que en España, como un nuevo Juan de Cárdenas encomia las maravillas de este “inmenso continente” de “colores más brillantes, mezclados con inusitados contrastes, comparado con Europa entera”. Ha llegado a estimar cierta moderación que encuentra en su entorno adoptivo, tanto social como físico: “el trato dulce y ceremonioso del indio [...] amante del silencio, devoto de la voz apagada aun en los casos más enervantes [...] El clima suave, sin extremos”. La brusquedad del temperamento español le parece contraria al modo de ser mexicano (“[Pío del Río] era de una educación superlativamente elevada aun para mexicano [...], no tenía nada de español, era un caballero”) y adopta paulatinamente el uso del diminutivo, más propio del habla mexicana que de la española, según aguda observación de Dolores Pla.

También puede leerse a Costero como fuente histórica, para su propia biografía pero igualmente para la historia cultural: si ambas exploran la visión del mundo desde la perspectiva del individuo, entonces constituyen dos aspectos de un mismo paradigma. Se trata a la vez de la crónica de los trabajos y los días del autor, pero también de la España de los treinta años que precedieron a la Guerra Civil y luego del México posrevolucionario cardenista. Con agudeza de psicólogo, penetra por igual en las mentalidades de campesinos y de académicos; describe la vida cotidiana con la minuciosidad con que analiza los sistemas celulares. En una palabra, toma el pulso a la cultura, lo mismo en España que en México que en la Alemania nazi.

Un rasgo distintivo de la educación institucionista en la España del primer tercio del siglo xx fue el amor por la naturaleza. El contacto con la naturaleza, afirma Francisco Giner de los Ríos, es “purificador” y produce una sensación de bienestar que “favorece la expresión de la fantasía, el ennoblecimiento de las emociones, la dilatación del horizonte intelectual, la dignidad de nuestros gustos y el amor por las cosas morales”. Estas serían las premisas de esa especie de “religión natural”, de inspiración krausista, que profesaron Costero y sus contemporáneos. Probablemente otros, como él, habían llegado a la medicina por la biología, despertándose así aquel “fervor religioso por la ciencia” que prevaleció entre Cajal y sus discípulos. Costero habría leído de Unamuno, aparte del prólogo al *Perfecto pescador*, otros de sus ensayos, como aquel que versa sobre el “sentimiento de la naturaleza”, es decir, la capacidad de comunión que permite al hombre, más allá de admirarla o gozarla, fundirse con ella en una especie de éxtasis religioso. Pero esto no sería posible en su plenitud, dice Unamuno, sino cuando la naturaleza se “humanice”, esto es, cuando el hombre la haya dominado en forma de obtener satisfacción de sus necesidades sin recurrir a sacrificios degradantes (el *trabajo* en estricto sentido); en correspondencia, el ser humano habría de “naturalizarse”, esto es, aproximarse a la naturaleza, integrarse a ella. Los tiempos actuales revelan un curso de las cosas contrario: el hombre contemporáneo se ha mostrado cada vez más irreverente hacia su entorno ecológico.

En la España de comienzos del siglo xx a los biólogos se les denominaba “naturalistas”, término que designaba al mismo tiempo la ocupación u oficio y una afición por la naturaleza que, para los ojos ajenos, rayaba en la excentricidad. Estando Costero como catedrático en la Universidad de Valladolid, en el periodo anterior al desencadenamiento de la guerra, vino a despertar sospechas el hecho de que los fines de semana se internara en el monte, en vez de acudir al casino como la mayoría de sus pares universitarios. A nadie le parecía creíble que lo hiciera precisamente en busca de la soledad y la paz, en largos paseos donde se exponía lo mismo al sol que al frío o a la lluvia, dormía en el suelo y comía frugalmente. A falta de explicación que les pareciera convincente, colegas y vecinos terminaron por pensar que iba al monte a entrevistarse con “los rojos”, lo cual se veía reforzado por otro acto no menos extravagante que era organizar ciclos de cine científico para la gente del pueblo. Sólo muchos años después, mirando en retrospectiva, comprendería Costero que éstos fueron algunos de los “pecados capitales” que lo habían puesto en la mira del franquismo.

En el imaginario cajaliano, cuyas raíces se hunden en el siglo XIX, la formación del científico pasa por el riguroso aprendizaje de la técnica, que sólo se adquiere mediante “dilatada práctica”. Por eso es que Costero cuenta, divertido: “eran de ver las caras de asombro de los extranjeros que visitaban el laboratorio, la mayor parte de ellos con el propósito de aprender en dos o tres semanas de vacaciones semiturísticas las geniales técnicas de Cajal”. Pero en última instancia, reconoce, lo que prevalece es la intuición como método de conocimiento (don Santiago no utilizaba sus propias instrucciones, sopesaba sus ingredientes con la mano); la intuición, “faz del instinto con carácter de oráculo y más certera que la voluntad consciente”, afirma. Las impregnaciones argénticas son instrumento de culto a la “ciencia pura”, de “naturaleza espiritual [...], esencia de lo bueno y bello”, ajena a las “ventajas materiales”. La apreciación de la belleza en las imágenes observadas al microscopio, la entrega en “alma y vida” a la labor manual, pausada y personal son otros tantos elementos de esta profesión científica de inspiración romántica, de la cual Cajal es iniciador y “esencia”.

Pero a mediados del siglo XX el estilo romántico de hacer ciencia agoniza frente al avance tecnológico y la institucionalización de la investigación, que se automatiza y adquiere “visos de comercial”. Cuando Costero llega a México, el microscopio óptico se halla en vías de ser sustituido por el electrónico. A menudo hace el ejercicio de comparar las imágenes obtenidas en ambos, para concluir admirando cómo sus maestros, con una tecnología incipiente, se habían anticipado a muchos descubrimientos actuales. Trasplantado de la universidad española al Hospital General de México, dará continuidad al estudio de los tumores cerebrales, valiéndose de la técnica de cultivo de tejidos y de las impregnaciones argénticas. Al ingresar al Instituto Nacional de Cardiología, considera su deber servir a la comunidad que tan generosamente lo ha acogido y escudriña no ya sólo en el cerebro sino en el corazón, los pulmones y demás órganos internos de los cardiopáticos. Da nuevas direcciones entonces a los métodos de estudio del sistema nervioso y del desarrollo embriológico fetal de animales y humanos. La investigación sobre hipertensión arterial le lleva a proponer una nueva clasificación de los sistemas celulares y la existencia del “cuarto elemento” del sistema nervioso, a semejanza de su maestro Pío del Río Hortega, descubridor de una nueva especie de células nerviosas plenamente acepta-

da hoy como el “tercer elemento”. ¿Un hondo deseo de emular al maestro? ¿Una aportación aún no apreciada en su justa dimensión? Se interesa por las llamadas, a mediados de su siglo, “enfermedades de la colágena”, para terminar presenciando cómo los estudios en reumatología se alejan de la histología para unirse estrechamente a los de un campo que emergía con gran potencia en la década de los setenta: la inmunología, dentro del cual cobra particular fuerza el estudio de la autoinmunidad.

“Recordémoslo una vez más: pertenezco a la escuela de Cajal”, dice Costero por toda explicación cuando se refiere a su trabajo en México sobre el sistema nervioso. La modestia que exhibe tratándose de sus aportaciones personales, contrasta con la encendida defensa de la vigencia de la obra de sus maestros: de los conocimientos sobre la microglía o células de Hortega, asevera que a fines de los setentas continúan “sin sufrir alteraciones esenciales”. Hasta el fin de su carrera, seguirá utilizando las técnicas de impregnación argéntica, “ya por entonces arbitrariamente consideradas obsoletas” entre sus contemporáneos debido, lamenta, al desconocimiento de su verdadero valor. Asimismo, mantendrá vigente la técnica de la autopsia que aprendió de sus maestros alemanes para el estudio del cadáver, no obstante la repulsión y el rechazo moral que inspiraba lo mismo en España que en México y en todas partes, con la sola excepción de Alemania (otro de los “pecados capitales” de Costero fue que “no respetaba a los muertos”). Para él mismo, haber vencido miles de veces la repugnancia que le inspiraba el cadáver era la mejor prueba de su pasión por el estudio de la enfermedad. La autopsia, en su opinión una técnica muy fea, resultaba sin embargo insustituible ni siquiera por los modernos recursos de la imagenología.

En 1964, con motivo del Primer Coloquio Mexicano de Historia de la Ciencia, Costero hurga en la historia de la anatomía patológica en México y se encuentra con que a él le ha tocado inaugurar una segunda época dentro de ese campo, que a fines del siglo XIX había alcanzado en nuestro país un esplendor notable. Fue entonces cuando la anatomía patológica pasó a formar parte de los planes de estudio de la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional, y existían un museo y una revista quincenal que daba cabida a los trabajos del círculo de investigadores en torno, primero, a Rafael Lavista y luego a Manuel Toussaint. Elevado el museo a la categoría de Instituto Patológico Nacional en 1901, presidiría el desarrollo de una intensa labor de investigación que la revolución vino a cortar de tajo: “El equipo humano quedó desarticulado en plena producción y, lo que es más inexplicable, el material y el instrumental reu-

nidos en el Instituto se perdieron”. Con los años, Costero iría encontrando la explicación para este y otros hechos que ya le tocó vivir: “es México”.

Muy joven, Costero había reconocido las graves carencias de la clínica de su tiempo, entre las cuales sobresalía la ignorancia del médico, que muy a menudo lo conducía a la charlatanería, al fraude, cuando no al error; el paciente sólo tenía a su favor la resistencia natural del cuerpo a las enfermedades... y a los médicos. Ante este panorama, concluyó que la investigación en patología humana era una empresa urgente y crucial, a la cual se entregó durante su etapa de colaborador del laboratorio de histología que dirigía Pío del Río Hortega y después en su calidad de catedrático universitario en Valladolid. Pero al ser trasplantado a México, se topó con que no podía cambiar de la noche a la mañana una tradición basada en el divorcio entre clínica e investigación básica. Ganarse la credibilidad de los clínicos del Hospital General sólo le sería posible tras ejecutar “actos de magia”, tal como diagnosticar el estado del riñón tocando el cerebro. Pero precisará de la autoridad de Ignacio Chávez para salir bien librado de su empeño por demostrar los efectos iatrogénicos de la cortisona, tan celebrada en los días de su aparición como panacea para los padecimientos reumáticos (“Los medicamentos realmente eficaces nunca han sido totalmente inocuos y se usan todavía en dosis terapéuticas no muy alejadas de la tóxica, además, ciertos individuos los toleran peor que otros”). El transcurso del tiempo lo obligó a admitir que las exigencias de la clínica imponen un ritmo incompatible con el desarrollo cabal de la investigación básica: “estudiar un cerebro con suficiente detenimiento, en busca de lesiones no conocidas, ocupa no menos de un mes de trabajo para un solo investigador experimentado que no haga otra cosa, y nosotros teníamos responsabilidades clínicas de mayor prioridad [...] nuestro conato de experimentación para abordar este problema fue un rotundo fracaso”. Si es la clínica la que ha marcado el paso de la investigación, es de sabios expresar, como lo haría Costero al final de su vida, su reconocimiento sin límites a la labor del “médico de pacientes”: “cuando el patólogo encuentre discrepancias con el clínico, lo primero que está obligado a considerar es que el error, si lo hay, está de su parte”.

Miembro del Instituto Nacional de Cardiología, un centro de alta especialización donde vivió con su familia y trabajó por treinta años, ello no obstó para que Costero advirtiera muy pronto que en

México existían necesidades más urgentes de salud pública: enfermedades parasitarias (oncocercosis, amibiasis) y tropicales, sobre todo el paludismo. A sus ojos, este panorama epidemiológico tenía que ver con la pobreza, pero también con los malos hábitos de higiene y, en última instancia, con la falta de educación de la población. Por otro lado, hacia el fin de sus días señalaba la imposibilidad de efectuar investigación sobre el cáncer, en abstracto, en un país pobre como México y sugería atender otros imperativos de salud pública: el cáncer de mama y el de útero. Es dable preguntarse si su vehemente elogio de los esfuerzos de Ignacio Chávez por apoyar la investigación básica durante sus largos años en Cardiología, “modelo de hospitales”, junto a su resignada aceptación de la preeminencia de la clínica, a la cual “sólo de manera auxiliar, muy costosa y casi siempre tardía contribuye la investigación”, permiten suponer que Costero lamentaría en su fuero interno haber tenido que abandonar la universidad europea, preguntándose si a la larga su derrotero como investigador, de haberse quedado en el viejo continente, habría sido radicalmente diferente. Costero revela su propio punto de vista al relatar la anécdota donde Aschoff establece la diferencia entre el que “usa” y el que “hace” la investigación.

Más certeros indicios de una tormenta interior que habría vivido Costero son los que afloran cuando se refiere al papel de la industria farmacéutica y a la creciente comercialización de la medicina en las últimas décadas de su desempeño profesional. El comercio, afirma, puede entenderse en un sentido “limpio y noble”, como “una de las actividades más elevadas y necesarias para el progreso de las comunidades humanas”. Reconoce que los grandes avances recientes de la farmacología han sido financiados por las casas de productos farmacéuticos, por las cuales siente “una especial simpatía”. Pero cuando pretenden que un investigador se desempeñe como ejecutivo de relaciones públicas, cuando intentan comercializar la ciencia básica, caen en “errores éticos que pervierten la nobleza natural de su cometido”. Como maestro, advirtió muy pronto que la vida y el propio ambiente universitario conducía a los estudiantes a “admirar las satisfacciones materiales”, anteponiendo el enriquecimiento personal al interés profesional: “en nuestro tiempo, se ha sobrepasado con mucho el legítimo culto a la riqueza”, sobre la base de “preferir la apariencia a la verdad”.

Costero provenía de una clase media, y no había olvidado que sus abuelos, buenas personas, liberales de su tiempo, no pudieron evitar escandalizarse frente a la “avaricia” de los pobres de su infancia, que pretendían “recibir dinero sin hacer nada” cuando les

nacía un hijo, se enfermaban o llegaban a la vejez. Gracias a aquellos revolucionarios, los “descamisados” a los que la historia dio a fin de cuentas la razón, Costero puede escribir sus memorias, ya jubilado, porque ha llegado al invierno de su vida “con salud, afectos entrañables y medios adecuados de subsistencia”. En ese momento, le resulta evidente que los intereses de la industria farmacéutica, así como el consumismo imperante, entran en contradicción con sus convicciones más profundas en torno a la ciencia y a la vida misma: “vivimos en un mundo capitalizado, materialista, sobre la base de consumir de todo y a todo trance, pagando con enorme esfuerzo material y con continua y agotadora tensión psíquica muchísimas cosas que no necesitamos; con ello malgastamos nuestra salud... y tenemos que reponerla con los maravillosos medicamentos de nueva adquisición”.

XX

Movido por tales preocupaciones, una vez que se retira del trabajo en Cardiología y de la docencia propiamente dicha, dedica buena parte de su tiempo a los jóvenes. En el Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía asesora a tesisistas biólogos dentro del campo de anatomía comparada. Además, un día a la semana reúne a sus discípulos más cercanos en tertulia –aquellas “universidades libres” de su juventud–, con el fin de que practiquen la expresión y defensa de las ideas propias, en debate franco pero respetuoso sobre todo lo humano y lo divino. Se esfuerza de esta manera por rescatarlos de la influencia de una sociedad neoliberal, “civilización grosera de tenderos afortunados” que nos impone “medir en porcentajes hasta las cosas tan poco numéricas como los sentimientos”. Su honda preocupación por la humanidad le lleva a preguntarse si durante las dos guerras mundiales habrían muerto “las personas decentes, quedaron los sinvergüenzas y los tarados, y de ellos proceden como directos descendientes algunos de los que dominan nuestra actual generación”.

“El anciano tiende a ver, en la ruina propia, la del mundo que le rodea”, había dicho Ramón y Cajal. Pero el curso de los acontecimientos que siguieron a la muerte de Costero: los inicios de la globalización, con toda su cauda dramática de problemas económicos, políticos y sociales, el desplome de la educación y del nivel de vida de las mayorías, la catástrofe ecológica; en suma, la actual pérdida del optimismo y de la esperanza entre tanta gente, y en particular entre los jóvenes, sugiere que, por desgracia, la postura de Costero no era la del viejo que añora el pasado sino la del observador que, al contemplar en retrospectiva la historia reciente, no puede menos que temer por el futuro de la humanidad. “Mucho se gasta en la

guerra; poco se invierte en prevenir la enfermedad y curarla, y en conocer mejor el mundo que nos rodea”. Aun así, y desplegando una admirable fortaleza moral frente al desahucio médico y la certeza de su próxima muerte, Costero declara: “Con sinceridad siento que no tardará mucho el retorno de los ideales intrínsecos de la humanidad, aquellos que la sacaron antes de otros atolladeros semejantes al que ahora vivimos, y sin los cuales el paso por este mundo [...] carecería de meollo racional”. Si creemos, como él, que toda persona “medianamente culta” debe estar en aptitud de compartir la herencia del científico, también podríamos dejarnos arrastrar por su fe en que “una paciencia activa, vigilante, animosa, siempre enérgica y precavida frente al engaño” tendrá como desenlace un “reamanecer para nuestros hijos”.

DOLORES ÁVILA

XXI

CONTENIDO

Prólogo a la entrevista	XXV
1. Los elementos de la vocación	01
2. Primeros pasos en ciencia.....	27
3. La Escuela de Histología española.....	51
4. Vida en la Alemania nazi.....	69
5. Medicina alemana y primer exilio	93
6. La ruta mexicana.....	117
7. Una filosofía de la vida.....	137
Índice onomástico.....	169

PRÓLOGO A LA ENTREVISTA

Una de las figuras más importantes en el desarrollo de la medicina en México en el siglo xx fue el doctor Isaac Costero, quien llegó a nuestro país el 15 de agosto de 1937, contratado por el doctor Ignacio Chávez (siguiendo la recomendación del doctor Tomás G. Perrín) para dirigir el Laboratorio de Anatomía Patológica del entonces futuro Instituto Nacional de Cardiología, que en ese tiempo todavía estaba en maqueta. Vivió 42 años en México, desde su llegada hasta su muerte, ocurrida en 1979; los primeros siete años trabajó en el Hospital General de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, los siguientes treinta en el Instituto Nacional de Cardiología, y los últimos cinco en el Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía. Era un miembro distinguido de la escuela histológica española, discípulo directo del doctor Pío del Río Hortega, y también había hecho estudios de su especialidad en Alemania. Además de su excelencia como anatomopatólogo, era un enamorado de la docencia: daba clases en la Escuela de Medicina de la UNAM (inauguró la cátedra de Anatomía Patológica y Práctica de Autopsias) y en la Escuela de Bacteriología, Parasitología y Fermentaciones del IPN.

El prestigio académico del doctor Costero era inmenso, lo que atraía a muchos estudiantes y médicos a su laboratorio, provenientes tanto de México como de otros países; muchos de sus alumnos se convirtieron a su vez en profesores de la materia, ampliando de esa manera su influencia en la medicina latinoamericana. Promovió y fundó la Sociedad Latinoamericana de Anatomía Patológica (SLAP) en 1955 y fue su primer presidente. También organizó el Consejo Mexicano de Médicos Anatomopatólogos, que fue el primer consejo de especialidades médicas que se estableció en el país. En 1977 publicó un libro autobiográfico, *Crónica de una vocación científica* (Editores Asociados, S.A., México), que incluye no sólo el relato de toda su

vida sino también un resumen de sus trabajos científicos más importantes. Durante su vida obtuvo innumerables reconocimientos, distinciones y premios; fue presidente de la Academia Nacional de Medicina y en 1972 recibió el Premio Nacional de Ciencias.

El presente volumen representa una nueva y valiosa aportación al conocimiento de la vida, las ideas y la personalidad del doctor Costero. Se trata de la transcripción de una larga entrevista (realizada en seis sesiones) que conserva el carácter coloquial de la conversación, lo que permite apreciar la agilidad mental, la simpatía y la nobleza de este gran científico y excelente ser humano. El texto agrega las virtudes de la historia oral al escrito autobiográfico ya mencionado, y además cubre muchos otros temas de interés para el conocimiento más completo del desarrollo de la medicina académica en México en la segunda mitad del siglo xx, contados con espontaneidad por uno de sus principales actores.

La entrevista la llevó a cabo María Isabel Souza. El texto fue revisado y preparado para su edición por Dolores Ávila.

DR. RUY PÉREZ TAMAYO

Ciudad de México, Julio de 2013

LOS ELEMENTOS DE LA VOCACIÓN

MIS *Doctor Costero, ¿me puede decir su nombre completo y el lugar donde nació?*

IC Mi nombre usual es nada más Isaac Costero. No uso ni mi segundo apellido, Tudanca, porque Costero es suficientemente poco común, sobre todo unido al Isaac, ni uso tampoco otros tres nombres de pila que me pusieron cuando me bautizaron y que son Ciro, Ángel y Bonifacio. De modo que yo, siempre, en todas las partes figuro como Isaac Costero simplemente. Nací en Burgos, la capital de Castilla la Vieja, en España, el 9 de diciembre de 1903.

MIS *¿Quiénes fueron sus padres y a qué se dedicaban?*

IC Mis padres fueron Miguel Isaac Costero Martínez y Ángela Tudanca Lambarri. Mi padre, como la mayor parte de los hombres de su familia, se dedicaba a trabajar en los Ferrocarriles Nacionales. En aquella época era muy común que muchas personas de una familia trabajasen en una sola actividad, se apoyaban los unos a los otros. El abuelo Costero fue inspector general de los Ferrocarriles en España y mi padre durante muchos años trabajó en las oficinas de los Ferrocarriles. Después perdió vista, tuvo algunos defectos que le impedían ejercer bien el trabajo y se jubiló, joven, y se dedicó a trabajar en las oficinas de una fábrica de azúcar de remolacha.

MIS *Estos puestos de Ferrocarriles ¿eran hereditarios?*

IC Pues no hereditarios, pero sí era costumbre que se transmitiesen. Los padres encontraban más facilidad de colocar a sus hijos junto a sus amigos, en un sitio donde ellos trabajaban, en su ambiente, en su medio. Se trabajaban muchas horas; usted sabe

que entonces se trabajaba de sol a sol, y los hijos y los padres convivían con el trabajo. Y lo común es que el hijo se adiestrase como aprendiz con el padre, con los tíos, con el abuelo, eso era muy común. Mi padre era el mayor y tenía dos hermanos, los dos estuvieron en los Ferrocarriles. El segundo es el que estuvo más tiempo. En cambio, el tercero, el joven, lo dejó pronto; no le gustaron los Ferrocarriles y se pasó a trabajar en las oficinas —siempre fueron oficinistas, siempre fueron funcionarios— y trabajó en una fábrica de harina.

MIS *¿Sus padres eran de Burgos los dos?*

IC No, los padres eran aragoneses. Mi padre nació en Luceni, un pueblo de la provincia de Zaragoza. El abuelo Costero tampoco era aragonés, nació en El Pardo, cerca de Madrid, casi diríamos un barrio de Madrid. Pero Eduardo y Alfredo, los otros hermanos, no sé adónde nacieron porque como mi abuelo era empleado del ferrocarril y le trasladaban con frecuencia, cada dos, tres años de un sitio a otro, los hijos fueron naciendo un poco desperdigados [se ríe].

2

MIS *¿Por eso nació usted en Burgos?*

IC No, yo nací en Burgos porque la familia de mi madre era burgalesa. La familia Tudanca es típicamente burgalesa. Si ustedes van a Burgos verán por todas las partes, con mucha frecuencia, el apellido Tudanca. Tudanca es el nombre de dos pueblos que están cerquita el uno del otro, en la provincia de Santander, pero ya limitando con Burgos. Y mucha gente ha tomado el apellido del nombre de ese pueblo y viven en la provincia de Burgos. De modo que es un nombre castellano.

MIS *¿Tuvo hermanos?*

IC Sí, nosotros fuimos seis hermanos. Yo soy el mayor, y vive el pequeño; los de enmedio, los centrales, murieron ya todos desgraciadamente. La que me siguió a mí, mi hermana Pilar, vivió mucho tiempo en Filipinas y allí murió. La tercera, también mujer, Carmen, murió en Madrid hace relativamente poco. El cuarto, José Luis, era hombre, fue militar, de los primeros aviadores militares y se mató en un accidente. Y después tuvimos un hermano, Eduardo, que no vivió más que nueve meses, murió de una infección intestinal de niño. Y luego tuvimos otro Eduardo que es el que vive, él vive en Madrid, está trabajando en las fábricas de camiones del ejército, es delineante.

MIS *¿De qué clase social podría ser su familia, sus padres?*

IC La familia, toda, la de mi madre y de mi padre, era de clase media, clásica de nuestro medio, de nuestro ambiente. El abuelo paterno, más socializado, era empleado del ferrocarril con toda su familia y tenía un trabajo, diríamos, más manual, más mecánico. En cambio el abuelo Tudanca, el materno, era de familia media pero más acomodada. Porque él era notario, abogado; y era notario de la curia de Burgos, un hombre muy católico y muy pegado a esa fuerza religiosa, entonces muy poderosa en Castilla. Pero la diferencia no era grande, simplemente una actividad, diríamos, más mecánica para los Costero, más espiritual [se ríe] para los Tudanca.

MIS *En la época en que su padre era ferrocarrilero, España estaba en plena monarquía. ¿Recuerda usted si había alguna agrupación politizante de los ferrocarrileros?*

3

IC En aquel momento los Ferrocarriles en España dieron un ejemplo que se perdió, un ejemplo muy bueno de sindicalismo. Porque fueron en realidad los primeros sindicatos, pero no se llamaban así; era una sociedad de los empleados de los Ferrocarriles de España, se llamaba de esa manera más o menos, no me acuerdo, ahí tenía mi padre en su despacho el diploma de miembro. Y era un sindicato, lo que hoy llamamos un sindicato, pero un sindicato muy... cómo le diría yo, sin ofender a nadie [se ríe], un sindicato de un nivel ético muy alto. Los puestos, por ejemplo, para que se dé cuenta, de presidente de sección y en cada ciudad, en cada pueblo, en cada lugar, no los quería nadie. Había que nombrarlos por votación y un poco a la fuerza, y decirle: “Hijo mío, te toca a ti ahora este año ser presidente, estos dos años, porque pues tienes que ayudar”. Porque no tenían salario ni tenían nada, ni ganaban nada con eso. Reunían entre todos una pequeña cuota con la cual pagaban las oficinas, y tenían una estupenda organización de enseñanza, tenían escuelas propias para sus hijos; tenían apoyo para las viudas y para los hijos que se quedaban solos, sin padres, huérfanos; y tenían muchas instituciones de ayuda efectiva y muy eficaz. Cuando se ponían enfermos, tenían médicos; los mejores médicos del país eran médicos de los Ferrocarriles, que Ferrocarriles pagaba un salario para que atendiesen a los empleados; entonces no había hospitales, tanto como hospitales. Pero lo tenían muy bien organizado y lo tomaban con una gran seriedad. Tenían sus actos culturales, a los que yo asistí de niño, a algunos; era una cosa muy bien organizada. En realidad era un sindicato, en lo que recuerdo, en mi memoria, un sindicato ideal, aun-

que no se llamaba sindicato todavía, la palabra *sindicato* nació mucho después.

MIS *¿Les enseñaron a ustedes alguna religión?*

IC Sí, cómo no. En España un porcentaje altísimo de la gente era católica en aquel momento y sigue siéndolo, y en casa todos éramos católicos. La única diferencia era que las mujeres, en general, prácticamente sin excepción, en todas las familias, no sólo en la mía sino en todas las familias que yo conocí en mi época, en mi medio, las señoras eran católicas, cómo diríamos, militantes, que iban a todos los servicios religiosos con regularidad, con devoción, con gusto; y los hombres no iban nunca, las esperaban en la puerta. Era una cierta costumbre. No es que no fuesen católicos: quien daba dinero a la iglesia eran los hombres, como es natural, eran quienes ganaban el dinero, y ayudaban a la iglesia. Venía el padre a casa, de visita: “Mire usted, tenemos unos huérfanos, que ha pasado tal...”, el abuelo ahí daba su dinero sin ningún inconveniente. Pero no eran amigos de ir a procesiones o de ir a actos religiosos, los hombres se resistían a eso, se hacían los remolones; no es que estuvieran en contra, pero no les gustaba eso. En cambio las mujeres sí. A las mujeres les encantaba ir con sus velas en las procesiones, ir a las iglesias, cantar en las fiestas, preparar los festejos, vestir a los santos, sacarlos por la calle, a ellas les gustaba; y los hombres lo toleraban, no sólo lo toleraban sino les parecía muy natural. Era una especie de función femenina [se ríe], en aquella época y en mi ambiente, la actividad religiosa católica. Prácticamente no había otra religión; se sabía que había alguna persona que era protestante, o que había algún judío, descendientes de antiguas familias extranjeras que habían llegado, pero era una cosa completamente excepcional. Por ejemplo, yo no recuerdo haber visto jamás una sinagoga; había un edificio que había sido una sinagoga, pero ya no lo era [se ríe], ni recuerdo haber visto ninguna iglesia protestante ni de cualquier secta, no. En España, en esa época de mi juventud, prácticamente no era más que el catolicismo, sí.

MIS *¿A qué edad empezó usted a ir a la escuela?*

IC Bueno, pues yo empecé muy pronto. Fue entre los cuatro y los cinco años cuando empecé a ir a la escuela de párvulos que le decíamos entonces, con mi maestra Margarita que la recuerdo muy bien. En seguida me llevaron a Zaragoza con mis abuelos, porque mi padre, en el momento de tener yo esa edad, estaba empleado en los Ferrocarriles y lo llevaron a un pueblo, a Medina del Campo, un pueblo muy grande,

muy importante desde el punto de vista agrícola, igual desde el punto de vista del ferrocarril, porque había cruce de líneas y cosas; pero desde el punto de vista cultural, muy pobre, un pueblo agrícola. Y mis padres me dejaron en casa de mis abuelos. Yo era el hijo y el nieto mayor de los Costero, y los abuelos se dedicaron a darme una buena educación. En Zaragoza había muy buenas escuelas, universidades, etcétera, y allí asistí a colegios muy buenos. Tuve, en general, una primera enseñanza magnífica. Porque de Medina del Campo, mi padre fue trasladado a Bilbao y la cosa cambió totalmente. Me fui a Bilbao con mis padres, y allí tuve tres años de una enseñanza extraordinariamente buena. Esos tres años de Bilbao, que fueron cuando yo tenía siete, ocho y nueve de edad, porque salí de allí sin cumplir los diez años, estuve en el Colegio Academia de San Fernando. Me acuerdo muy bien, ocupaba una cuadra entera el colegio.

MIS *¿Qué tipo de escuela era? ¿No solía ser mixta, verdad?*

IC Sí, sí, era mixta. Era una escuela mixta y además una escuela, para aquellos tiempos, extraordinariamente revolucionaria, en el sentido de que no tenía absolutamente nada de religioso; por supuesto nada de antirreligioso, pero no había maestros ni nadie que fuesen sacerdotes, todos eran seglares. Y eran todos titulados, maestros universitarios, y que tenían una idea distinta de la enseñanza, no la rutinaria de leer y aprender todo de memoria y aun cantando, como se hacía entonces, sino enseñándonos a discurrir. Allí aprendí a discurrir. Nos hacían hacer un resumen de lo que nos enseñaban, y dibujar las cosas y hacer los esquemas. ¡No puede usted imaginarse lo que aprendí en esos tres años! En esos tres años me hice yo persona y además me hice yo estudiante, porque aprendí a estudiar; más que lo que aprendí, fue la técnica de enseñanza, que me enseñaron a aprender a estudiar. Además, el ambiente era extraordinariamente amable. Éramos pocos alumnos con cada profesor, y pocos profesores; y nos trataban como de la familia, con cariño, nada de palmetas como se usaba, darle a uno palmetazos en la mano si se equivocaba, ni castigos. No castigaban: ¡premiaban! Y allí hice un progreso tremendo, tremendo; tan tremendo que los seis años siguientes del bachillerato,¹ que los hice en Zaragoza, prácticamente no estudié. En mi memoria queda que yo me sabía todo lo que me querían enseñar en el bachillerato, o lo aprendía sólo de oírlo, porque tenía suficiente preparación para entender lo que me

¹ Fueron los años de 1914 a 1919.

explicaban los maestros. Y los seis años del bachillerato los pasé casi sin estudiar. Y la mejor prueba de ello es que las dos materias en las cuales no tenía preparación anterior y los maestros no seguían ni de lejos el procedimiento de mi escuela, es decir que seguían la técnica de la memoria, pura y química [se ríe] sin más explicaciones, fue el fracaso de los fracasos. Mis dos hermosísimos y muy orgullosos reprobados los tengo en francés, segundo curso, y en agricultura. El francés, segundo curso, consistía en una gramática francesa que habíamos estudiado en castellano en el primer curso, ahora en francés, sin haber estudiado francés; habíamos estudiado gramática, pero no sabíamos pronunciarlo. Teníamos que decir todas las clases en francés: “*L’article est le mot qui se place devant le nom pour indiquer...*” y lo pronun-ciábamos como lo leíamos, porque nadie nos lo había enseñado. Y me acuerdo de la famosa lección 36, no se me ha podido olvidar, que era la lista en orden alfabético de todos los verbos irregulares franceses, y yo no fui nunca para aprender eso. No sólo fui: no soy. Y claro, llegó el final del curso y me reprobaron. Pero tuve la suerte de que se murió el profesor (no digo felizmente, pobrecillo, no tenía ninguna culpa) y me aprobaron en los extraordinarios. Y en agricultura pasó por el estilo. No acabé el bachillerato en la fecha que me tocaba porque la última materia fue agricultura, y yo nunca pude entender el libro de agricultura que teníamos de texto; no me lo aprendí, me examinaron, me reprobaron. Y también jubilaron al profesor y me aprobaron en los extraordinarios; si no, todavía estoy en agricultura [se ríe].

MIS *¿Cómo fue que pasó usted de Bilbao a Zaragoza?*

IC Porque a mi padre le trasladaron después de Bilbao a Zaragoza. La idea de mis padres era siempre vivir con los suyos. De manera que el abuelo hacía todo lo posible porque trajeran a su hijo a Zaragoza y el hijo hacía lo posible por conseguir un sitio en Zaragoza; y así lo consiguieron, y ahí vivimos juntos muchos años, toda mi carrera. La escuela de bachillerato era lo que se llama allí Instituto General y Técnico. Era una institución oficial, de gobierno, muy bien organizada, que tenía un programa para todo el país, homogéneo, de seis años, y donde se enseñaban las cosas comunes a todo, los conocimientos del que va a entrar en la universidad. Era un estudio preuniversitario: gramática española; se hablaba por lo menos de un idioma extranjero, digamos ese famoso francés que le he dicho a usted (se podía también estudiar inglés, era voluntario elegir uno de los dos); luego, se estudiaba geografía en todas sus partes: física, general, de España, del mundo; después tenía-

mos las matemáticas: aritmética y geometría, álgebra, trigonometría; después teníamos historia: historia universal, historia general, historia del mundo. En fin, era un estudio general de preparación para entrar en la universidad, un estudio secundario muy completo. Teníamos seis años de unas seis o siete materias cada año.

MIS *¿Era también laico y mixto?*

IC Sí, completamente laico. Y mixto, sí. Era del gobierno pero pagábamos inscripción, una inscripción modesta. Teníamos que pagar derecho de inscripción y derecho de examen que se llamaba. Una cantidad pequeña, qué le diría yo, no me acuerdo, pero podríamos representar que cada materia la inscripción costaba treinta pesos y el examen otros treinta. Eso era lo que había que pagar en todo el año. Lo más caro eran los libros y había que comprarlos. Generalmente estaban escritos por los profesores, y como los profesores tenían salarios modestos, se resarcían un poco [se ríe] cobrando sus libros, no diría yo caros, porque ahora lo que es caro es caro y entonces no era tan caro; pero en fin, había que comprarlos, costaban dinero, eso sí.

7

MIS *¿Qué nos puede contar del ambiente que recuerde usted, en general, en Zaragoza, en esa época?*

IC En el instituto, cuando no estábamos en la universidad todavía, el ambiente se caracterizaba por lo siguiente. Los maestros, los catedráticos que les llamábamos allí, nos tomaban la lección y nos decían: “Mañana vamos a estudiar”, supongamos en agricultura, “el cultivo de los cereales, y esto va de la página 37 a la 42 del libro de texto” (teníamos generalmente un libro de texto escrito por el profesor, o escrito por otro profesor de la misma materia de otro instituto). Eso nos lo decía el profesor al acabar la clase y nos íbamos. Las clases no eran más que por la mañana, desde las ocho de la mañana hasta las dos de la tarde. Y desde las tres de la tarde hasta las nueve de la noche íbamos, casi todos, a un colegio particular. Esos colegios particulares algunos eran religiosos; especialmente los maristas y otro grupo religioso, que no me acuerdo cómo se llamaba, tenían buenos colegios.² Los jesuitas tenían también un buen colegio. Había buenos colegios confesionales, religiosos, pero había también muy buenos colegios laicos, y yo asistí a uno de esos colegios laicos. Y allí estábamos. Nos pasábamos la tarde estudiando lo que nos iban a preguntar en la clase al día siguiente, con profesores que nos ayudaban. Y al día

² Quizá se trata de los escolapios.

siguiente llegábamos a la clase y el profesor, con la lista, llamaba a uno, dos, tres, cuatro alumnos, les preguntaba y sobre las preguntas hacía las explicaciones. En realidad no hacía sólo preguntar, sino decía: “Bueno, ¿qué diferencia hay entre el trigo y la cebada?” “Pues el trigo es así y la cebada es asado”. Bueno. Y entonces él explicaba: “Hay varias clases de trigo, unas dan más rendimiento, otras dan menos”, el profesor explicaba sobre lo que el muchacho hablaba. Y esa es la técnica general que teníamos en el bachillerato, completamente diferente a la de la universidad. Cuando pasábamos del bachillerato a la universidad, los primeros meses eran de un sufrimiento extraordinario, porque allí nadie explicaba nada; mejor dicho, nadie preguntaba nada. El profesor nada más entraba y explicaba su clase; le tocaba un tema, desarrollaba el tema, se iba. Ni pasaba lista, ni se preocupaba de nada. Allí el que al final de año sabía, pasaba [se ríe], y el que no sabía no pasaba, mientras que en el bachillerato al que le preguntaban le ponían una nota de lo que había estudiado, y la suma de esas notas era lo que le daba su calificación final. De manera que nosotros aprobábamos durante el curso en el bachillerato y sólo el día del examen en la universidad. Y en general, la universidad era exigente, pero el ambiente era muy bueno.

MIS *Tengo entendido que usted antes de entrar a la universidad hace unos estudios aparte.*

IC Sí. Yo no quise ser universitario al principio. En casa todas las familias, paterna y materna, eran realmente funcionarios, no universitarios. No es que eso supusiera una oposición, sino una falta de ambiente. A mí lo que me gustaba muchísimo eran las matemáticas y el dibujo, y de ahí dedujimos, gratuitamente [se ríe], que serviría para ser ingeniero, y decidimos que sería ingeniero industrial. Estaban todos felices, porque yo era el hijo mayor y el nieto mayor. Y pues ingeniero industrial es una posición muy ventajosa, pero fíjese que no es una posición universitaria, no se había pensado en la universidad. La ingeniería no se estudiaba en la universidad sino en escuela superior, que son cosas diferentes. Y yo quise ser ingeniero, pero desgraciadamente no había escuela superior de ingeniería en Zaragoza. Mi padre me dijo: “¿Qué hacemos? Porque yo tengo un salario modesto, no te puedo mantener en Madrid o en Barcelona, o en Valencia o en Sevilla”, donde había, “¿qué hacemos?” Y yo le dije: “No te preocupes. Voy a estudiar una carrera corta, voy a conseguir ocupación, un trabajo que me produzca algún dinero, que pueda hacer en la noche, sin trabajar mucho, sin dejar de dormir demasiado, y que me permita estudiar ingeniería aunque sea un poco

más despacio; quizá no pueda hacer cada año un curso, sino medio, pero yo quiero ser ingeniero”. A él le pareció bien la idea y me preparé para hacer unas oposiciones a telegrafista, porque los telegrafistas tienen turnos nocturnos y la cantidad de telegramas que se ponía durante la noche, aun en Madrid, no era para matar a nadie. Éramos varios los que hacíamos los turnos de noche; con un poco de amistad, se sustituía uno con otro, así que se podía uno pasar muy bien las horas de la noche durmiendo plácidamente, si no las ocho horas, por lo menos seis [se ríe] y trabajar dos, y luego poder ir a la escuela de ingeniería. Pero, no sé si por suerte buena o mala, me reprobaron; ese fue mi primer grave disgusto en la infancia, porque yo iba muy bien preparado y me reprobaron injustamente. La razón del reprobado, pues muy fácil, lo que nos está pasando aquí en la Facultad de Medicina: hay muchos alumnos, o sea el cupo. Es decir, sacaron creo que trescientas plazas de telegrafistas en todo el país, un número así, y nos presentamos doce mil. Resulta que yo había hecho todos los ejercicios bien, tenía muy buena puntuación, pero en el último ejercicio tuvieron que escoger sólo a los trescientos, y claro, eligieron a los trescientos mejor recomendados, que recomendados había seis mil [se ríe]. Yo no estaba en el grupo y me quedé fuera. Me indigné, porque en Aragón la gente es muy clara, un poco como pasa aquí en la costa, que al pan, pan se le llama [se ríe] y al vino, vino; si a mí me dicen: “Mira, hijo, no hay más que trescientas plazas y no te alcanza, qué le vamos a hacer, te tienes que...” En lugar de decirme eso, me dijeron: “No, es que copiaste a tu compañero de al lado” y eso me indignó, sobre todo porque entonces la moralidad y la ética estaban muy elevadas; había gente buena y gente mala, como siempre, pero a la gente buena se la alababa y a la gente mala se la ponía verde, cosa que no se hace ahora [se ríe], en eso hay una gran diferencia. Yo llegué y dije: “No, perdón, esto es una estafa, no hay derecho”, en fin, me marché indignado. No maté a alguien porque no puedo matar a nadie; he nacido para biólogo y no para matólogo [se ríe], pero si no, hubiese matado a alguien. Bueno. Llegué a casa y mi padre me consoló y me dijo: “Mira, hijo, la vida es así. ¡Para qué te metes en cosas en las que es difícil que ingreses!”, me explicó los problemas de la ingeniería, que estaba muy cerrada porque no la querían más que para hijos de personas que tenían industrias y que tenían comercio, y que por lo tanto a un hijo de un ferrocarrilero, un *ferroviario* como dicen allí [se ríe], pues no era fácil que le dejasen entrar, aunque estuviese preparado, porque había siempre muchos más solicitantes. Y me dijo: “¿Por qué no estudias una carrera que tenga muchas salidas? Eres muy

joven, tienes dieciséis años, no sabes qué vas a hacer en tu vida, no lo sabes. Busca una carrera que la puedas estudiar aquí en Zaragoza, que estés con nosotros, que no te separes de tu familia que es lo que te vale, y luego que tenga salidas, que puedas hacer muchas cosas”. Y le pareció que lo mejor era medicina.

MIS *Yo quisiera, antes de entrar con la universidad, hacerle algunas preguntas. Me interesa mucho el ambiente de la época. Era todavía plena monarquía, ya ve que hubo también mucho descontento. ¿Hubo en Zaragoza esto?*

IC Sí, sí. En Zaragoza tuvimos una situación muy difícil, debido a que era una ciudad industrial, y es una de las ciudades clásicamente sindicalista, donde se iniciaron los sindicatos. Había allí fábricas de azúcar, que se hace de remolacha, no de caña como aquí, había muy fuertes fábricas de azúcar. Los azucareros en todas las partes han sido muy poderosos [se ríe] y siguen siéndolo hoy; los azucareros y los tabaqueros [se ríe] siempre han tenido mucho poder. Luego, había una gran fábrica de carros de ferrocarril, Carde y Escorial, que hacían prácticamente todos los ferrocarriles del país. Había otras muchas industrias; era una zona industrial muy variada, había mucha industria y mucho comercio. Zaragoza tiene una posición geográfica de confluencia de todas las entradas de Francia y todas las salidas de Portugal, y todas las llegadas del Cantábrico y todas las llegadas del Mediterráneo [se ríe], de manera que está situada en una posición un poco como la Ciudad de México en nuestro país, que es cruce de sitios y por lo tanto tenía una gran actividad. Y eso le hizo ser, junto con Barcelona que tenía el puerto más importante y el más activo de España, un poco el nido, el punto principal donde nació el sindicalismo y los movimientos obreros de izquierda; además las dos ciudades estaban muy cerca entre sí, a trescientos cincuenta kilómetros. Allí vivimos una época muy difícil, que justamente iba yo en el bachillerato. Porque se formaron los primeros sindicatos, contra los cuales las instituciones ya constituidas de fabricantes, industriales y todo eso opusieron toda su fuerza. Y tuvimos batallas, naturalmente nada de bombas [se ríe] (poner bombas era algo que no tenía interés); hubo batallas callejeras y muertos y asesinatos y todo lo que usted quiera. Mataron al señor arzobispo, se armó un guirigay espantoso. Era una cosa curiosa cómo la gente media, de mi familia, no podía comprender al sindicalismo. Las razones eran clarísimas, decían: “Pero, señor, si nosotros a los obreros se les paga más dinero por hora; si además en lugar de trabajar doce horas, de sol a sol,

van a trabajar sólo ocho; si luego van a tener vacaciones; si les vamos a tener que pagar [se ríe] los médicos y las medicinas”, porque nada de eso se hacía entonces, “y cuando tengan un niño vamos a tener que atender a la señora y al niño hasta que tenga unos meses...” [se ríe], en fin, lo que ahora tenemos y nos parece tan natural, a mis padres y a mis abuelos, que eran muy buena gente y que eran gente de pensamiento liberal, no les cabía en la cabeza: “si eso se haría así, el pan en lugar de pagarse a diez centavos habrá que pagarlo a diez pesos [se ríe]. ¿De dónde va a salir el dinero para pagar todo eso? ¿y cómo vamos a comer?” Esto significa que había una ignorancia total, absoluta y negativa de lo que en realidad han sido las cosas. Porque con gran admiración por mi parte, cuando seguí creciendo me fui dando cuenta que los que tenían razón eran los incultos [se ríe], los que no habían estudiado, los que hacían barbaridad y media, y se asesinaban y se mataban, éstos tenían la razón. Y a mí eso me llamó mucho la atención, porque yo pensaba que la gente acomodada, que viajaba al extranjero y que llevaba a sus hijos a las universidades y a los buenos colegios, y ellos venían de esos mismos sitios de educación superior, tenía que entender mejor y prever los problemas, pero nada. De modo que se arregló a estacazos; aquello no se arregló con razones, se arregló a estacazos. Yo fui también sindicalista. Mi padre, en el momento álgido del sindicalismo, me metió a trabajar como temporero que llamábamos entonces, es decir por tres meses, en la campaña de recolección de la remolacha en su fábrica, que él estaba allí trabajando. Y traían la remolacha del campo, en carros de caballos, no había camiones, y había una báscula en la entrada de la fábrica donde se pesaba el carro con la remolacha, después el carro sin la remolacha, luego la remolacha como venía, después la remolacha limpia, sin barro, sin hojas, en fin. De ahí se sacaba la remolacha útil que había entrado el carro y se multiplicaba por tanto el kilo y se sabía lo que había que pagar al remolachero. Y de eso me encargué yo. Como era universitario, estaba ya estudiando tercero de universidad, sabía sumar, restar, multiplicar, dividir, etcétera [se ríe], pues yo allí estuve en esa temporada. Y allí nos declaramos en huelga, a pesar de que nos habían dado unos salarios altísimos para que no nos declarásemos en huelga [se ríe], porque era sólo por tres meses.

11

MIS *¿Cuánto le pagaban?*

IC Me acuerdo que cobraba trece pesetas veinticinco céntimos al día, pero en esa época eso era un salario descomunal. Generalmente la gente no ganaba más de cinco pesetas diarias, y yo ganaba [se ríe] trece vein-

ticinco, y era un crío que entraba por primera vez allí [se ríe]. Era el sueldo mínimo que tenían los azucareros.

MIS *¿En esa época perteneció a alguna agrupación?*

IC No. No había ninguna agrupación. Además quiero advertirle, ya desde este momento, que yo nunca he pertenecido a ninguna. He sido opuesto a pertenecer a asociaciones, por una razón que no sé si usted va a entender pero que está clarísima, que es que yo soy muy indisciplinado y no me quiero comprometer a cumplir lo que sé que no voy a cumplir; soy muy indisciplinado. Fíjese que la indisciplina no me lleva a luchar contra los demás, pero me impide colaborar con los que creo que no debo colaborar. Y por ello [se ríe], como esas reuniones son para colaboración, yo siempre escurrí el bulto y nunca fui, nunca, de ninguna agrupación de ninguna clase: ni social, ni política, ni económica, ni de nada. Nunca. Yo siempre he procurado servir a la gente con toda mi buena fe en lo que creí que les hacía un servicio, y he escabullido la responsabilidad de inmiscuirme en una cosa que no veía clara. Y lo he hecho así toda mi vida. De manera que [se ríe] ni siquiera se me ha ocurrido, nunca he sido de ninguna agrupación.

12

MIS *¿Qué más nos puede decir sobre el ambiente tan tenso de aquella época? ¿Qué se hablaba de la monarquía, de los reyes?*

IC Los reyes en aquella época en España eran muy respetados. Eran, qué sé yo, un adorno, un hábito, un vestido elegante. La gente quería a la monarquía; no a los reyes, pero sí a la monarquía. Le parecía, y seguramente con razón, que era un lazo de unión, una cosa que nos tenía a todos unidos, algo más personal, más humano que la bandera; la bandera representaría a la monarquía, pero la monarquía era lo que nos unía. Y a todos nos habían enseñado en las escuelas que prácticamente España había sido monarquía toda su vida, todo lo que está en la historia que se conoce ya. Y aunque, claro, había reyes y príncipes que se habían portado como unos villanos [se ríe] (nos lo decían sin ningún ambage, eso se criticaba muy duramente: don Pedro el Cruel, Atila y todos esos se les ponía verdes en la clase), pero otros se habían portado bien, y Felipe II y Carlos V se habían hecho dueños del mundo y eran respetados por todas partes, habían llevado España y la cultura hispánica a América y Asia y África, por todos lados, esas cosas que le enseñan a uno de su historia nacional y que nos formaron, en general, a todos, grandes y viejos. Que yo me acuerde, no había en realidad antimonárquicos. Había republicanos, como los hay hoy, pero siempre

en una minoría. Y el republicano siempre fue, a mis ojos, Dios me perdone porque yo no entiendo de política, un idealista, que el día que se puso a trabajar por la monarquía lo echó abajo todo [se ríe], es decir no era un político, no estaba preparado para luchar con los medios que se lucha en la política. Hoy mismo en España usted puede hablar del partido que quiera: del comunista, del socialista tal, del socialista cual, del radical socialista, del otro; pero no hable de los republicanos, que nadie les hace caso. El republicano siempre fue, en los setenta y tantos años que yo he vivido, un individuo idealista, lleno de buenas intenciones, con un programa magnífico que nunca ha sabido desarrollar. Y no sólo no lo ha sabido desarrollar, sino que prácticamente en España ha habido tantas repúblicas como republicanos; todos eran (o *éramos*, en cierta manera yo estaba sin querer en ese grupo aunque no agrupado), *éramos* muy personalistas. De manera que, como partido político, el Republicano pienso yo que no sirvió porque no siguió las normas de partido político sencillamente. Eran gentes dignísimas, seguramente las más dignas, las más cultas del país, las mejor preparadas, las mejor intencionadas, pero que no tenían el mecanismo para poner en marcha sus ideas. No eran luchadores, que es como tiene que ser el político; en cuanto les ponían el primer obstáculo, ahí se paraban. Decían: “No, si yo no vengo a pelearme con la gente; si lo que yo digo es una cosa tan clara y tan buena, ¿por qué no se ha de hacer sin oposición?” Eso no lo entendía el Republicano. Hemos tenido buenos partidos de fuerza en España, el Socialista —que ahora se ha dividido en varios, por lo que he visto en los periódicos—, y después había otros grupos políticos fuertes: el mismo Partido Comunista, era pequeño pero bien organizado; y después los partidos nacionalistas, también pequeños: el vasco, el catalán. Esto es algo que tampoco he llegado a entender muy bien. Tengo muchos amigos vascos y muchos amigos catalanes, a los que escucho con un gran interés, pero a los que no entiendo. No entiendo cómo pueden sostener la idea de que su pueblo sea independiente. ¿Independiente de qué?, si hoy en el mundo lo que tenemos que hacer es la unión, lo multidisciplinario. Todo hay que hacerlo reuniéndose gente de caracteres diferentes y con ideas distintas y sumarlas algebraicamente para que dé un resultado positivo. ¿Cómo es posible que las provincias vascas, que son magníficas, preciosas y que quiero mucho a los vascos y tienen un carácter muy peculiar y todo lo que usted quiera, pero que son nada, no llegan a un millón de personas, quieran formar un país independiente? Entiendo que quieran conservar sus costumbres, su idioma, su modo de ser, pues cómo no: yo quiero conservar el

mío, que soy una sola persona, cómo no con más razón un grupo, muy bien; pero de eso a considerarse diferentes... no sé. Yo me siento igual a los chinos y a los rusos y a los japoneses y a los birmanos, por qué no me voy a sentir igual a los vascos, por el amor de Dios [se ríe]. *Igual* en el sentido de que puedo colaborar con ellos, qué bueno que ellos saben hacer una cosa y yo otra, para que entre todos hagamos algo más completo.

MIS *Claro. ¿Alguna vez fueron los reyes a Zaragoza? ¿Qué recuerdos tiene?*

IC Sí, cómo no. Bueno, para mí era un espectáculo como los gigantes y los cabezudos, las procesiones de Semana Santa, era un espectáculo. Nosotros, los chicos de mi época, la gente de mi época no veíamos a los reyes como personajes. Veíamos nada más el fausto que llevaban: caballos, soldados a caballo, con corazas y plumeros y lanzas, muy bonito y muy divertido, y ipa pa, pa pa! la música, la bandera y todo eso. Era muy interesante, era la representación del país, pero no teníamos, yo creo, ninguna devoción por eso. Yo por lo menos es lo que viví con mis compañeros. Se les tenía respeto. No era de buen gusto hacer chistes de los reyes como se hizo al final, antes de la República, que se hacían chistes más o menos procaces de las autoridades y de los reyes; sonaba feo eso, era de mal gusto. Se pensaba un poco que el rey no era rey porque él quería, sino porque le había tocado, ya tenía bastante el pobre con eso [se ríe]; era lo que se pensaba. Yo recuerdo, por ejemplo, una de las cosas que se contaban allí entre muchachos, que un borrachín, un albañil muy borrachito que andaba siempre a medios tragos, decía continuamente: “¡Quién fuera rey!, ¡quién fuera rey!” Hasta que a alguien se le ocurrió preguntar: “Bueno, y si fueras rey tú ¿qué harías?” “¡Pues hombre, qué he de hacer!, estarme todo el día en la taberna”. Es decir, esa es un poco la idea que se tenía del rey, de que podía hacer lo que le daba la gana, y eso no era cierto. Porque hay pocas personas que estén tan atadas a obligaciones nada simpáticas, como les pasa a las personas que tienen un cargo permanente. Porque el presidente de la república, o un secretario, tiene un cargo transitorio, o lo va a buscar él, etcétera. Pero el rey no, el rey resulta que porque nació en tal sitio y en no sé qué, y lo educaron y lo enseñaron a una manera y tiene que hacer una serie de cosas... Yo creo que no es ningún negocio ser rey; vamos, a mí me parece que es un muy mal puesto en el país, hay otros muchísimos mejores [se ríe].

MIS *Cuando ustedes se enfermaban, cuando eran pequeños, ¿qué médico los iba a ver, el de los Ferrocarriles?*

IC No, en el caso particular nuestro teníamos un vecino que vivía tres pisos encima de nosotros, que era el médico de casa, de cabecera.

Siempre había un médico de cabecera. Y a éste, que vivía en la misma casa, se le llamaba y bajaba: “¿Qué pasa?” “Pues fulanito que se ha puesto enfermo”. Era médico general, que es lo que había en abundancia. Y él nos orientaba. Si era una cosa sencilla, como pasaba casi siempre, que si un catarro, que si una indigestión, que eran las enfermedades clásicas de la época, él se las sabía manejar muy bien; y si no, nos decía: “Miren, hay que ir a un especialista”. Y nos mandaba con un especialista: el otorrinolaringólogo, o el cirujano si había que hacer cirugía, o el que fuese.

MIS *¿Había muchas especialidades?*

IC

Sí, más o menos las actuales. Había menos nombres, menos subdividido, pero la medicina era casi la misma. Lo que tenía era muchísima menos eficacia. La medicina ha ganado en estos últimos cincuenta años más que en el resto anterior del mundo, ha ganado muchísimo; no sin perder, también ha perdido. Ha ganado desde el punto de vista de la eficacia. Hoy se diagnostica y se trata las enfermedades, en conjunto, con un éxito muy superior a hace cincuenta años, sin comparación. Por otra parte, ha aparecido la medicina social: el ISSSTE, el Seguro, etcétera, etcétera, que ha llevado la medicina (los medicamentos, el tratamiento, salas de operaciones, etcétera) a gente modesta, que puede tener magníficos médicos, esa es la gran ventaja.

15

MIS *¿Y cuáles serían las desventajas?*

IC

La desventaja principal es que, como decía Alfonso Reyes, se ha *aplebeyado*. Porque el médico ya no tiene el interés que entonces tenía por el enfermo y por la medicina, ahora tiene un interés comercial. Sin querer con eso decir que el interés comercial sea algo malo, no es nada malo. Gracias al interés comercial hemos mejorado, pero es un interés de otra categoría. Todo lo contamos en porcentajes: un noventa por ciento, siete por ciento, diez por ciento. Los números son los números y no se pueden emplear más que cuando son cifras exactas. No se puede decir: “El noventa por ciento de los mexicanos tienen sarampión”; lo más que se puede decir es que el noventa por ciento de los mexicanos que se contaron tuvieron sarampión, es lo más que se puede decir. Y luego, cosa muy importante, no se ve en el enfermo a una persona: se ve a una presión arterial, un ritmo cardiaco, una temperatura, un dolor, una glucosa; y eso es muy importante porque son datos concretos que equivocan menos que una apreciación subjetiva, pero eso no es el enfermo. El enfermo es el enfermo; el enfermo tiene un sistema ner-

vioso y un modo de pensar, una reacción que es fundamental para el curso de su enfermedad y hay que tomarla en cuenta, y eso se pierde. Luego, hay una tendencia a quitarse responsabilidades. Yo he visto, por ejemplo, decir: “Doctor, se murió el enfermo”. “No; se murió, pero yo no tuve nada qué ver con eso. De la sala de operaciones salió vivo, que es lo que yo hice, yo lo operé; ahora, después yo no sé lo que pasó”. ¡Eso no puede ser! El cirujano que opera a un enfermo es su médico mientras esté en el curso posoperatorio. Lo dejan todo no sólo en manos de enfermeras y enfermeros —que los hay buenos... pero malos también, en fin, hay buenos y muy buenos enfermeros y enfermeras—, sino en manos de residentes, internos, pobrecillos, que quieren trabajar pero que no saben nada, están empezando y son los que tienen la vida de los enfermos en las manos (además, esos son los que trabajan, todo el día y toda la noche, aquí hay guardias veinticuatro horas). Eso no puede ser, eso tiene que corregirse y tiene que haber siempre en un sitio —en el hospital, en el sanatorio, en el dispensario, donde sea— un grupo de personas responsables, de alta categoría, para resolver los problemas. Aunque claro, el trabajo manual y corriente lo hagan los demás, los jóvenes, siempre que no esté aprendiendo, es muy distinto. Pero se ha vulgarizado mucho el trato con el médico, se ha perdido mucho, se ha perdido categoría. Por ejemplo, la Academia de Medicina: no es una academia; es una sociedad de medicina muy distinguida, pero no una academia. La academia es el grupo pequeño de viejos maestros que está para conservar la cultura antigua, que no se pierda al progresar los jóvenes con los nuevos conocimientos. Allí ya todos son jóvenes y todos están progresados, y no les hable nada de anteaer que no les interesa, es decir, no es academia. No es que la sociedad no sea necesaria, es más necesaria si quiere usted que la academia, pero no hay academia, no hay universidad, no llega ni a escuela superior. Y no sólo ésta, todas en el mundo; no en México, en todo el mundo. En Alemania, donde he estado hace poco, les pasa igual. Las universidades han perdido categoría; no son universidad, son escuela superior. Les enseñan a los muchachos lo que son las cosas: si este enfermo tiene tal temperatura y tiene tal curva de presión arterial, hay que darle tal cantidad de tal al día, tres veces, pero no les dicen porqué ni cómo. Eso no es universidad; la universidad enseña el fondo de los conocimientos, la razón de los conocimientos. Por eso un universitario se defiende en cualquier ambiente, porque tiene las bases para comprender lo nuevo, y hoy a los universitarios eso les ha faltado. En Estados Unidos, sin ir más lejos, la cantidad de gente que se queda sin trabajo en una fábrica

cuando cambia la tecnología —como dicen ahora, y no la técnica—. Los ingenieros, que son de escuela superior, no de universidad, se quedan sin trabajo porque lo que ellos estaban haciendo ya no sirve, y como ya no están en edad de aprender otra cosa, porque no saben las bases y no tienen tiempo para empezar por ahí, se pierden. Yo comprendo que necesitamos muchísimo más escuelas superiores, y bachillerato, y primaria por supuesto; todos tienen que tener una buena primaria, ojalá todos pudiesen tener una buena secundaria, pero no todos pueden ser universitarios. Ni todos van a ser sabios, ya lo sé que no, pero tiene que haber algunos; mientras no tengamos algunos, dependeremos de los demás. Porque de dónde salen los sabios sino precisamente de esa esquina, de ese vértice de gente distinguida, de gente elevada que sabe, que tiene talento, que ha estudiado, que discurre.

17

MIS *Volviendo un poquito atrás, a la época de su infancia, ¿cuál era la situación de la medicina en aquella época? ¿Qué tal estaban los hospitales?*

IC Comparados con los actuales, mal. El hospital en esa época era una institución de beneficencia, a donde no iba más que la gente que no podía pagar y los médicos iban allí a aprender. De modo que cobraban unos salarios mínimos por ser médicos de hospital, pero todos querían serlo porque tenían enfermos a los que podían hacer lo que querían —puesto que no pagaban— con cierta facilidad y aprendían; aprendían en los enfermos hospitalarios. Los trataban con mucha humanidad, con afecto, les ayudaban a veces de una manera personal: “Vamos a ver a estos enfermos modestos, pobres”. Los enfermos pobres querían mucho a los médicos de hospital; había una unión tan distinta a la actual, ahora no hay esa unión. El enfermo tenía fe en su médico, era una cosa mucho más afectiva, había un fenómeno humano mucho más intenso que ahora, sin comparación. En la realidad, la eficacia era malísima. Los hospitales eran modestos. Los enfermos comían mal. La higiene era muy medianeja, a veces muy mala. No tenían enfermeras; generalmente tenían monjas, que querían mucho a Dios y a la Virgen y que eran gente muy buena, pero que no sabían medicina. Aprendían allí a poner vendajes y algunas cosas, y a consolar a los enfermos, pero no eran enfermeras y no podían trabajar. Algunas monjas fueron aprendiendo y se hicieron muy buenas enfermeras, algunas, por una excepción. No había escuela de enfermería. En fin, no se podía comparar. Actualmente el hospital es para el rico. ¿Sabe lo que me han cobrado a mí por cama y por día, compartiendo el cuarto con otro, en Nueva York? No

se lo imagina: trescientos cincuenta dólares por día. Ya llegaba un momento [se ríe]... no sé, yo creí que allí tenía uno además, pues qué sé yo, chicas y bar libre, digo [se ríe], yo pensaba eso, debe ser un cabaret, para cobrar esa cantidad de dinero. Claro, lo opuesto a aquello que era gratuito. Eso sí, mi cama tenía botones y se doblaba y torcía y subía y bajaba según el botón que yo apretaba, y tenía una televisión en colores con once canales, uno hasta en español, y todo lo que usted quiera, y una cantidad de personal bárbara. Pero al médico le vi dos veces; al médico *médico*, con el que yo quería hablar y tratar y todo, le vi dos veces. Esa es la diferencia, completamente distinto. Se ha tecnificado con ventaja, porque la técnica sí ha mejorado de una manera tremenda, pero se ha deshumanizado totalmente. ¿Sabe lo que me dijo mi médico cuando me dio el pronóstico? Me dijo: “No, usted no debe operarse. Y ahora, puesto que ya sabe que no debe operarse, ya lo hemos estudiado, agarre su maleta y márchese inmediatamente del hospital, porque cada hora que esté aquí le cuesta cien dólares”. Eso me dijo el propio médico [se ríe], se puso así: “¡Agarren un taxi y márchense corriendo de aquí!” [se ríe]. Me dijo: “¿Cuánto está pagando de hotel?” Le dije: “Veintitrés dólares al día”. “¿Veintitrés? ¡No!, márchese corriendo”, ¡el mismo médico! En eso han cambiado las cosas, se ha hecho otro mundo que tiene sus grandes ventajas y sus grandes problemas. La falta de humanismo la han querido arreglar, y es posible que estén en buen camino, con las visitadoras o visitantes sociales; pero no es lo mismo discutir con una muchacha educada, fina, culta, guapa, bien vestida, que con el médico. Es muy diferente, porque uno no va a ver a una chica guapa, culta y bien vestida, uno va a curarse, que es muy diferente [se ríe]. Lo que uno necesita allí es un médico que sepa hablar con uno de medicina, que le explique sin prisa, sin andar correteándose uno tras otro. Ayer mi médico de cabecera llamó al médico con el que quiero hablar, es amigo suyo, a ver si lo podía ver hoy. Le dijo: “Mira, en la mañana no puedo porque estoy en el hospital y estoy operando y estoy ocupado, y allí pues no lo voy a poder atender bien al maestro, mejor que venga a mi consultorio privado”. Ya entramos en el consultorio privado. Probablemente, no lo sé, la enfermera me diga, cuando me dé una hora: “Venga a las cinco”, y vaya yo a las cinco: “ahí lo está esperando el doctor, pase con él”, es muy probable. Pero me puede pasar como en Nueva York, que me dijeron: “¿Cómo se llama? ¿Dónde vive? ¿Cuántos años tiene? ¿Es soltero o casado? ¿Cuántos hijos tiene? ¿Cuál es su religión? ¿Cuál es su hobby? Tres mil dólares”. Para entrar al hospital, tres mil dólares. Yo llevaba mil, creyendo que era millonario. Gracias a que venía

conmigo un amigo con tarjeta de crédito, si no, no puedo ni entrar al hospital [se ríe]. ¡Tres mil dólares!, oiga usted, para entrar al hospital, antes de saber lo que va a pasar. Se ha llegado a un grado de comercialización exagerado. Con ventajas, ya digo, porque hoy no cabe duda que los servicios, la higiene, la comida, el número de personas que trabajan allí, que ganan buen salario, todo eso es un progreso, no cabe ninguna duda. Antes en un hospital trabajaban veinte personas y ahora trabajan dos mil [se ríe], y es trabajo, trabajo para la gente. Tiene muchísimas ventajas, pero es lástima que tenga tan graves inconvenientes; es decir, que hayan creado inconvenientes que antes no había, porque eso es lo que a mí me disgusta. ¡Qué cuesta tratar al enfermo bien, y tenderle la mano y estar atento y esas cosas que son tan necesarias, por el amor de Dios, tan necesarias! Dicen que los latinos somos muy sensitivos, es posible que sí. Pero si no somos sensitivos ¿qué somos? ¿Piedras? ¿Vegetales? Pues no. Para mí lo más importante es tener gente alrededor. Por ejemplo, cuando fui a Nueva York y me dijeron: “¿Por qué te vas a Nueva York?” “Porque todos los médicos me han aconsejado: váyase usted allá a tomar opinión, allá tienen mucha más experiencia que nosotros”, lo cual es cierto, lo llevan todo muy bien escrito, son muy ordenados, mucho más que aquí, “vaya a ver qué le dicen, a ver si estamos en lo cierto o estamos equivocados”. Ellos no querían la responsabilidad, me parece muy natural; allá voy yo a que me vean. Pero de eso a que le cierren a uno el aspecto humano y no se preocupen más que de lo material, pues no.

MIS *Si no tiene dinero no lo curan.*

IC Hay manera de que sí. Eso también está previsto. En Estados Unidos —hablando de ellos, puesto que es ahí tan caro, y como aquí se ha hecho también de manera parecida— están los seguros, todo el mundo está asegurado; desde que nace, la persona se asegura para la enfermedad. De manera que las casas de seguros, que cobran unas primas altísimas porque está muy cara la medicina, pagan nueve de cada diez dólares, el noventa por ciento, y el enfermo (para que no se diga que no) paga, o *debe pagar* el diez por ciento. A mí me han dicho allí algunos compañeros: “El que paga ese diez por ciento se le felicita el día de su santo, se le mandan flores en navidades y frutas y regalos para los hijos”, porque son muy raros los que lo pagan y nadie puede obligarlos, fíjese [se ríe]. Es decir, si una persona está enferma y tiene un seguro, el seguro paga el noventa por ciento de los gastos, que son altísimos. ¿Qué va a hacer el hospital porque no paga el diez por ciento? ¿Lo va a poner a fregar suelos? [se ríe]

¿o a poner inyecciones? Si puede pagarlos, páguelos, y si no, no. Lo que no se puede decir es “no quiero pagarlo”, ya me lo enseñaron. Hay que decir: “Mire, yo lo voy a pagar, pero es que ahora no tengo dinero, me tiene que esperar a que lo tenga”. Se hace un arreglo y dice: “Bueno, voy a pagar diez dólares al año”, diez dólares al mes, diez dólares al día, “hasta que cubra mi cuota”. Y si lo paga, bien, y si no lo paga, nadie se lo puede obligar a pagar. Vi eso. En fin, es un problema endiablado.

MIS *Doctor, decía usted que la gente pobre en Zaragoza en los años veintes tenía derecho al hospital. Y la gente acaudalada ¿no iba a los hospitales? ¿Cómo se curaban?*

IC Había algunos sanatorios privados, de tipo exclusivamente quirúrgico, que eran muy caros. Pero se operaba en las casas. El cirujano iba con sus enfermeras, sus ayudantes, buscaba la habitación de la casa más adecuada, hacía sacar los muebles que sobraban, la hacía limpiar de manera particular, ponía una mesa —que podía ser la de la cocina, sin ningún inconveniente, o la del comedor—, él traía sus ropas y sus cosas estériles y operaba en la casa particular. Eso se hacía muchísimo. Sobre todo había sanatorios para enfermedades crónicas: tuberculosis, que entonces había tanta; sífilis, que había tanta; pues qué le diré, por ejemplo asma bronquial, reumatismos, muchas enfermedades de tipo crónico. Y había sanatorios especiales, a veces muy lujosos, a veces no tanto, porque los tenía también el gobierno para gente modesta, de sus empleados, que pagaban una cantidad asequible. Y tenían también, sobre todo, muchas casas de descanso para el verano, donde se llevaban a los niños. Los niños de las escuelas eran visitados por médicos especialistas todos los años gratuitamente y hacían una especie de catastro y señalaban a los que convenía sacar fuera. Los sacaban generalmente no menos de un mes ni más de tres meses, y los llevaban a la sierra, a la playa, y el gobierno pagaba todo: transporte, comida, hasta el traje, porque los vestían a todos igualitos para conocerlos y que no se les perdiesen. Y hasta me acuerdo que les ponían en la cabeza unos lazos de papel delgado —de seda, decíamos nosotros—, les ponían colorados, verdes, amarillos, a todos, hombres y mujeres, para que no se les perdiesen [se ríe] porque llevaban grupos de cuarenta o cincuenta: “¡Que por allí va uno!” [se ríe]. Les llevaban y los chicos lo pasaban muy bien, y eso hizo mucho bien.

MIS *¿A usted en la escuela así lo educaron?*

IC No, nunca estuve en una escuela tan modesta como para que me hicieran eso. Se suponía que a los sitios donde yo iba, mi familia me podía

pagar mis vacaciones. Esto era para escuelas públicas que llamaban allí, es decir los que no pagaban nada, que eran primaria y secundaria. A esas iban millares y millares de niños, a esas escuelas gratuitas del gobierno, porque la enseñanza primaria era gratuita. La universidad era cara, no mucho pero cara; para nosotros, para nuestro ambiente entonces, cara. El bachillerato no, el bachillerato lo podía pagar mucha gente, prácticamente el que quisiera. Y la primaria era absolutamente gratuita para todos. Había colegios particulares también, pero a esos iba uno además de la gratuita. Uno tenía que ir a la gratuita para tener su título, y además los padres, por darse importancia, nos llevaban con los jesuitas o con los maristas o con los no sé cuántos, para que les enseñasen otras cosas. Pero la primaria era gratuita.

MIS *¿Había curanderos en esa época?*

IC Sí, aunque fíjese que pocos. No se puede comparar con los que hay hoy en Estados Unidos, por ejemplo, pero ni de lejos. La cantidad de gente en Estados Unidos, y en Europa: en Alemania, en Francia, en Inglaterra (¡en Inglaterra!), en Suecia, en Austria, en Italia ¡uf!, que van a curanderos es increíble, es una proporción verdaderamente increíble. En España no; en España sí hay curanderos, pero es otro tipo de curanderos. El curandero español que yo he conocido en mi vida tenía de curandero que no era médico, que había aprendido de oído [se ríe], pero era más bien buscado porque no había otra cosa, nada más, y era un práctico. Una mujer iba a dar a luz y ¿quién la ayudaba? ¿El marido?: “Oye, pues llama a la señora fulana que es la que atiende a las demás”. Y sabe porque las ha atendido; no tiene idea, ni ha estudiado partos en su vida, pero las ha atendido. Ya ha visto a veces un médico que ha venido, y le ha ayudado al médico y ha visto cómo ha lavado al niño y cómo le ha cortado el cordón y algo sabe. De modo que no se le llamaba por fe, por la idea de que éste es un mago y sabe más que el médico, no; sabe menos que el médico, pero no hay médico. Ese es, en general, el tipo de curandero en España.

MIS *¿Utilizaban hierbas?*

IC Sí, sí, mucho. En España se utilizan mucho los cocimientos con hierbas y son bastante eficaces. Claro, muchos no sirven para nada por supuesto, pero tampoco hacen daño, que ya es algo [se ríe]. Y hay mucha hierba, como aquí, que son muy útiles; ahí lo primero que hace una persona que se pone enferma es tomar una tisana que llaman a la que aquí es un té. Allí el té es el té de chinos, y la infusión de una hierba es una tisa-

na: “Tómame una tisanita de tal hierba”. Y sí, muchas frutas, cosas que se consideran que tienen propiedades, son tranquilizantes, etcétera. El pueblo tiene siempre en todos los sitios, en todos los países del mundo, una especie de recetario familiar.

MIS *¿Usted conoció en Zaragoza a algún curandero o trató alguna vez con curanderos?*

IC Sí, sí, cómo no, en los pueblos. Y era curioso cómo el curandero le preguntaba a uno en seguida. Yo iba, estudiante entonces: “¡Ah!, maño”, porque allí se habla de tú a todo el mundo, en lugar de *mano* dicen *maño*, “maño, ¿tú estudias medicina?” “Sí”. “Oye”, me preguntaba, “¿qué hacéis con el que tiene pulmonía? ¿Le abrigáis o le desabrigáis? ¿Le dais aspirina o no le dais aspirina? ¿Y cuánto le dais, y cómo le dais, y qué hacéis, y en qué conocéis...?” Es decir, ellos querían aprender; y generalmente empezaban siendo barberos, peluqueros. Y las mujeres, comadronas se llamaba, atendían los partos. A las mujeres no les gustaba ser atendidas por los hombres, ni por los médicos. Ya cuando el médico adquirió renombre, pues sí, dejaban. Y les costó mucho a las mujeres el dejarse estudiar antes del parto; ya en el momento del parto llamaban a quien fuese, pero antes del parto no les gustaba. ¡A ellas, a ellas! Me acuerdo una vez, una de las cosas que yo aprendí fue esta. Llegamos a una sala de mujeres y le iban a poner a una señora una inyección intramuscular, que era una novedad. Y destapó el médico a la señora... claro, treinta y tantos años, de pueblo, estaban allí los estudiantes... La volvió a tapar y dice: “Fíjense, ¿a que no saben ustedes por qué está temblando la señora? Pues de miedo que tiene de que la destapemos, de vergüenza”. Le daba vergüenza el pensar que le iban a levantar el camisón. De modo que el médico echó a los estudiantes. Era otro ambiente, muy diferente al actual [se ríe]. El otro día entró en mi laboratorio una señora mayor, no tenía cincuenta años pero cuarenta ya tenía, se metió allí en mi despacho, una secretaria, muy amable (es mamá de una técnica que trabaja allí, muy mona, que se acaba de casar, acaba de tener su primer niño, muy agradable, muy culta, muy simpática): “¡Ay, doctor!, vengo a verlo, fíjese que me ha salido una mancha aquí”. ¡Y agarra la falda, se sube la falda y se baja los pantalones! [se ríe]. En eso sí ha habido grandes cambios. Bueno, pero no tiene nada de particular. Yo, como médico e investigador, soy observador y me doy cuenta de que —fíjese lo que le voy a decir, quizá no se lo hayan dicho nunca— una parte importante de ese pudor era que la gente no se lavaba. Yo he visto una muchacha por ejemplo, o un hombre, igual, decirle: “A ver, ¿qué le pasa?” “Mire usted, que me caí el otro día y me hice aquí un arañazo en este pie”.

“¡Ah, pues sí!, tiene un arañazo. A ver, enséñeme el otro”. Y se queda así... “Enséñeme el otro”. “Sabe usted, éste no me lo he lavado”. Eso lo he visto yo. Es decir, hay una base de pudor, pero era un pudor no químicamente puro [se ríe] sino bastante impuro, que no se habían lavado y no estaban preparados para eso. De manera que eso influía. Pero había un trato de respeto mutuo entre hombres y entre mujeres, y entre hombres y mujeres, que se ha perdido, se ha perdido en gran parte por lo menos. Siempre ha habido hombres y mujeres descocados desde luego, pero eso era excepcional. Y ahora lo excepcional es lo contrario; tiene uno que andarse con cuidado porque se tropieza uno de repente [se ríe] con unas cosas extraordinarias, cuando menos para mí, fuera de lo común, que resultan molestas... y violentas, porque además tampoco se puede uno enojar demasiado. Eso [se ríe] ha cambiado bastante.

MIS *¿Había homeópatas?*

IC Sí había homeópatas, y eran bien recibidos, se les trataba amistosamente. Se les invitaba a comer —que en España ese es un detalle de mucho cariño [se ríe], se invita mucho a comer y a beber— y se les iba a ver, pero no había gran fe en la homeopatía. Había un grupo de homeópatas, y no pequeño, era bastante importante, quizá fuese el dos, el tres por ciento de los médicos de la provincia; gente muy prudente, como lo son actualmente los homeópatas, y se les veía, ya digo, no con demasiada fe. Un poco se acudía al homeópata por dos razones: primero por barato, y segundo porque había fallado el médico, el médico que cobraba [se ríe]. Además de cobrar caro no funcionaba, y entonces iban al homeópata.

MIS *¿Había escuela de homeopatía?*

IC No, no había escuela de homeópatas en ninguna parte. Eran médicos *médicos* que se dedicaban a la homeopatía; no podían ejercer sin tener la carrera de medicina de la facultad de medicina. Allí no había más que una carrera de medicina, exclusivamente, la universitaria, dependiente del gobierno. Se hacían homeópatas ellos, generalmente en el extranjero; se iban a Francia, a Alemania, a Suiza, donde hay mucho homeópata, y venían con eso: “Médico de la Facultad de Medicina de Sevilla. Homeópata en Lausanne”.

MIS *¿Y había alguna rivalidad con el médico alópata?*

IC No, allí sobran enfermos, no había problema ninguno, en absoluto. Yo nunca les he oído discutir y venían juntos a las reuniones. Así como

no discutía el otorrinolaringólogo con el ginecólogo, etcétera, es decir, eran dos maneras de ver las cosas perfectamente legítimas [se ríe]. Por lo menos yo nunca lo vi, ni hablar mal el alópata del homeópata o el homeópata del alópata, no. Eran una especialidad como otra cualquiera, sencillamente [se ríe], se acabó.

MIS *¿Había farmacias para homeopatía?*

IC No, no. No había tanta medicina de patente, como decimos ahora, y casi todo el farmacéutico lo preparaba pesándolo y midiéndolo, y pesaba y medía lo que le decían. Le decían que pusiera un miligramo, ponía un miligramo; le decían que pusiera cinco kilos, ponía cinco kilos [se ríe]. El boticario no hacía más que guardar la receta para salvar su responsabilidad: “¿Por qué dio usted esto?” “Porque el médico fulanito de tal me lo mandó”. Y esa era su responsabilidad. Y las farmacias tenían muchos inconvenientes, porque no hacían las recetas como se las mandaban. Era muy común que usted como médico mandase una receta diciendo: “Póngale atropina, cinco miligramos”, y el boticario no tenía atropina; y como no la tenía, sencillamente daba la receta sin atropina y se quedaba tan tranquilo. De eso hay una muy famosa anécdota, que hizo cambiar la legislación en España; ahí se acabó eso de las boticas, con esa anécdota. Fue un periodista muy conocido, que tenía amigos por todas partes, como les pasa mucho a los periodistas que destacan. Y era un periodista político, estaba sobre todo en el senado y en el congreso, pero tenía muchos amigos médicos. Y le dio por decirles a los médicos: “Mira, te voy a dar una... a ver, tengo un lápiz, ¿tienes un papel?” Y lo más común es que el médico cuando saca un papel saca el recetario, porque eso lleva, y le daba una hoja del recetario y se la quedaba. Y en esas hojas del recetario, donde estaba impreso: “Doctor Gregorio Marañón”, doctor..., los grandes médicos de allí, con tales teléfonos, calle tal y tal, el recetario, “despáchese”. Pues este bárbaro se dedicó a poner cosas que no existen; con una letra muy mala, porque los médicos siempre solían tener muy mala letra, muy oscura, ponía: “Esencia de quijolombrino, tres gramos. Polvos de nicopidio, dos centímetros cúbicos”, etcétera. Y ponía unas locuras como no se imagina. Y pasó por las farmacias. En algunas, por supuesto, le dijeron: “Mire, yo no sé lo que pone aquí, no entiendo esto. Dígale al doctor que escriba claro porque no hay seguridad”. Pero en bastantes farmacias le sirvieron la orden. Y lo que sirvieron lo guardó con la receta correspondiente, hizo una charola con cuarenta o cincuenta recetas de esas y la envió al congreso, nada más, sencillamente, a los diputados. Como resultado,

se hizo una ley que regulaba la formación de las farmacias. Porque eso es lo malo que tenían las farmacias en aquella época, usted no sabía lo que se tomaba [se ríe].

MIS *¿Los boticarios tenían conocimientos de farmacia?*

IC Los boticarios sabían muchísima más farmacia que ahora, porque ahora no son tan boticarios. Hay un boticario responsable, pero el que vende y hace las cosas es un empleado que lo mismo podía vender calcetines. Yo lo he visto; yo he estado en Sanborn's y he visto a una señora americana, hablando en inglés con el boticario —porque tuvo que venir el boticario, no el empleado—, le dijo: “Mire, su empleado”, yo iba a comprar otra cosa y esperaba que me tocara el turno, “me dice que me da esto por esta receta que yo le traigo, pero no es igual. Aquí dice ‘rutina, cinco miligramos’, y aquí en la etiqueta, en el marbete, pone ‘rutina, un miligramo’. ¿Qué hago? ¿tomo cinco de éstas? ¿o no es igual?” Y el boticario —el boticario, el de la carrera, el responsable— vio y leyó en el frasco que decía “rutina” y decía “para la fragilidad capilar” y le dijo: “Señora, ¿por qué le han recetado a usted esto?” “Pues mire, porque se me hacen unos moretones en las piernas”. Y dijo: “No, esto no es, porque esto es para el cabello”. Esto se lo he oído yo decir a un boticario de Sanborn's de la calle de Madero: confundía el vaso capilar con el cabello. La rutina efectivamente es para cuando se rompen los vasos capilares, no el pelo; pero como él veía “fragilidad capilar”, creyó que era la fragilidad del pelo. Eso no pasaba antes. El boticario tenía una carrera de farmacia donde sabía química biológica y farmacología. A mí me pasó una vez en Francia. Yo tuve una úlcera del duodeno, estuve muy molesto y fui a una farmacia y le dije al boticario: “Por favor, deme una mezcla a partes iguales de tintura de boldo y tintura de belladona”, que es una cosa que tiene todo el mundo y que es muy barata y muy eficaz. Me dio un frasquito, se lo pagué y me marché. Agarré veinte gotas en un poco de agua y me la bebí. Quince minutos después yo ya sabía que aquello no tenía belladona; si yo tomaba veinte gotas de tintura de boldo y belladona, de las cuales diez eran de tintura de belladona, se me secaba la boca que se me quedaba como zacate, y no, yo estaba como si nada, tan tranquilo. Volví a la farmacia y le dije: “Oiga señor, usted no me ha puesto aquí belladona”. Vio el frasco y dice: “¿De verdad quiere que le ponga belladona?” Eso es típico de la farmacia de aquella época, hoy no pasa así. Hoy nos pasa lo contrario, porque las medicinas son muy eficaces y por lo tanto muy peligrosas.

Lo malo es que la gente se medica mucho y es muy peligroso. Ahí tiene lo que ha salido en los periódicos, esa chica que ha estado años sin conocimiento, hecha una piedra; como se quedó nuestro ex presidente López Mateos, porque bebió cantidad importante de alcohol después de haber tomado tranquilizantes. De verdad, son cosas muy peligrosas. La gente no debe automedicarse de ninguna manera.

PRIMEROS PASOS EN CIENCIA

MIS *Doctor Costero, usted estudió en Zaragoza, ¿qué nos puede hablar de la Universidad, en concreto de la Facultad de Medicina de Zaragoza? ¿Era laica?*

27

IC Rigurosamente laica. En España, en la época mía de estudiante, el poder moral, material, ético, económico de la Iglesia era importante; no era el mayor ni mucho menos, pero sí muy importante. Sobre todo el poder moral. Las gentes eran católicas por definición. Porque allí no se podía ser más que católico o ateo, y los ateos eran de risa; en general eran personas poco cultas y un poco chistosos. Había un grupo de liberales —que llamaban liberales: no precisamente ateos ni anticatólicos, eran liberales—, y a éstos se les tenía un poco como anticatólicos, aunque realmente eran católicos todos. Todos. Yo conocí a muchos en mi vida, liberales *liberales*, incluso después comunistas, y sin embargo eran gentes de actuación, de espíritu, de ideas católicas a machamartillo. ¿Por qué? Porque lo habían heredado de los abuelos, de los visigodos [se ríe], de los iberos. De manera que la posición era más bien política que religiosa. No iban a misa todos los domingos, pero no importaba. Venía a su casa el párroco de la iglesia y decía: “¡Oiga, señor!, perdóneme, pero mire, necesitamos dinero para...”, se lo daban muy bien, muy fácilmente, y lo trataban bien. Y no, no había un anticatolicismo o un ateísmo o, qué le diré, otra religión, que es el verdadero enemigo, no la frialdad ni la actitud formal del rito; el enemigo es el que es judío o protestante, el que cree en otra cosa (con todo el perfecto derecho). Y allí realmente no había ni judíos ni protestantes, eran muy raros; y si los había, nadie lo sabía, porque no estaban anotados como católicos pero se comportaban como tales. De modo

que nosotros nunca teníamos en realidad problemas religiosos en esa época, nunca. Y los había mucho menos en la universidad. Lo que sí había junto a la universidad, eso sí, era una influencia religiosa fuerte de algunas comunidades de frailes, especialmente los jesuitas, los maristas y otra que no me acuerdo cómo se llamaba, que tenían colegios. Y tenían a los muchachos en el colegio, desde párvulos generalmente, desde el principio, hasta que acababan la carrera. Y si estudiaban medicina, por ejemplo, les ayudaban a estudiar medicina; tenían profesores médicos que les ayudaban a estudiar las clases que les habían explicado en la universidad. Sin embargo, el porcentaje de estos muchachos de extracción católica poderosa, que pesaba, realmente era muy bajo. Era un porcentaje en el cual usted podía señalarlos: el que ganaba por encima del millón de pesetas para arriba, que eran muy pocos [se ríe], eran los que estaban en esos sitios. Así como en ingeniería, o hasta en química, en ciencias, el interés de las comunidades religiosas era grande, en medicina no. Se suponía que el médico tenía que ser liberal por definición, y allí liberal significaba no ser religioso; es decir, no comulgar todos los domingos, no confesarse una vez al mes, en fin, todas esas cosas de rito se perdían. Y era algo que se consideraba en cierta manera natural. Si el médico va a llegar a casa y va a decir: “Hijo mío, mira, rezad tres Padre Nuestros y tres Ave Marías”, eso no era para lo que se le llamaba [se ríe], al médico se le llamaba para que recetase, para que operase. Había una cosa que, sin decirlo, era muy clara: que al médico se le escuchaba con respeto aunque no dijese “Dios mío” y no fuese a misa. ¿Por qué? Porque tenía un oficio que llevaba eso consigo [se ríe].

MIS *¿Pagaban alguna cuota?*

IC

En la universidad sí. Se pagaba una cuota de inscripción cada año y otra cuota de examen, lo que se le llamaba derecho a examen. Pero eran unas cantidades ridículas. En la universidad, en España, podía tener acceso cualquiera. No sólo eso, sino que había, y muy fácil de obtener, becas y ayudas; había muchas becas y no se cubrían todas. De modo que en la universidad estudiábamos gentes de todas las alturas sociales sin ningún problema. No así en las escuelas superiores: la Escuela Superior de Ingeniería, la Escuela Superior de Arquitectura, la Escuela Superior de Química, todo lo que tenía que ver con los negocios. Ahí era *numerus clausus*, y el *numerus clausus* quería decir quién era su papá, definitivo. Entraba de cuando en cuando un muchacho listo; pero listo no sólo porque era capaz de aprender, sino también

capaz de adaptarse al ambiente. ¡Y ahí sí eran pero cerrados totalmente! Allí el que no obedecía a la clase dominante estaba perdido [se ríe]; ya podía agarrarse de donde pudiese, porque no había manera. Pero en la universidad propiamente dicha, en la Facultad de Medicina, en Derecho, en esos sitios no había problema ninguno. ¿Qué pagaríamos? No me acuerdo, pero vamos, yo le puedo decir que por cada materia —llevábamos entre tres y cinco materias al año, no más— se pagaba de inscripción algo así como ciento cincuenta pesos al año, y el día del examen cincuenta pesos más. En esa época eso lo podía pagar cualquiera, albañiles, barrenderos, no había ningún problema.

MIS *¿Había algún examen de admisión a la universidad?*

IC No. Tenía que aprobar el bachillerato, que eran seis años anteriores a la universidad. Al bachillerato se ingresaba al cumplir los diez años; es decir, se necesitaba tener diez años cumplidos, como para entrar en la universidad se necesitaba tener dieciséis años cumplidos. Mejor dicho, el año que cumplía los diez años, o el año que cumplía los dieciséis, no cumplidos sino ese año. Yo como cumplía en diciembre, siempre entraba antes [se ríe]. Entonces no había límite; entraba todo el que quería, con tal que hubiese aprobado la primaria para el bachillerato y el bachillerato para la universidad.

29

MIS *¿Había mucha demanda, mucho alumnado que entraba anualmente?*

IC Pues una cosa moderada, yo diría proporcionada. Porque el gobierno español en aquel momento, y hablo del español porque es el que he vivido, tenía la habilidad de tener otras muchas salidas. Tenía lo que llamaba escuelas de artes y oficios, donde en un tiempo muy breve —uno, dos, tres años— un muchacho se hacía aparejador que le decían, o herrero, o carpintero, o pintor —digo, pintor de brocha gorda, se entiende—, un oficio, que lo enseñaban muy bien. Lo característico de aquella época en España es que todo el mundo, el noventa por ciento de la población, se creía a sí mismo el mejor en su oficio y tenía en eso un gran orgullo. De modo que usted llamaba a un pintor a su casa y le decía: “Oiga, ¿me puede pintar el comedor?”, lo primero que surgía en la discusión, cuando se hablaba del precio o el tipo de la pintura, es que el pintor le decía: “Señora, mire, yo soy el mejor pintor. Si quiere que yo le pinte, le cuesta tanto y empleo esta pintura, el que sabe de esto soy yo”. Y además era verdad que lo sabía. La gente tenía cariño a su trabajo, generalmente porque venía de familia. Era muy común que el pintor quisiera que sus hijos fuesen pintores, y que el carpintero

quisiera que sus hijos fueran carpinteros, y él compraba sus cepillos y sus formones y sus cosas para que sus hijos los usasen, y ponía un taller para que sus hijos trabajasen allí. Y esta era la costumbre en la época cuando yo estudiaba. De manera que había un cariño al oficio que le podríamos llamar familiar; era un oficio familiar. Yo le digo a usted, por ejemplo, mi abuelo: inspector general de los Ferrocarriles de España; mi padre: factor de los Ferrocarriles de España; mi tío Eduardo: jefe suplementario de los Ferrocarriles de España; mi tío Alfredo... Es decir, uno encontraba mayor facilidad para ingresar, para todo. ¿Por qué?, porque desde niño vivía los problemas. El abuelo se llevaba a sus hijos —mi padre y mis tíos— a la oficina, y en su oficina se los daba a sus empleados, subalternos, icuando eran niños! ¿Para qué?, para que viesen el trabajo, que trabajasen con él, que jugasen a trabajar, y luego seguían ese oficio porque ya era lo más fácil y lo más sencillo. Eso daba como resultado una gran estabilidad. Y en la universidad pasaba un poco lo mismo. Yo creo, no se lo podría decir con seguridad de ninguna manera, pero en fin, con una cierta proximidad, que más de la mitad de mis compañeros eran hijos de médicos; más de la mitad, seguro.

MIS *Sí, se da mucho también por tradición ¿no?*

IC Por tradición. Es que ya sabían algo de eso, ya conocían el mecanismo: qué tenían que hacer para vivir, cuál era el oficio. Era natural, porque se hacía mucha vida familiar. La gente vivía muy unida; que un hijo se marchase de la casa de los padres, pues era mal visto por todos: por el hijo, por los padres, por los vecinos, por todo el mundo. Se casaba y siempre el problema estaba en que la mamá no quería separarse de la hija, quería que viviesen los hijos en su casa: “No, mira, os hago otra habitación, os levanto un piso”, pero no se les dejaba separar. Esa era la vida, así se vivía. Y además, cómo le diría, el orgullo de una persona era decir: “¿Ve ese bisturí que hay ahí? Era de mi abuelo; ino de mi padre, de mi abuelo!” Ahora que las hojas de bisturí se cambian en cada operación y se tiran, allí era la misma hoja alemana que se había comprado su abuelo como cincuenta años antes. Y lo mismo al llegar a una casa; usted llegaba a una casa y le decían: “El comedor, ino, este comedor era de la bisabuela!, lo heredamos de la bisabuela”. Este era el orgullo de la gente. No ahora, que es todo lo contrario: “¡Huy!, este comedor ya no hay quien lo aguante, ya tiene tres años, ya está apolillado”. Es otro modo de vivir. La gente tenía además un sentido de la amistad, entre los compañeros, muy diferente al actual. Yo me acuerdo que una de las primeras cosas que aprendí en la primaria fue un dicho, un proverbio

que decía: “En la universidad conocerás a tus amigos” y así era en realidad. Es decir: “¿Quién es ese?” “Es un compañero de universidad”. Es como si yo le dijese “es mi hermano”, el mismo sentido absolutamente. Y la gente, hoy todavía, a mis años, me vienen a ver: “Costero, ¿te acuerdas de mí? Estudiamos juntos en Zaragoza”. Por supuesto ni él se acuerda de mi cara ni yo de la suya; lo sabemos porque lo hemos visto en la lista de teléfonos o porque nos hemos escrito, pero eso es un lazo indisoluble. Y en la escuela de medicina realmente uno hacía sus amigos para el resto de la vida. Después la vida nos ha separado porque ha cambiado mucho en estos últimos cincuenta años, pero todavía quedan en nuestra generación restos de eso, muy fuertes, muy firmes, y entonces eran definitivos. Ser compañero de universidad además era el colmo, era algo muy importante. Fíjese, éramos generalmente grupos de alrededor de doscientos, de manera que amigos *amigos* éramos seis, no doscientos. Pero simplemente el hecho de ser compañeros: “¿Tú de qué año eres?” “Yo soy del año ‘24”. “¡Yo también!” “¡Oye, pues estudiamos juntos!” “¡Ah!, ¿pero tú estudiaste con don fulano, con don...?” “Sí, claro, claro, hermano” [se ríe]. Es como si dijéramos: “¿Cómo se llaman tu papá y tu mamá?” “Mi papá y mi mamá...” “Pues quién... ison los míos!”, es exactamente igual. Las cosas llegan a tal extremo que, por ejemplo, hoy todavía le sirve el aceite a mi hermano Eduardo, que es mi hermano menor, un compañero mío que estudió la medicina conmigo. ¿Por qué? No se crea que porque el aceite es mejor o peor, o más barato o más caro, no: porque es de él, y él se ofendería si mi hermano comprase el aceite de oliva a otra persona que no fuese a él. Porque además se lo da a mitad de precio. ¿Por qué?, porque es mi hermano, imagínese qué razón. Eso al conde de Keyserling —que seguramente lo ha oído usted nombrar alguna vez, era un filósofo alemán que hablaba muy bien español y visitó mucho los países americanos (Argentina, México) y España—, eso le llamaba mucho la atención, porque no pasaba con los alemanes. Él decía: “En España y en los países latinoamericanos la gente no compra donde es más barato, compra en la tienda de su amigo” [se ríe]. Y eso le llenaba de admiración al conde de Keyserling [se ríe]. Ese es el espíritu que había entonces. Ahora ya no se hace así, ya no se puede, ha cambiado. Pero ese era el espíritu de la universidad: éramos una familia. Una familia de buenos y malos; los había muy buenos, y los había muy malos [se ríe], y los había regulares. Pero había siempre una disculpa para el malo y un elogio para el bueno. Cuando va uno a España todavía hoy —yo no he ido más que una vez—, le preguntan a uno: “¿Qué es de fulano?” “¡Hombre!, pues le ha ido muy bien”.

“¡Cómo no le va a ir si era de mi curso!” Esa es la razón: le tenía que ir bien porque era de su curso [se ríe]. Y completamente laico; nosotros nunca teníamos, dentro de la escuela, ningún problema de tipo religioso o político. Teníamos nuestras huelgas, por supuesto, eso ha sido siempre igual. Las huelgas eran por motivos escolares: porque habían detenido a un estudiante, al estudiante lo habían detenido porque se había puesto a gritar en el teatro y los guardias se lo habían llevado a la... no sé cómo se llamaba, la delegación y le habían cobrado veinte pesetas de multa; y los estudiantes decían: “¡Que lo suelten!, ¡que le devuelvan los veinte pesos!”; o las veinte pesetas. Ese era nuestro jaleo simplemente.

32 MIS
IC

¿Había continuamente o eran esporádicos?

Eran regulares. Todos los años había algún jaleo de esos con algún motivo, se buscaba cualquier motivo. Sobre todo, se procuraban buscar motivos positivos: “Hoy es santa Juana de Arco”. Les tenía sin cuidado [se ríe] santa Juana de Arco a todos, muchos no sabían ni quién era, pero ya había un motivo muy bueno para no entrar a clase aquel día. “Hoy asesinaron en Chicago a Sacco y Vanzetti”, o al que fuera, es igual. A uno se le ocurría decir eso: todos al cine [se ríe], eso era muy común. Pero problemas, por ejemplo, de programas de estudios, no. Había un respeto a los profesores. Y además no sólo respeto; había un respeto, cómo le diré, paternal. Había una muy buena separación entre maestro y discípulo: el discípulo llamaba siempre al profesor con gran respeto y lo trataba con gran respeto, y el maestro al discípulo, con gran respeto, pero al mismo tiempo con gran cariño. Había una unión espiritual muy grande en el grupo de universitarios.

MIS
IC

¿Qué promedio de alumnos había por grupo? ¿Podía existir esa unión?

Sí, sí. Generalmente éramos, como le digo, alrededor de doscientos. En las prácticas es donde nos dividíamos: en disección hacíamos grupos de diez, en histología hacíamos grupos de veinte, en higiene hacíamos grupos de veinticinco. Pero esa unión se hacía automáticamente. Porque primero, lo natural es que la mitad —vamos a decir así por dar una idea numérica—, la mitad del estudiantado hacían toda la carrera juntos: se iban a despedir a la estación cuando se marchaban a su pueblo, si no eran de Zaragoza; vivían, se escribían... la mitad, en grupos pequeños de tres, cuatro, cinco, seis, ocho. Pero bastaba que uno dijese: “No, si yo soy de tu curso”, aunque no le hubiese uno visto ni siquiera la cara porque no había ido; sencillamente: acababa de llegar del pueblo, se había muerto

su abuelo y no había podido ir, había tenido que cuidar el campo, en fin; ya estaba adentro, no había nada que hacer. Porque una cosa que entonces no se usaba, y era muy mal vista cuando se usaba, era la mentira. Se usaba la exageración, eso sí. Y podía decir: “Mi padre tiene veinte pares de mulas” y no tenía más que dos, pero tenía dos. Y nadie decía: “Mi padre es abogado”, si era albañil; decía: “mi padre es albañil” y a nadie le parecía mal. La gente no era mentirosa; era exagerada, eso sí, el español siempre ha sido exagerado. No hace falta ir a Andalucía, que son el colmo de las exageraciones, para ver que el español es exagerado. Sólo el catalán, el valenciano y el vasco son más exactos, pero el resto de la península, que también es la mayoría, es exagerada. Y exagera sin ánimo de presumir; no es presunción: es un modo de expresarse. Le dice usted: “¿Has ido a Madrid alguna vez?” “¡Hombre!, yo mil veces”. ¿Mil veces? Ha ido tres, pero quiere decir que ha ido muchas, que lo conoce bien, es una manera de expresarse. Y claro, el que no está acostumbrado a eso pues dice [se ríe]: “¡Qué exagerado!, ¡cómo va a ir mil veces a Madrid!, ¿de dónde?, si tiene veinte años”. Pero así habla la gente, son costumbres locales que se aprenden con el tiempo. Ya digo, la gente en aquella época no era mentirosa, y sobre todo en Aragón —justamente en esa zona de España, más en Zaragoza que es la capital— el orgullo de la gente es decir la verdad y llamar a las cosas por su nombre, aunque tengan un nombre muy feo. Porque el nombre no es feo, es la idea, y la idea es la misma. Y es muy gracioso. Los oye hablar y se queda aterrada de las barbaridades que dicen, y es que se pone a pensar y dice: “No, es que eso se llama así”. ¿Por qué? Porque nosotros somos los que por semántica lo hemos suavizado. Y está bien que se suavice, pero hay que volverse a dar cuenta. En Castilla si usted emplea palabras suaves, no tan duras, les parece muy bien; se dan cuenta de que es una buena educación, que es una manera de hablar fina, y si es del pueblo le dicen *finolis*, de los finos. Pero en Aragón no; en Aragón si a una cosa que tiene un nombre le pone otro, por *finolis* que sea, les parece engaño, les parece no ser sincero, les parece insinceridad. ¿Y por qué? No lo entienden. Es una manera de ser. Por ejemplo, en Aragón si usted quiere ir a un sitio tiene que decir “sí” y no hay otra palabra, y si no quiere, tiene que decir “no” y no hay otra palabra.

MIS *Sin titubeos.*

IC No sin titubeos, sin intermediarios. Aquí en México tenemos la buena costumbre, porque es una buena costumbre, de que le dicen: “Hombre, ¿quiere venir a comer a casa, que vamos a reunirnos?” Y resulta que tie-

ne ya un compromiso y es feo decir “no puedo ir”. Lo corriente —como no se tenga mucha confianza— es que diga: “Bueno, mire, voy a hacer todo lo que pueda por ir, pero no se lo aseguro porque tengo un compromiso, voy a ver cómo me deshago de él”. Ya sabe que no se va a poder deshacer y el que le oye ya sabe que no va a ir. Eso no lo entienden en Zaragoza. Usted va a Zaragoza y le dice: “Pues tengo un compromiso y no sé si voy a poder, voy a hacer todo lo posible. ¿A qué hora se van ustedes a reunir?” “Nos vamos a reunir a las dos”, le esperan hasta las ocho de la noche; no pueden comprender que no vaya si ha dicho que sí. Porque a ellos les parece que el decir *no* es muy natural, para eso se lo han preguntado. Si tenía que decir *sí*, para qué se lo van a preguntar, así discurren ellos. “Le preguntamos si *sí* o no, porque puede ser *sí* o puede ser no, porque si tiene que decir que *sí* [se ríe], ni modo”. Al que le van a fusilar no le dicen: “¿Quiere usted salir que lo fusilemos?”, sino le dicen: “Anda, pa'lante” [se ríe], no tiene opción de decir que no.

MIS *Doctor, aparte de la gente que llegaba de la provincia de Aragón, ¿había gente también de otras provincias en la universidad?*

IC Eso no se dividía por provincias. La provincia es una cosa de formación antigua que se fundó, en hechos y en límites y en derechos, y con reyes y príncipes y duques, antes de la era moderna. Para eso no sirve lo de las provincias, aunque hay una cierta correlación; lo que sirve es lo que llaman distrito universitario. En general nosotros, yo creo que noventa y cinco por ciento por lo menos, éramos del distrito Zaragoza. El distrito universitario de Zaragoza abarcaba las tres provincias aragonesas: Zaragoza, Huesca y Teruel. Pero además abarcaba Navarra, que entonces no tenía universidad, ahora sí la tiene; las Provincias Vascongadas, que no tenían universidad, o sea Bilbao, San Sebastián y Vitoria; y abarcaba Burgos, ya no completamente porque Burgos estaba más cerca de Valladolid y muchos iban a Valladolid, que era una buena universidad. Pero el límite era lo que se llamaba distrito universitario, es decir la zona que tenía comunicaciones fáciles. Porque en esa época había nada más, si no me equivoco, siete universidades en toda España. Y todas las escuelas tenían exactamente el mismo plan de estudios, de manera que usted podía pasarse de una escuela a otra sin ninguna dificultad. En todas, las clases empezaban el día 1° de octubre, fuese domingo, sábado, viernes, es igual, lloviese o no lloviese. El 20 de mayo se iniciaban los exámenes oficiales, hasta el 30 de mayo. Después, vacaciones, y del 10 al 30 de septiembre los exámenes extraordinarios. Y el 1° de octubre se abría otra vez el curso en todas partes. Eso era totalmente regular.

Los catedráticos igual, se podían cambiar de una universidad a otra. Las cátedras eran por oposición. Había profesores auxiliares, no recuerdo el número, los que fuesen; pero catedráticos no había más que uno por cátedra por universidad. Excepcionalmente en las patologías médicas y quirúrgicas, en medicina, había dos. Pero el que empezaba con un catedrático tenía que acabar con él, no se podía cambiar con el otro de la misma universidad; se podía cambiar de universidad, pero no de catedrático. Si se cambiaba uno (sus padres iban a vivir allí, por lo que fuese, o simplemente le reprobaban, se enojaba y quería marcharse), se hacía la solicitud y le mandaban a otra universidad, se iba sin ningún problema. Pero eran todas iguales, creo que eran siete entonces; no creo que eran más que siete.

MIS *¿Qué textos llevaban? ¿Estaban en español?*

IC

En general se llevaban textos en español; luego, había una minoría de textos que se llevaban en francés, y eso era todo. Los textos en español muchas veces los traducían del alemán, del francés, del inglés, de otros idiomas. Pero muy comúnmente eran de profesores españoles; por decir números, para dar una idea de proporción, yo diría que ocho de cada diez libros eran de profesor español. Uno era traducido y otro extranjero, en esa proporción.

MIS *¿Era fácil adquirirlos?*

IC

Sí. A la gente, a mis padres, les oía decir que eran caros, pero a mí nunca me parecieron caros. Porque eran libros encuadernados, en buen papel, en muy buenas condiciones, y además, como casi siempre los libros se mantenían por años —una edición era igual a la siguiente o casi igual, había muy poca diferencia, y las ediciones de un libro duraban dos, tres, cuatro, cinco años—, pues me los compraba usados. De modo que lo primero que hacía uno el día que se iba a inscribir era buscar a los compañeros por allí: “Oye, ¿quién me vende una fisiología? ¿Quién tiene la fisiología de fulanito?” “Mira, por ahí anda uno que la quiere vender”, que no sé qué, “del año anterior.” Y los comprábamos.

MIS *¿Se deshacían los estudiantes normalmente de sus libros de texto?*

IC

Generalmente sí. Había algunos libros muy apreciados. Un buen libro de anatomía, el Testut, no lo vendía casi nadie, había que comprarlo nuevo. Después, libros de patología médica, de patología quirúrgica también. Hoy pasa igual: entre usted en casa de un médico —en casa de un universitario, pero especialmente de un médico— y encontrará todo lleno de

libros. Se compran muchos libros en España, libros de estudio y también de literatura y de otras cosas. Y además los libros se heredan: “Estos libros eran de mi padre, éstos de mi abuelo, éstos de mi bisabuelo”. La gente conserva sus libros y los reencuaderna. La gente compra mucho libro en España, una barbaridad, y en general en Europa. También dan muchas facilidades, por eso, porque la gente compra mucho. De manera que nosotros los estudiantes comprábamos los libros a plazos; y luego, de médicos, igual. Por ejemplo, yo recibía en mi casa los libros que me mandaban de Suecia, de Alemania, de Dinamarca, de Austria, de Inglaterra, de Francia y de Italia, por correo, sin haberlos pedido. Me había mandado el editor: “Yo edito libros de tales y tales materias. En esta tarjeta postal”, que venía hasta franqueada y todo, “dígame cuáles son los temas que le interesan”. Y usted ponía una crucecita y se lo mandaba. Y él le mandaba el libro cuidadosamente embalado en una caja de cartón, ya preparada, y le daba quince días de tiempo para quedárselo o para devolverlo. Si lo devolvía, no había nada que hacer; tenía que poner nada más los timbres del correo —que entonces eran muy baratos— de “impreso certificado”, si lo devolvía antes de quince días. Si no lo devolvía, a los tres meses le mandaban la cuenta: “Estos tres meses se ha quedado con tal y tal libro, me debe ciento setenta y cinco mil liras”. “Muy bien”. Esa era la confianza que tenía la gente y así se vendían los libros. Porque es un anzuelo, es tremendo. Usted recibe un libro y dice: “Pues este libro lo necesito, porque trae datos que un día voy a necesitar”, y como le dan esas facilidades, sabe que lo va a pagar dentro de un mes, de dos, de tres, se espera. Cuando recibe la factura diciendo “me debe tanto”, hace un giro y lo manda y se acabó.

MIS *Doctor, ¿qué me puede hablar del material quirúrgico como estudiante? ¿Tenían que comprar mucho instrumental?*

IC Sí, teníamos que comprar, no mucho pero sí, cada uno tenía el suyo. Además era nuestro orgullo: ¡cómo no íbamos a tener nuestro estetoscopio, nuestros bisturíes, nuestras pinzas y nuestro oftalmoscopio! Nos comprábamos todo lo que podíamos comprar, que fuese útil para la clínica. Nos gustaba llevar el estetoscopio colgado al cuello, en fin, eso era esencial. En cuanto al material quirúrgico de la facultad, estaba bien. Nunca había mucho, nunca había el material que hay en Estados Unidos o lo que hay aquí en México, era una cantidad mucho menor, pero de muy buena calidad, suficiente. Creo que una diferencia muy grande, para mí muy importante, de aquellos tiempos a los actuales, era cómo se cuidaba todo. A mí ahora me parece que éramos ruines,

porque no se tiraba nada, se aprovechaba todo hasta el último momento, todo. Llegaba un paquete con un libro y lo primero que hacía mi madre –nosotros éramos una clase media normal— era deshacer la cuerda, rehacer un paquetito con la cuerda, doblar el papel y guardarlo. Todo eso se guardaba y se usaba: “Mamá ¿tienes una cuerda?” “¿De qué color la quieres, de qué tamaño?”, tenía como sesenta cuerdas [se ríe]. No digo nada en la universidad, imagínese, no se perdía un instrumento. El día que se le caía a un estudiante un bisturí y le rompía la punta, era un disgusto espantoso: “¡Ya has roto el bisturí!, ¡ese bisturí vale ciento cincuenta pesetas!”, que no sé qué. Éramos ruines si usted quiere: no se sacaba un bisturí sin suavizarlo primero, y sin volverlo a suavizar y ponerlo en aceite. Las monjitas los guardaban con todo cuidado, todos esos aparatos se usaban hasta el último momento. Cuando yo fui becado a Alemania, acabábamos de comprar en el Instituto del Cáncer de Madrid unos microscopios binoculares de la casa Zeiss, que fueron siempre los mejores de aquella época, los que tenían mejor óptica y mejor mecánica. Entonces no se miraba más que por un ocular, y el día que miraron con dos oculares y los vio don Abelardo Gallego, uno de mis maestros, dijo: “¡Hombre!, pero si los otros eran para tuertos” [se ríe]. Tenía razón: si tenemos dos ojos, por qué no hicieron un microscopio para dos ojos, no se nos había ocurrido a nadie. Bueno. Pues el Instituto me permitió llevarme mi microscopio, el que me tocaba a mí, a Alemania, iba yo a Berlín a estudiar. Y cuando me vieron entrar con el microscopio, se acercó el profesor y dijo: “¿De dónde ha sacado ese microscopio?” Le digo: “Es el mío, del Instituto del Cáncer en Madrid”. “¿Ese microscopio le han comprado a usted?” Mandó recoger el que me habían sacado a mí, que era muy bueno y que tenía por lo menos setenta y cinco años de edad. ¡Se usaban las cosas con un cuidado! Y funcionaban muy bien, por supuesto. No estaban viejas, estaban bien usadas; al contrario, estaban vivas, estaban cuidadas de trabajar todos los días. No es como ahora que, a mi juicio, claro, tiramos el dinero. Me da espanto ver, por ejemplo, que llega un microscopio al Instituto —como acaba de ocurrir—, por cierto también de Zeiss, para que vea que no han cambiado mucho los tiempos, que ha costado aproximadamente un millón de pesos. Primero: ha costado un millón de pesos porque tiene una serie de accesorios que el médico no necesita para nada, son muy caros. Segundo: como esos accesorios son muy caros y no los necesita para nada, no están completos, se han perdido en el camino. El resultado es que hay un microscopio que han pagado un millón de pesos por él y que además no sirve porque no está completo,

cuando podían haber comprado por cuatrocientos ochenta mil pesos lo que necesitan. Eso no es explicable. Eso entonces eran cinco años de cárcel para alguien; que quién iba a ir a la cárcel, no lo sé [se ríe], si tenía culpa o no, si era el de la aduana, si era el que lo había mandado o el que lo había recibido, pero alguien iba a la cárcel. Eso no pasaba, no se permitía de ninguna manera.

MIS *Doctor, ¿cuánto tiempo estaban en la facultad? ¿Cuándo empezaban las clases prácticas en el hospital?*

38

IC Teníamos un primer año de enseñanza que se llamaba “curso preparatorio para medicina”, que no era de medicina: era física, química, biología, botánica y zoología, cinco materias. Es decir, ciencias, y lo estudiábamos en la Facultad de Ciencias, no en la de Medicina. Después teníamos tres años de enseñanzas preclínicas, donde estudiábamos anatomía y fisiología. Dentro de anatomía se comprendía la histología y la embriología, dentro de fisiología se comprendía la química biológica; pero anatomía y fisiología. Y luego teníamos otros tres años de clínica. Ese era el programa: seis años, tres de preclínicas, tres de clínicas, precedidos por un año de preparatorio.

MIS *¿Qué nos puede hablar de los profesores?*

IC Allí se hilaba muy delgado para ser profesor de universidad, era muy difícil. El primer problema para ser profesor de universidad es que había que ser doctor. Y el doctorado lo hacía muy poca gente, porque era prolongar por lo menos un año la enseñanza. Había que hacerlo después de lo que llamábamos nosotros licenciado en medicina y cirugía, y no se podía hacer más que en Madrid, no se podía hacer en otro sitio. De modo que primero se necesitaba ser doctor. Otra cosa curiosa que se necesitaba, ahora no, para ser catedrático de universidad era ser español; no por nacimiento, podía ser por naturalización, pero español. Lo primero, ser español; segundo, ser doctor; y después, hacer unos ejercicios de oposición de miedo. Porque había siete universidades, así que había, cuando más, catorce profesores de una cátedra en toda España, que entonces tenía treinta millones de habitantes [se ríe]; catedráticos *catedráticos* no había más que esos. Los demás profesores no podían ser profesores más que por cuatro años, prorrogables por otros cuatro. A los cuatro años tenían que presentar lo que habían hecho y solicitar que les dieran la prórroga. Porque ser profesor auxiliar era fácil, se hacía un ejercicio sencillo, no era complicado, pero no duraba más que cuatro años. A los cuatro años se marchaban de profe-

sores, y si querían podían continuar hasta ocho, pero el que a los ocho años no había sido catedrático ya no podía ser profesor de universidad. Teníamos profesores muy buenos. El ser buen profesor, saber enseñar no es nada fácil, y eso no se puede medir ni con una oposición, ni con una computadora, ni con el rayo láser; eso no se sabe más que cuando el profesor se pone a dar las clases. Los profesores se hacían siendo primero auxiliares y luego ya se vería si servían o no servían, porque se les ponía a dar clase. La mayoría no eran malos como profesores, pero sí había algunos francamente malos. Es más, creo que no había ninguna escuela, ninguna universidad, ninguna facultad que no presumiese de tener un profesor malo, porque eso era una especie de adorno. ¿Por qué era malo? Pues porque estaba ya muy viejito y allí no lo jubilaban hasta los sesenta años; si le faltaban cinco años, le aguantaban los cinco años, había mucho respeto en eso. Después, porque salió bruto, son cosas que no se pueden evitar. Luego, por ejemplo, no hay duda de que eran bien preparados; para hacer las oposiciones y pasarlas, se necesitaba una preparación muy grande. Los profesores universitarios estaban muy bien preparados, aunque a veces no fuesen buenos maestros. Eran nada más catorce profesores de patología médica en todo el país. Había unos apuros, ¡uf!, en las oposiciones, recomendaciones y apoyos y líos, porque siempre había, para ocupar una plaza, diez o doce en la puerta [se ríe]. El problema era a cuál de ellos elegir, a sabiendas de que cualquiera de los diez era bueno. De manera que el profesorado universitario era bueno y sigue siéndolo. La gente, para esta categoría del profesor universitario, es muy exigente. Tiene además una categoría tremenda. Es decir, imagínese que estoy yo en un café con mis amigos y de repente entran por ahí unos gamberros, como dicen ellos [se ríe], y arman un escándalo; rompen vidrios y espejos, y arman un escándalo espantoso. Viene la policía y cierra la casa, y se pone un policía ahí en un velador y dice: “A ver, vamos a eliminar. ¿Usted quién es?” “Yo soy fulano”. “Que lo detengan. A ver, ¿usted? Bueno, toma nota de este señor, no puede salir de la ciudad en cuarenta y ocho horas”, etcétera. Llega uno, le enseña su carnet de catedrático y dice: “¡Ah, señor!, pase”, sin más; lo más que le dicen a usted: “¿Tiene algo que declarar, quiere decir algo?” “No, nada, yo estaba aquí tomando café”. “Muy bien”, y ya, se acabó. Ese es el catedrático de universidad. Yo me acuerdo el día que Jesús Maynar —que no era catedrático, era profesor auxiliar— se puso a hacerle bromas a un policía de la secreta; y eso el policía no lo puede tolerar, porque es alguien público. Le dijo Maynar: “A ver, enséñele el huevo frito aquí a mi amigo”.

¡Qué huevo frito!, era su insignia, que la insignia que traían era negra, muy fea, tenía como una yema en el centro y un escudo amarillo, y después unas cosas plateadas alrededor. “¿Cuál es el huevo frito?” “Ese que lleva usted en el saco. ¿Y para qué se llaman ustedes policía secreta si se les ve a la legua, de dónde policía secreta? ¡Todos van igual: todos van de gris, todos llevan bigote, todos van fumando puro, todos llevan sombrero flexible! ¿Para qué se llaman secreta, si se ven en seguida?” Y: “¡A ver, su documentación!” Y el otro empezó a buscarse por todos los sitios hasta que sacó su credencial. Otro, que venía de pareja, ve la credencial, y ve al otro muerto de risa y dice: “Es un naturalista de la universidad [se ríe]. Adiós”. “Hasta luego”. “Ándele, que le vaya bien” [se ríe]. Le toleró eso porque era [se ríe] un naturalista de la universidad y eso cambió todo enormemente.

MIS *¿Qué profesores durante la formación de la escuela lo ayudaron más o tiene más recuerdos?*

IC Bueno, en realidad —claro, eso depende mucho más de mí que de ellos— yo tuve buenos profesores. En el año preparatorio tuve un muy buen profesor, justamente a este Jesús Maynar, que era biólogo, era botánico, y al profesor de química, Rocasolano, que me admitió en su laboratorio. De los cuatro profesores que tenía, porque un profesor nos daba dos materias, ésos dos fueron con los que yo hice contacto y me sirvió de muchísimo, una barbaridad. Luego, en primer año de medicina la catástrofe, nada. El profesor de anatomía era un bendito, pero no nos daba ni la anatomía, ni la disección, ni la histología; estaba mal de la cabeza, era nuestro adorno, precisamente esto que decíamos de broma. Pero en segundo año sí, fisiología y química biológica. Y después, en todas las clínicas Ricardo Lozano, que era cirujano; todos los demás no se podían comparar con él. Y no porque a mí me interesase la cirugía, no me ha interesado nunca, sino por cómo enseñaba. Él sabía enseñar; es decir, de todos los maestros que yo tuve en la carrera, el que sabía enseñar era Ricardo Lozano. Esos fueron mis buenos profesores universitarios. Pero yo aprendí de mi padre que la carrera no se aprende en la facultad, la carrera se aprende trabajando, y entré a trabajar primero en un laboratorio de análisis clínicos.

MIS *¿Al mismo tiempo que la carrera?*

IC Sí, antes de inscribirme en el curso preparatorio; empecé por ahí. “A ver si te gusta medicina”, porque yo tenía dieciséis años. Y me metí a trabajar de aprendiz de brujo, de achichinle, en el laboratorio de aná-

lisis clínicos que acababan de montar unos primos de mi padre que se llamaban José María y Augusto Muniesa, y allí es donde yo empecé a trabajar. Y ellos, en cuanto me vieron que me interesaban los tejidos, los microtomos y los microscopios, me mandaron nada menos que con Pío del Río Hortega, el más brillante discípulo de Cajal. Cajal ya tenía ochenta años. Don Pío del Río Hortega tenía entonces cuarenta y dos o cuarenta y tres, estaba en lo mejor de su vida; le acababan de montar un laboratorio nuevo, precioso, estupendo, y ahí me mandaron a trabajar. Y claro, mi maestro fue Pío del Río Hortega y fueron mis primos los Muniesa, con los que trabajé en toda la carrera haciendo análisis clínicos, esos fueron realmente mis maestros. Y ellos me orientaron y en cuanto acabé la carrera me fui al extranjero. Trabajé con los mejores patólogos de la época, pero con grandísima diferencia, ya que tuve la suerte de que me aceptaran. El primero me equivoqué. Le conocía yo personalmente, me parecía un hombre muy agradable, Caspari se llamaba, trabajaba en Frankfurt del Main, y me fui con él y fue un fracaso, un fracaso de seis meses. Había dicho que iba por un año, pero cuando llegué me dije que me marchaba al día siguiente, porque no trabajaba. Así son las cosas, como en todas partes del mundo.

MIS *¿Por qué se inclinaba más hacia el laboratorio y no a la clínica?*

IC

Porque yo no tengo ningún espíritu de médico; inada, no tengo nada de médico! Yo quería ser ingeniero, porque a mí me ha gustado siempre desde el principio. Tomé clases particulares y para ganar algo de dinero trabajé en una herrería, que no crea usted que es fácil; es decir, yo he hecho forja con martillo, he forjado rejas en una herrería que era de un amigo de mi padre, y con ese poco dinero que me daban poder estudiar ingeniería. Pero, como ya le conté, no era yo de la élite que tenía que entrar en la escuela de ingeniería. Los mandé al diablo y le dije a mi padre: “No sé qué estudiar”. Y mi padre me dijo: “Mira, elige una carrera que puedas estudiar aquí. Tú eres muy cariñoso y muy de estar con nosotros. La familia siempre ha sido muy unida, no te separes tan pronto”. “Pero ¿y qué estudio?” Me dijo: “Oye, estudia medicina. Puedes hacer muchas cosas después de ser médico: puedes hacer medicinas, puedes ser cirujano, puedes ser internista, puedes ser otorrino, puedes ser oculista, puedes ser partero”. Dije: “Bueno, lo que tú digas”. Me agarró y me llevó a casa de sus primos Muniesa y les dijo: “Aquí les traigo a éste, a ver si le gusta la medicina”. Por eso entré antes en el laboratorio que en la universidad y allí me quedé. Pero nunca me gustó la medicina *medicina*. Yo no sé medicina. No sé percutir, ni sé auscultar, ni sé interpretar una radiografía, ni sé hacer un interrogatorio, ni lo

he hecho nunca. No he recetado jamás en mi vida, soy inocente, nunca he firmado una receta. Yo no soy médico. Tengo el título de médico y he aprobado las materias. Yo sé enfermedades, porque estudié la enfermedad en el laboratorio. Sé medicina experimental y sé medicina de autopsia; cuando ya se murió, entro yo.

MIS *Precisamente, ¿en qué año les empezaron a ustedes a enseñar en el cadáver?*

42

IC En el primer año de medicina, es decir cuando teníamos diecisiete de edad. Pero a mí eso no me gustó nunca [se ríe]. Se describe mejor mi modo de ver la medicina en lo que me pasó con los partos. Teníamos que asistir a veinte partos a hacer prácticas. La clase era alterna, cada tercer día, todo el año. La práctica consistía en que cuando había un parto, a la hora que fuese, el interno nos avisaba. Estábamos en lista, porque no podíamos entrar más de seis en cada parto, y el interno tenía los teléfonos para avisarnos. Claro que había no menos de seis partos diarios allí en la Facultad de Medicina.

MIS *¿Allí mismo atendían los partos?*

IC Sí, sí, la Facultad de Medicina tenía su hospital clínico. Eso es algo que aquí no se tiene, ¡cómo puede haber una facultad sin hospital! [se ríe]; primero es el hospital y luego la facultad. En ninguna parte pasa eso más que en México. En cualquier sitio del mundo donde usted vaya, lo primero que hay es un hospital; cuando el hospital funciona bien, se le hace escuela de medicina y el hospital se llama hospital clínico [se ríe]. En fin, es un hospital de enseñanza y tiene que ser un hospital general, y tiene que tener siquiera seiscientas camas y cumplir una serie de condiciones. Pues allí teníamos nuestro hospital clínico; la facultad era un edificio hermoso, se daban clases, había los laboratorios; un jardín inmenso, y detrás el hospital clínico [se ríe]. De manera que estaba yo en mi laboratorio, como siempre, y me llamaron. Me llamó Peñín, me acuerdo, que era un compañero que no sé qué hacía, pero era un tipo extraordinariamente inteligente y buena persona. Yo le quería mucho; muy callado, cosa rara en el español y sobre todo en el aragonés, de pueblo, venía de la sierra, grandote, fuerte, vigoroso, muy moreno, de tez muy oscura. Y este Peñín era el interno, el encargado de organizar las prácticas por el profesor de partos. Como ese día me tocó –Costero, de la c, que generalmente nos ponían por orden alfabético–, me llama: “¡Oye, Costero!, que aquí tenemos un parto, anda, vente para acá”. “Ahí voy”. Dejé todo, me lavé las manos y en cinco minutos

estaba allí. ¡Qué barbaridad! No dejé la carrera entonces porque ya me había metido en el laboratorio, ya estábamos en cuarto año, partos era de cuarto año. Yo no quería estar ahí: me encontré con una pobre criatura —perdone usted que le cuente esto— que no tenía más de dieciséis o diecisiete años, muy guapa para acabarla de amolar [se ríe], desgarrándose a gritos, en una cama vieja, en un salón enladrillado de rojo, todo lleno de polvo, sucio, la pared llena de lamparones, casi sin luz; tenían una lámpara, modesta pero una lámpara quirúrgica. ¡Yo que vi aquella escena...! Y allí, los otros de la práctica y el médico de guardia que estaba atendiendo el parto, contando: “¿Ya fuiste a los toros el domingo pasado?”, que ya viste, que... y la pobre criatura sola allí, dando gritos. Yo me acerqué, naturalmente a su cara [se ríe], aunque estaba patas arriba, y le dije: “¿Qué te pasa?”, en Aragón se llama a todo mundo de tú, eso es hasta lo cariñoso, “¿qué te pasa?” “¡Ay, que no puedo más! ¡Ay!” “¡Mujer, pues qué te ha ocurrido!, a ver”, le limpiaba yo las lágrimas, a mí ni me importaba el parto, me importaba tres pepinos aquello, “¿qué te ha ocurrido?” “¡No!”, que no sé qué, “¡ah bandido!”, decía de repente, “¡si llego yo a saber esto! [se ríe], ¡cómo me engañaste!” Yo me quedé aterrado. Y el otro: “¡Anda, anda, anda, que no eres la primera que tiene un parto, tanto escándalo! ¡Agárrate bien!”, era una cama de hierro de esas antiguas, “¡agárrate bien a los hierros y cuando te duela haz fuerza, que cuanto más fuerza hagas y más te duela, más pronto acabas!” Eso es todo; ni un poco de cloroformo, ni siquiera, qué sé yo, agarrarle la mano, algo. Yo no sabía qué hacer. De repente, apareció un chamacote tremebundo, precioso, patas abajo, es decir cabeza abajo. “¡Ay!”, la otra se puso a sonreír con todas sus lágrimas, de ver al hijo. Conque salí y le dije a Peñín: “Mira, Peñín, hijo mío, ponme las diecinueve faltas de asistencia siguientes porque yo no vuelvo por aquí. Si esto es la medicina, yo no soy médico”. “¡Anda, anda, no seas exagerado!, siempre has sido igual, ¡anda, ya te las pongo, ve y no vuelvas!” No volví. Después no he visto nacer más que a mis cuatro hijos, que eso es diferente. Y he estado en la sala de partos a recoger placentas, pero ya sin ver el parto. Además hoy el parto es completamente distinto, más humano; les enseñan a las mujeres, saben muy bien lo que pasa, dónde va a comparar. Porque aquello era criminal. Yo creía que aquella mujer se iba a desangrar, que se iba a desgarrar, estaba asustado: “¿Esta bestialidad la voy a hacer yo? ¿Decirle ‘aguántate’?, ¿para eso he estado yo aquí?” Una cosa horrible, y eso era para mí la medicina. También me acuerdo de una mujer campesina, veinte años, vígoro-

sa, fuertota, de esas mujeres que cargan cincuenta kilos como nada, vamos. Y llega el interno y dice: “¿Qué, ya le pusiste la inyección?”, se empezaban a poner las inyecciones intramusculares, era la moda; antes todas las inyecciones eran subcutáneas. “No, pues es que no se ha dejado”. “¿Por qué?” “Porque no quiere, no se ha dejado”. “¡Anda, vente conmigo!” Llega a la cama, voy yo con él: “¡A ver, ponte boca abajo!” Estaba renuente. Quita las sábanas, levanta el camisón, de esos camisones de la época, y se encuentra con que la mujer tenía unos calzones que le llegaban por debajo de las rodillas, donde las monjas le habían hecho una ventanita con dos botones en el sitio donde le tenían que poner la inyección. El médico la ve, así... “Bueno, ¿tú crees que no le he visto nunca las nalgas a una mujer?” Ella se vuelve y le dice: “Sí, señor, pero las mías no” [se ríe]. Esa era la época, muy diferente: “Sí, señor, usted habrá visto muchas, pero las mías no”. Y no se las quería enseñar, sencillamente y se acabó el cuento: aragonesa. De modo que no tuvo más remedio que ponerle la inyección por la ventana [se ríe], muy bien hecha; la había hecho la monja, que sabía muy bien el sitio, y estaba muy bien. Bueno, ni modo [se ríe].

MIS *La clínica en la facultad ¿era manejada también por monjas?*

IC Sí. Las enfermeras que nosotros teníamos eran todas Hermanas de la Caridad. Entonces no había escuela de enfermería, no había enfermeras laicas. La gente no quería tratar con enfermos. Tenía miedo al contagio, se angustiaba de ver sufrir al enfermo, no tenían coraje para clavarle una inyección; no había ambiente para eso. Y eso lo hacían, por sacrificarse por Dios, las Hermanas de la Caridad que se llamaban así, entraban para eso. Así que era una colección de monjas sacadas de una congregación religiosa, pero en realidad eran enfermeras, y muy buenas, porque tenían la ventaja de que estaban día y noche allí, no se movían para nada, no tenían más interés que el enfermo.

MIS *¿Y a ese hospital podía asistir cualquier tipo de persona o era gente humilde?*

IC Era gratuito; en ese hospital no se le podía cobrar a nadie. Nadie podía cobrar allí: ni el médico, ni los enfermeros, ni las enfermeras, ni las monjas (claro, las monjas menos todavía). Allí no se podía cobrar nada. Se les daba hasta las medicinas. Lo mantenía el gobierno, casi siempre en combinación con el ayuntamiento, como decimos aquí, el departamento central, en fin, a veces donativos particulares, ayudaba gente, pero el enfermo nunca pagaba. Era siempre gente humilde. La

gente que podía pagar se sentía mal allí, no porque no le trataran bien, no porque no fuese lujoso, que no era lujoso: era modesto y limpio. El hospital clínico era mejor que el hospital provincial, el hospital municipal. El gobierno tenía obligación de tener un hospital gratuito y ese sí a veces estaba cochino, los médicos no eran buenos en general, se robaban los enfermos sus cosas... Ahí en esos hospitales abandonaban a los enfermos, no les hacían caso sinceramente. El hospital *hospital* al que iba la gente, la gente que no tenía dinero, la gente pobre, era el hospital gratuito de gobierno, que lo hacía el ayuntamiento y se llamaba hospital provincial porque cada provincia tenía uno. Era muy grande ese hospital, tal vez tenía dos mil camas. En cambio el hospital clínico era un hospital chico, tenía generalmente seiscientas camas máximo, y estaba muy bien organizado: teníamos catedráticos para la enseñanza, gente muy bien preparada, muy buenos cirujanos.

45

MIS *¿Había todo tipo de especialidades?*

IC Todo tipo, por eso era un hospital clínico, porque tenía que ver todas las enfermedades. Estaba muy bien el hospital, sobre todo porque era limpio. Allí cada vez que se marchaba un enfermo, o si había estado quince días y se había muerto, pintaban la cama. Lo tenían bien. Pero creo que a la gente que tenía algún dinero le parecía mal abusar del hospital gratuito. Ni podía irse cualquiera a ese hospital, porque la primera condición para entrar un enfermo era que tuviera interés para la enseñanza, o ser un caso muy difícil. Esas eran las razones. La primera era ser útil para la enseñanza. Es decir, tenían una muy grande consulta pública; la consulta pública era completamente abierta, podía ir quien quisiera, rico o pobre, tampoco se cobraba nada. Pero ingresar como enfermo dentro del hospital, tener una cama, eso lo tenía que decir el catedrático, y en la boleta que lo inscribía dándole entrada decía: “Se le admite por ser útil a la enseñanza”. Y claro, procuraba elegir los enfermos que estaba estudiando entonces, lo que estaba explicando. Si estaba explicando tuberculosis aceptaba tuberculosis, si estaba explicando sífilis aceptaba sífilis. Ese es el tipo de gente que entraba al hospital clínico.

MIS *¿Qué otros hospitales existían en Zaragoza en sus tiempos de estudiante?*

IC Pues había, ya digo, el provincial. Después había un hospital de ginecología y obstetricia, para la mujer, se llamaba así, enfermedades de la mujer. Después había un leproario chiquito, muy bueno por cierto, unos pocos leprosos, y como había pocos estaban muy bien instalados. Después, había varios hospitales infantiles, generalmente organizados

y costeados por entidades religiosas. En realidad no los mantenían las monjas, sino que sacaban el dinero a los feligreses, a las gentes, pero ellas eran las que se encargaban y llevaban las cuentas y todo, y administraban el hospital. Había también uno de traumatología.

MIS *¿Y los estudiantes solamente asistían al de la universidad?*

IC Podían asistir a todos. Muchos médicos de los otros hospitales se sentían orgullosos de que cinco, seis, ocho estudiantes fuesen a diario a tomar clase con ellos. Daban clase especial, aparte; no servía para los exámenes ni para nada, era nada más enseñarles. Decían: “No, sí, sí, yo tengo seis estudiantes de medicina que trabajan conmigo”, eso para ellos era un orgullo. Pero tenían muy pocos estudiantes. Porque las clases estaban organizadas con los enfermos, que se llevaban al aula y se presentaban y se operaban, y veíamos operar y veíamos el curso posoperatorio y lo podíamos seguir completo porque estaban en el hospital clínico.

46

MIS *Usted siempre se inclinaba más hacia el laboratorio, ¿pero tenía que cumplir con los requisitos de todos?*

IC ¡Ah, sí, sí!, yo siempre he sido muy cumplido. Fíjese, mi carácter siempre ha sido, en ese sentido, muy peculiar. Yo siempre he hecho lo que me han mandado; lo que he podido, lo he hecho. Si me ha parecido mal y he visto oportunidad de decirlo, lo he dicho; no he protestado, simplemente he dicho: “Mire, esto le veo yo este inconveniente”. Y si me han dicho: “¡Ah!, pues sí, tiene razón”, bien; y si me han dicho: “¡ah, no, no!””, no le sigo. De modo que he sido muy disciplinado. Jamás me ha gustado perder más que las diecinueve clases de parto, son las únicas que perdí definitivamente; eso no, hasta aquí no he llegado. Lo demás sí: cuando me tocaba entrar en la sala de operaciones, entraba; cuando me tocó anestesiarse, anestesié; cuando me tocó ayudar, ayudé, hice las cosas sin ningún inconveniente. En la sala de disección hice las disecciones que me tocaron, ni una más por supuesto pero hice las que me tocaron. En cambio en el laboratorio me pasaba casi todo el día. Entraba a las ocho de la mañana, a veces a las siete menos cuarto que empezaba una clase en la Facultad de Medicina, y salía a las ocho de la noche.

MIS *¿Y su padre seguía costeándole la carrera?*

IC Sí, sí. Era muy barata. Él me daba una cantidad. Los libros eran lo más caro, y como me puse a trabajar en casa de mis primos y ellos tenían una estupenda biblioteca, como era lo común, empecé a estudiar en sus libros.

MIS *¿Recibió algún dinero por sus servicios?*

IC No, nunca les quise cobrar, me pareció injusto. Pero ellos eran muy generosos, me hacían muchos regalos: libros, instrumental que necesitaba: “¡No, hombre, no compres eso, espérate!” y traían ahí las cosas. De manera que eran muy generosos, muy buenos muchachos, y se portaron muy bien conmigo, me llevaron con don Pío, me ayudaron siempre que pudieron. A lo mejor me decían: “Toma cien pesetas y vete este fin de semana al teatro con tu novia”, muy amables. Además yo tampoco podía estar horas fijas; primero eran las clases y después trabajar con ellos. Por eso nunca les cobré.

MIS *¿Al terminar la carrera tuvo que hacer alguna tesis, aparte de examen profesional? ¿Cómo funcionaba esto?*

IC No había tesis, había un examen profesional. El examen profesional consistía en un examen escrito y un examen oral, pero era formulario. No se preparaba, pasábamos todos; nunca se reprobó a nadie en el examen profesional. Era una costumbre que quedó de la Edad Media y que se seguía haciendo por el hecho de que iban los papás y los hermanos, y la novia y los amigos, ahí [aplausos] a aplaudirle a uno, en fin, un acto de tipo social más que de tipo científico. Nadie se preocupaba por eso. Lo que se necesitaba era hacerlo, le daban a uno una boleta y con la boleta iba a sacar su título [se ríe], que es lo que requería para ejercer la carrera. Lo que sí hacíamos después era el doctorado, que eso sí era difícil. Para el doctorado había que ir a Madrid, con el título ya de médico, a inscribirse en la universidad, asistir y aprobar por lo menos cuatro de como treinta materias, de las cuales no era obligatoria más que la Historia de la Medicina. Las demás usted podía elegir las que quisiera, eran muchas materias. Y después, ahí sí, presentar una tesis doctoral, que eso era lo difícil. El aprobar las cuatro materias era coser y cantar, el problema era hacer la tesis. Porque había que entrar en una clínica, en un laboratorio, que no lo podía uno hacer en su casa; y tenía que ser aceptado y trabajar por lo menos un año. A veces cinco años le costaba a uno hacer la tesis. Y luego había que presentarla ante un jurado de cinco personas, que le hacían muchas preguntas, era un examen duro.

47

MIS *¿Había servicio social? ¿Existía el internado?*

IC Lo que había era internado. Para el internado había un número muy pequeño de plazas de internos; cada laboratorio tenía entre dos y seis plazas de interno y cada clínica entre dos y seis plazas. De modo que, como teníamos dieciséis materias, había dieciséis por seis internos, no

había más, y éramos doscientos por curso. Esas plazas se obtenían por oposición también; se anunciaban, se hacía un ejercicio, se hacía un escrito y se ganaban por oposición. Y se cobraba; una cantidad pequeña, pero le pagaban a uno, y tenía obligación, total y absolutamente, de asistir como ayudante todo el resto de la carrera, desde que se entraba, que las oposiciones se hacían al acabar el segundo año, es decir cuatro años: tercero, cuarto, quinto y sexto. Esa plaza, si no lo echaban a uno por alguna barbaridad, o se moría o le pasaba algo grave, le duraba hasta el final de la carrera. Y se acababa cuando le daban el título, ese día perdía el puesto automáticamente.

MIS
IC

¿Los exámenes cómo eran?, los exámenes finales de cada curso.

48

En general no había examen. Teníamos dos tipos de enseñanza: uno que es el que funcionaba, se llamaba enseñanza oficial, y otra que se llamaba enseñanza libre, que era teórica. La enseñanza oficial consistía en que usted se inscribía durante la segunda quincena de septiembre. El día 1º de octubre iba a la sesión de apertura y se estaba hasta el 30 de mayo que se acababan los exámenes oficiales. Si aprobaba oficialmente y no le dejaban para septiembre que se decía allí, para extraordinarios, ya había acabado el curso y tenía sus vacaciones; le daban de vacaciones junio, julio, agosto y septiembre, cuatro meses enteros. Ese era el curso. Y si uno iba a clase a diario, como era lo natural, y asistía a las prácticas y tenía uno sus cosas hechas, no le examinaban; simplemente le decían: “Señor Costero, por el curso tiene usted aquí...”, le calificaban a uno todo el trabajo que hacía, “en la clase le hemos preguntado seis veces; en las prácticas, las veinte prácticas las ha hecho, cada una tiene aquí la calificación. Tiene un promedio de ocho, ¿se conforma?” Decía uno: “Sí, maestro”, le daban a uno su ocho. Se podía decir *no*, pero había que examinarse y lo mismo se podía aprobar que reprobado, de manera que nadie se arriesgaba, era muy raro que nos arriesgáramos. Y eso era todo. En cambio, la enseñanza libre consistía en que uno se podía examinar sin haber asistido nunca a clase. Pero entonces sí se tenía que examinar. Y se examinaba no sólo con el maestro, sino con un jurado de cinco personas; era muy duro y pocos lo hacían. Eso pasaba en casos muy excepcionales, por ejemplo, como teníamos siempre peleas con los moros, pues que se lo llevaban a uno tres o cuatro meses a África a tirar tiros a los moros, y cuando volvía había perdido el derecho. Porque cuando se tenían diez faltas ya no podía uno pasar sin examen, tenía uno que no tener faltas. Y lo examinaban, pero en fin, se daban cuenta de su situación y era un examen, diríamos, tolerable.

MIS *¿Si se les atravesaba el servicio militar se les interrumpía la carrera?*
IC No, eso estaba perfectamente bien organizadito; no íbamos más que a pasar lista y a hacer guardia. De modo que a las ocho de la noche teníamos que ir al cuartel a decir: “¡Presente!” o darle cinco pesetas a un amigo para que gritase “presente”, esas eran las dos posibilidades, porque por menos de cinco pesetas no iba nadie [se ríe].

MIS *Pero había preferencia para los que estudiaban una carrera.*
IC Sí, sí, los que estábamos en la universidad y que éramos lo que se llamaba alumnos de cuota, habíamos pagado tres mil pesetas al gobierno para que nos enseñasen en las vacaciones la instrucción. Los cuatro meses de vacaciones los pasábamos en el cuartel y nos enseñaban todo, y el resto del año no hacíamos más que ir a las ocho a pasar lista: “¡Presente, presente, presente!”, ya. Y el día que le tocaba a uno guardia, cada doce, quince días, tenía que dormir en el cuartel, ese era el problema. Porque teníamos que estar tres años; después se redujeron a dos, pero antes eran tres años.

MIS *Muy bien. Entonces ya se recibe, obtiene el título ¿y hacia qué se orienta? Bueno, hacia el laboratorio.*

IC A mí me pasó lo siguiente. Porque lo primero que hacíamos cuando íbamos vestidos de soldado era presentarnos al profesor: “Mire, profesor, algún día que yo no pueda venir a clase...” “¡Ah, sí, sí!”. Nos ponía *soldado* y con eso ya, si no queríamos ir no íbamos [se ríe] porque nos había dado permiso el profesor. Porque allí eran muy exigentes con la asistencia a clases, esto era fundamental. Generalmente teníamos nuestros sitios numerados, para no tener que pasar lista, y el ayudante del profesor ponía falta a todos los números que no estaban tapados con la espalda del estudiante. Se hacía así para no perder el tiempo, que eran clases de una hora, en nombrar todos los días a doscientos muchachos. De modo que uno necesitaba, si el mío era el catorce, tapar bien el catorce para que no me pusieran falta. También mandábamos a otro, un compañero: “Oye, mira, por favor tápame el diecisiete de esta clase”, se sentaba uno allí en su lugar. Pero lo hacíamos muy poco, porque no éramos tramposos. Lo que ocurrió fue que yo no terminé la carrera en Zaragoza, me fui a acabarla a Madrid. Pero murió mi padre, repentinamente, en ocho días se murió. Me acababa yo de inscribir en el sexto año, ya habíamos empezado el curso. Mi padre murió precisamente en octubre, llevábamos unos días de clase. Ahí me encontré con que era cabeza de familia: tenía yo cuatro hermanos y mi madre, y mi padre se quedó con deuda. La primera visita que recibimos fue de un juez a hacernos un embargo

provisional de la casa, porque mi padre debía un dinero y mi madre no sabía; que era cualquier cosa, muy poco dinero. Era tan poco dinero que me enojé con el señor a quien se le debía y le dije: “Hombre, nosotros somos gente muy modesta, pero lo menos que podía haber hecho es habérmelo dicho antes. ¿Por qué me manda usted un juez? ¡Es absurdo, no tiene pies ni cabeza! Si hubiesen sido seis millones de pesetas, pues sí, ya me podía mandar al juez y a la cárcel, porque yo no se los puedo pagar. ¡Pero son quinientas pesetas, alma mía! No las tengo, pero va a ver lo que me cuesta tenerlas”. Y agarré el teléfono, llamé a Madrid a don Pío del Río Hortega, mi maestro, que lo conocía desde que mis primos me mandaron con él al acabar el segundo año, y le dije: “Don Pío, mire, se acaba de morir mi padre”. Dice: “¡Hombre, cuánto lo siento!”, él sabía que yo me acababa de casar, “¿y qué pasa?” Le digo: “Mire, que tengo aquí un juez que me pide quinientas pesetas que debía mi padre, ¿quiere hacer el favor de fiármelas?” “Sí, hombre, cómo no, ahí se las mando”. Dos horas después tenía yo las quinientas pesetas en giros telegráficos, que eran como ahora quinientos pesos de aquí [se ríe] me imagino yo, una cantidad imposible de recoger por modesto que uno sea. Conque murió mi padre y, claro, lo primero que dijo don Pío: “¿Y qué va a hacer?” “Pues no sé, tengo que trabajar. ¿Me podría usted aceptar en su laboratorio?” Él me dijo: “Renuncie a la matrícula oficial, trasládela para no pagar más dinero” a lo que llamábamos matrícula libre, “no cambie de universidad, no merece la pena; son los mismos maestros, ahí le conocen ya todos, no tiene caso, y véngase aquí a trabajar”. Y me fui a Madrid. Don Pío me dio trabajo, primero en su laboratorio y después en el Instituto del Cáncer, donde él era director de investigaciones. De manera que yo trabajaba en las mañanas en el Instituto del Cáncer y en las tardes en su laboratorio de la Junta de Ampliación de Estudios.

LA ESCUELA DE HISTOLOGÍA ESPAÑOLA

**MIS
IC**

Doctor, ¿qué nos podría decir de don Pío del Río Hortega?

Don Pío del Río Hortega era uno de los hermanos menores de una familia numerosa. Yo no conocí a los padres, habían ya muerto, conocí a los hermanos. Eran, que me acuerde yo, tres hermanos varones y tres hermanas mujeres. Los varones, uno era farmacéutico en Valladolid. El otro era médico, pero estaba en un pueblito de la provincia de Valladolid. Y las hermanas, una era casada y con bastantes hijos, y que por cierto la vi yo la última vez que estuve en España hace cuatro años; otra era viuda, sin hijos, y otra soltera. Él vivía con la soltera y con la viuda, y, como decía siempre don Abelardo Gallego, con todas las ventajas del casado y sin ninguno de los inconvenientes [se ríe]. Las dos hermanas y don Pío vivían en un piso, segundo o tercero, en una de las calles céntricas de Madrid. Y vivían muy acomodadamente; era gente no rica en el sentido de multimillonarios, pero gente acomodada. Habían heredado de los padres, tenían campos y cosas, y vivían bien. Vestían muy bien, era gente muy fina, muy educada. Don Pío era un hombre extraordinario. Era bajito, no pesaría sesenta kilos, de frente muy ancha, de manos muy delicadas y una sensibilidad de artista. Usted a veces lo veía y hablaba con él, y se expresaba sobre un escritor, un escultor, un poeta; era un artista, tenía sentimientos artísticos, estéticos muy desarrollados. Era muy corto de vista, usaba gafas, miope. Y siempre estaba haciendo algo, no podía tener las manos quietas; tenía unas manos muy ágiles y estaba continuamente haciendo algo con las manos. Quizá por eso fue un buen técnico en histología. Trabajó mucha técnica, hizo técnicas propias que poca gente las puede hacer, porque son muy sofisticadas como le

dicen ahora, muy complejas, muy delicadas. Tenía una habilidad especial para manejar objetos con las manos. Era muy sensitivo; se enojaba por cualquier cosa y por las mismas razones se desenojaba. En fin, de una educación superlativamente elevada aun para mexicano [se ríe], porque era muy educado, no tenía nada de español, era un caballero. Tremendamente trabajador, no dormía; es decir, dormía cinco horas al día, se acostaba tarde y se levantaba muy temprano. A las siete de la mañana que le fui a buscar yo una temporada para ir juntos al Hospital General, ya estaba no sólo vestido de punta en blanco sino que ya había ido el peluquero que iba todos los días a repararle el pelo y a afeitarse. No se afeitaba; todavía no había llegado la época de afeitado con navaja y jabón, y se había acostumbrado a que le afeitasen. Tenía un cuarto de baño muy grande —en aquella época los cuartos de baño se pusieron en lo que se hizo primero para otra habitación, eran tan grandes como un dormitorio o una sala—, muy bien iluminado, y allí había una silla de peluquero en la que todas las mañanas le afeitaban la barba y le recortaban el pelo, el bigote y todo. Iba siempre muy pulcro y muy bien vestido. Siempre de casimir inglés, cuando en España, en aquella época y como ahora, es carísimo el casimir inglés (no sé por qué es tan caro, si viene de tan cerca [se ríe]). A las siete de la mañana salía de su casa y se iba al Hospital General, era jefe del departamento de patología. Estaba allí como hasta la una y a esa hora se marchaba a su casa a comer con sus hermanas. A las dos y media o dos y cuarto se iba al café Miyares, que era un café que estaba en un semisótano, en la calle de Alcalá, casi enfrente de El Retiro, y allí se reunía con su peña, era la cabeza de una famosa peña madrileña. Se reunían una docena de personas, de las cuales siempre faltaba alguno, normalmente estaban seis u ocho. Y él tenía un interés tremendo en que yo fuese a la peña con él a platicar ese rato, porque era un rato realmente de amistad. No se hablaba de ciencia; se hablaba de política, de pintura, de escritura, del tiempo, de viajes, en fin, de cualquier tema. Estas tertulias de Madrid eran realmente maravillosas, en general en España en cualquier sitio, porque se aprendía muchísimo, se oían cosas de expertos. Si había un señor que era contador y de repente se hablaba de finanzas, explicaba las finanzas; y salía un político y hablaba de política, y hablaba un ingeniero, en fin. Aquello era muy simpático. Estábamos muy poco tiempo, treinta minutos. Nos sentábamos a las dos y cuarto, dos y media, nos servían nuestro cafecito negro, nos tomábamos nuestro cafecito negro, empezábamos nuestra conversación y ya, a las tres, nos íbamos. Eso era diario, diario, menos los domingos; todos los días. Y de ahí nos

íbamos juntos al laboratorio de la Residencia, donde trabajábamos. La Residencia de Estudiantes dependía de la Junta para Ampliación de Estudios, del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, que era la Secretaría de Educación que le decimos aquí. En la planta baja de la Residencia, donde vivían los estudiantes, pusieron laboratorios, y allí tenía don Pío un laboratorio. Junto a él trabajaban Negrín, en fisiología, y otros cuatro o cinco investigadores; a Negrín lo recuerdo mucho porque era muy amigo.

MIS *¿El político?*

IC

El político, sí. Él era del Partido Socialista y nunca se había metido en política, pero cuando la guerra, llegó a ser presidente del Consejo de Ministros de España. Don Juan Negrín era un hombre muy inteligente. Y con frecuencia, una vez al mes, comíamos juntos. Nos íbamos al centro de Madrid a un café, no restorán sino generalmente café; íbamos a un café, allí comíamos pollo o paella, lo que fuera. Era muy agradable, lo pasábamos muy bien. Don Juan era un hombre muy culto, cultísimo. Estaba casado con rusa y él hablaba alemán, francés, inglés, muchos idiomas, era un políglota magnífico. Ese era el vecino más conspicuo. De allí salió también el actual Premio Nobel de medicina y que está en Nueva York, Severo Ochoa, trabajaba con Negrín en aquella época. Ochoa hacía pareja con el doctor Valdecasas, que también ha estado aquí en México muchos años; son dos hermanos, uno de ellos era médico fisiólogo y trabajaba también con Negrín.³ Ochoa y Valdecasas publicaron muchos trabajos juntos, por eso recuerdo sus apellidos. Después, don Pío era un hombre soltero, y la soltería de don Pío era intangible. Cuando yo lo conocí tendría cincuenta años. Era un hombre muy atractivo y las señoras lo adoraban, porque era un hombre muy educado, muy fino, de mentalidad muy ágil y una conversación muy agradable, que había leído y estudiado mucho y sabía muchas cosas. Pero nunca se casó. Dijeron en Valladolid, que eran muy chismosos, que tuvo una novia de estudiante y que cuando se iban a casar murió, tuberculosa, pero nunca supe si eso fue cierto. Él había nacido cerca de Valladolid, en un pueblito que está a veinte kilómetros, en la carretera principal que da acceso a la ciudad y que se llama por eso Portillo de Valladolid, un pueblo grande, agrícola. El padre de don Pío era prácticamente el dueño de Portillo y sus alrededores desde tiempos feudales [se ríe] y tenía un castillo donde estuvo encerrado, preso,

53

³ Se refiere a los hermanos José María y Francisco García Valdecasas Santamaría. Fue José María quien trabajó con Juan Negrín en la Residencia de Estudiantes de Madrid.

don Álvaro de Luna, estaba allí en las celdas. Ese castillo lo heredó don Pío y cuando murió lo dejó en el testamento a la Universidad de Valladolid. Hubo el proyecto de enterrarle allí en el castillo, pero nunca se cumplió, no sé por qué. De manera que él era de Portillo. Desde que entró en la Facultad de Medicina se quedó en el laboratorio de histología, que era materia de primer año, con el profesor López García, que era muy distinguido; yo lo conocí ya catedrático, fue el catedrático al que yo sustituí, y don Pío me llevó a su casa a presentarme. López García era discípulo de Ranvier, un famosísimo histólogo francés, quizá el más famoso de su época. Y don Pío le tomó cariño al laboratorio y a la investigación. Cuando acabó la carrera, se fue a su pueblo y abrió consultorio. Pero en seguida se puso a hacer experimentos, como se hacían: “Pues a ver si dándoles esto a lo mejor, si dándoles lo otro...” Y el alcalde le dijo: “Mira, Pío, hijo, vente a Valladolid”, dijo: “¡qué ocurrencia!” [se ríe]. Porque evidentemente el clínico más inexperto y joven no se podía poner a hacer investigación clínica en Portillo de Valladolid [se ríe]: no tenía hospital, no tenía nada. Se fue a la universidad y su maestro, López García, lo mandó a Madrid con don Santiago Ramón y Cajal. Cajal ya estaba grande, era mucho mayor que él, y lo puso con Nicolás Achúcarro. Achúcarro era uno de sus discípulos más brillantes, muy joven. Y murió muy joven; tuvo una enfermedad maligna y murió muy joven. Y don Pío se quedó solo. Un hombre tímido, de una timidez muy peculiar, muy especial. Muy sensitivo de hecho; cualquier cosa le parecía que era molesta u ofensiva, o inadecuada y no la toleraba. Se ponía nervioso; era un hombre muy nervioso, muy difícil de manejar de pronto. A mí me tomó un gran cariño y yo me llevé con él perfectísimamente bien; fue como mi segundo padre, yo tenía veinticinco años. Estuvimos juntos, en contacto continuo, y nunca tuvimos ningún pleito, le entendía muy bien yo. Pero la gente no le entendía muy bien y decían que era un hombre antipático y pesado, y eso le trajo muchos disgustos porque el pobre se lo tomaba en serio. Yo le decía [se ríe]: “¡No les haga usted caso!” Por ejemplo, había quien le traducía su nombre al alemán y no le llamaba del *Río* sino *von Fluss* [se ríe]: “¡Von Fluss!” [se ríe] ¡y salía don Pío furioso! Se quedaba aquí a trabajar hasta muy tarde y bajábamos juntos a La Castellana. Él se marchaba en el tranvía ocho a su casa, y yo cruzaba porque vivía al otro lado de La Castellana con mi madre y mis hermanos. De manera que lo traté muchos años y fue un hombre extraordinario. Lo extraordinario era la capacidad que él tenía para adivinar las cosas, que es la gran capacidad del investigador. A don Pío le daban un problema, o se le planteaba un pro-

blema en el trabajo que estaba haciendo: “¿Qué es esto?”, lo miraba y decía: “¡ah!”, daba un diagnóstico. Si lo conocía, ya no lo volvía a mirar, no le interesaba. En cambio cuando tropezaba con algo que no sabía lo que era, no lo soltaba, estaba años detrás de eso; ese es, creo, el carácter del investigador. Y le sobran méritos. Una de las razones por las cuales yo desprecio al Premio Nobel es precisamente por eso, porque no se lo dieron a don Pío, ni se lo dieron a Alfonso Reyes. ¡Hombre, pues si éstos son los que...! Alfonso Reyes es el hombre que mejor ha escrito el castellano en este siglo, ¡pero con grandísima diferencia! Y don Pío descubrió dos especies celulares nuevas dentro del sistema nervioso: la microglía y la oligodendroglía (los nombres están muy difíciles). Y las describió magistralmente, nadie le ha sobrepasado. Han ido al revés: ahora están publicando los japoneses unos trabajos sobre microglía que si los revisa don Pío se troncharía de risa, tienen unas barbaridades horrendas. Don Pío era un hombre extraordinario. Era ágil para interpretar, sabía interpretar muy bien. De un pequeño detalle sacaba consecuencias que en seguida comprobaba, era muy hábil.

MIS *¿Usted conoció a Santiago Ramón y Cajal?*

IC Sí, sí. Vamos, hablé con él media docena de veces, en total no llegaría ni a un centenar de palabras. Era un señor ya mayor, había ya cumplido ochenta años, de modo que para mí, imagínese. Y además don Santiago, siempre como buen aragonés, era un hombre hosco, no resultaba fácil hacer amistad con él, sobre todo debido a la enorme diferencia de edad que había entre nosotros. Era un hombre educado y naturalmente si se le saludaba contestaba, fino, pero ¡qué le iba yo a decir a don Santiago! ¡Y él qué me iba a notar a mí! Me vio, seguramente. Pero sí, estuve ahí. Porque trabajábamos, como digo, en el laboratorio de don Pío, que estaba en la Residencia de Estudiantes, en el Hipódromo, al final de lo que entonces era La Castellana. Donde hay unos campos de fútbol, por ahí cerca, por esa zona, donde está el Museo de Historia Natural, eso está igual. Detrás del museo aún está la calle del Pinar. Cuando estuve yo ahora lo retraté, está todavía el edificio, el laboratorio, es decir el sitio.

MIS *Ya no es laboratorio.*

IC No, está como trastera, lo tienen allí para guardar muebles viejos y no sé qué. Lo vi a través de los cristales de la ventana. Allí está el edificio de la calle del Pinar. Y don Santiago vivía en la calle de Velasco, al lado de Atocha, que allí era donde él tenía la biblioteca, la mejor biblioteca que existía del sistema nervioso en el mundo. Íbamos allí a consultar

los libros y las revistas, y además nuestro laboratorio, pues hombre, estaba bajo la supervisión del laboratorio de don Santiago. Don Santiago era el presidente de la Junta. De manera que íbamos con frecuencia, y se le veía pasar y hablar con los demás, saludaba, en fin, hacía algún comentario. Así es como lo conocí yo a don Santiago, ya muy grande. Estuve con él, pero no se puede decir que tuve trato.

MIS *En la universidad ¿usted sintió que hubo alguna rivalidad entre escuelas?*

56

IC No, no. En mi época de estudiante había competencia entre los médicos, y la competencia no siempre era muy leal. Consistía en pullas contra los competidores, bromas, generalmente un poco mordaces pero no hirientes. Por ejemplo, un maestro nos dijo una vez en clase, no me acuerdo qué maestro ni de qué estaba hablando, pero nos dijo: “Esta enfermedad no da más que disgustos al médico. Porque el enfermo no se siente enfermo, y el enfermo se muere. Y es un problema hablar, porque uno ve entrar el enfermo joven, vigoroso, normal y sabe que en tres meses se va a morir. Ya lo sabe desde que lo ve entrar, pero viene tan contento que no le puede decir: ‘Se va a morir dentro de tres meses y no puedo hacer nada por usted’. No, esos enfermos hay que mandárselos siempre al competidor, decirle: ‘mire, yo de esto sé poco, el que sabe mucho es fulanito’ y se lo mandamos” [se ríe]. Esta sí era una manera muy natural de hacerle la guerra al competidor, mandarles los enfermos difíciles [se ríe]. Ponerles motes medio injuriosos, esto era muy común, en la provincia sobre todo, pero en Madrid también. A un profesor que había muy gordito, redondito, le llamaban *Michélin* [se ríe], por el muñeco ese. A Augusto Muniés, que tenía una cabeza verdaderamente descomunal, muy grande, un hombre muy inteligente, brillante, le decían el *Cazapiojos* [se ríe]. Eran hechos triviales y en cierto modo la gente ni se molestaba siquiera. Todo el mundo tenía su apodo y hasta resultaba un poco despectivo que no tuviesen confianza para llamarles a los demás por su apodo, era natural (no delante de él, claro). Pero rivalidad no. Sobre todo lo que quería el médico era no perder su prestigio. El médico en aquella época no se podía equivocar y defendía su verdad a capa y espada, y de eso se podrían contar centenares de anécdotas. Pero de ahí no pasaba. No había lo que se dice escuelas *escuelas*. Había la de Marañón y la de Jiménez Díaz, ésas sí eran escuelas, eran dos grupos clínicos, profesores muy distinguidos, muy bien preparados, más o menos de la misma edad. Y pues sí, había pullas y cierta pugna entre ellos, pero nunca llegaban las cosas a mayores. Se trataban muy bien, hacían reuniones juntos, no tenía mayor trascendencia eso.

MIS *Ya que habla de Marañón ¿usted lo conoció?*

IC Sí, a don Gregorio sí, con él trabajé varios años. Me nombró patólogo de su clínica por consejo de don Pío y yo iba todas las semanas a sus sesiones clínicas a discutir patología de casos que se presentaban. Se portó muy bien conmigo, muy familiar, en fin, me trató con gran cordialidad. Marañón era un hombre muy cordial y muy hábil digamos, muy buen político. A pesar de que tenía muchos envidiosos, no tenía enemigos porque era muy dadivoso, muy generoso. Y muy inteligente. Don Gregorio Marañón era una persona completamente extraordinaria.

MIS *Ahora, y para seguir cronológicamente, ¿nos puede hablar de su gestión como médico, pero ya de su trabajo profesional, ya en sí cuando termina, qué es lo que implica hacerse médico?*

IC Mi gran cambio, el único que tuve en la enseñanza, enorme, un cambio que lo recuerdo como saltar un abismo, como tirarse de cabeza por un precipicio, fue al acabar el bachillerato. Cuando pasé del colegio privado donde preparábamos las clases, y del Instituto General y Técnico donde nos explicaban las cátedras en las mañanas, a la universidad, ese fue para mí un cambio bárbaro, tremendo. Yo no entendía nada, como si hubiese cambiado de planeta: ni los maestros, ni las explicaciones, ni los alumnos, ni el medio; todo para mí era completamente diferente. Como hice aquellas oposiciones para telegrafista, perdí ahí un año y cambié de grupo, no había compañeros de bachillerato míos en mi grupo; me encontré solo, fue un cambio tremendo y me costó mucho esfuerzo. Recuerdo que pasé muchos meses, no sé cuántos, luchando contra algo que me parecía imposible de vencer: que yo no podría aprender medicina. Porque además me metí, como le expliqué a usted, en medicina, sin gustarme la medicina; a mí no me interesaba ser médico. De modo que pasé una época difícilísima, muy difícil. En eso me ayudaron mucho mis primos José María y Augusto Muniesa, en cuyo laboratorio de análisis clínicos entré a trabajar. Allí empecé a hablar con médicos jóvenes, a escucharles su conversación, a tomar confianza con ellos, a hacerles preguntas. Tenían una buena biblioteca mis primos, me compraban libros, y fui entrando en medicina por ese procedimiento tan cómodo, tan amoroso, tan familiar. Además, viendo las cosas: el bacilo de Koch ahí está teñido; este enfermo le pasó tal, aquí está la orina y tiene albúmina, en fin, vi la medicina, la viví desde el principio. De manera que yo empecé a ser médico antes de entrar en la facultad [se ríe]. En la Facultad de Medicina yo me sentía siempre por encima de mis compañeros porque entré sabiendo más que

57

ellos, porque venía de un sitio donde se ejercía la medicina y se hablaba de medicina todo el santo día; yo empecé la medicina muy pronto. Y luego, al llegar como le digo al tercer año y ver mis primos que me interesaba tanto por el microscopio y por las preparaciones microscópicas de los tumores que les llevaban y de los tejidos, y que me llevaba fragmentos de los perros de fisiología y de los gatos de farmacología para hacer cortes y teñir, me mandaron con don Pío del Río Hortega. Y don Pío, que como le acabo de decir era un hombre muy exquisito diría un brasileño, muy delicado, al principio me dijo: “No hay sitio en el laboratorio. Yo le he recibido aquí porque José María Muniesa es muy buen amigo mío y me ha dado muy buenos informes de usted, y quiero que venga aquí a pasar los tres meses de verano de vacaciones pero no tengo sitio. De modo que le voy a poner aquí en la misma mesa donde está este muchacho”, aún vive, está jubilado de profesor en Valencia, Antonio Llombart Rodríguez se llama, fuimos muy amigos. Llombart amabilísimamente me dejó un pedazo de mesa, en una mesa para una persona estábamos dos porque no había otro sitio. Así que yo entré muy apretado [se ríe] en el laboratorio. Pero desde muchacho me había gustado mucho la fotografía, y con el primer dinero que me gané, haciendo unos apuntes a máquina (aprendí a escribir a máquina copiándome un libro que estaba agotado, con dos dedos, metí varias copias y las vendí); con ese dinero me compré una cámara fotográfica, era mi sueño. Me gustaba la fotografía, y mis primos eran aficionados, muy buenos fotógrafos. Tenían su cuarto oscuro —como se hacían entonces las cosas—, sus placas, sus películas, sus reveladores, sus fijadores, sus reactivos, sus amplificadoras, en fin, todo un departamento de fotografía en sí, un laboratorio. Ahí aprendí, más o menos, fotografía. Además, para hacerme ingeniero, que yo quería haber sido ingeniero, tomé las clases que podía tomar en Zaragoza, en la Escuela de Artes y Oficios que se llama allí, que sería como el Instituto Politécnico Nacional entre nosotros. Entre estas clases tomé geografía industrial, que nunca me sirvió de nada que yo me acuerde, pero en cambio tomé forja y lima y tomé ajuste. Hacer un cubo de acero con las seis caras iguales, que pasase por un cuadrado hecho en una placa de un centímetro de ancho sin que se viese la luz, por todos los lados; ese era el examen del ajuste, me costó hacer aquello! [se ríe]. Un año de limar. Y aprendí mecánica en el taller, forjé rejas con hierro al rojo; primero empecé calentando el hierro, después dando martillazos, trabajé mecánica. Me vino bien porque entonces tenía yo dieciséis años, estaba en una época muy buena, me entretenía mucho eso, me gustaba. Y con esos conocimientos caí yo

al lado en la mesa de Antonio Llombart en el laboratorio de don Pío. En seguida me fijé que en la parte de afuera había un aparato muy grande, tapado con un paño azul oscuro, y le pregunté a Llombart: “Oye, ¿qué hay escondido ahí?” Porque el laboratorio era pequeño, no sobraba sitio; cuando había allí una cosa tan grandota es que era algo importante. Me dijo: “¡Huy, sí! Pregúntale a don Pío, pregúntale”. Conque en una de las salidas por allí por La Castellana nos sentamos a tomar unas cañas de cervezas y unos bígaros, cangrejitos chiquitines y saladitos que le gustaban mucho a don Pío, y le dije: “Oiga, don Pío, ¿qué tiene usted ahí encerrado debajo de ese paño?” “¡No me diga nada! ¡Ha sido el fracaso de los fracasos!” “¿Qué pasa?” “Es el gran aparato de microfotografía de Leitz”, una de las grandes casas todavía existentes de aparatos de óptica; Leitz, Zeiss y Reichert fueron y siguen siendo las grandes casas de aparatos de nuestros laboratorios. Después de darle guerra a Castillejos, que era el secretario, que parecía regiomontano (para nosotros gallego, porque no soltaba los centavos ni por nada), se había gastado siete, ocho mil pesetas en el aparato, que era un capital espantoso (es como decir ahora tres millones de pesos), en el famoso gran aparato de microfotografía de Leitz. “Y no hemos podido hacer ni una sola fotografía”. “¿Pero por qué?” “Pues muy fácil: porque el que lo vende no lo sabe manejar, no hace más que servir de intermediario. Y les hemos pedido explicaciones a Leitz, en Wetzlar, Alemania, y nos manda unos libros en alemán sobre la técnica, y nadie sabemos técnica, todo lleno de fórmulas y de raíces cuadradas y de logaritmos. No sirve para nada ese aparato”. “Bueno”, le dije a don Pío, “¿me da permiso de que indague yo a ver qué le pasa?” Me miró de arriba abajo diciendo: “Este está loco” [se ríe]; me miró así... “¿usted lo va a mirar?” “¿Qué se pierde con ello, don Pío?, déjeme a ver qué le veo allí”. “¿Pero usted sabe...?” “Hombre, mire, es que yo trabajé...” “¡Ah, bueno, bueno!, ándele, haga lo que quiera. Si no sirve para nada, no hemos podido hacer ni una sola foto. Haga lo que quiera con él”. Le levanté ya las faldas a aquello para que perdiera la vergüenza y vi que era un aparato precioso, una maravilla, nuevecito. Y era simplemente un microscopio que, en lugar de estar iluminado con una lámpara de incandescencia como la que empleábamos para ver las preparaciones, para poder fotografiar con luz suficiente tenía luz de arco, un arco voltaico, era la única diferencia; y con un microscopio corriente, sólo que puesto horizontal para poder hacer placas como de treinta por treinta centímetros de tamaño, cosas más pequeñas.

O sea que sacaba fotografías de las preparaciones.

Sí, un aparato de microfotografía que se llama. Conque me puse a ver qué pasaba, y lo que pasaba era una estupidez. El aparato, muy bueno, venía para las dos corrientes que se usaban entonces en Europa y que se siguen usando aún: la alterna, de 250, y la continua, de 120 voltios. Le pregunté a don Pío: “¿Aquí la corriente que tenemos cuál es?” Porque en el foco no se notaba, si no leía uno no se enteraba. “Aquí tenemos las dos corrientes, la alterna y la continua”. “¡Ah! ¿Y para el aparato de microfotografía de dónde toman ustedes la luz?” Ahí le pusieron su enchufe, su toma. Lo vi y tenía puesta la corriente continua, que es la que usábamos en general. Todos tenían más confianza a la continua, primero porque era de menor voltaje y si uno se daba un toque [se ríe], era menor que si se usaba con la otra, de 250; de modo que todos los microscopios estaban con continua, y ese lo pusieron también con continua, que era la que tenían más a mano.⁴ Encendí el arco, se encendió precioso, y me di cuenta que, de los dos carbones que tenía, uno era gordo y otro delgadito. Y le dije a don Pío: “Don Pío, ¿por qué los carbones son desiguales?” Dice: “No, es que tienen que ser así. El que va adelante es gordo y el que va horizontal es el que da la luz y es el delgado”. Al saltar la chispa se gastaban a la misma velocidad el gordo y el delgado, porque la corriente era continua y saltaba siempre de un lado a otro; resulta que el gordo a los quince segundos tapaba al delgado, porque el reloj lo corría a la misma velocidad pero se atrasaba el... ¡una sandía mecánica! Agarré el teléfono, llamé a Álvarez, el que lo vendía: “Óigame, Álvarez”, que había sido mozo de Negrín, lo conocía yo de estudiante. “¡Hola, Costero!, ¿qué quieres?” “Oiga, ¿tiene carbones delgados iguales para el aparato de Leitz?” “Sí, cómo no, todos los que quieras. Ahí te los mando”. Y me mandó otros, que no eran ni tan gordos ni tan delgados y eran iguales. Los puse con corriente continua: perfecto, sin ningún problema. Y le dije a don Pío: “Haga poner aquí corriente alterna, y si quiere gastar los carbones desiguales no tiene más que enchufar en este contacto”. Y me puse a hacerle fotografías. Don Pío quería a su microglía y a su oligodendroglía que acababa de descubrir, retratadas por mí, que salieron preciosas, pues ya tenía cierta idea de fotografía. Y ahí me tiene usted: al mes era yo allí el mandamás del laboratorio, como alto técnico de mecánica [se ríe], eso es lo que me valió. Y el problema del laboratorio nuestro es que no se podía oscurecer. Era

⁴ Al parecer en España en esta época le llamaban continua a la corriente de 120 voltios y alterna a la de 250 voltios.

como esta sala, no se pone a oscuras ahora; se puede poner en penumbra, pero no se puede revelar una placa sensible. Entonces me hice yo un cajón de madera; me dio permiso don Pío de llamar al carpintero, vino el carpintero de la Junta y me hizo un cajón de madera pintado de negro, con un cristal rojo delante y otro detrás. Detrás del de detrás metía yo una luz eléctrica para ver con transparencia, en rojo, porque empleábamos placas ortocromáticas, no sensibles al rojo pero no tan cromáticas, que son sensibles también al rojo, claro. Y se abría por un lado, metía mis cajas, mis reveladores, y metía los brazos, cubiertos con unos trapos negros, por dos brazaletes con dos agujeros que hice con toda mi santa paciencia, y ahí me ve usted pasándome el día y la noche revelando, haciéndole fotografías. Así viví con don Pío, yo solito. Porque llegaban las ocho de la noche, las nueve, y todos se iban y don Pío se quedaba conmigo. Como estaba entusiasmado, viendo las fotos, reveladas de una en una porque no podíamos ir más deprisa [se ríe], loco: “¡No, no!, ¡esta vamos a repetirla porque ha quedado un poco clara, vamos a darle más luz!” No teníamos fotómetro, no teníamos nada [se ríe]. Me pasé meses con él haciendo fotografías en la noche, solos. Nos íbamos a las dos de la mañana y me decía: “¡Vámonos, Costero, que es muy tarde! Mañana a las siete en mi casa”: ya estaba con el pelo cortado [se ríe]. Yo que soy un dormilón espantoso, un día me dormí comiendo; metí la nariz en la sopa y mi madre se dio un susto horrible, me quedé dormido mientras comía la sopa. Así es como me hice realmente discípulo de don Pío. Y cuando estaba estudiando tercer año de medicina, vi nacer en la mente de don Pío la idea de dos células nuevas: la microglía, las células barrenderas –que llamaron los ingleses– del sistema nervioso, y la oligodendroglía, una forma especial de acompañante del sistema nervioso, que todavía no sabemos bien para qué sirve; pero dos cosas rigurosísimamente originales y que se hicieron mundialmente famosas. En tres meses lo sabía todo el mundo, estaban locos; empezaba allí a llegar gente como venían aquí a ver a Diego Rivera [se ríe], como atracción turística. De esa manera entré yo en la investigación antes de haber acabado la carrera de medicina [se ríe], antes de empezarla: entré en un laboratorio y ya no salí del laboratorio. Aprendí de medicina todo lo que me pudieron enseñar mis maestros, pero nunca receté, nunca he percutido, ni he auscultado, ni he hecho nada. Creo que el único enfermo que vi, y no fue enfermo sino enferma, y no era enferma sino parturienta, le conté mi primer parto, horroroso. Dije: “Yo no soy médico, no sirvo para esto”. De modo que consolé a la chica y eso es todo lo que hice, y nunca hice medicina. En cambio cuan-

do volví a Zaragoza, como don Pío me mandó con Tello a aprender a la Facultad de Medicina de Madrid mientras yo estaba en las vacaciones, a hacer autopsias y anatomía patológica macroscópica, eso lo implanté yo en Zaragoza, que no existía. Así que me fue muy bien, pero nunca he sido médico [se ríe].

MIS *Ahora que habla de autopsias, ¿le causaba alguna impresión el cadáver, el trabajar con el cadáver?*

62

IC Horrible. Todavía a mis años no lo puedo evitar. En el momento que trazo la primera incisión y me pongo a ver las tripas, se me olvida todo; estoy pensando en la enfermedad. Pero cuando el muertito está desnudo sobre la tabla, en la mesa de mármol, para tocarle siempre tengo que hacer un esfuerzo de voluntad tremendo para empezar. Y hay dos razones objetivas, aparte del prejuicio que tiene uno naturalmente sobre abrir a un... vamos a decir a un semejante [se ríe], o un prójimo o prójima; aparte de eso que es inevitable, hay dos razones importantes. La primera fue que, a poco de empezar yo a hacer autopsias en Zaragoza, en una de las veces que fui le pedí permiso al decano, al rector de la Universidad, Royo Villanova. Me dijo que sí, que no faltaba más, dio orden al profesor de anatomía, que sí, ¡que era una vergüenza que no se hiciesen autopsias en Zaragoza, una universidad que...!, me dio todo género de facilidades. En una de las primeras autopsias, no me acuerdo cuál, estaban allí mis compañeros. Yo agarré el cuchillo de Virchow, que es un cuchillote espantoso, un cuchillo cebollero [se ríe], e hice la primera incisión, que se hace desde el mango del esternón, casi en la tráquea, hasta la cicatriz umbilical.⁵ Yo había hecho doscientas o trescientas autopsias allá en Madrid, de manera que tenía ya cierta habilidad y de un solo tajo prácticamente hacía el corte entero. Conque hago el corte y salta un chorro de sangre [se ríe] que subió como a treinta centímetros de altura: casi me desmayo. El muerto estaba muerto, pero la impresión primera de que estaba vivo [se ríe] no se me ha olvidado nunca jamás. Eso me pasó en Zaragoza y muy al principio. De modo que ahora siempre hago la primera incisión muy despacio, con mucho cuidado, por si acaso [se ríe], aunque esté el certificado y todo, y lo haya visto y lo haya tocado, y esté en rigidez y todo lo que quiera: nada, no me lo puedo olvidar. Y otra cosa que me tocó, entre otras muchas, pero esa que tampoco se me olvidó nunca, fue aquí en México en el Instituto de Cardiología. Siempre tengo dicho que la puerta del anfitea-

⁵ En Alemania, Costero había aprendido a hacer el corte desde el mentón hasta el pubis. En este fragmento se refiere a la manera como se hacía en Francia.

tro debe estar cerrada con pestillo y que el que quiera entrar tiene que llamar, porque no son cosas para hacerlas en público. Bueno, pues no sé por qué aquel día estaba la puerta abierta. Se abrió la puerta, entró la esposa del muertito —que estaba eviscerado, sin una sola tripa, ya todas fuera sobre la mesa—, una viejita; se acercó, no dijo nada, se abrazó y se puso a llorar. Fue horrible. Horrible, horrible, horrible. No le pudimos decir nada, ¿qué íbamos a decirle? La pobre mujer abrazando a su marido, a lo que quedaba del muerto. Porque ya después de metidas las tripas [se ríe], cosido y vestido, no se nota; lo dejamos, por fuera, monísimo, mejor que antes, lavado y limpio [se ríe] por dentro y por fuera. ¡Pero así! Y la pobre mujer no dijo nada, nada, nada, ni una sola palabra. A mí me hizo una impresión espantosa. Por eso le digo que yo jamás he hecho las autopsias más que con una fuerza de voluntad a veces muy grande.

MIS *Claro, y depende del estado de ánimo de una persona.*

IC Sí, depende, y de las circunstancias locales, del momento. Porque tenga usted en cuenta que en un país como Estados Unidos, como Alemania, o estos países más organizados que nosotros, tienen una gran cantidad de personal y hace mucho tiempo que eso está ya muy mecanizado. Pero entre nosotros no pasa así. Todavía es común que le llaman a uno por teléfono: “Costero, mire, se acaba de morir el de la cama número 7 y se lo van a llevar a Chihuahua. Que no se vaya sin hacer la autopsia, hágala esta misma tarde”. De modo que cuando uno va el enfermo está caliente, se acaba de morir. Bueno, sí, está muerto, pero [se ríe] la sensación es horrorosa. Cuando no hay la rigidez y el cadáver está caliente, la sensación de asesinato es horrible, es de película de miedo. A mí eso no me ha gustado nunca. Ese es uno de los esfuerzos que he tenido que hacer y que le demuestra a todo el mundo lo que a mí me ha gustado estudiar la enfermedad, cuando he sido capaz de vencer por miles de veces esa resistencia. Porque yo me habré echado por lo menos quince mil autopsias. Ni modo.

MIS *Se estudia al individuo ya después de muerto ¿no?*

IC Sí, claro. Se estudian las vísceras, una por una, se disecan con cuidado, se ve las relaciones que hay en la enfermedad, se guardan piezas, se estudian al microscopio, se ve la historia clínica, lo que le pasó al enfermo. Se intenta ver si lo que se declaró y se diagnosticó y se hizo nos parece hoy correcto en lo que sabemos de medicina, o si hubo algún error, en qué estuvo el error, si había algo que no se había encontrado, en fin. Una autopsia se lleva un mes de estudio, no es cosa de broma. La autopsia *autopsia* se hace en hora

y media, sacar las vísceras. Pero el estudiarlas después, pasa un mes en que se estudian y se habla con los clínicos, y se reúne uno y cambia impresiones, y es una labor muy latosa, muy... ino latosa!, no: para mí, muy atractiva; es la medicina. Pero de eso a que sea bonito, no; es muy desagradable, tremendamente antipático. Por eso la gente no hace autopsias.

MIS *¿No hay personal que lo haga?*

IC Sí, sí hay personal, y las hacen. Por ejemplo en México se hacen en el Hospital General, en el Seguro, en el ISSSTE, se hacen en muchos sitios. Pero en México se autopsiarán uno de cada cien cadáveres cuando mucho.

MIS *¿Tiene que haber consentimiento de la familia?*

64 **IC** No, no, absolutamente nada. Por ley, el dueño legal de un cadáver es el jefe de la clínica donde ha muerto, es su médico de cabecera; es el único que puede decir que no lo toquen, si hay un problema legal. Si viene el juez y dice: “No, aquí se sospecha que no se murió solo sino que le ayudaron”, eso entra en lo que llaman medicina legal y se va al SEMEFI, o SEMEFO, no sé cómo se llama aquí, medicina legal, con el médico legista. Son los médicos especialistas para eso, para ver si se ha faltado a la ley, si hay un asesinato, por dónde entró la bala, dónde salió, para ver dónde estaba, quién lo mató, si estaba cerca, si estaba lejos, todo eso. Eso es una especialidad diferente.

MIS *Sí, el médico forense.*

IC El forense, medicina forense. Ya le digo, nosotros lo que hacemos es una autopsia científica. Y procuramos entregar el cadáver tan rehecho que tengo la seguridad que el día del juicio no le va a faltar nada, lo va a encontrar todo perfectamente; un poco desordenado, pero [se ríe] no hay problema. Claro, los pedacitos que se quedan para el microscopio, que son siempre pedazos pequeños generalmente.

MIS *Después de terminar la facultad usted sigue trabajando...*

IC Yo no interrumpí, yo seguí como siempre. Fui dejando la facultad poco a poco. Yo en sexto año ya no fui a clases. Iba una vez al mes, me acercaba por ahí al profesor y le decía: “Mire, maestro, es que...” “¡No, Costero!, si ya sé que estás trabajando con don Pío, ianda, ve!”, me dejaban ir. Ya sabían que yo no iba a ser clínico, les traía sin cuidado. De manera que empecé la carrera antes y la terminé antes [se ríe]. Y no empecé a ejercer la profesión al acabar la medicina: nunca la ejercí. Trabajé en

medicina desde antes de entrar en la facultad de medicina; lo que he hecho de medicina, que es el laboratorio, lo he hecho seguido, seguido, seguido, sin interrupción hasta mis 74 años, sin ningún problema. Mi salto fue al salir del bachillerato y entrar en la universidad, eso sí fue un salto tremendo: una manera de estudiar completamente diferente, un criterio de las gentes distinto, adquirir personalidad y responsabilidad de repente. Eso para mí fue muy duro, muy difícil; yo creí que no iba a poder con eso. El ejemplo es como si a una persona que no ha conducido nunca un automóvil, lo suben en un automóvil y lo mandan por Insurgentes, o a dar la vuelta en la glorieta del Riviera [se ríe]. Es horrible, sentirse uno perdido, cerrar los ojos y decir: a ver qué pasa. Eso fue mi cambio. Pero después, una vez que yo entré en el laboratorio de los Muniesa, fue todo despacito, por sus pasos, contados, todo atractivo, agradable; menos, claro, la técnica de autopsias, que era desagradable pero en cambio tenía la belleza del microscopio, eso es lo que lo compensaba. Yo creo que es como la noche; no una noche lisa y estrellada de verano o de primavera, sino una noche vulgar y corriente, con viento y con frío y de todo un poco, que la compensación es el amanecer. Algo por el estilo me pasó a mí. La autopsia era la noche, pero ver después al microscopio la sección, ver por qué había sucedido, qué es lo que ocurría y comprenderlo, que no lo comprendían los demás que estaban a mi alrededor, ni mis maestros, eso para mí era una compensación. Además trabajamos con colores brillantes, con azul, rojo, verde, amarillo, tonos de color dorados, trabajamos con oro, con plata; aquello es tan hermoso que compensa todo lo demás [se ríe]. Como eso no se puede sacar más que del muertito, pues hay que abrir al muertito, ni modo, ya se murió, qué le va uno a hacer [se ríe].

MIS *¿Usted después siguió trabajando ahí?*

IC Sí. Yo pasé varios años todavía con don Pío en el laboratorio, como cinco. De ahí me fui becado a Alemania, estuve un año, poquito más, como catorce meses.

MIS *¿Cómo obtuvo la beca de Alemania?*

IC Era muy sencillo, como pasa aquí con el CONACYT. A los que acabábamos la carrera con buenas calificaciones y hacíamos una solicitud al CONACYT de allá, que se llamaba Junta para Ampliación de Estudios, nos daban la beca.

MIS *¿Pagaba el gobierno?*

IC El gobierno, sí, el gobierno español. Todos los gastos. Claro que [se ríe] pasaba allí como pasa aquí y como pasa en todas las partes. Al principio me acuerdo que eran cuatrocientas pesetas al mes la beca. Cuatrocientas pesetas al mes, cuando yo llegué a Berlín, era muy poco dinero; tenía el valor adquisitivo que tendrían aquí como mil doscientos pesos. Yo estaba casado, no tenía hijos pero iba con mi mujer, y con eso no se podía vivir en una casa de huéspedes donde ella pudiese estar con una cierta comodidad, por modesta que fuese, y comer todos los días, no podía ser. De manera que me tenían que mandar dinero de casa. La idea de la Junta era que la beca debía servir para pagarnos la diferencia de gasto entre vivir en casa y vivir fuera de casa. Esta era la política, la razón. Pero en aquella época, alguien más decidido que yo y más influyente fue a ver a don José Castillejos y le dijo: “Oiga usted, esto no puede ser. Las gentes se están muriendo de hambre; están los pobres ahí, inocentes, en la cantina comiéndose unos bolillos y bebiéndose una cerveza, que es lo que hay más barato”. Y dieron el orden de que nos aumentasen la pensión. Y como pasa en todas las políticas: ¿a que no sabe qué se les ocurrió para no discurrir y no trabajar? Pues en lugar de darnos cuatrocientas pesetas corrientes, darnos cuatrocientas pesetas oro [se ríe]; de modo que nosotros pasamos de mil doscientos pesos plata a mil doscientos pesos oro [se ríe]: no sabíamos qué hacer con el dinero. Porque no lo podíamos sacar de Alemania. En aquella época no se podía ahorrar, porque Hitler no le dejaba emplear moneda extranjera. Se la cambiaba a precio muy favorable, el marco que se llamaba, marco registrado, marco para extranjeros, que eran a un precio mucho mejor que el que compraban los alemanes cuando venían del extranjero, pero que aun así quedaba muy bajo. Y claro, cuando fuimos allí con cuatrocientas pesetas oro [se ríe], nos daban una cantidad de marcos que aquello era espantoso, no sabíamos qué hacer.

MIS *Le quiero hacer unas preguntas. ¿Por qué escogió usted Alemania? ¿O era la única opción?*

IC ¡No, huy, había una diferencia bárbara, no se puede usted imaginar! Mire, durante una época muy larga, de mi niñez, el sitio ideal de la ciencia y del arte era Francia o Italia; sobre todo, para la parte de ciencia, Francia, especialmente París, Burdeos, Lyon... había media docena de universidades francesas muy buenas, principalmente para ciencias, medicina; el bachillerato era magnífico, el mejor bachillerato que ha habido nunca en el mundo lo han tenido en esa época los franceses.

Y para cosas artísticas Francia estaba bien, París tenía mucho caché; ahí estaba Diego Rivera, ahí iban todos esos. Peor Italia, por supuesto: Venecia, qué sé yo, Roma... Italia sobre todo para el *bel canto*, para la pintura, para la escultura. Evidentemente ipero con grandísima diferencia! Estados Unidos le hacía pensar a uno en los pieles rojas, de ahí no salía uno. En medicina tomó un auge bárbaro desde finales del siglo pasado, a una velocidad bárbara, Alemania. Y Alemania ya desde el siglo XVIII hizo una docena de universidades que eran una maravilla, no se podía comparar con nada. Primero por el método de enseñanza. Empezaban porque le dejaban hacer al alumno lo que le daba la gana y no hacían más que ayudarle en el camino que él quería seguir. Nada de clases ni conferencias. Había conferencias, pero eso no tenía nada qué ver. Uno se metía en la clínica, en el laboratorio, a trabajar desde el primer día. ¡Se aprende, qué bárbaro!, no se puede usted imaginar. Nunca ha vuelto a haber la anatomía patológica que había entonces en Alemania todavía cuando yo fui, que ya se estaba acabando; y hoy todo lo que hay de anatomía patológica, lo poco que queda en el mundo, viene de lo que hubo en Alemania. Era una diferencia tremenda. Por eso elegí Alemania.

MIS *¿Y había estudiado el idioma?*

IC

Pues sí, estudié alemán años y años y años: nunca lo aprendí. Lo conozco muy bien, psicológicamente inclusive, pero no lo hablo bien. Me entendí con él, claro, pero soy muy torpe para los idiomas. Yo pronuncio todos los idiomas en aragonés; lo mismo me da el alemán, que el inglés, que el francés, lo que sea. Tengo una ventaja, o mejor dicho, quizá sea el inconveniente por lo que no he aprendido los idiomas: que soy expresivo y me hago entender muy bien. He ido a China y me he entendido con el chino sin problema, porque el chino es también muy expresivo. Cuando voy a cualquier sitio: Alemania, Francia, Inglaterra, a pesar de que sé esos idiomas, tengo que llevar secretaria si tengo que hablar por teléfono, porque por teléfono estoy perdido. Pero si yo tengo la cara y las manos, écheme el idioma que quiera [se ríe], porque tengo habilidad para, si no entienden una palabra, buscar otra, y si no entienden un signo buscar otro, y si no pintarlo: agarro un lápiz y un papel [se ríe] y me entiendo con quien quiera, como hacía en China. En China con un lápiz y un papel iba a las tiendas y compraba lo que quería, y hacía lo que quería, y me entendía con los chinos con toda facilidad, sin ningún problema [se ríe].

MIS *Estaba usted en Alemania en pleno nazismo.*

IC Llegué justamente en la primera época de Hitler. Me tocó ver desfilar a Hitler, nos invitaron a una fiesta que dio Goebbels... Le contaré con cierta amplitud mi impresión de la Alemania nazi cuando nació, porque eso es una época histórica que yo viví paso a paso y que no tiene desperdicio.

VIDA EN LA ALEMANIA NAZI

- MIS** *Doctor, nos iba a relatar sobre su beca en Alemania, todo lo que vio y lo que vivió en Alemania.*
- IC** Sí. Sería bueno para hacer una especie de paréntesis, de algo que no es mi especialidad ni mucho menos. Hay que tomar en cuenta que yo fui un observador inesperado [se ríe], no llamado, mal preparado, sin base política, sin mayor idea de sociología ni de antropología, yo iba de patólogo. De manera que estas son opiniones de un patólogo que tenía entonces veinticinco años, la primera vez que fui, y la segunda vez tenía veintiocho. Fui dos veces. La primera vez me fui como seis meses después de cumplir los veinticinco años, recién casado. Y nos fuimos Carmen y yo, muy satisfechos, un poco en plan de viaje de novios; aunque ya nos habíamos casado unos meses antes, aprovechamos para realmente salir a viajar con motivo de la beca. Nos fuimos primero a Suiza, ahí estuvimos recorriendo el borde oeste, el borde francés. Duramos como una semana de descanso y caímos en Frankfurt, en el Main. Nosotros le decimos Francfor del Meno, pero el alemán dice Frankfurt del Main. El Main es el nombre del río, como usted sabe, afluente del Rhin, un río muy grande. Y en Frankfurt, en el Instituto Ehrlich tenía yo mi beca y allí nos pasamos así, de primer tirón, ocho meses. Y le voy a dar nuestra impresión de Alemania, de gente que no había salido nunca de España. Dentro de España habíamos viajado bastante, sobre todo yo, porque mi padre era empleado del Ferrocarril y no me costaba el tren. Yo viajaba en cuanto podía. Me costaba una peseta, veinticinco céntimos ir a cualquier sitio, de modo que [se ríe] con eso pues iba por todos los lados. Y viajé mucho. Recorrí bien España,

andando además, porque iba en tren primero hasta sitios lejanos, pero después me daba mis caminadas con mi mochila, nos íbamos caminando. Me gusta hablar con la gente, me gusta quedarme a dormir en el pueblo donde no conozco a nadie; la gente es muy amable, muy correcta en España en general. Caminar con mochila en Europa es la regla del estudiante. Y en Alemania hicimos, hasta donde pudimos, lo mismo. Y le voy a hablar hoy de la impresión, no de lo científico, no de la plaza universitaria, sino nada más de la parte social, de la parte de afuera. Primero, quizá lo que más nos llamó la atención de primer momento es que el idioma alemán es muy difícil. Habíamos estudiado el alemán, sobre todo yo —también mi mujer, que tiene más habilidad para los idiomas—, lo habíamos estudiado mucho tiempo y con gusto; pero es que en Frankfurt no hablan alemán, hablan frankfurtés, que es un dialecto del alemán. De manera que habíamos aprendido a decir “buenos días”, *guten Morgen*, ya sabía yo que la *o* de *Morgen* era un poco larga, entonces sonaba *guten Moorgen*. Pero allí no decían *guten Morgen*, decían *Morll'n*; ni *guten*, sino *Morll'n* [se ríe]. De modo que era un dialecto, que además se acompañaba de muchos modismos. Y al principio yo andaba completamente despistado y mi mujer igual. En fin, pasamos rápidamente ese periodo de adaptación, un par de meses, hasta que empezamos a entendernos con la gente. Porque al principio no puedo hablar de la gente, más que iban por la calle, no tenía interés. Y nos llamó la atención cómo veíamos la disciplina. Bajarse del tranvía y dejar caer el boleto al suelo era una catástrofe. Una persona, generalmente el policía de la esquina —la mayor parte de las paradas estaban en las esquinas [se ríe]—, pero si no otra persona cualquiera, o dos o tres se acercaban a recoger el boleto y, con el aire de la mayor ofensa del mundo, lo echaban en la bolsita [se ríe] que había entre el poste de la parada para dejar el boleto; o le decían a uno de una manera más sonriente o más seca: “Por favor, no tire el boleto al suelo, hay que dejarlo en esta cesta, está aquí para eso”. “Bueno, *entschuldigen Sie* [se ríe], perdone”. Eso nos llamó la atención. Luego, el boleto servía para todo: el tranvía, el metro, el autobús; no había más que un boleto y era muy caro, valdría como diez pesos. Cada boleto servía durante dos horas para ir en una sola dirección de la ciudad, es decir, cuando usted compraba el boleto —eso fue una novedad para nosotros— decía el punto final de su viaje, decía por ejemplo “los Indios Verdes” (estaban pintadas las estaciones con unos puntitos en clave), y al darle el boleto el cobrador le marcaba los Indios Verdes. Y con eso podía subirse y bajarse todas las veces que quisiera en todos los medios de comunicación,

con tal de no pasarse de las dos horas, porque le marcaba también la hora en que se lo vendía. Y lo que no podía era volver; para volver, aunque no fuese más que dos calles, tenía que comprar otro boleto. Bueno, pues uno iba a un sitio, bajaba, compraba en una tienda, volvía a subir, seguía; bajaba en otra tienda, o a comer o a tomar un bocadillo, y seguía y así. Y la disciplina era tal que el cobrador no cobraba, en esto está lo que nos llamaba mucho la atención. El cobrador no hacía más que pasearse por el carro del metro, del autobús o lo que sea, de cuando en cuando; cada cinco o diez o quince minutos, pasaba y decía una cosa rara, que nos costó mucho agarrar qué era. Ya al fin agarramos uno que pronunciaba claro y ya entendimos, decía: “*Noch jemand?*”, sólo que lo decía: “*No’llema? No’llema?*” [se ríe]. “¿Qué querrá este señor?” *Noch jemand?* se puede traducir como “¿falta alguien?” De modo que la gente pagaba espontáneamente [se ríe], no porque tuviese que pagar, sino que le llamaba: “Yo no pagué” y pagaba. Si no, no le cobraba. De manera que las veces que caminamos sin pagar [se ríe], ya se lo imaginará usted. Primero, porque no lo entendíamos ni sabíamos qué era, y después, cuando ya lo entendimos [se ríe], porque como costaba como diez pesos cada viaje pues nos hacíamos los disimulados, no entendíamos el alemán [se ríe]. Esa disciplina para todo: en el restorán, para esperar asiento los días de fiesta que se llenaban los restoranes; en los cines, para la cola; en el comedor de la universidad, que allí no le decían cafetería sino cantina; en todos los sitios, era tremenda. Y después la costumbre de ponerse de etiqueta por cualquier motivo, y sobre todo lo gracioso es que la etiqueta era generalmente alquilada y le sentaba muy mal a la gente [se ríe]; andaban mucho mejor con el traje ordinario que con el de etiqueta. Porque yo comprendo que el inglés, cuando se viste de etiqueta, va de etiqueta; pero en Alemania iban mucho mejor vestidos los camareros que los que iban a los banquetes de etiqueta. Es decir, había muchas costumbres diferentes. Por ejemplo, el modo de tratarse de familia era muy distinto al nuestro. La familia era una unión social, pero muy poco afectiva a nuestro modo de ver. Y ellos veían en nosotros lo contrario, decían que éramos muy sentimentales y les llamaba la atención. Decían: “Bueno, doctor, ¿por qué se levanta usted a ponerle la silla a la secretaria?” “Bueno, porque es una señora mayor que llega a comer al restorán y se va a sentar a mi lado, le pongo la silla para que se siente, le ayudo a sentarse, es una costumbre entre nosotros”. “¡No, que se la ponga ella!, es su silla ¿no?” “Pues sí, pero...” En fin, muchas pequeñas cosas de esas. Una unión familiar muy materialista. Se trataban muy bien, se tenían mucho respeto y los hijos obedecían

mucho a los padres, el marido y la esposa se solían llevar muy bien, en las familias que conocimos. Porque nos metimos en seguida en las casas. A mí me gusta tratar a la gente; si a ellos les parece mal me voy, pero si me abren la puerta ahí voy yo. Después la puntualidad. Porque ya me lo habían advertido, me dio muy buenas lecciones mi amigo Jesús Maynar, que estaba casado con alemana y había vivido muchos años en Alemania, de modo que yo iba muy bien educadito a la alemana. Él me dijo: “En cuanto vayas, te invitará el director del Instituto y el jefe de tu departamento a comer a su casa un día”. Me explicó cómo iba a ser la invitación y todo, y así se hizo, exactamente igual, era un acto reglamentado. Y me dijo: “Ten cuidado, porque los latinos tenemos fama de impuntuales”. Muy bien. Yo me acuerdo que quedamos a las ocho de la noche que íbamos a comer a su casa, y ahí nos tiene a Carmen y a mí, a las ocho menos cuarto, en la puerta del piso donde vivía el profesor Caspari (tenía apellido italiano aunque era alemanote, con unos grandes bigotes, ahí lo tengo retratado). Vivía en una placita, y en la placita había una iglesia y en la iglesia un reloj, y por broma estuvimos esperando Carmen y yo a que el reloj diese el primer iping pong! de las ocho para tocar el timbre. Cuando entramos, lo primero que me dijo: “Doctor, creí que se le había olvidado y que no venía”. Porque la puntualidad en Alemania es llegar por lo menos diez minutos antes. Cuando le dicen a usted a las ocho, es que lo más tarde que puede llegar es a las ocho, ese es el último límite [se ríe]. Fíjese qué cosas más curiosas. Después, ¡había una desconfianza en la gente! No con nosotros, extranjeros; al contrario, a los extranjeros —en cuanto nos oían hablar sabían que no éramos alemanes, y al vernos la cara, vamos, el traje, el modo de vestir, el modo de andar— nos tenían mucho respeto en general, mucha cortesía; pero entre ellos se tenían una gran desconfianza. Un día me llegó mi mensualidad [se ríe], mi beca, y como solíamos hacer, ya llevábamos tiempo en Frankfurt, nos fuimos Carmen y yo a una tienda muy buena que había de Delikatessen a comprar jamón y queso. Hacen muy buenos embutidos, las salchichas de Frankfurt son famosas en el mundo [se ríe], y los quesos, una variedad de quesos increíble, y sobre todo quesos podridos, fermentados, las queserías huelen tres calles antes de llegar. Y Carmen es muy quesera, le gustan mucho los quesos, a mí también, y nos fuimos a la quesería. Era una tienda de lujo, hermosa, inmensa. Y me acababan de pagar en el banco mis mensualidades con un billete, me parece que era de cincuenta marcos, que sería el valor que pueda tener ahora cincuenta dólares vamos a decir. Claro, sirvieron todo, hicieron el paquete, muy

amables, lo ataron muy bien, todo lo hacen muy bien. Y cuando ya estábamos en la calle y habíamos caminado un par de cuadras, nos alcanzó corriendo una de las señoritas vendedoras, que iba con su uniforme, todas andaban uniformadas de blanco, limpias como una patena: “¡Ay, perdón, perdón, perdón!, *entschuldigen Sie!*” “¿Qué le ocurre?” “¿Quiere hacer el favor de venir conmigo?” “Sí, cómo no, con mucho gusto”. Volvimos con ella a la tienda, a la caja: que el billete de cincuenta marcos era falso. Yo le dije: “Mire, señorita, tengo aquí más dinero y se lo puedo cambiar por otro, no tengo ningún inconveniente. Pero es muy difícil que sea falso, porque yo soy un pensionado de España y acabo [se ríe] de sacar el billete del banco, y no creo que en el banco me den un billete falso. Yo no entiendo la moneda, ni la española [se ríe], menos la alemana; si usted me dice que es falso, será falso, pero es absurdo porque me lo han dado en el banco”. “¡Ah!, ¿entonces...? Bueno, es que mire, está tan nuevo que no sé...” “¡Pues si me lo han dado en el banco, vengo del banco! Mire, aquí tengo mi pasaporte, por favor tome mis datos. Usted sabe que aquí yo tengo que ir a la policía, que me han fichado, dónde vivo, etcétera, tengo manera de identificarme, no escapo [se ríe]. Cámbielo, y si verdaderamente en el banco le dicen que es falso, yo le respondo por los cincuenta marcos. Ya me entenderé con los del banco que me lo han dado, usted no tiene la culpa”. Con esto ya me tomó confianza. Por supuesto que era bueno, pero allí no se veía en aquella época un billete de cincuenta marcos así como así. Allí un billete de diez marcos ya era un tesoro, porque el marco tenía un valor adquisitivo muy alto y la gente gastaba muy poco porque sencillamente no tenía dinero. Todos se acordaban de la guerra, todos eran pobres por la guerra, se habían quedado sin nada.

MIS *De la Primera Guerra.*

IC De la Primera Guerra mundial. Esto era antes de la segunda y bastante después de la primera. Y sí, se quejaban y demostraban que no tenían dinero: “No, desde la guerra pues perdimos todo, nos quedamos sin dinero”. De modo que vivían de una pensión, de un trabajo pagado muy modestamente y trabajaban muy duro; trabajaban como burros en verdad, y que me perdonen los burros, y ganaban muy poco dinero. Y lo administraban hasta el último centavo. Por ejemplo, no le he contado que nosotros pedimos a través del Consulado Español que nos buscasen un sitio donde estar Carmen y yo. Si hubiese ido solo, me hubiese colocado donde fuese, me da igual, pero con una joven, recién casados, que tenía que dejarla todo el día sola en casa toda la semana, de lunes a sábado con la

noche (eso de la semana inglesa fue muy posterior [se ríe]), no era cosa de meterse en un sitio desconocido, en un país que uno no conoce, un idioma que ella no domina, en fin. Yo con tiempo escribí, por consejo de Maynar, y el cónsul me puso en comunicación con las sociedades de estudiantes, y los estudiantes me buscaron inmediatamente una casa estupenda. Era una señora, íntima amiga de la prima hermana del káiser, de la alta aristocracia alemana, que tenía una casa con jardín, magnífica, de tres pisos, y dedicaba el último piso a tener dos huéspedes. Y para que se dé cuenta cómo era la señora, tenía dos hijas con institutriz francesa, de modo que ella [se ríe] tenía huéspedes para poder pagarla. No daba comida, nada más el cuarto, un cuarto amueblado, pero en fin, con esos muebles de roble alemanes antiguos, una maravilla; y a extranjeros (como aquí en México americanos), que suelen pagar mejor, gente conocida a través de la recomendación del Consulado, etcétera. Nos alquiló una magnífica habitación, preciosa. De manera que vivíamos en una situación, como ve usted, cómoda y todo. Al principio también la señora era muy desconfiada; nos saludaba muy amablemente y allí quedaba todo. Pero claro, cuando empezamos a estar meses y meses ya nos hicimos amigos, porque entró un ladrón y como yo era el único hombre tuve que defender la casa [se ríe], fue muy divertido. Ya desde este momento aparece allí el influjo de Hitler, ya se hablaba de Hitler y del nacionalsocialismo. Pero se hablaba del nacionalsocialismo y de Hitler como podríamos hablar aquí del PAN, es decir un partido político de minorías, que tenía una influencia muy moderada y que la gente los miraba con mucho respeto y mucha tranquilidad porque aquello no representaba nada. Esa es la impresión que daba a la gente. Allí a lo que se tenía miedo, después de la guerra, era a dos cosas. Primero, a la inflación; cuando hablaban de la inflación se ponían pálidos. Esta señora, por ejemplo, tenía dos niñas como le digo que tenían entonces como ocho y doce años, preciosas como todas las niñas alemanas. Los niños en general de todas las razas son preciosos, pero estas niñas rubias, las Walkirias, con el pelo hasta la cintura, ese pelo sedoso, rubio, fino, realmente muy bonitas muchachas, sobre todo la mayor, quizá porque ya era un poco más mujercita aunque todavía una niña, tenía doce años cuando mucho. Bueno, pues mi esposa hizo mucha amistad con las niñas. Y en el piso nuestro estaba una estudiante, una mujer alemana, joven, de nuestros años (alumna de la universidad también pero de letras, no tenía que ver con medicina), y nosotros, nada más, éramos los únicos huéspedes; y arriba vivía la institutriz (que era alsaciana y les enseñaba francés, entre otras cosas) y las dos niñas, eran los huéspedes del último piso. Y no había más que dormitorios y un

cuarto de baño, que no le digo que era tan grande como esta sala comedor pero la mitad sí, ¡enorme!, con una tina con unas patas de león, un espejo bárbaro y unos lavabos!, ¡idos lavabos!, con agua fría y caliente a chorro. Había al lado del espejo un cucurucho, exactamente un cucurucho, de un palmo de alto, de celuloide, que fue el precursor del plástico. Y este celuloide blanco de plástico estaba siempre lleno de cabellos, lo mismo había seis cabellos que seiscientos. Y claro, con esa manía que tengo yo de que nadie se entera si no pregunta [se ríe], un día agarré a la institutriz, que hablaba estupendo francés y eso me sirvió de mucho. Porque yo me manejaba en francés al principio, el frankfurtés no lo conocía, y ella me enseñó mucho el dialecto. Era una señora muy amable, muy agradable, y le dije: “Oiga usted, ¿esto qué es?” “¡Ah!, esto es para guardar el cabello que se queda en el peine cuando las niñas se peinan”. Le digo: “Bueno, ¿y qué hacen con él?” “Venderlo”. ¿Se da cuenta? Una señora [se ríe] que iba a las fiestas, se ponía sus trajes negros, marinos, unos trajes preciosos; ¡tenía unos muebles...! el comedor de gala donde nos dio la cena de navidad era una cosa bárbara [se ríe], con unas estatuas que tenía en la casa, lo que le había quedado a la pobre de lo que le había dejado su marido; y esta señora, amiga de la prima del káiser, que venía a la casa de visita [se ríe], guardaba el pelo de las niñas y tenía tres huéspedes, pero no se privaba de tener a sus hijas con una institutriz francesa, alsaciana [se ríe]. ¡Había una tendencia a ahorrar el dinero! Ahí un céntimo, un centavo era algo serio, valía muchísimo, no se puede imaginar [se ríe]. Nos hacía gracia a nosotros, que no hemos sido nunca tampoco derrochadores. Los españoles hemos sido ordenados en nuestro gasto y toda mujer de su casa en España tiene una lista: esto es para comer, esto es para diversiones, esto para comprar calcetines, en fin, divide su mes y hace sus cuentas. ¡No, no!, para los alemanes éramos unos despilfarradores. En cuanto queríamos ir al cine o al teatro, nos explicaban minuciosamente cómo había que sacar las entradas ocho días antes, diez días, quince días antes para tomar el sitio mejor y más barato del teatro. Lo mismo con las comidas: los restaurantes donde se comía bien y eran económicos, en fin. De modo que, ya digo, era una disciplina extraordinaria. Después, vivían encarrilados de una manera tan exagerada que no podían comprender nada que fuese distinto a lo que ellos hacían. Por ejemplo, la comida en aquel momento, en el restorán estándar donde podíamos ir a comer los domingos, tenía ciertas restricciones. Porque los demás días comíamos en la cantina del hospital, que era muy barata y daban muy bien de comer pero para estudiante, precios especiales. A los estudiantes les vendían la carne y todo especial porque se sabía que eran pobres. Allí

el estudiante se paga sus gastos, no lo paga su papá ni su mamá, se los paga trabajando. Entonces el estudiante tiene allí, o tenía, unas facilidades enormes en cualquier sitio, y entre ellas las cantinas de los hospitales, de la universidad, eran sitios donde se comía muy bien y muy barato. Y [se ríe] pasaban cosas como ésta. “Perdón”, les digo yo un día a mis compañeros de mesa, porque nos reuníamos casi siempre los mismos del laboratorio, “perdón, ¿por qué sacan tan poco azúcar?” con el café, que por supuesto no era café sino *Bohnenkaffee*. Porque en cuanto yo lo probé dije: “Esto no es café”. “¿Cómo que no es café, Herr Kollege?” [se ríe]. “Esto no es café, por Dios”. “Bueno, es *Bohnenkaffee*”, en fin, es café de frijoles. *Bohnen* es un poco el *corn* del inglés, el grano, o sea el garbanzo, el frijol, la judía, todo eso es *corn*, maíz, *Bohnen* es un nombre genérico. “¡Ah, *Bohnenkaffee!*” [se ríe], era un polvo negro de garbanzos tostados, pero tan barato que no podía uno discutir. Y con el *Bohnenkaffee* sacaban dos triangulitos de azúcar de un centímetro cúbico cada uno. Yo he sido siempre muy goloso, y ya que el *Bohnenkaffee* no tenía nada, pues siquiera que tuviese azúcar. Y un día les dije: “Bueno, ¿y por qué sacan tan poco azúcar con el café?” Me dijeron: “No, es que el azúcar es un producto de importación”, ¡pero había que oírles con qué cara lo decían y con qué seriedad de expertos!, “no, no, es un producto de importación y por lo tanto son divisas que se pierden, y Alemania está muy mal de divisas”. Y el otro decía: “Sí, tiene usted razón”. Claro, ahora me explico. Porque sacaban el café y nadie tomaba azúcar; todos se tomaban su café y dejaban sus dos terrones de azúcar. Y cuando me dijeron eso, les dije: “Bueno, me van a perdonar pero permítanme. Ustedes son los importadores del azúcar y yo el exportador, de modo que yo me echo todo el azúcar de todos en mi café [se ríe], que a mí me conviene venderlo”. Se quedaron aterrados, como si hubiese cometido yo una tremenda blasfemia contra Alemania. Por supuesto que no lo hice más que un día, después también tomaba mi café sin azúcar: “Ahora ya les dejo mi azúcar” [se ríe], ya nos hicimos amigos. Porque esa era la disciplina, que les había dicho el gobierno: “Hay que tomar la menor cantidad posible de azúcar” y no tomaban azúcar [se ríe]. ¡Pero en bloque, vamos, no había uno que tomase azúcar! [se ríe]. Así era continuamente. Las costumbres nuestras de ser generosos con la gente que se porta bien con uno y hacerle un regalito, por supuesto no costoso, eso les dejaba admirados. Me decía la chica que me ayudaba en el laboratorio y me enseñaba a hacer las técnicas: “Doctor, ¿por qué se ha gastado el dinero en comprarme este bolsito?” “Mire, no se lo he comprado yo, se lo ha comprado mi esposa, que sabe que usted me ayuda y quiere que tenga un recuerdo de ella”. “¡Ay, pues muchísimas gracias!”, ¡pero era una

admiración! Y se sentían obligados: “Bueno, ¿y qué voy a hacer yo?” “Nada. Usted me está haciendo el favor, ya no necesita hacer nada”. Luego tomábamos excursiones en grupo, que eran muy baratas, por ir con la gente, y yo me moría de risa de ver que llegaba el autobús, se ponían todos en fila e iban igual que ovejitas a todos los sitios. ¡Escuchaban con una atención! y se creían todo lo que les decía el guía, ¡pero vamos! [se ríe], como si fuese el señor arzobispo hablando de historia sagrada. Una gente tremendamente disciplinada, todo el mundo por la derecha, todo mundo pasando por los pasos para peatones; jamás pasaba uno con la luz roja, aunque no se viese un autobús en toda la calle [se ríe]. En fin, una disciplina exagerada. La cosa llegaba a tal extremo que resultaba absurdo. Hicimos varias pruebas. Por ejemplo tomar un paquete, una caja de un tamaño moderado, envolverla en periódico, con cuerdas, muy mona, muy bien puesta; y sin dirección y sin nada, meternos en el metro, dejarla en el sitio para los equipajes de arriba, los abrigos y las cosas, dejarla allí. Y a los ocho o diez días pasar por un sitio que se llamaba “Oficina de objetos perdidos”. Eso sí, había que ir un sábado en la noche, cuando ya no tenía uno nada que hacer, a llenar una hoja con toda clase de datos: nombres, apellidos, edades, fecha, sitio donde se dejó el paquete, tamaño que tenía el paquete, de qué color era, cómo estaba, había que describirlo todo, que se llevaba eso en mi pobre alemán a veces tres cuartos de hora, pero merecía la pena. Porque usted estaba en aquella oficina y vería, qué sé yo, 5 300 paraguas [se ríe], 286 sombreros, etcétera, etcétera, todo muy ordenado, con su etiqueta con los datos donde lo habían encontrado, etcétera. Y era divertidísimo porque, ya le digo, entregaba su papel, pasaba a una oficina y nada más de cinco minutos después le traían la caja, eso no tenía remedio [se ríe], porque ahí aparecía todo. Era a tal extremo que yo les preguntaba: “Bueno, hay ahí cinco mil paraguas [se ríe], ¿qué hacen con ellos?” “Todo esto se guarda un año exactamente. Cuando cumple el año se recoge y se mantiene seis meses más, guardado en unos armarios especiales, ya no se ve. Porque a veces, como los paraguas son parecidos, ayuda mucho el que lo perdió, conoce el suyo aunque son todos muy parecidos y dice: ‘Mira, aquel yo creo que es el mío’ y gana uno tiempo. Si no, como vienen con los datos, los busco”, no había computadoras [se ríe], se hacía todo de memoria. “Se guarda otros seis meses, y después de esos seis meses tiene derecho a llevárselo el que lo trajo, es propiedad del que lo entregó. Como ha puesto allí su nombre y sus datos, se le avisa por teléfono o se le pone una carta, y si viene a recogerlo y se lo lleva, es suyo, y si no pues se le entrega a los pobres de caridad, a los mutilados de la guerra”, en fin, no sé qué hacían con él. Es una cosa increíble,

hasta un extremo verdaderamente absurdo. Me acuerdo que un día fuimos Carmen y yo y pasamos la noche en un hotelito muy bonito a la orilla de un lago, que estaba tan bonito aquello que le dije a Carmen: “¿Por qué no nos quedamos a dormir aquí? Nos va a costar ocho marcos la habitación”, que era un capital entonces, “pero merece la pena amanecer aquí”. Era en pleno verano. Amanece, qué sé yo, a las cuatro de la mañana en Frankfurt, que en Berlín es noche, no se acaba de oscurecer el cielo, se pone el sol pero es puro crepúsculo. “¿Por qué no nos quedamos? Está muy bonito con estos bosques, los patos, los cisnes”. “Sí, vamos a quedarnos”. Y la gente era muy curiosa. Llego a la oficina de inscripciones: “¿Tiene una habitación?” Nos mira a los dos, jóvenes, y me dice: “Bueno, sí, pero no tengo más que una habitación con cama matrimonial”. “Muy bien, me parece muy bien”. “¡Ah, bueno! En ese caso...” y sacó el libro para que escribiese, y muy amablemente dice: “no necesita poner el nombre de la muchacha” [se ríe]. Era el modo de vivir de Alemania. Porque todo esto tiene que ver con Hitler; aunque parece que no, a Hitler no se le entiende sin conocer esto. Ahora por ejemplo usted oye que si los ingleses, que si los franceses, que si los norteamericanos, que si México, que si el aborto, que si se legaliza el aborto o no se legaliza el aborto. En Frankfurt yo trabajaba en el laboratorio de cultivo de tejidos, donde cultivábamos corazones de embriones humanos exclusivamente. Todos los días nos bajaban no menos de cinco, a veces veinte o veinticinco fetos, pateando, entre la quinta y la sexta semana por aborto provocado en el hospital.

MIS IC

¿Allí estaba reconocido el aborto?

No, estaba prohibido; oficialmente estaba prohibido. Claro, cuando vi eso y tuve un poco de confianza, como siempre [se ríe] me fui a preguntar: “Bueno, a ver, ¿aquí el aborto está legalizado o no está legalizado?” “No, no, el aborto no es legal. Sólo, como en todas partes, el aborto por salvar la vida de la madre, porque hay una razón clínica, pero el aborto nada más por gusto, eso no, está prohibido”. “Bueno, pues oiga, a mí no me diga que todas estas chicas están enfermas a las cinco semanas del embarazo” [se ríe], que es cuando se hacía el diagnóstico. Empezaban entonces las famosas pruebas de embarazo en la orina, por hormonas. Si no, se hacía por tacto, porque estaba blando el cuello, y el cuello intrauterino no se pone blando hasta la sexta o la séptima semana y no se tiene seguridad al principio. “¡Pero no...!, mire, es que hay que vivir la realidad”, me dijo el médico, “aquí lo que pasa es que una chica se queda embarazada y viene al hospital”. Porque el servicio social allí estaba ya muy institucionalizado; cada gente pertenecía a un de-

terminado hospital, pagaba una cantidad mensual pequeña y tenía su seguro ahí. La chica iba al hospital y le decía al doctor: “Doctor, pienso que puedo estar embarazada porque he tenido una falta”. El doctor le tomaba la sangre, le hacía la prueba y le decía: “Sí, es positivo su embarazo, está embarazada”. “Sabe usted que yo querría abortar”. “Bueno, ¿dónde vive?” Ya decía su casa: “Calle tal, número tantos”. “¿Hoy qué es? ¿es jueves? El lunes pasaremos por su casa a las once de la mañana”. “Muy bien, muchas gracias”. “Hasta el lunes”. “Adiós”. Y la chica le esperaba en su casa, en su cuarto, a las once de la mañana. Venía el médico, que era siempre un interno, un residente joven de la clínica de obstetricia, y en su cama y en su sitio —él llevaba su instrumental y sus paños estériles— le hacía un prerraspado. Es decir, le metía una sonda en el cuerpo, en el útero, y rompía la vesiculita que es el feto en ese momento, el embrión, del tamaño de una uva, lo rompía, salía el líquido y un poquito de sangre. “Bueno, pues ya. Adiós”. “Adiós”. Y se marchaba.

MIS *¿En el hospital no lo hacían?*

IC

No, porque no se podía hacer [se ríe]. Donde está la ley está la trampa. La chica agarraba el teléfono y decía: “A ver, ¿departamento de obstetricia?”. “Sí”. “Mire, soy la abonada fulana de tal, tal número, etcétera, mi tarjeta número tantos y tengo una hemorragia”. “Muy bien, ahí van por usted”. Quince minutos después venía una ambulancia, la recogía y se la llevaba al hospital, le hacían el raspado y se acabó el negocio [se ríe]. De modo que todos los días había fila, ipero fila! Y nos bajaban los fetitos, de un centímetro, centímetro y medio, al laboratorio. Allí sacábamos el corazoncito del embrioncito y se sembraba, y allí se estaban probando los tónicos cardiacos, directamente sobre la fibra muscular viva humana, de embrión. Eso era lo que hacían en ese momento en el Instituto Ehrlich, un instituto de terapéutica experimental. Esa era la moral. Después, al amante se le conocía con el nombre de *Freund*, amigo. De manera que cuando una chica le llevaba a su casa y le presentaba a sus padres, le presentaba a uno como *mein Freund*, es decir mi amante. Y los papás: “¿Qué tal, cómo está?” “Bien, ¿y usted?” “Bien”. “Es mi amigo”. Esa era la vida en Alemania. Y se daba uno unos sustos espantosos. Porque claro, yo fui con mi mujer, no tuve nunca jamás problemas de esos porque a ninguna de las chicas se le ocurrió, ni a mí. Primero, porque yo he sido muy poco mujeriego; conocí a mi mujer cuando tenía ocho años y ha sido mi mujer toda su vida y no había preocupación. Pero chicos jóvenes que llegaban allí becados, pensionados, alemanes y no alemanes, pues con esas facilidades que ve ahí...

¡Ah, eso sí!, el aborto costaba cien marcos, total, redondo, pasase lo que pasase; era ya, como dicen ahora, en paquete [se ríe], todo comprendido, cien marcos [se ríe]. Llegaba al hospital: “¿Qué le pasó?” “Que tuve un aborto”. “Cien marcos” [se ríe]; no se podía discutir si había sido más largo, más corto, si había estado días en el hospital, si medio, si tres, si dos: cien marcos [se ríe], eso ya estaba estandarizado. Alguna vez contribuimos a los cien marcos de un amigo [se ríe]: “¡Oye, que necesito cien marcos!” “¡Vaya, por Dios! [se ríe], toma veinte, toma diez”, para que reuniese los cien marcos para la chica, porque ese era el problema. Riesgo, prácticamente ninguno. Un aborto provocado así, en esa forma, estéril, en el hospital, en condiciones adecuadas, no tenía ninguna mortalidad, ninguna, ni siquiera morbilidad. La chica prácticamente un día dejaba de trabajar, el día que le hacían el aborto, pero al día siguiente iba a trabajar muy tranquilamente [se ríe]; todo el embrión ocupaba un centímetro de diámetro, no pasaba nada. [se ríe] De manera que eso lo tenían perfectamente arreglado, no había ningún problema. Después, el tipo de moral de la gente era muy interesante. Le voy a contar dos cosas que a mí me llamaron mucho la atención. Un compañero mío que ya murió, fue catedrático en Barcelona, vivió con una muchacha alemana por mucho tiempo, año y medio; estuvo dos años pensionado, y de los dos años, año y medio vivió con la chica. La razón que él daba era muy buena: “Es un encanto de muchacha. Es cariñosa, es amable, me lleva a todos los sitios, me enseña todo”, aprendió un alemán estupendo. Porque ya decía también uno de mis maestros que la mejor manera de aprender alemán era acostarse con la gramática [se ríe], pues la tomó de gramática. Y la chica, encantada, él era un hombre muy bueno. Pero llegó un momento en que se acabó la beca y le dijo a la muchacha: “Mira, me tengo que volver a España, me tengo que ir”. “Sí, yo lo comprendo, de todos modos un día te irás, ya lo sé muy bien. Pero te tengo mucho afecto, y tanto que te voy a ser, como siempre, muy fiel y muy leal y te voy a contar lo que me pasa. Yo ya me he acostumbrado un poco a la vida de casada, es decir a tener una casa, donde tengo un hombre que me protege”, ella era una chica sola, no tenía familia, y tenía una tienda de cigarrillos y de tabacos, un estanco como decíamos nosotros en España, y ganaba muy bien su vida pasándose ocho horas al día en la tienda vendiendo cigarrillos y puros, boquillas, pipas; y le dijo: “ya me acostumbré un poco a esa vida, ordenada, llegar a casa y no encontrarme la casa sola, ir al teatro con alguien y tener una persona a quien querer. De manera que tengo varios pretendientes ya de tiempo, de antes de conocernos, y pienso casarme. Tú ya

te vas”. Él le dijo: “Me parece muy bien, me parece estupendo. Tienes ahora veintisiete años”, debía tener entonces ella más o menos veinticinco, veintisiete años, “cásate si tienes que casarte, me parece muy bien”. “Bueno, pues mira, ya ves, una prueba más que te doy de confianza: me gustaría que me ayudases a elegir marido”. “Bueno, cómo te puedo decir, el que te guste a ti, es problema tuyo”. “No, es que mira: de las gentes que me han pretendido, hay tres que yo me casaría con cualquiera de los tres. Son buenas personas, en fin, gente educada, fina, pero no sé qué hacer” y le contó la historia de los tres. Y mi amigo le aconsejó uno de ellos, que creo que era el de mayor edad, acercándose a los cincuenta, le dijo: “Mira, cástate con éste, que este es el formal, el que no te va a dejar nunca, el que realmente va a ser tu protector. Y es hombre de dinero, te va a dejar dinero, puedes dejar la tienda, en fin, es el que te conviene y te quiere, yo lo conozco”, porque los conocía él, eran amigos del grupo que salían juntos, “yo te aconsejo éste”. Se quedó tan agradecido el novio cuando supo que mi amigo le había recomendado a él para que se casase con la chica —fíjese, eso para un español del año 1930— que se fueron a pasar el viaje de novios a casa de él a Santander. Y vivieron en casa de mi amigo en Santander, que él era santanderino, médico de allí, se pasaron ocho días en la casa de él, en viaje de novios, para demostrarle el agradecimiento que le tenía al amante de su esposa. Este es el tipo de afecto que se tenían los alemanes, es un ejemplo muy peculiar. Así pasaban cosas [se ríe], para nosotros, verdaderamente fuera de todo lo común en esa época. La otra anécdota que le voy a contar es horrenda; a mí cada vez que la recuerdo me pone los vellos de punta, la “carne de gallina” (*Gänsehaut*, que dicen ellos, “piel de ganso”). La jefe del laboratorio de cultivo de tejidos era una mujer muy mona, finísima; era Alicia en el país de las maravillas, era Alicia del cuento: una rubia de unos 33 años, muy amiga y comía siempre con el profesor de física, muy viejito. De modo que no hay que pensar mal, porque el viejito era un santo y yo creo que la quería como una nieta, podía ser su nieta. Salían jugando con las naranjitas por la banqueta del jardín, en fin, una monería de muchacha. Conmigo se portó maravillosamente bien; me ayudó todo lo que pudo, me trató con gran cariño, a mi esposa igual, nos invitó varias veces a su casa, la invitamos al cine, al teatro. Ella no podía ir a ver Las Walkirias y esas cosas que a ellos les gustan tanto, con razón, y que no podían pagar porque la ópera era muy cara, y yo lo sabía y le dije: “¡Mire qué me han regalado, unas localidades!” para que ella no se sintiese y la lleváramos. De manera que hicimos una buena amistad. Esta

mujer me hizo lo siguiente. Un día bajó el empleado de obstetricia y ginecología, el mozo, con una charola —acero inoxidable no lo había entonces, eran de níquel, de metal niquelado— tapada con un paño estéril, grande, en lugar de traer una charolita pequeña con cuatro o cinco fetos, que es lo que bajaba todos los días, ocho o diez, cabían todos en una charolita como un cenicero; pues ese día bajó con una charola grande de sesenta por cuarenta. Y entró en el laboratorio: “Morll’n, Morll’n, Fräulein...” Volmar se llamaba allá la técnica, Frieda Volmar. “¿De qué se trata?” “Mire usted, es que este es un parto prematuro”. Y quita el paño y sale pateando y berreando un chicarrón de por lo menos dos kilos, completamente constituido; no decía “papá y mamá” todavía pero le faltaba muy poco. Y pasó lo siguiente. Fräulein Volmar, la dulce Fräulein Volmar le preguntó: “¿Es viable?”, es decir: ¿tiene teóricamente posibilidades de vivir?, eso es lo que quería preguntar. Y dijo el otro, que era el mozo, no el médico, pero que se lo había dicho el médico, mire lo que es la disciplina, dijo: “No, no es viable”. Agarró una pinza y una tijera y lo abrió como un conejo al muchacho y le sacó el corazón, palpitando el corazón, y lo sembró. Una mujer. Yo no me caí al suelo porque estaba sentado [se ríe], si no, me caigo al suelo. Yo lloré; me volví de espaldas para que no lo notase ella, pero lloré a lágrima viva. Porque aquello era un asesinato [se ríe], así, sencillamente, que no tenía necesidad de hacer, no tenía por qué emplear un corazón de un niño tan mayor. Ahora podemos emplear corazones de adulto, porque cuando operan un corazón le sacan un pedacito al miocardio, yo lo he trabajado en Cardiología, pero el otro se queda vivo [se ríe]. Eso era el modo de sentir de los alemanes. Una vez me acuerdo que hice muy buena amistad con una chiquita que vivía sola con la mamá. Era más atractiva la mamá que la chiquita, pero la chiquita era muy interesante porque expresaba la educación que recibían en aquel momento prehitleriano. Hablaba muy bien inglés la chica, había aprendido inglés porque había estudiado para mecanógrafa y taquígrafa. Y salíamos de paseo, las llevaba al cine y, claro, ya después al restorán a que cenasen iy se ponían felices! La mamá sobre todo era encantadora, digo encantadora porque tenía la lengua muy fácil y contaba todo lo que había que contar, y entonces la hija se animaba y contaba también las cosas. El respeto por Hitler era algo difícil de entender. Porque no es respetar a una persona como uno respeta a su padre o a su abuelo, a su mamá o a su hermano: era un respeto religioso. Yo le preguntaba: “¡Vamos, vamos!, ¿te casarías conmigo?”, ya sabía que yo era casado, a veces iba yo con mi mujer. “No, fíjate que no, yo no”. “¿Por qué? ¿Soy muy feo, mal

educado, huelo feo, no te gusto?”, por hablar ahí, mientras comíamos. Y ella: “No, porque tú no eres ario y Hitler ha dicho que las mujeres alemanas tienen que tener el mayor número posible de hijos que puedan pero con maridos arios. No me puedo casar contigo”. ¡Y lo decía!... bueno, ya digo, como el Padre Nuestro, el Credo [se ríe]. Y Hitler se ganó a la gente de la calle hablándoles, a los gritos que hablaba Hitler, con el alemán duro (que ya es duro el alemán, pero Hitler era austriaco, no alemán), poniendo a la patria con una mentira tan horrenda, haciendo de la patria una diosa, una diosa griega que... ¿cómo se llama aquí el dios famoso, el malo de aquí, la serpiente emplumada?

MIS
IC

Quetzalcóatl.

¡Quetzalcóatl! Un Quetzalcóatl que se come a la gente. Pero de una manera tan bárbara, tan salvaje que le aseguro que daba miedo. Y eso era [se ríe] todavía, no en el año '30 cuando fui la segunda vez, sino en '28, '29.⁶ Había un hermetismo en la mayor parte de la gente que yo trataba; el que yo suponía que no pensaba así, no hablaba. Por ejemplo un día agarré a uno de mis maestros, se llamaba Robert Rössle. No era alemán, era suizo, famosísimo, catedrático en Berlín. Sabía una cantidad de anatomía patológica y de medicina, de espanto; no he conocido a nadie que haya sabido lo que sabía él. Y yo le tenía verdadera fe porque además era serio, callado. Y una de las discusiones que tuvimos fue lo siguiente. Yo soy y he sido siempre expresivo; yo no me veo, pero la gente me conoce el pensamiento. Y me ha pasado muchas veces que me han dicho: “Bueno, ¿y por qué se cree usted eso?” Le digo: “Pues si no he dicho nada”. “No lo dice, pero se le nota”. Un día Rössle, que no hablaba con nadie, en la sala de autopsias, haciendo un diagnóstico me llamó y me dijo: “*Herr Kollege*, ¿por qué no cree lo que estoy diciendo?” Tenía un pulmón y estaba diciendo [se ríe], me acuerdo: “Aquí en esta zona hay una neumonía de descamación, y aquí hay una zona hemorrágica. Este bronquio tiene una bronquitis crónica de por lo menos tres meses de evolución, y este otro...” Yo pensaba: “¡Este está inventando! ¿cómo puede verlo ahí, en un pedazo cortado así, en la mano?” Y seguro que lo dije [se ríe] tan claro con los ojos que me dijo: “¿Por qué no lo cree?” Como me lo preguntó así, yo, buen aragonés, le dije: “Perdón, *Herr Professor*, yo he venido aquí a aprender, de modo que le atiendo a usted con muchísimo interés. Pero no puedo comprender cómo puede ver eso, es decir, en qué se funda para decir con tanta seguridad esas

83

⁶ Costero estuvo en Alemania por primera vez en 1930-1931, cuando tenía 28 años (de aquí tal vez que confunda las fechas). La segunda estancia fue en 1933.

cosas”. Y me dijo: “Muy bien. No hay más que un fundamento: mi experiencia. Llevo cincuenta años haciendo esto”. Quitó con el cuchillo el pedacito correspondiente donde había hecho la descripción: “A ver, una caja de Petri”. Lo puso en una caja de Petri: “Córtelo y estúdielo al microscopio, y dígame a la semana que viene si me he equivocado”. Y a la semana que vino le dije: “Doctor, no se equivocó”. Ese era Rössle [se ríe]. Y en cambio no sabía nada de sistema nervioso, nunca había estudiado el sistema nervioso. Y le pasó lo contrario: cuando un día hubo un caso del sistema nervioso y [se ríe] el que opiné fui yo, que venía de la escuela de Cajal, me dijo: “¿Cómo puede usted distinguir con tanta seguridad la neuroglía de la célula nerviosa si no las tiñe de diferente tono, con diferente técnica?” Y le dije: “*Herr Professor* [se ríe], la experiencia”. “¿Me quiere enseñar a hacer eso, la técnica que emplea para hacerse de esa experiencia?” Me llamó, me llevó a su laboratorio a que le enseñase, yo, pobre de mí, a mis veintisiete años, que le enseñase a él, a sus sesenta años, cómo hacíamos la técnica. Y me tomó cariño. Porque además tenían en la Universidad un museo que no presentaba más que un inconveniente: que eran cinco pisos en L, mucho más grande que esta casa en total pero en cinco pisos (no eran catorce pisos, pero el techo mucho más alto, los techos bajos no se usaban entonces); el Pathologischesmuseum, que había fundado Christeller y donde tenían las piezas en colores, naturales, guardadas en líquidos de conservación especiales, con la historia clínica, la fotografía del enfermo, las preparaciones microscópicas, los diagnósticos. ¡Era un tesoro aquellos años y años de trabajo! Ahí es donde yo aprendí. Cuando [se ríe] vi el museo, solo, cerrado con llave, una vez que vinieron a visitarlo le dije: “*Herr Professor*, perdóneme, ¿qué yo no puedo ir al museo, cuando no tenga otra cosa que hacer, a ver las piezas?” Me miró y me dijo: “Se va a aburrir, solo allí, se va a helar. No hay calefacción”, todavía estábamos en invierno. “Usted no se preocupe. Tengo un abrigo muy gordo y una bufanda y veintisiete años”. “Bueno” y dio una orden escrita de que me dejasen entrar y se olvidó. Y meses después apareció un día buscando una pieza, me vio: “¡Anda, si está aquí el español! Véngase para acá. ¿De verdad está viendo el museo?” Le dije: “Claro que sí”. Y dijo: “¿Me podría demostrar que ha visto el museo, que lo está viendo hace tres meses?” “Cómo no”. Saqué mis notas y le dije: “Hay tres piezas que están equivocadas de diagnóstico”. Me miró aterrado y me dijo: “¡No!” “Pues sí. ¿Quiere venir por favor? Venga conmigo. Esta pieza que está ahí, que pone: ‘Riñón derecho de hombre de 47 años, autopsia número tantos’, es riñón izquierdo”. Lo miró... ¡tremendo! [se ríe] y desde

entonces me tomó un gran afecto. Y a éste le pregunté: “Perdóneme, ¿cómo se las arregla para vivir en este ambiente, que se le está echando encima?”, porque Hitler no era todavía más que un agitador de la calle, “¿cómo se las arregla para vivir aquí, no tiene miedo? Porque yo tengo miedo. Yo tengo mi boleto sacado [se ríe], por si pasa algo, agarro el primer tren y me voy a España, con mi pasaporte espero que me dejen salir”. Y me dijo: “Sí, ¿pero qué voy a hacer? Tengo el puesto más alto a que puedo aspirar en mi carrera, tengo más de sesenta años, ¿adónde me voy a ir? Y además espero que por lo menos respeten mi vida, porque yo soy totalmente antihitleriano”. Y le dije yo: “¿Y lo sabe la gente?” “Pues sí”. “¿Y lo conocen, usted lo ha dicho, lo ha confesado?” “No, yo jamás a nadie le he dicho nada contra Hitler, ni en favor ni en nada”. Pero nunca decía por ejemplo al entrar *heil!* Todo el mundo entraba al laboratorio o a donde fuese y *heil!, heil!, heil!*

85

MIS *¿Usted también lo tenía que decir?*

IC

No, no. Yo como él, en eso le imité, decía *guten Morgen* (estábamos en Berlín, allí sí se hablaba alemán) y no levantaba la mano para nada. Era extranjero, los extranjeros de ninguna manera. Y él decía lo mismo: “*Guten Morgen, guten Morgen*”, pero nada de *heil!* ni esas cosas, todas esas tontadas que decían continuamente. Ni iba a las reuniones, que eran obligatorias; había una vez al mes una reunión política en el hospital, donde tenían que ir todos los miembros del hospital: enfermeras, mozos... Se hacía en el auditorio grande, donde cabían mil doscientas personas, y lo manejaba generalmente un bedel, un portero, un profesor a veces, quién sabe, el que le tocaba políticamente, era una reunión política. Yo fui a una de esas reuniones porque me invitaron. Y Rössle no iba nunca a eso, ni Sauerbruch, el famoso cirujano que Hitler nunca se pudo meter con él, ¡que tenía un geniecito...! [se ríe], no le digo nada: ¡qué bárbaro!, ese sí era valiente. Ese no insultaba a Hitler en público, a eso no llegaba; pero cuando decían “*heil Hitler!*”, miraba con una cara [se ríe] que era mucho peor que insultarlo. Porque este era judío hasta los huesos, era un judío por todos lados. Era maestro de mi maestro de Zaragoza, donde había aprendido con él. Bueno. Pues este bárbaro nunca iba tampoco. Pero yo fui a una de esas reuniones invitado por uno de los médicos jóvenes: “Vamos un día a verlo, es interesante”. Y fui a verlos.

MIS *¿Eso ya fue en su segunda estancia?*

IC

En mi segunda, ya estando Hitler en el pleno candelero, haciendo desfilar a los soldados por las calles, quemando las tiendas de los judíos y

haciendo barbaridad y media. En esa época de pura represión, tremenda, fui a una de las juntas y no iba ni el diez por ciento de los empleados; en el momento en que se jugaban el pellejo (no es broma [se ríe], de jugarse el pellejo, porque los mataban, los metían en un campo de concentración y desaparecían), no iba más del diez por ciento de las personas.

MIS *O sea que no había una gran mayoría.*

IC La hubo al principio. Cuando Hitler hizo una propaganda de bondad, de la patria, esa patria que creó él, de que todos tenían que sacrificarse por la patria, todos estaban con él. Digo, los judíos no, no podían estar. Pero aun los judíos. Los judíos se sentían muy alemanes; mientras no hubo una actitud antisemítica violenta, los judíos estaban con Hitler, por lo menos aparentemente, como son los judíos, siempre como prevenidos, como diciendo [se ríe]: “Bueno, yo si hay algo... me trae sin cuidado”. Y muchos judíos iban a los desfiles con Hitler al principio. Pero claro, cuando Hitler se agarró el poder y empezó a cortar cabezas de judíos, a echarlos fuera y a matarlos y a meterlos en campos de concentración, la cosa cambió y mucha gente que no eran judíos se pusieron contra él, y la mayoría estaba contra Hitler. Y Hitler se mantuvo como se han mantenido todos los dictadores y todos los autócratas en el mundo, hasta Castro, la única manera que tenía de mantenerse. De modo que pegaban, y pegaban fuerte, nada de bromas. Y ahora sí, le voy a contar escenas en serio de la segunda parte en Berlín.⁷

86

MIS *¿Por qué motivo se regresa a España la primera vez?*

IC Porque murió el ayudante del doctor Pío del Río Hortega, mi maestro, que era su mano derecha, el doctor Abelardo Gallego; tuvo una pulmonía y se murió en cinco días. Y estando yo ya en Berlín, me llamó por teléfono y me dijo: “Acaba de morir Abelardo Gallego”, él le quería mucho, “por favor, venga. El laboratorio de repente ha perdido un colaborador importante; se apoyaba [se ríe] en tres patas: usted está ahí, Gallego se ha muerto y se me carga a mí solo”. Le expliqué a Fischer, a Rössle, con los que estaba trabajando, la carta no expresaba tiempo: “Venga cuando pueda”. Digo: “Yo me imagino que es cuestión de tres meses que aquello se encarrile y entonces volver”, y así se me pasó casi dos años. Pero en cuanto pude regresé a Alemania, porque me lo prometió don Pío.

⁷ Se refiere a la segunda parte de la primera estancia, ya durante el año 1931.

MIS *¿Seguía la beca en pie?*

IC Sí, seguía la beca en pie; es más, hasta me la aumentaron, todo, porque yo ya tenía a Margarita. No pudo venir Carmen porque acababa de tener a la niña y, como no iba a estar más que unos meses, le dije: “Mira, no te cargues con la chiquilla ¿y qué haces allí? No, mejor te estás en casa” y se quedó. En el primer viaje nos fuimos juntos, en el segundo yo solo. Porque además iba a estar un mes, muy poco tiempo, pero me quedé seis. Fue un viaje muy diferente. Llegué directamente a Berlín con la gente que conocía, y ya me encontré en pleno cuadro de barbarie. Un día agarraron un almacén como El Puerto de Liverpool, le pegaron fuego enterito; y la gente desde dentro, mientras se incendiaba, tirando a través de los cristales de las paredes toda la mercancía, qué le diré, jarrones chinos... ¡pas!, al caer al suelo hacerse papilla; ropa, todo, una cosa de bestialidad tan estúpida.

87

MIS *¿Porque era de judíos?*

IC Porque era de judíos. Y el problema, lo que a mí me llamaba la atención, no es las hordas que entran y pegan fuego a un edificio, eso era algo que no se ve todos los días, claro, pero no me pareció demasiado raro; a mí lo que me sorprendía era la actitud del público en la calle, que estaban todos contra aquello y nadie se atrevía a levantar un dedo: el miedo. El miedo, el miedo, el miedo. El miedo, que era total y difuso y completo, ese miedo que usted lo ve en las uñas; no en los ojos, en las uñas de la gente. Y era tal el miedo, que estando como estaba yo, con seis o siete compañeros latinoamericanos, hablando en español, diciendo: “¿Pero cómo es posible que esté aquí la policía protegiendo a los incendiarios? Siquiera se podían ir y hacerse los tontos, no protegerlos”. Es decir, quien estaba haciendo eso era la policía, el gobierno; no era un partido político, sino un gobierno el que estaba haciendo eso. No eran unos rebeldes [se ríe], sino los que estaban en el poder y tenían la responsabilidad del país. Y decía yo: “Fíjate en la cara de esa mujer, fíjate, ¡una cara de odio!”, eso no se puede explicar, más que verlo: una cara de odio, una cara de miedo, una cara de espanto. Y estando nosotros comentando en voz baja eso ahí en el grupo, seríamos seis, detrás sonó una voz en francés que dijo: “Cuando vayan ustedes a su país, cuenten lo que han visto” y desapareció. ¡Fue horrendo! Otro día veníamos de pasar un fin de semana en la costa, en el Báltico, y llegó el barco, y después el tren. Cuando llegamos a Berlín eran como las once de la noche, para mí muy tarde. Tomamos el Staatbahn, el aéreo, el ferrocarril que va por arriba de lo alto de la calle, y tenía asientos de dos, frente a frente. Éramos tres y nos sentamos

uno en el asiento de aquí y dos de este lado. Y al lado donde estaba este chico había una muchachita más o menos de la edad de usted y con su aspecto, sólo que pálida, pálida. En cuanto me senté dije: “¿Esta chica tiene ictericia o qué le pasa?”, esas cosas de médico [se ríe], son gajes del oficio. La chica sí tenía ictericia. Conque la vi que de ictericia se ponía verde y le dije al que estaba sentado al lado de ella y no la miraba: “Ten cuidado, que se te va a desmayar esa chica”. Aún no había acabado de decirlo cuando ¡pum!, no se cayó al suelo porque el otro la agarró. Como no sabíamos dónde iba ni quién era ni de dónde, entre los tres la sacamos en la primera estación para que se recuperase. Primero la echamos en el asiento para que estuviese con la cabeza baja y se recuperase de su desmayo, que evidentemente eso era. Le tomamos el pulso en seguida, lo tenía débil. Los tres éramos médicos, sabíamos que no se trataba de nada grave: ni un ataque al corazón, ni una hemorragia cerebral, ni una perforación de apéndice, únicamente un desmayo. Y la sacamos a la estación, ¡hacía un frío! Sería quizá septiembre, pero como eran las once de la noche y estábamos en el elevado, corría el viento porque las estaciones están en los cruces de las calles. La agarramos y la metimos en la oficina del jefe, que era una especie de oficina de cristal, por lo menos allí no había viento. Uno de los tres hablaba muy bien alemán, era aragonés también. No estaba el jefe, nos vio de lejos, quién sabe dónde andaba, y vino corriendo el pobre: “¿Qué pasó, qué les pasa a ustedes?”, veía que éramos extranjeros, “¿en qué les puedo ayudar?”, el hombre muy amable. “Pues mire, ha pasado esto”, le dijo mi compañero que mejor hablaba alemán, “vamos a nuestras casas, venimos de pasar el fin de semana, y esta chica venía sentada al lado y ha perdido el conocimiento. Somos médicos, no nos parece nada grave, pero vamos a esperar que se recupere, que nos diga dónde va, a ver adónde la metemos”, porque por aquella estación pasaban líneas a diferentes lugares. “¡Ah, sí, sí, sí!, pasen”, ahí tenía calefacción. La vio a la chica: “¡Oh, si es una perra judía! ¡Sáquenla de aquí o la tiro a la calle de inmediato por la ventana!” Pero el aragonés, encarado con él, le dijo: “Si toca a esa chica, el que se va por la ventana es usted, y no sólo eso sino que lo matamos aquí a patadas”. El amigo se rajó, como decimos nosotros, inmediatamente: “No, perdonen, ustedes comprenderán...” “¡No se comprende nada! Es una mujer, se ha desmayado, y mientras no recupere el conocimiento está indefensa y estamos aquí para defenderla. Se acabó”. “Bueno, hagan lo que quieran” y se fue, nos dejó solos. En cuanto la echamos, ya llegó la sangre a la cabeza y estuvimos como veinte minutos con ella hasta que recuperó poquito el color; no tenía más que hambre, es todo lo que tenía. Revolvimos la oficina del

jefe, le encontramos la caja de su cena, le dimos los sandwiches [se ríe], se los comió (el otro nos miraba desde afuera, no dijo ni una palabra), se recuperó, nos dijo cuál era el número del tren que tenía que tomar, esperamos que lo tomase, se fue. Nosotros tomamos otro porque íbamos en otra dirección. Pero la había querido tirar por el balcón.

MIS *En el hospital, si había algún judío de emergencia, ¿lo atendían?*

IC Sí, sí. Esto era diferente, no dependía de la raza, ese era otro asunto. Al judío lo llevaban al hospital judío, donde todos eran judíos, de modo que no había problemas raciales.

MIS *¿O sea, permitían tener un hospital judío?*

IC Sí, sí, sí, había muchísimos hospitales judíos.

MIS *¿En plena época de Hitler?*

IC Sí, sí, cuatro de cinco hospitales eran judíos. ¡Si había más judíos que arios, eran muchísimos más los judíos! Si los judíos en lugar de acobardarse reaccionan como los madrileños el 2 de mayo, no queda un hitleriano en quince minutos, pero los judíos son cobardes. No en mal sentido de la palabra, porque cobarde no es el que teme un peligro real. Para mí, cobarde es un señor que porque es diputado mata a otro, porque sabe que no le van a hacer nada. Pero el cobarde que se quita de adelante porque viene el tren, a mí no me parece cobarde [se ríe], es muy natural. Y como lo que más temía el judío era perder su dinero, perder sus propiedades, y lo primero que hacían era quitarles las propiedades, por conservarlas aguantaron lo que no debían haber aguantado. Si ellos tiran las propiedades por el balcón, en lugar de esperar que se las tirasen los nazis [se ríe], y agarran a los nazis y los tiran por el balcón, no pasa nada. ¡Si les ganaban en número! Ahí había por lo menos quince judíos por cada ario, ¡vamos, no había nada que hacer! Si se ponen a puñetazos, les ganan de todas todas. ¡Ah, eso sí, claro!, hubiesen tenido que volver a empezar a trabajar desde limpiar el suelo, porque se hubiesen quedado sin nada por el gobierno hasta que aquello... una cosa horrible, hacer una revolución; nunca se ha visto en los judíos eso, los judíos tienen otro tipo de educación. De manera que no había respuesta de los judíos. El público que estaba viendo quemar el almacén era cincuenta o sesenta o ochenta por ciento judío, y estaban callados; con odio o con lo que usted quiera, pero nadie levantaba la mano. Después nos pasó que estábamos en un cabaret un sábado en la noche, un cabaret muy bonito. Estábamos en el jardín y entraron

corriendo dos muchachillas jóvenes, sin zapatos (no se puede correr con zapatos de tacón alto), con las faldas levantadas, porque entonces se llevaban faldas estrechas, ¡corriendo como...! bueno, como el que va salvando la vida, y detrás una horda de treinta o cuarenta nazis, diciendo: “*Jude!, Jude!, Jude!*”, o sea “judío”. Ninguno de nosotros se movió. Se metieron las chicas en el edificio y desaparecieron y no las pudieron encontrar. El grupo, que éramos como catorce, nos disponíamos a armar lío. Yo dije: “Aquí se va a armar una bofetina [se ríe] que va a ser de espanto; aquí no va a caer una silla, ni va a caer un velador, aquí se va a armar la gorda y la vamos a armar nosotros, porque estoy seguro que si empezamos todos nos siguen”, lo que faltaba era empezar [se ríe]. Porque pasó lo siguiente. Al rato de entrar el grupo, que serían cinco minutos pero se hicieron cinco siglos, se callaron y salieron hablando en voz baja, que habían desaparecido, que dónde estaban, que ya verían, que si las agarran, que si no sé qué y que eran unas perras judías, diciendo insultos horribles, yo no sé, en alemán. Conque al salir estaba solito en una mesa un judío elegante, de unos 35 años, ¡un señor, vamos, elegante!, con un traje, una camisa, no iba de etiqueta pero... tomando su copa; y todo el grupo, que serían como treinta por lo menos los que salieron, alrededor de él a insultarlo. Tan tranquilo, ni se inmutó; los miraba, ni se reía, ni lloraba, fumaba, se tomaba su copa, como si aquello no fuese nada con él. Nadie hizo nada, nadie se preocupó. Yo creí que le iban a pegar y estábamos dispuestos, igual [se ríe], a salvarle de algún coscorrón, pero no se atrevieron, se fueron. Fíjese qué ambiente. Después, continuamente se contaban cosas entre la gente a propósito de los gobernantes, como ahora pasa, como siempre ha pasado, se hacían bromas y chistes, para que vea usted el ambiente antihitleriano que había en Alemania, contrario al ambiente rigurosamente hitleriano de dos años antes. Ya le digo, mientras Hitler no hizo barbaridades, todo mundo estaba con él; el día que empezó a hacer barbaridades, todo mundo estaba contra él. En la primera parte, por ejemplo, Carmen y yo lo vimos: “¡Tatachún, tatachún, pom, pom, pom!” [golpea la mesa], el bombo, porque les encanta la música, las marchas, “¡tatachún, tatachún, tatachún, tatachún, chun, chun!””, que venían por allí. “¿Quién será?”, decíamos Carmen y yo. Porque entonces había paz en la calle, nadie se peleaba ni se insultaba. Y venían muy formados, en filas de a doce, uno tras otro, a la misma distancia. Porque eso sí lo hacen bien los alemanes, lo mismo que las chicas de aquí, de Nueva York, del Rockefeller Center [se ríe], todos levantan la pata al mismo tiempo. Preguntamos en la calle: “¿Y éstos quiénes

son?” “Pues estos son del partido...” no sé cuál, Hilenburg, venían con banderas y hablando y gritando: “¡Pan, parapán, parapán!” Por acá de la transversal: “¡Tatachún, tatachún, tachún!” venían los nazis. El guardia: “¡Pprrrr!” tocaba el pito: “¡pare!” pasaban éstos; “¡pprrrr!” pasaban los otros. Eso era dos años antes, cruzaban, no se peleaban, cuando obedecían al guardia en todo [se ríe]. En cambio años después era horroroso, pero horroroso. Dos años después, contaba el periódico de la noche, la edición nocturna que sale a las ocho o las nueve de la noche con las noticias del día, las últimas noticias: “Heroico anciano salva de la muerte a millares de niñas y niños y señoras”. “¡Caramba, qué será esto!, voy a leer las noticias: ‘En el circo fulanito de tal estaban pasando el número de los leones cuando se descuidó el leonero y se le escapó un león. Toda la gente se echó a correr, cayeron las sillas. Pero un viejito que estaba en la primera fila, que tenía un paraguas, se agarró a paraguazos con el león, el león se acobardó y se volvió a meter en la jaula’”. Lo sacaron en la noche. La edición de la mañana siguiente, el mismo periódico: “Salvaje judío maltrata indefenso león” [se ríe]. ¿Usted cree que es justo? Que era judío el viejito. Y eso lo contaban ellos, lo contaba la gente en la calle y por todos lados. Después, el cuento más mordaz que se contó de eso fue el de Hitler y Goebbels, que Goebbels iba diciéndole a Hitler: “Mira, Adolfo, no podemos echar del país a todos los judíos. Toda la economía alemana, toda la ciencia alemana, toda la técnica alemana la hacen los judíos; tenemos que echar a los judíos ricos que viven chupando la sangre a los arios, pero al que hace inventos y trabaja, ése no lo podemos echar porque nos morimos de hambre. ¿Qué vendemos, a quién?, si no tenemos qué. Ellos son los que hacen...” “No, no. Estás equivocado. Todo lo que saben los judíos lo han aprendido de los arios. Los arios somos infinitamente más inteligentes que los judíos”. Dice Goebbels: “Te lo voy a demostrar que no”. “¡Ándale! ¿cómo?” “Verás. Vente”. Se mete en un estanco, una tienda de cigarrillos de un ario, rubio, precioso, y le dice: “A ver, deme una caja de cerillos”. Mientras, Goebbels sigue hablando con Hitler. El ario le entrega la caja y le dice Goebbels: “No, yo no quiero éstos. Mire, estos cerillos tienen la cabeza del fósforo a la derecha, yo los quiero con la cabeza a la izquierda”. El otro agarra la caja, saca otra, saca otra y dice: “Perdóneme, todas las que tengo son a la derecha”. “No, pues no”. Se salen y le dice a Hitler: “¿Ya viste?, no lo pudo discurrir”. “Bueno, ¡qué lástima!”, dice Hitler, “¡qué raro!, ninguna de las cajas ahí...” Dos cuadras más adelante, una tienda igual pero de judío, le hacen lo mismo: “No, mire, yo quiero una caja...” El judío se vuelve de espaldas, saca, vuelve al

revés la caja, se vuelve y se la entrega [se ríe]. Salen de allí y dice Hitler: “No, mira, aquí lo que pasa es que el judío tiene dinero para tener de las dos clases de cerillos y el otro no” [se ríe]. Contaban ese cuento.

MIS [Se ríe] *¿Y la gente no estaba a favor de Hitler?*

IC No, fíjese que no. Lo que tenían era una disciplina bárbara. Por ejemplo, yo le voy a contar a usted una anécdota de disciplina que es rigurosamente exacta. La casa Schering, que todavía existe, Schering-Plough se llama ahora, la casa alemana de productos químicos y medicinales de primerísima, de miles de millones de dólares de capital y sesenta años de trabajo, que ha hecho grandes investigaciones, ha hecho medicinas nuevas, ha sostenido institutos de investigación; la Schering estaba entonces aislando hormona masculina, todavía no había llegado a los anticonceptivos pero iba por ese camino. Y la única manera que tenían para obtener una cantidad manejable, unos gramos, cinco, diez, veinte gramos, cien gramos de hormona masculina cristalizada, era a expensas de recoger la orina de ocho millones de hombres jóvenes. Pues cuando Hitler hizo una de sus grandes manifestaciones políticas en el sur de Alemania, en Heidelberg, los de la Schering, muy amablemente, diciendo “*heil* Hitler!”, fueron con los mandamases y les dijeron que necesitaban la orina de todos sus secuaces; que tenían una hormona masculina muy buena y esa era la que necesitaban. “Y bueno, ¿qué tienen que hacer?” “Nada. Como va usted a reunir a cinco millones de hombres jóvenes, entre los dieciocho y los veinticinco años, y tienen que estar formados allí durante seis horas, en filas, nosotros vamos con un ferrocarril, con bombonas para llevar leche, bien lavaditas y todo, a recoger la orina en unas cubetas”. “Bueno, están autorizados”. Y yo, aunque no se habló, fui a ver el espectáculo del campo aquel de deportes, lleno de hombres en fila que no se torcían un milímetro, parados en un enorme campo, y los de la casa Schering, con sus trajes blancos, con sus cubetas: “A ver, pipí: iuuu! Pipí el siguiente: iuuu! Pipí el otro...” Así aisló Schering la primera hormona masculina, la testosterona. ¿Se da cuenta? Si usted aquí en México les dice a todos los muchachos que se pongan a hacer pipí allí en público, en fila [se ríe], por orden [se ríe], que lo ha dicho don Pepe,⁸ no lo hacen. Esa era Alemania.

⁸ Se refiere a José López Portillo, presidente de México en los años en que se hizo la entrevista.

MEDICINA ALEMANA Y PRIMER EXILIO

MIS *Doctor, la última vez nos habló de Alemania. ¿Ahora nos podría hablar de los hospitales en Alemania, cómo funcionaban?*

IC En realidad, más que de los hospitales voy a hablar un poco de la medicina. Para nosotros, españoles de la época, de los años treinta, el hospital alemán y la escuela de medicina alemana eran realmente modelo porque tenían una disciplina muy estricta que los estudiantes y los profesores acataban de manera natural. Cualquier cosa podían imaginar menos que faltasen, el que faltase salía; era una disciplina congénita, muy especial, muy peculiar. La diferencia entre el profesor y el alumno era tajante, así como también entre la clase de profesor. De modo que había el jefe de servicio, que generalmente se le llamaba *Geheimrat*, que quiere decir consejero privado, un título que no tenemos ni en México ni en España, algo así como miembro de El Colegio de México, de muy alta categoría. Pero en lugar de ser pocos, eran casi todos los catedráticos jefes de servicio los que tenían la categoría de *Geheimrat*. Esa categoría era tan alta como la de secretario de estado; es decir, si le enseñaba uno al policía la credencial de *Geheimrat*, le saludaba y le dejaba hacer lo que le daba la gana, tenía una autoridad y una responsabilidad total, absoluta. Después estaba el profesor ayudante, el profesor auxiliar que le decíamos en España, de los cuales había varios por cátedras o dependiendo del tipo de enseñanza, de medicina o derecho o qué clase de materia. Estos profesores tenían mucha categoría pero ya considerablemente menor. Cada vez que el *Geheimrat* se cruzaba en el pasillo de la facultad de medicina, del hospital o en la calle con el auxiliar, el auxiliar daba un taconazo, se cuadraba y lo saludaba bajando la cabeza. De manera que, para no-

sotros los españoles, la disciplina era militar, sólo la milicia en España tenía algo que se parecía. Y después, las diferentes clases de profesores estaban perfectamente bien determinadas. En cuanto tenía uno un poquito de experiencia, usted sabía qué categoría tenía en la universidad o en el hospital, un médico, un profesor, nada más por el modo como le saludaban los estudiantes, o como le saludaban las enfermeras, o como le saludaba el portero, nada más por eso. Había un escalafón muy marcado. A pesar de eso había una tremenda unión; esto no motivaba envidias o luchas, por lo menos no en forma visible para los extranjeros que estuvimos allí uno o dos años. Nadie hablaba mal de los demás, ni le criticaba en general, más que en público y si había una reunión científica. Porque una cosa que tiene mucha gracia en Alemania: ningún *Geheimrat* (porque es que no hay otro nombre, esto hay que decirlo en alemán porque no se puede decir de otra manera), ningún jefe de servicio, profesor alemán, se consideraba *Geheimrat* realmente si no pensaba distinto a los demás. Era algo muy peculiar. Cada uno tenía sus ideas, y esas ideas eran para él intocables; respetaba las de los demás, pero tenía las propias. Naturalmente, cuando eran contrarias, o por lo menos en cierta manera opuestas, diferentes, las discutían. Las discutían en la academia de medicina o en la facultad de medicina, en la cátedra, con un gran respeto pero con una contundencia fantástica: allí cada uno decía lo que tenía que decir. Nunca se insultaban, nunca oí, jamás, una palabra malsonante, y ni siquiera vi a un contrincante discutiendo, pero discutían. Le voy a poner un ejemplo de discusión. Un día estábamos en un congreso de medicina en Friburgo, y en aquel congreso Ludwig Aschoff, *Geheimrat Professor* de patología de Friburgo, un hombre que está en la historia de la medicina, presentó uno de sus grandes descubrimientos (hizo varios muy gordos), que era nada menos que en la fiebre reumática que decimos ahora, en el reumatismo poliarticular agudo que se decía antes (porque en la medicina las enfermedades cambian de nombre [se ríe]), había unas lesiones especiales que se llaman hoy nódulos de Aschoff, que son específicos: lo veíamos al microscopio y ya sabíamos que aquel sujeto tenía una fiebre reumática aguda en evolución. Y él fue el que lo descubrió y lo presentó en ese congreso. Y precisamente un profesor español, que en cierta manera también era *Geheimrat*, es decir de alta categoría, de la Universidad de Madrid, en el momento de la discusión se levantó para decirle que no comprendía cómo una persona como Ludwig Aschoff, que tenía a su disposición la biblioteca de Friburgo y todas las bibliotecas de Alemania, y una información total sobre el tema, no

había citado los trabajos de fulanito, de menganito, de zutanito, publicados en la revista tal, en tal año y en tal día, porque este hombre era un bendito que se sabía todas esas cosas divinamente bien. Y cuando le tocó responder a Ludwig Aschoff a todos los que le habían hecho algunas preguntas o comentarios, le dijo: “En cuanto al profesor fulanito”, le nombró al español, “sólo le diré que no entiende él por qué no nombré a esas personas porque los dos vemos el problema desde un punto de vista diferente. Él lo ve como la persona que estudia la investigación, y yo lo veo como la persona que la hace”. Esa fue la contestación: categórica, cortante, pero no insultante porque era verdad. El profesor español era un erudito, que se estudiaba y se leía todo lo que salía de medicina y se lo aprendía porque tenía una memoria horrible, de esas de registradora, de máquina grabadora; y Aschoff no se preocupaba de la opinión de los demás sino de la suya. Por eso cuando vio los nódulos, los describió y se quedó tan tranquilo; nadie los había visto, ¿qué iba a decir? [se ríe]. Ese era el ambiente en Alemania, entre ellos, entre la gente. Luego, un hecho que a nosotros nos llamó mucho la atención es la libertad que tenían los estudiantes para elegir materias. Todas las carreras tenían materias obligatorias por supuesto; no se podía estudiar medicina sin estudiar anatomía, fisiología, química biológica, patología médica, patología quirúrgica. Pero se podían estudiar otras muchas cosas, o no estudiar otras, y el programa de las materias era muy variado. Y no sólo los estudiantes elegían ellos su programa con toda libertad, sino que elegían su profesor y a veces, muy frecuentemente, estudiaban con profesores de diferentes ciudades. De modo que se iban a Friburgo para estudiar con Aschoff anatomía patológica; y luego se marchaban a Basilea, que es Suiza, ni siquiera es Alemania, a estudiar farmacología con el profesor de allí; y luego se marchaban... y así estudiaban la carrera. Procuraban, claro, aprovechar la estancia en un sitio para no estudiar sólo una materia, sino varias. Iban de un lado para otro. Luego, el estudiante estaba muy unido y vivían muy barato. Los estudiantes tenían muy bien organizado las casas donde vivir, los restaurantes (cantinas, que decían ellos) donde comer, la manera de viajar. En Europa se viaja muchísimo, todo se hace así, con pantalón corto, medias, botas de clavos y mochila, y así se va uno a todos los sitios. Y si hace falta dormir en el campo, se lleva su *sleeping bag* y se duerme en el *sleeping bag* y así sucesivamente. Y había mucha unión, es decir: “¿Tú eres estudiante?”, no importaba la nacionalidad. “Sí, he venido a estudiar”. “¿Ya tienes casa donde vivir?” “Pues no”. “Mira, ven, aquí...” y le ayudaban a uno en un momento. Pero lo tenían

ellos perfectamente organizado: “¿Cómo quieres vivir? ¿quieres vivir a lo lujoso, tienes dinero?” “No. Yo quiero vivir modestamente porque no tengo dinero, tengo cuatrocientos marcos al mes para mí”. “Bueno, muy bien. ¿Estás casado?” “Sí”. “Bueno, entonces...”, prestaban todo género de facilidades. Había una unión extraordinaria para eso. Lo que no le expresaban nunca era amistad, la amistad no se entendía. Tan no se entendía que cuando una muchacha lo llevaba a uno a casa de sus papás para que lo conociesen y en casa de sus papás lo invitaban a comer, decía: “Mira, este señor español es mi amigo”, quería decir que era su amante, y era lo más natural del mundo. Nosotros nos dábamos unos sustos horribles, porque no estábamos acostumbrados a eso y lo primero que pensábamos era: “¡Ya nos pescaron!, aquí hay boda, éstos me casan [se ríe] y no eran mis intenciones”. ¡Y no!, no, en absoluto. El papá y la mamá lo recibían a uno porque era el amigo de la hija: “Muy bien, muy bien”, muy afectuosamente, gente educada, arquitectos, ingenieros, de carrera, universitarios, no cualquier cosa, lo trataban a uno muy bien. Y había un tipo de vida para nosotros extraordinariamente rara, muy extraña.

MIS *Al enfrentarse con su trabajo en Alemania, ¿cómo veía la preparación de los demás en comparación con la suya?*

IC Muy diferente. A mí los alemanes en bloque, de modo general, me ganaban en griego. Yo no sabía el griego que sabía la mayor parte de ellos; sabían una cantidad de griego que yo me quedaba aterrado. A mí me cuesta —todavía hoy, imás me costaba en aquella época!—, me cuesta mucho trabajo leer las letras griegas. Conozco la alfa y la omega, conozco la épsilon, las letras que empleábamos en matemáticas en lugar de números, esas son las letras griegas que yo he usado; pero el griego *griego*, yo no lo he usado nunca. Y ellos lo usaban con gran frecuencia, y el número, el porcentaje de estudiantes de medicina que leían griego, que leían a los autores griegos antiguos en su original era importante. Y no digo nada del latín, el latín se lo sabían prácticamente todos. Tenían ese tipo de educación, que decimos nosotros, no sólo básica sino humanística. En cambio, por ejemplo, no tenían idea de la geografía. A mí me decían con frecuencia: “¡Ah!, eres español, entonces has subido al Aconcagua. Porque eso está un poco lejos ¿no?” Y de esas preguntas le hacían a uno continuamente. De manera que tenían una idea de España, y una idea de América y de África y de Asia... mejor dicho, no tenían idea, sencillamente no tenían; confundían China con Japón y con la India, en fin, un desastre, era una cosa que se notaba. Teníamos una preparación muy diferente.

¿Y en lo profesional?

Profesionalmente, la preparación de las facultades allí era buena. Primero, el número de estudiantes era reducido. El profesor tenía siempre derecho a elegir el número de sus estudiantes. De modo que no es que hubiese examen de selección, es que uno tenía que ir a pedirle el favor al maestro que le apuntase. Y el maestro le recibía en su despacho y decía: “¿Usted de dónde viene, y qué sabe, y dónde ha estudiado, y qué ha hecho?”, que no sé qué. Y decía: “No, perdone, no hay sitio”, no lo aceptaba. Y generalmente un profesor tenía pocos alumnos. Bueno, yo he visto clases de trescientos y cuatrocientos alumnos, pero no eran clases, eran conferencias magistrales que se anunciaban, que eran públicas; se llenaba el aula, iban a oír a Aschoff, o a Fisher-Wasels, o a Albert Fischer. Iban cientos de muchachos, y esos no siempre eran médicos, podían ser abogados, eso era diferente. Pero en la clase *clase* eran grupos pequeños, muy pequeños. Cuando éramos veinte, éramos muchos; podíamos ser tres, seis, ocho, de ninguna manera [se ríe] cinco mil, que esos hay en la Facultad de Medicina aquí, no sé lo que les pasará ahora. Han cambiado los tiempos; entonces ni en España ni aquí había ese número tan grande. Pero el hecho es que el profesor era muy exigente con sus alumnos, y además no sólo eso sino que le podía echar a uno de la clase a mitad del curso tranquilamente, y le examinaba como quería. De modo que uno cuando quería acabar su materia y examinarse, tenía que ir a ver al profesor: “Señor profesor, ya estoy preparado para examinarme”, había épocas de examen, claro, pero si quería antes, “y ya, cíteme usted qué día y hora para examinarme”. El profesor le decía: “Bueno, pues venga dentro de quince días a tal hora, tal sitio” y lo examinaba. Lo examinaba así, de uno en uno, o reunía a tres o cuatro; pero no era esto de hoy, era muy distinto como se manejaba, muy distinto. Después, no había quien se atreviese, no digo ya entre los estudiantes, entre los profesores ayudantes, a contradecir al profesor. El profesor era, qué sé yo, la autoridad total. Él le podía preguntar a usted qué le parece y uno podía opinar. Que yo como español, maleducado y aragonés, me he echado buenas peleas con los alemanes. Se divertían mucho conmigo, les hacía gracia, y les llamaba mucho la atención porque era fuera de lo común. Entre mi alemán, que era una carroña... pero yo me defendía, y me echaba unas buenas peleas con mis profesores. Es decir, por ejemplo *Geheimrat Professor Kolle*, profesor de bacteriología de la Universidad de Frankfurt y director del Instituto Ehrlich, donde yo trabajaba, este señor era muy maleducado, me cayó muy mal. Yo entonces tenía veinticinco años, veintiséis años, imagínese, y él era un señor de

sesenta. Así que cuando me dijo el profesor Caspari, con el que iba a trabajar: “No puede empezar a trabajar sin que le presente al director del Instituto y él nos autorice. Sí, ha hecho usted por escrito la solicitud de venir, él la ha aprobado, ya está todo; pero la fórmula aquí es que no puede empezar a trabajar, nada, no puede tocar un portaobjetos, hasta que dé su visto bueno el *Geheimrat*”. Dije: “Bueno, vamos a esperarlo”. Le pidió el profesor jefe de servicio una audiencia para eso, para saludarle, presentarme a él, que se había quedado el español discípulo de la escuela de Cajal. Para empezar, nos hizo esperar una semana para recibirnos; después, nos tuvo tres cuartos de hora en la antesala antes de hacernos entrar en su despacho; y después de hacernos entrar en su despacho, lo primero que hizo fue echarle una riña al profesor, delante de mí, que lo puso como camote, ilo puso verde!; y el otro, cuadrado, pálido, pálido, delante de mí. ¡Qué viene a fastidiar con esto, por el amor de Dios!, se lo podía decir a solas si tenía algo que pelearse con él, no delante de mí. Tanto que él me había dicho: “Mire, *Geheimrat Professor Kolle* es muy antifrancófilo. Desde la guerra”, ya era entre la primera y la segunda guerra mundial, era en el '30 más o menos, “no quiere oír hablar de los franceses. De manera que por favor no hable francés”. Porque como ya dije, al llegar a Frankfurt, donde en lugar de hablar alemán hablan frankfurtés y yo no entendía nada, me manejaba en francés con el profesor Caspari, que hablaba muy buen francés. Y me dijo: “El habla estupendamente el francés, pero no le vaya a hablar en francés porque le sabe muy mal. Tiene que dejar un poco el francés, use su alemán, yo le ayudo”. “Bueno”. Conque bajamos y, ya sabe, yo, la respuesta inmediata de aragonés, le saludé en francés: “*Comment allez vous, monsieur?*” [se ríe], muy tranquilamente. Me miró Caspari y me sonrió agradecido, porque era mi venganza de que se había portado tan mal con él delante de mí sin ninguna razón. A mí me contestó en francés y seguimos hablando en francés a pesar de eso. Fue natural; yo creí que se iba a subir por las paredes: no. Y le dije después: “Perdone que le hable en francés. Fíjese que el francés lo he usado bastante pero el alemán no, y como aquí se habla mucho dialecto, encuentro dificultades para pronunciar”. Y dijo: “¡No, no!, ya lo aprenderá usted, ya verá que con un poco de tiempo”, conmigo se portó muy bien, no se enojó, a pesar de hablarle en francés. Así era el trato entre la gente.

MIS *¿Y allí trabajó en algún hospital?*

IC Sí, cómo no. Yo nunca hice clínica, pero sí estuve en el hospital. Tuve una serie de problemas que creo que no merece la pena de enumerar

aquí; no encontré las facilidades para trabajar que necesitaba. Cometí un error, y el error fue elegir un sitio que no era adecuado para mí. Lo que se trabajaba con Caspari, cancerología experimental, no era lo que yo quería. Y Caspari trabajaba bien, vamos a decirlo con toda franqueza. Caspari era un señor muy bueno, una gran persona, con muy buenas cualidades, pero que no sabía una palabra de cáncer; sabía yo más que él, que venía del Instituto del Cáncer de Madrid. Y me aterró, y al ver que me había comprometido a trabajar con él seis meses y que en seis meses no iba a hacer nada, cuando llevaba yo un mes y no había hecho nada, inada, nada, nada!, un día entré en su despacho y le dije: “Profesor Caspari, usted perdone. A mí me ha mandado la Universidad de Madrid y el Instituto del Cáncer de Madrid para que trabaje, y si estoy aquí sin hacer nada, ¿qué digo yo en Madrid cuando regrese?” “¿Cómo sin hacer nada?” “Pues no. Vengo aquí y nada, estoy leyendo libros porque no tengo nada que hacer”. “¿Cómo? ¡A ver, inmediatamente!” Llamó a una señorita que tenía de ayudante, flaca, pecosa, judía, la recuerdo muy bien, y le dijo: “Desde mañana se encarga usted de que trabaje el doctor Costero, todo lo que haga que lo vea y que le ayude”. “¡Ah, muy bien!” Yo, tranquilo, dije: “Podía haberlo dicho el primer día, tonto de mí”. Conque llego al día siguiente y me dice: “A ver, mire, lo primero que hacemos en la mañana es la autopsia de los ratones”, que estaban con cáncer, cáncer de ratón, que tenían millares de ratones infectados, “los que se han muerto les tenemos que hacer la autopsia para ver cómo está el tumor y hacer el protocolo”. “Muy bien”. Y agarró un ratón blanco, lo puso con cuatro agujas en una tabla de corcho, y una pinza y una tijera, y le abrió la barriga y me dijo: “Mire, este es el estómago, esto es el intestino, esto es el hígado, estos son los riñones”. Yo dije: “¿He venido a Frankfurt para ver las tripas del ratón? Eso me lo enseñaron en primaria” [se ríe]. En fin, me vi en tan malas circunstancias que dije: “¿Qué hago, qué hago?” Y se me ocurrió, porque yo había estado estudiando placentas últimamente en Madrid y habíamos encontrado una serie de cosas muy interesantes que desde luego había que comunicar, y me marché a la clínica de partos para recoger placentas. De manera que por eso decidí trabajar en el hospital; me metí en el hospital porque en el laboratorio no hacía nada. Y ya le dije que la medicina la hacían muy bien, pero yo creo que hacían mejor la investigación. Los alemanes eran buenos médicos, la masa en general eran buenos médicos, de un nivel bueno, alto. Sabían medicina: sabían manejar, diagnosticar, y recetar y auscultar y operar. Pero sobre todo lo que hacían bien era la investigación; la hacían bien porque no hacían

otra cosa. Nosotros siempre hemos hecho investigación como un complemento; aquí es muy común, en España, Italia, Francia, y ahora hasta en Alemania, ya pasó también allí, que el investigador acaba con cargos burocráticos. Es el director del hospital o el subdirector del instituto, o el gobernador o alcalde (presidente municipal que decimos aquí en México). Eso ahí no se podía concebir. Allí se entendía que un señor hacía investigación porque se ponía a estudiar algo, vamos a suponer, qué sé yo, la estructura del hígado de la salamandra; y se pasaba catorce o dieciséis horas diarias, y después diez, doce, quince o veinte años estudiando el hígado de la salamandra, sin salir de ahí, leyendo todo lo que se había escrito del hígado de la salamandra y sus alrededores, y reproduciendo y haciendo, inventando y buscando técnicas. Trabajaban con una dedicación tan total que, claro, algo encontraban, no había más remedio; tenían que ser muy brutos para no encontrar algo, y no lo eran, estaban bien preparados, sabían griego, empezaban por ahí. De manera que la investigación la hacían realmente bien. Tenían muchísimo material, mucho instrumental, lo cuidaban una barbaridad.

MIS *Allí se fabricaba precisamente todo el instrumental.*

IC Algunas cosas, otras no. Usaban ellos también instrumental inglés; ¡huy!, a pesar de Zeiss y de Leitz, ellos le tenían mucho cariño a las lentes inglesas, desde Ehrlich. Y otras muchas cosas venían de fuera, de donde fuese. Las cuidaban con mimo de nodriza; duraban años y años, y el jefe tenía un microscopio antiguo, de muy buena calidad. Este tirar el dinero que hacemos nosotros, los latinos, que siempre lo hemos hecho, de comprar catorce microscopios para usar dos y guardarlos en un armario; o a los cinco años ya no hay microscopios, nadie sabe lo que ha pasado, unos se han roto, la gente se los ha llevado, se han perdido, eso no pasaba allí jamás. Allí se guardaba, no sé, el microscopio que había usado Ehrlich, como un tesoro; y como lo había usado Ehrlich durante treinta años, no se lo dejaban tocar a nadie. En fin, era un asunto muy serio. Era gente ahorradora, gente económica al trabajar. Esto que vemos ahora de presupuestos de cientos de miles de dólares para el proceso de una investigación, eso no sucedía. Ahí se trabajaba investigación con el presupuesto de todos los días, con el gasto diario, ni se daba uno cuenta. Claro, de cuando en cuando se compraba un aparato especial que costaba mucho dinero, o se conseguía un instrumento nuevo, se gastaba dinero extra, pero no se hacían estos planes que se hacen ahora. Porque el investigador no comprendía, y digo, como yo no comprendo: ¿cómo le voy a hacer yo un proyecto de

lo que pienso encontrar? Porque si supiese lo que voy a encontrar, pues ya no lo tenía que buscar [se ríe]; si lo busco es porque no sé lo que voy a encontrar. Y voy a encontrar lo nuevo. Por lo tanto, si voy a buscar una cosa y me encuentro otra, me voy con la otra, que me perdonen [se ríe] pero cambio de camino, y por lo tanto no le puedo decir. Y después los informes. Eso no existía allí, allí nadie hacía informes. Allí simple y llanamente se tenía confianza en la persona o no se tenía. Si se tenía confianza en la persona y trabajaba y hacía buenas publicaciones, tan contentos; que no, lo corrían y se acabó el cuento. Allí no había ni que protestar, el investigador era personal de confianza. Y el investigador igual: si el investigador pedía algo que necesitaba y no se lo concedían, se iba, en fin, nada más. Es decir, era otro ambiente muy diferente. Además, ¡caramba!, al investigador *investigador* no se le podía discutir nada; si se le discutía era echarlo [se ríe]. Se le creía o no se le creía, no había términos medios. Por lo menos eso es lo que yo viví.

101

MIS *Usted en cuanto a preparación profesional ¿se veía a la altura de los demás investigadores, o se veía superior o inferior?*

IC Bueno, yo me veía muy diferente. Por un lado yo sabía muchísimo menos que las gentes de mi edad alemanas que estaban metidas dentro del laboratorio. Yo sabía mucho menos, tenía peor preparación; más homogénea si quiere, pero de menos calidad y cantidad. Y luego, no tenía la costumbre de trabajar como trabajaban ellos, a pesar de que yo he sido hombre de trabajo, no quiero ocultarlo. Cuando me he puesto a hacer un trabajo de mi interés, no me canso; puedo estar días seguidos sin dormir, lo he hecho, detrás de algo. Pero es que estos bárbaros, de la manera más natural del mundo, trabajaban catorce o dieciséis horas sin levantar la cabeza, no decían ni “buenos días”, no hablaban con nadie. Yo no podía estar callado, tenía que hablar con alguien aunque sea de cuando en cuando, siquiera en la cantina mientras comía, mientras me tomaba una cerveza. ¡Éstos trabajaban de una manera...!, lo hacían concienzudamente. Y todo el que hacía algo, lo hacía con una precisión y con una dedicación, con una experiencia... ¡los mozos!, los mozos de laboratorio. El alemán para nosotros los latinos trabajaba con pausa, lentamente, con ritmo, no corría. Pero hacía la misma cosa una cantidad de veces que no comprendíamos por qué. Es decir, si ya lo ha hecho una vez, dos, tres, cuatro, diez, y han salido las diez igual, ¿por qué lo hace cien? Pues lo hacía cien, y si no, no se quedaba tranquilo. Y después, realmente no se tomaba descanso. Si se tomaba descanso eran vacaciones; agarraba su mochila y se echaba al monte, pero

ese era otro asunto. Por excepción, por ejemplo, Ludwig Aschoff era famoso porque una vez a la semana hacía una fiesta en su casa, donde invitaba a todos los del laboratorio: técnica, asistente, todo, chicos y casa. Y él mismo se echaba unos bailes estupendos, lo mismo con su esposa que con las chicas; y una noche a la semana les invitaba a tomar unos sandwiches y unas cervezas en su casa. Pero esto era completamente excepcional, fuera de todo lo común. Aschoff era famoso entre los estudiantes por eso, por sus famosas fiestas. Y se reía y hablaba, además era también muy curioso. En general, en un laboratorio alemán había un cierto murmullo: que alguien hablaba con el de al lado, o leía en voz alta para que oyesen los otros, o hacía algo que suponía hacer un ruido, un sonido, o hablar. Y entraba *Geheimrat* o *Herr Professor* y un silencio sepulcral; usted no oía más que la levantada de cada uno según se iba acercando ahí y el taconazo que daba para saludarnos: “*Guten Morgen, guten Morgen, guten Morgen*”, eso es todo lo que se oía. Un silencio sepulcral. Con Aschoff era al revés: generalmente el laboratorio estaba en el más completo silencio, y cuando se oía risas y alboroto es que había entrado Aschoff, había entrado don Luis al laboratorio. Porque hacía chistes con todos y bromas, un hombre muy alegre. Esto era excepcional en Alemania. Otra cosa que nos llamaba mucho la atención era las sociedades de los estudiantes. Todavía existían las confraternidades, que eran grupos que yo nunca llegué a entender. Porque no sé muy bien qué perseguían, pero se peleaban los unos con los otros de una forma oficial. Se peleaban con sable. Se ponían un casco en la cabeza para no matarse, porque eran unos sables de esos de caballería, bien afilados, y todo el chiste era hacerse cortaduras en la cara. Y se veía que nueve de cada diez estudiantes llevaban unas cicatrices espantosas en la cara que se habían hecho entre estudiantes ¡y profesores!, y eso era para ellos un orgullo. Eso nunca lo entendí, no supe qué tenía que ver con la enseñanza universitaria. Era una costumbre antigua, medieval, que se conservaba en Alemania en ese tiempo, no sé ahora pero en mi tiempo así se hacía. Iban todos al desafío, iban al bosque, y muy románticamente se daban de sablazos allí. Se ponían unas hombreras para no romperse las clavículas, y se daban unos sablazos con todas sus ganas, hasta que le daba a uno en la cara, sangraba, entonces ya se detenía, había perdido. Algo tremendo. De manera que el ambiente era muy diferente. Yo aprendí una barbaridad, porque en aquel momento los médicos alemanes, especialmente los patólogos con los que yo trabajé, ¡sabían patología pero en qué forma! Las clases que daban, muy pocas, generalmente una a la semana como le

digo a usted, eran públicas y se llenaban de mucha gente, médicos inclusive, eran extraordinarias. ¡Tenían una cantidad de material, reunido de años y años! ¡Unos museos tan estupendamente bien organizados! ¡Tenían un material de transparencias, diapositivas, unos aparatos enormes! ¡Y una manera de enseñar tan objetiva! Pero lo que yo aprendí, sobre todo, fue la macroscopia. La microscopia no, la microscopia la hacían tan bien o mejor en Francia. Los franceses han sido muy buenos en microscopia; la histopatología, la histología, la técnica por decir, la sabían muy bien los franceses. Los alemanes trabajaban bien, hacían bien el diagnóstico, pero eran un poco más cerriles, era difícil sacarles de su cajón; ellos tenían ya clasificadas sus lecciones y era difícil sacarles. El francés era más abierto, tenía mente más ágil, y discurría y explicaba el porqué, y le decía a uno: “Pues no, mire, esto es así por tal razón, y no es ésta por este otro motivo”. El alemán no, decía: “Esto es tal cosa” y ahí se acabó todo el negocio, no había nada que decir, eran un poco más secos. La microscopia la hacían, ya digo, muy bien, pero donde destacaban bárbaramente, que se echaban a todo el mundo al bolsillo, era en la macroscopia, en la autopsia. Los profesores alemanes, los prosectores, los que trabajaban las autopsias —no los *Geheimrat*, que el *Geheimrat* ya no hacía autopsias, sólo bajaba a hacer los diagnósticos— lo hacían de una manera increíble. Mire usted, el trabajo era de la siguiente manera. A las siete de la mañana, porque la puntualidad allí era vergonzosa, insultante, estábamos todos con los instrumentos en la mano, como si fuésemos a fusilar a alguien, delante de nuestras respectivas mesas, que nos habían repartido los cadáveres. Imagínese que había ocho cadáveres aquella mañana y estábamos ocho grupos de dos, a veces tres personas, generalmente sólo dos para hacer la autopsia. Y teníamos que hacer la autopsia completa, quiere decir todos los órganos de arriba abajo, sin más explicación. Allí se podía cortar un cadáver entero de la cabeza a los pies con la sierra sin ningún inconveniente. Allí no había problema ninguno con los familiares, los familiares se tenían que callar. Por ley, se hacía autopsia a todo el que se moría; no se podía hacer autopsia al vivo, pero al muerto sin ningún problema. A todo el que se moría en el hospital, o en la clínica, donde fuese, autopsia, no tenía remedio. Y estábamos allí el equipo, en el sitio que nos correspondía, y hacíamos la disección de los cadáveres. Y lo repartíamos, las vísceras, todo; en charolas metálicas —metal esmaltado, ahora serán de acero inoxidable—, colocábamos cuidadosamente partes abiertas, ya preparadas. Y a las once en punto entraba el *Geheimrat*, por ejemplo Robert Rössle, que es el que le he visto hacer mejores diag-

nósticos, Rössle, en La Charité. Y entraba y ipla, pla, pla, pla!, taconazo, taconazo: “*Morgen, Morgen, guten Morgen, guten Morgen...*” y se sentaba en una mesa donde le iban pasando las charolas. Ya estaban allí todos los clínicos correspondientes a cada uno de los muertos. No bajaba el *Geheimrat* de esta clínica si no tenía interés especial, pero mandaba a su ayudante y a sus asistentes; eran tres, a veces diez que bajaban de una clínica, según el interés que tenía el caso para ellos, pero siempre tenía que haber por lo menos tres. Y le explicaban la historia; el de mayor categoría de la clínica, con la historia en la mano, le hacía un resumen al patólogo, al *Geheimrat* de patología, al jefe: “Una mujer de 48 años, entró en la clínica hace quince días, se quejaba de esto, de lo otro, le pasó esto, le hicieron lo otro, aquí están las radiografías con sus negativos, sus negatoscopios, aquí están los análisis, tenía tanta glucosa, tenía tanta...” De cuando en cuando el profesor hacía alguna pregunta: “¿Qué temperatura tenía, le bajó, le subió?”, etcétera. Todo esto con dos pinzas en la mano y las vísceras abiertas; el cuerpo estaba en la mesa, las vísceras en las charolas. ¡Y si viese usted al profesor llevándole la contraria al clínico!, a veces sin tocar las vísceras. Decía el clínico: “El día anterior a morirse tenía 39 grados de temperatura”. “No, *nein*”, decía el otro. “¡Ah, sí!, perdone, 37 grados”. Cachaba los errores [se ríe] del que estaba leyendo, ¡fíjese cómo sabían medicina esta gente! Y después, no digo nada: agarraba una víscera —recién cortadita porque si no, cuando le había dado el aire ya había cambiado el color y ya no—, le cortaba un poquito al lado, hacía el diagnóstico y empezaba a dictar, y veía él con los ojos, con sus gafas ordinarias, muchísimo más que yo con el microscopio [se ríe]. De manera que era una gente que sabía una cantidad de medicina, y sabía diagnosticar macroscópicamente sobre el muerto, que era de miedo verdaderamente. Yo aprendí muchísimo.

MIS *¿Y cuánto tiempo estuvo finalmente en Alemania?*

IC En total estuve casi dos años. Me pasó que la primera vez, como ya le expliqué, estuve perdiendo el tiempo seis meses en Frankfurt; digo, no lo aproveché. Yo tenía dos años. Entonces me fui a Berlín, y nada más llegar a Berlín, cuando llevaba apenas dos meses y empezaba a tomar fuerzas y a trabajar muy bien y estaba yo loco, murió Abelardo Gallego, uno de los grandes de mi laboratorio, y me tuve que venir y tuve que estar como un año hasta que volví otra vez. Por eso fue que yo interrumpí. Y fue una lástima porque, aunque aprendí lo suficiente para después poderme manejar solo, luego tuve que hacer un esfuerzo muy

grande, que no hubiese sido tan grande si hubiese podido quedarme allí dos o tres años. Porque allí, ya le digo, tenían piezas enteras de tórax, enteras, completo, cortado hasta atrás, en fin [se ríe], allí se sabía anatomía patológica. Ya no se sabe eso en ninguna parte. No sé en Alemania, pero me imagino que tampoco; he pasado por allí nada más diez días a un congreso y no he visto nada. Eso se ha perdido. Ahora hasta hay un poco la tendencia de que las autopsias realmente no merece la pena hacerlas, es demasiado trabajo para el rendimiento que dan. Porque ya hay endoscopia, radioscopia y fluoroscopia, esto del escáner que llaman que está muy interesante, esa radiografía computarizada, ya hay muchas cosas. Y sí, evidentemente, se pueden ver en vivo, no en muerto. Mejor que se vea en el enfermo antes de que se muera, que no después de que se muera y ya no sirve, ya no tiene remedio, más que si acaso para otro. De manera que ha perdido la autopsia un poco la urgencia que tenía entonces. Aun así yo sigo creyendo con toda lealtad que cuando no se hacen autopsias no se sabe; y lo demás, tonterías, por más aparatos que hayan empleado. Eso de abrir el cadáver y tocarlo con la mano y verlo directamente, cortarlo y verlo al microscopio, eso no tiene sustitución con nada todavía y espero que nunca se pueda sustituirlo. Es una técnica muy fea, muy desagradable. Yo nunca me pude acostumbrar a hacer el primer corte sin repugnancia, sin repulsión, me ha fastidiado horriblemente el olor exhalado. Es decir, como técnica no me ha gustado nunca, pero la he hecho con muchos miles de casos porque así aprendí. Y como lo que me interesaba era la enfermedad, en cuanto empezaba a aparecer se me olvidaba todo. Aquello ya no era hombre ni persona ni nada: era una enfermedad que había que buscar. Pero siempre es una técnica muy fea, por eso la gente no la hace, se resiste mucho. Y lo comprendo, pero es lástima, porque es una técnica que no se puede sustituir.

MIS
IC

¿Aquí en México cuál es la situación?

Pues se hacen necropsias por ejemplo en el Seguro y en el ISSSTE; no en todos los sitios, sólo en los grandes hospitales es realmente donde merece la pena. Porque mire, una necropsia en un enfermo que no ha sido bien estudiado no sirve para nada; ahí sí que es lástima, un descuartizamiento inútil. Hay que tener una muy buena historia, hecha por muy buenos médicos. Por eso es razonable que no hagan autopsias más que en los grandes hospitales del ISSSTE y del Seguro. En el Hospital General hacen algunas. En el Juárez hacen bastantes, pero porque es un hospital donde hay la autoridad en México para hacer autopsias,

que es la jurisdicción judicial. El Juárez es un hospital de traumatología, por lo tanto si el médico legista dice: “Hay que hacer autopsia”, nadie se puede oponer, ningún familiar ni nada. Aquí en cambio la ley no le obliga a uno, pero le fuerza en cierta manera a que pida permiso a los familiares, y eso es muy desagradable. Eso de tener que decir: “Mire usted, su hijito se murió, no estamos seguros qué le pasó, sería muy conveniente estudiarlo ahora”, no se habla de autopsia, claro, “¿nos permitiría que abriésemos la herida y viésemos a ver qué ha pasado?”, es horrible decirselo a la madre o al padre o al hermano.

MIS *¿Y ustedes tienen qué volver a acomodar todo?*

IC Sí, sí, se acomoda todo y no se nota nada. Queda mejor que antes, porque todo lo que estaba mal y se iba a pudrir se tira. Además no se ve; le devuelven a uno el cadáver lleno de cartón, papel, paja y cosas por el estilo, queda precioso, no se pudre ni le pasa nada ni cambia. Ahí a veces sale ganando la familia, porque en cierta manera es un embalsamamiento, por el cual cuando se va a transportar un cadáver de un lado a otro hay que pagar muchísimo dinero, demasiado. Son prejuicios que tenemos, muy respetables, pero hay que andarse con mucho cuidado.

106

MIS *¿Ha habido casos aquí en México, en donde todo se arregla con “mordidas”, de que le han pagado al médico para que no haga la autopsia?*

IC Eso se ha hecho alguna vez con los mozos. Los mozos que están en el SEMEFO, o en estos sitios de tipo oficial, en el Juárez, a veces han escabullido el cadáver, lo han escondido, lo han sacado, porque les ha dado la familia unos centavos para que no hagan la autopsia. En general ha pasado, que yo sepa, muy pocas veces, y la vez que lo han sorprendido al mozo le ha costado un disgusto muy gordo, pero muy gordo. De manera que no, no es esa la manera de escaparse. Aquí en México la manera de escaparse de la autopsia es pedirlo. Si el padre, la madre, el hermano, el familiar inmediato va al médico y le dice: “¡Por Dios, por lo que más quiera no abra a mi familiar! Ya se murió, no queremos saber nada”. Y le ve uno tan acongojado que hay muy pocos médicos mexicanos que sean capaces de decir: “Lo siento mucho, pero de todas maneras lo tengo que hacer”. Al revés: “Si no quiere, lléveselo; si usted no quiere, no”. En realidad, parece increíble pero pasa pocas veces eso. Yo he visto aquí casos que creí que no nos iban a dejar hacer la autopsia y no, generalmente no ponen dificultades. Es decir, el mexicano ve la muerte con una serenidad mucho más grande que el español. El español es más tierno, más sentimentero, no me atrevo a decir sentimental;

tiene un concepto filosófico de la muerte y de la vida muy distinto al mexicano. El mexicano, una vez muerto, ya se murió, ya no hay nada qué hacer y no suele poner dificultades. Por ejemplo en el Infantil, un hospital manejado por la Escuela Médico Militar, he visto militares de alta graduación decir: “¡Usted no autopsia a mi hijo!” Y a Salitas, don Maximiliano Salas, el patólogo, decirle: “Pues mire, mi general, si no quiere no se hace, pero...” y empieza a convencerle, de compañero a compañero: “no quiere usted, no lo hacemos. Ahora, imagínese que es un hospital que está sostenido por todos, que sirve, es una cosa que...” Y acaba y dice: “Bueno, no me diga nada, hágala”. “No se va a enterar usted, no va a pasar nada. No crea que se lo vamos a descuartizar o a deformar, de ninguna manera. Le vamos a hacer un estudio como si lo operásemos, sólo que en lugar de operarlo en vivo lo vamos a operar en muerto, y como está muerto vamos a hacer la incisión un poco más larga, ya qué más da, no le hacemos ningún daño. Pero no le va a pasar nada, va a quedar el cadáver íntegro, perfecto, se va a conservar mucho mejor”, etcétera, etcétera, “no se va a descomponer”, le da las razones y en diez minutos lo convence. Y eso lo he visto con frecuencia, ientrar el general con unos humos!, decir: “¡Aquí pego dos tiros al que me toca a mi hijo!” y no pasa nada. De manera que la gente tiene un sentido de la vida y de la muerte muy diferente al español, que son los que yo más he visto. El alemán no, el alemán no se preocupa, le trae sin cuidado; ya le digo, ahí ni que preguntar a nadie, la autopsia es automática. Y no les importa nada en absoluto, ya lo saben con anterioridad y se quedan más tranquilos: así ya de que los enterraron muertos, seguro, no entra allí ningún vivo ni por casualidad.

MIS *Posteriormente, ya que se regresa a España...*

IC Después volví a España e hice mis oposiciones a cátedra y gané la cátedra de Valladolid. Tenía veintisiete años. Y estando el quinto año en Valladolid surgió la guerra. Y entonces es cuando por casualidad no me mataron, fue por mera casualidad. Hay cosas que sí, uno piensa que pues así es la vida: lo mismo por casualidad le cae a uno una teja al pasar por la calle, caminando sin imaginárselo, como le salva a uno la vida. Yo estaba trabajando en el laboratorio sin acordarme ni remotamente que había reunión de claustro, me habían citado, y a mí me gustaba cumplir con mis obligaciones burocráticas; me caían muy gordas pero tenía que cumplirlas, precisamente porque me caían gordas [se ríe]. Estaba yo trabajando en el laboratorio cuando se acercó el interno, Vicente Jabonero, y me dijo: “Don Isaac, ¿no tenía usted hoy junta?”

“Sí, a las seis. ¿Qué hora es?” “Las seis y veinte”. “¡Mi madre!” Ni me lavé las manos ni nada, oliendo a creosota, con la bata de laboratorio oliendo también porque la creosota empapa todo, bajé como de rayo al decanato y efectivamente, allí estaban todos. Conque abrí, entré y no me dio tiempo ni de decir ‘buenas tardes’”. Me dijo el decano: “¡Hombre, Costero, qué bueno que llega!, en este momento acaba de salir su nombre por sorteo para ir el lunes a examinar a las enfermeras de la Casa de Salud de Valdecilla. Se tiene que marchar el domingo”. Le pregunté yo: “Bueno, ¿pagan algo por eso?” Porque a mí me daba mucho coraje que la gente en donde veía dinero se echaba como fiera. Y yo ganaba poquísimos dineros, los profesores tenían salarios muy bajos, y no ejercía la profesión. Los profesores vivían porque ejercían la profesión; si no, no podían vivir con el salario. Me dijo: “No, no. Bueno, le pagan el viaje y la estancia en el hotel”. Yo dije: “Sí, voy”, no sabía ni lo que era. Eso me salvó la vida. El día fijado fui a las cuatro de la tarde y me marché en el tren a Santander con los otros dos profesores que habían salido elegidos. Llegamos en la noche a Santander y al día siguiente por la mañana, cuando me desperté, los periódicos gritando: “Se levantó Sanjurjo” y empezó la revolución. Yo creí que iba a durar tres o cuatro días, estacazos por allá, que no iba a pasar nada, no hice caso. Examinamos a las enfermeras, estuvimos muy a gusto... y ahí me quedé, ya no pude salir. Se cerró y nos quedamos en esa parte de Santander donde estaban los mineros, todos llenos de cartuchos de dinamita. Dije: “¡Uh, aquí...!” Porque todos eran comunistas, el núcleo comunista de España estaba realmente en las minas de carbón de Santander. De manera que allí agarraron los cartuchos de dinamita y se acabó. Nos quedamos allí, y estábamos con el mar por un lado [se ríe] y el frente por el otro, allí, nada más para que no se metiesen.

MIS*¿No lo obligaron a participar?***IC**

¡No, no, nadie me dijo nada! Yo cuando vi al tercer día que mataban a la gente por acá y tiros por todos los lados, me regresé a la Casa de Salud de Valdecilla donde estaban las enfermeras y les dije: “Yo aquí me quedo, porque estoy en un hotel donde entran y me desvalijan”. Porque aquello era una revolución y qué iba usted a hacer [se ríe], así se llama ¿no? “¡Claro, claro!””, me dijo el director, “venga aquí”. Me dio un cuarto con los internos y ahí estuve esperando, un mes, mes y medio, hasta que se abrió la Universidad Internacional de Verano en Santander. Y como estaban igual, no tenían profesores porque no podían cambiarlos, me ofrecieron dar un curso allí. Me fui a vivir al Palacio de la Magdalena, que había sido de los reyes, y allí en el cuarto del prín-

cipe de Asturias me estuve dos semanas dando un curso de patología renal. Pero se acabó aquello y seguía el mitote. Y apareció por allí el Cerveruca que se llamaba, un barco que nos echó unos cuantos cañonazos, y salió un avión y le tiró dos o tres bombas; que no le atinó ni a doscientos metros siquiera del barco, porque era una avioneta y las tiraban por la ventana, en fin, era el principio de la guerra. Y dije: “Bueno, ¿yo qué hago aquí?” Carmen se había quedado en Valladolid, teníamos dos niños, o sea los mayores. Fui al director del hospital, que le habían dejado de director de los servicios sanitarios (los trataban con gran respeto a los médicos), y le dije: “Quiero marcharme con mi mujer y mis hijos a Valladolid, ¿qué hago?” “Pues está la situación muy difícil. Mire, le voy a conseguir aquí de las autoridades un salvoconducto”, autoridades que habían nombrado ellos, “para que le dejen ir a Bilbao. Porque de Santander no sale nadie. Pero le voy a meter en una ambulancia como herido, y en una ambulancia lo van a llevar a Bilbao. En Bilbao va usted directamente a ver al presidente de la República Vasca”. Me llevaron en la ambulancia, fui yo sentado con el chofer delante. Nos detuvieron en la carretera dos, tres veces: “¿Dónde van?” “¡Ambulancia!”, llevábamos un salvoconducto y nos dejaban pasar sin problemas. Como ahí no había frente, no había nada, nos fuimos por toda la costa y llegamos a Bilbao. Al llegar a Bilbao me fui al Ayuntamiento, en donde estaba el presidente (un hombre joven muy agradable, muy educado), hice mi colita, me recibió: “¡Hombre, doctor Costero!, si lo conozco a usted mucho de nombre, no faltaba más, haga lo que quiera, aquí no tiene ninguna obligación. Pero lo que haga necesita hacerlo en veinticuatro horas, porque dentro de veinticuatro horas va a salir”, me dijo allí, solo, en su despacho, “una orden en la cual se movilizan todas las personas de los dieciocho a los cincuenta años. Entonces le van a movilizar, ya no va a poder moverse. ¿Sabe qué? Le voy a meter en una comisión que va a comprar armas, pero esto no lo sabe nadie. Llevan dinero, son tres, un médico y dos...” no sé qué, “que van a gestionar una compra de armas a Francia. Porque estamos sin armas, nos estamos quedando sin municiones y sin nada, aquí nos van a achicharrar”. El bilbaíno este no era comunista, eran vascos, y me dio un pasaporte en vasco que me llamaba yo Isaak, Kostero con *k*, unas cosas muy divertidas que por ahí lo tengo, para que me embarcase en un barco inglés de guerra que salía de Bilbao con extranjeros: argentinos, uruguayos, y también españoles que pasaban por argentinos y por uruguayos, que se querían ir, ya mayores, con hijos, con mujeres, niños. Y me salí en ese barco, el Exmouth, que lo hundieron lue-

go en la guerra entero con toda la tripulación. Todo lo que yo llevaba eran ochocientas pesetas que me habían dado de mis clases, y así caí en San Juan de Luz. De San Juan de Luz me fui a Bayona. En Bayona fui a casa del hermano de uno de los profesores que había estado conmigo en Santander examinando a las enfermeras. Cuando le dije a Suárez que me iba a Bilbao y que intentaba entrar a España por Irún, por el otro lado, me dijo que fuera a ver a su hermano, que si necesitaba algo podía ir a su casa. Era hermano de mi auxiliar, sólo que mi auxiliar se llamaba Suárez y éste se llamaba *Suarés*.

MIS *¿Qué recuerdos tiene de esos momentos en que sale de España?*

IC

110

Es muy difícil transmitir esas impresiones. Imagínese lo que es quedarse como me encontré yo de pronto en San Juan de Luz. Recuerdo que pregunté: “¿Cómo voy a Bayona?” “Tome ese autobús en la carretera” y me vine por la carretera, estaba muy cerquita de San Juan de Luz. Llegué a Bayona sin conocer a nadie, solo, sin saber quién era *Suarés*, a quien no había visto en mi vida y que me había dicho por primera y última vez su hermano que existía allí. Y vi esa ciudad tan fría, una ciudad que en aquel momento estaba en el medievo: casas de piedra oscura, no sé si la pintaron o yo estaba tan triste que lo vi así, muy mal, esas cosas influyen mucho; vi aquellas callejas tan retorcidas, tan estrechas, tan sucias, y tan abandonado aquello y tan ignorantes de lo que estaba pasando a cuatro kilómetros de ahí, que estaban fusilando a la gente; no sé, a mí me hizo una impresión tan espantosa que dije: “¿Qué hago? Tengo ochocientas pesetas para toda mi vida, ¿qué hago yo con esto?” Y vi un hotelito muy, muy modesto, me metí allí, elegí una habitación interior que no tenía ni ventana, no tenía más que puerta y arriba podía tener abierto el cancel, esa ventanica encima de la puerta, y allí en la oscuridad me tiré en la cama y me puse a llorar. Y así pasé ocho días; no sé qué pasó en esos ocho días. Salí del hotel. No sé qué comí ni dónde comí. Sé que se me antojaban los jamones y los chorizos que veía colgados en los escaparates. Mi úlcera de estómago me dolía tanto que me mataba, un dolor de estómago tremendo. Y me acuerdo que tenía miedo de dar vuelta a las esquinas por si me mataban al dar la vuelta; era yo un fugitivo prácticamente. Estaba completamente desconcertado. De catedrático universitario, a mis 33 años, y verme así de repente, sin nada ni nadie, y no sólo eso sino perseguido como criminal, que me había dicho mi mujer que me querían matar, sin haberme metido en política jamás en mi vida: nunca jamás formé parte de nada político, ni fui a un mitin político ni a una reunión, ni hablaba nunca de política

porque no entiendo nada (sigo igual, en eso sigo igual de ignorante), fue un golpe tan bárbaro que perdí la memoria. Eso fue lo que me pasó. Y amanecí en un bar, que me había recogido un médico militar español, que éste, como militar, ya mayor que yo, un hombre de unos cuarenta años, muy apuesto y muy toscote; éste, cuando vio cómo se ponía la guerra y que él era republicano y que llevaba las de perder, dijo: “¡No, a mí no me agarran!” Agarró la enfermera más guapa del hospital y se marchó con ella, y estaba allí con la enfermera. Me encontró; sabía de mí porque me conocía por un compañero que era íntimo amigo de él y mío, y me buscó y me encontró en la calle, ahí perdido. Y me metió en un bar, me dio un coñac y me dijo: “Que te arde un poco el estómago, toma coñac y se te quita, ya verás que noble es” [se ríe]. Y él lo simplificó. Me llevó con el *marie*, con el alcalde; me consiguió un *laissez-passer* para que yo pudiese ir por las calles sin que me detuviesen, me explicó lo que pasaba. Él se consiguió un *laissez-passer* para marcharse a Casablanca con objeto de que no le agarrase su mujer con la enfermera hasta que pasase algún tiempo. Era un tipo divertidísimo, de lo más gracioso, ilisto como gamo! y me dijo: “¡No le pasa nada! Pues tiene ¿qué?, 33 años. ¡Lo que usted sabe!, es un especialista rarísimo que no lo hay en ninguna parte. ¡Váyase, no se quede en Francia!, quédese el menos tiempo posible”. “Pero es que mi mujer está...” “¡No se preocupe!, su mujer le encontrará a usted. No se preocupe por su mujer; a su mujer y a sus hijos es impensable que les pueda pasar nada malo. Y ella le encuentra a usted; usted a ella no, pero ella a usted, de todas todas. Esté tranquilo, no se escapa. Ya puede irse adonde quiera: a Rusia, a China, ella aparecerá, verá cómo aparece con los hijos, no se preocupe. Ya verá cómo la mía me encuentra [se ríe], por eso estoy muy tranquilamente. ¡No se preocupe!, no sea tonto, no se preocupe. Búsquese la manera de vivir, para que cuando ella llegue los pueda mantener. Eso es de lo que tiene que preocuparse [se ríe], de lo demás no se preocupe” [se ríe]. Conque me animó una barbaridad, claro, me despabilé de repente. Tomé unas copas, se me quitó el dolor de estómago efectivamente [se ríe], me animé y me fui a ver a Suarés. Suarés vivía con su esposa y dos hijas que tenía y los padres de su esposa. Me atendió muy bien, me metió en casa de una criada suya que vivía en Beiris, un pueblecito precioso en medio del campo. De allí me comuniqué con mi mujer, ¡para entrar, yo iba a entrar a España!, pero me enteré que ella estaba queriendo cruzar la frontera. Porque conocía a unos médicos, amigos de Antonio Llombart, que manejaban una agencia de aduanas y que tenían casa en los dos lados de la frontera y me estaban vigilando.

Cuando se enteraron que estaba yo en Bayona, me cayeron: “¡Costero, le andamos buscando a usted!” Me dijeron que ahí estaba Carmen con Llombart. Carmen sabía, salió al puente, nos hablamos en el puente y me dijo que me habían ido a buscar a casa unos falangistas y que le había dicho el policía secreto que iba con los falangistas: “¿De verdad no está el profesor Costero en Valladolid?” “No, se fue ayer”.

MIS *¿Por qué razón fue la policía?*

IC

¡Ah!, eso sí no lo sé, no sé por qué. Yo no era falangista, entonces estaba contra ellos, esa es toda la razón. Además yo tenía fama de comunista, porque tenía costumbres tan raras como salir al campo a pasear los domingos; luego, no era socio del casino; luego, pues me pasaba todo el día en la escuela de medicina: llegaba a las ocho de la mañana y salía a las ocho de la noche, ¡eso era de loco!, ¡tuve que poner focos porque no había luz! En fin, yo era un comunista para ellos. No, me dijeron “internacionalista”, que no sé muy bien lo que era pero sonaba más o menos a eso. Total que le dijo el policía: “Avísele usted, porque es uno de los seguros”. Por eso mi mujer se salió como pudo y se marchó a San Sebastián con Llombart, a ver si me podía avisar a Santander. Ahí en el puente Carmen me dijo: “¡No entres de ninguna manera, por ninguna razón, te digan lo que te digan y te ofrezcan lo que te ofrezcan! ¡Como te agarren, te matan!” Y me contó rápidamente lo que había pasado porque no daba tiempo. Estaba a un lado la Guardia Civil y en el otro lado los gendarmes, y decían que iban a entrar a empujarme para meterme, en fin, era una situación muy difícil. “Tú vete, que ya apareceré yo sola. ¿Dónde estás?” “En Beiris” “Ahí voy. Tú no te preocupes de mí, que yo llego”. ¡Las mujeres para eso son...! Agarró a sus dos chicos, agarró un billete de cinco duros y se vino. Se consiguió un permiso, de un tío que vivía en Burgos, casado con una hermana de mi madre; fue a Burgos y le dijo: “Tú ya conoces a tu sobrino. No vas a creer tú, que lo conoces desde que nació, que es comunista. Tú sabes que él nunca dejó su trabajo como universitario”. “¿Cómo te puedo ayudar?” “Dame un pasaporte para salir yo a Francia”. “Pero es que está prohibido salir”. “Bueno, pues son las navidades. Voy a pasar allí las navidades con mis padres, con mis tíos, con mis abuelos, ocho días, que me den ocho días de permiso”. Le dieron ocho días de permiso para pasar las navidades y hasta ahora [se ríe]; ahí guarda el papel de los ocho días de permiso, esos papeles los guardamos. Así salieron mi mujer y los dos chicos. Y ellos se quedaron en Beiris con esta muchacha, que se había muerto su marido, tenía dos hijos (tal vez uno, porque no tienen muchos), y yo me

fui a París a ver a Vincent. No lo conocía personalmente, pero mandaba tumores cerebrales a don Pío y yo le ayudaba a hacer los diagnósticos y por eso lo conocía. Clovis Vincent me dijo: “Usted venga con su familia, yo lo arreglo aquí”. No le digo más: vivíamos en un hotel de citas, que era el más barato. Porque, claro, los hoteles de citas tenían precios por horas; por horas eran relativamente caros, pero por mes eran baratísimos. Además éramos los enamorados estrella, porque estaban por mes [se ríe]; allí iban a pasar una hora, o dos, o tres los muy enamorados, pero no se pasaba un mes nadie. Eran dos viejitos los dueños, franceses, con lo generosos que son los franceses para esas cosas. Nos dieron dos cuartos, uno para los niños y otro para nosotros, debajo del tejado, teníamos claraboya en lugar de ventana. Compramos un hornillo de alcohol y allí hacía Carmen nuestra comida. Estábamos al ladito del hospital donde yo trabajaba con Clovis Vincent. Vincent me pagaba por mes mil quinientos pesos, eso fue lo que yo le pedí. Él me dijo que le pidiese lo que quisiera, le pregunté: “¿Cuánto gana la enfermera mayor, la primera, dando servicio?” “Gana mil quinientos pesos”. “Pues eso quiero yo. Si ella vive con mil quinientos pesos, yo quiero eso también”. Me pagaba mil quinientos pesos de su bolsa para que yo siguiera trabajando. Y todos los domingos, o casi todos, venía con su señora esposa —que era una señora gorda gorda, muy hermosa—, con su sombrero y su adlátere, todos de uniforme, y nos llevaba a pasear a todos lados. Nos llevaba a los lagos, a los ríos, a la bahía por el Sena, a comer, al teatro, al cine, todos los domingos. Clovis Vincent se portó muy bien conmigo. En París pasamos ocho meses.

MIS *A usted no le convenía que los alemanes...*

IC ¡Pero si estaba la guerra, estaban los alemanes en la puerta! El propio Clovis Vincent me lo dijo, estaba muy informado: “Costero, dentro de tres meses los alemanes van a entrar. A ver qué hace. Porque usted como extranjero lo primero que hacen es echarle del país o movilizarle; o lo meten en España o lo mandan a la línea de fuego. Como es usted médico, irá como médico, pero va a la primera línea. De manera que no se puede quedar aquí, tiene que buscar”. Entonces [se ríe] estrené el avión París-Saigón, le escribí a mi hermana que tenía en Filipinas y a ver qué pasaba. Me dijo que fuese cuando quisiera y me mandó dinero, eso es lo que me salvó. Abrí una cuenta corriente en el Banco de los Bajos Pirineos, la Banque des Basses Pyrénées, y con ese dinero y la carta de don Tomás Perrín diciéndome que tenía entrada en México, fui a la Embajada mexicana y me dieron pasaporte mexicano. Yo le dije:

“Mire, voy en un barco alemán porque no tengo dinero para nada. El dinero que tengo que me ha mandado mi hermana me alcanza para el boleto apenas”, el viaje desde París, con tren incluido, hasta Veracruz costaba cincuenta dólares míos, cincuenta dólares de Carmen y otros cincuenta dólares de los dos chicos, pagados a precio de marco registrado, de modo que en realidad eran 35 dólares, y a pesar de que era tan poco, yo no tenía más dinero que aquel, no podía tirarlo. El embajador mexicano era encantador, era nada menos que veracruzano, el famoso coronel que fue gobernador de Veracruz muchos años, tenía una fama de matacuras tremebunda, ¡Tejeda! El coronel Tejeda me dijo: “Mire, si el doctor Chávez es el que le patrocina a usted, no me hable más. ¿Qué necesita?” Y me arregló todo en un momento. Llamó a uno de los adláteres de allí, lo sentó, el otro ya sabía que todo era mentira, le dijo: “Mire, aquí está este compatriota nuestro que lleva viviendo en España muchos años. Vino de niño a España”, porque [se ríe] con mi acento español no podía decir que era de Veracruz, “ha vivido aquí y está casado con española y tiene dos hijos, y se tiene que ir a México porque ya ve cómo está España. Pero ha salido como ha podido y no tiene documentación, vamos a ayudarlo. Hágale un pasaporte”. Dijo: “¿Mexicano?” “¡Claro, claro!, naturalmente, si es mexicano”. Y cuando me dijo: “¿Cómo se llama?” “Isaac Costero Tudanca”. “¿Cuántos años tiene?” “Treinta y tres”. “¿Cómo se llama la señora?” “Carmen Gracia de Costero”. “¿Cómo se llaman los hijos?” “Rafael⁹ y Margarita”. “¿Dónde ha nacido usted?”, yo me quedé de repente callado. Y dice Tejeda: “¿No le he dicho que es compadre mío? ¡En Veracruz!” Nací en Veracruz [se ríe]. Y ese pasaporte lo empleé exclusivamente para sacar el boleto en el barco alemán y que no supiesen los de la Falange. Porque estaba difícilísimo. ¡Viajaban falangistas! Nos encontramos con una vecina, esposa nada menos que de Onésimo Redondo, el jefe de los falangistas en Valladolid. Era amiga de Carmen. Cuando le mataron a su marido las Juntas, Carmen durmió con ella y la acompañó y la consoló, entonces ella no dijo nada. Y salieron los falangistas para ir a Veracruz, venían en el barco.

MIS *¿Venían a México a vivir?*

IC ¡No! Venían de viaje para cosas de política, vestidos de paisanos por supuesto. Viajamos en el barco alemán aquel que después fue nuestro porque se lo quitamos a los alemanes cuando nos hundieron el Potrero

⁹ Los hijos de Costero nacidos en España son Margarita (1931) y José Luis (1934).

del Llano. Ya no me acuerdo cómo se llamaba, pero era de la Hamburg American Line, un barco relativamente pequeño, dos chimeneas, de pocas toneladas, muy pasón, muy lento.¹⁰ Ahí nos vinimos una cantidad tremenda de mexicanos que salieron de España para venirse a México; también algunos nacidos en España, pero en fin. Y ahí vinimos Carmen y yo y los chicos.

MIS *¿Cómo pudo salir?, es decir ¿alguien lo reclamó aquí en México?*

IC Sí, sí, don Tomás Perrín. Don Tomás Gutiérrez Perrín se enteró, por un mexicano que nunca supe quién era, que visitó el laboratorio donde yo trabajaba, que don Pío del Río Hortega y yo estábamos allí, le dijo: “Río Hortega y un discípulo suyo que se llama Costero están con Clovis Vincent”. Y se lo dijo a Perrín porque sabía que Perrín era condiscípulo de Río Hortega, y Perrín estaba muy preocupado de qué le pasaría a Río Hortega con la revolución. Él se lo dijo a Chávez, y Chávez le dio autorización para que me llamase aquí para el Instituto de Cardiología —que aún no habían puesto ni los cimientos, tardaron siete años en terminarlo—, para que yo viniese de patólogo aquí. Aquí no había patólogos prácticamente, no se hacía anatomía patológica. Chávez me consiguió del gobierno exención de comisiones de entrada y me entraron como experto, un experto que necesitaba el país.

115

MIS *¿Y don Pío?*

IC Don Pío se fue a Buenos Aires. Se fue primero a Inglaterra, pero cuando bombardearon Coventry se asustó espantosamente y se marchó a Buenos Aires y ahí murió. Cáncer en próstata. Estuvo bastantes años así, como cinco años. Aunque ya fue con el tumor a Buenos Aires, lo operaron allí. Ya lo habían visto en París y en Londres porque era bien claro que tenía trastornos prostáticos, aunque el cáncer no se le manifestó hasta el último momento. Lo operaron y todo, y estuvo bastante bien algún tiempo, pero acabó con metástasis el pobre.

¹⁰ El barco se llamaba Orinoco.

LA RUTA MEXICANA

**MIS
IC**

¿Qué nos podría decir de su impresión cuando llega a México?

Yo llegué a Veracruz el 15 de agosto de 1937 a las doce, no digo sudando, sino con todo el traje mojado de sudor. Me fui a la playa, me bebí tres cervezas, seis oranges, cinco... recuperé el agua como pude, y salimos a las ocho de la noche en el tren y llegamos a las seis de la mañana a México. Y a las siete estábamos en un hotel, que aún existe según creo, en Cinco de Mayo, que se llamaba hotel Ibarra o algo así, un hotelito muy modesto, muy agradable, que nos costaba cinco pesos por día a los cuatro. Y nos fuimos a ver a don Tomás Perrín. Esto fue el 15 de agosto; el 17 estaba yo trabajando en el Hospital General a las nueve de la mañana. Ya estaba todo listo. Ya me tenían hasta dinero guardado, me dieron dinero. Porque dije: “Bueno, no tengo ropa. No tengo más que una muda [se ríe] y ya está la pobre cosida, ¿qué hago?” “¡Si está usted nombrado aquí desde hace tres meses! Aquí tiene su salario”, y me dieron como setecientos cincuenta pesos, que entonces era un capital. Y me dijo don Tomás: “Ahí está el Palacio de Hierro”. Fuimos al Palacio de Hierro: “Pues a ver, tres calzoncillos, tres camisetas, seis camisas”, en fin, tres corbatas, empecé a comprarme ropa, seis calcetines [se ríe]; Carmen igual y los chicos lo mismo. Y nos dice el muchacho, ya que tenía todo allí, muy puestito, muy bien, muy amable, un chico joven, con un bigotito muy recortadito, me dice: “Muy bien. ¿Lo va a pagar?” Yo me quedé... digo: “Bueno, ¿a qué país he venido, donde uno llega de extranjero, va a comprar cosas y le preguntan si las va a pagar” [se ríe]. Yo dije: “Mire, señor. La verdad yo tenía intención de pagarlas, pero si hay manera de no pagarlas dígamelo, porque tengo muy poco dinero”. Y me dijo: “¡No!

Bueno, es que no le he explicado bien”. Me explicó que lo podía pagar en tres meses, que habían refacciones, que no sé qué. Conque le dije: “¡Ah, no, mire, si hay que pagarlo luego, lo pago ahora ya de una buena vez”, y lo pagué. Esa fue mi primera admiración en México, y una impresión más, después de la estancia en Francia. Gracias a que trabajé como un bestia con Clovis Vincent, se me disparó mi úlcera. Era una cosa terrible. Me tuve que hacer una faja para sujetarme el estómago porque no podía estar bien de lo que me dolía el estómago. ¡Estaba yo flaco, pálido! No sangré ni nada, pero estuve muy mal. Y una sensación de desesperación, de no saber qué hacer, si irme a Buenos Aires con don Pío, me ofrecieron trabajo en Canadá, en fin, un desastre. Y me vine aquí con mi mujer. No dijo nada: “Nos vamos a México”. “¿Pero por qué, tú qué conoces de México?” “Mira, si te vas a Canadá allí hablan francés e inglés, y nosotros nunca hablaremos el francés y el inglés como para entrar dentro del país hasta el fondo porque ya tenemos treinta y pico años, ya no. A los niños les pasa lo contrario, y en pocos años ellos se casarán y quedaremos sin hijos porque tendrán una familia canadiense seguramente”. Vi el mapa, fui al barco y les dije: “Miren, yo he viajado algo con ustedes, pero ustedes son muy careros. Soy español y acabo de salir, no tengo dinero y me tengo que ir a Canadá ¿qué hago?” Me dijeron: “¡Ah, no se preocupe!”, muy amables. Me dieron la dirección de unos barcos de carga que llevaban seis u ocho pasajeros: “Si no tiene prisa, si en lugar de ir en ocho días quiere ir en un mes y medio, no se preocupe”. “¡No, no tengo ninguna prisa!” “Pues váyase allí.” Y efectivamente, fui a los cargadores. Era baratísimo, creo que por cincuenta dólares íbamos todos en un mes y pico, comiendo a lo bestia, porque en los barcos se come muy bien. Pero me dijeron que no podría salir el barco hasta junio (estábamos en diciembre o enero). Les dije yo: “¿Por qué?” “Porque el río San Lorenzo está helado”, que lo más que podrían hacer era dejarme en Groenlandia y que desde allí en trineo podría llegar a Montreal en tres días [se ríe]. Dije: “¿Voy a llegar yo con mi mujer en trineo a Montreal? [se ríe]. A eso no llegamos todavía, ino me atrevería, me muero de frío! A mí me meten en un trineo, me hielo”, ¡imagínese! De modo que dije: “No, no me conviene”.

MIS *¿Y a Filipinas siempre no fue?*

IC No, no quise ir porque, primero, en Filipinas no se habla español. Y mi hermana me dijo: “Aquí tienen ustedes casa, lo que quieras”. Le dije: “No, tendré dinero y de todo pero ya no soy joven, la medicina anda muy mal, es mucho problema”. Y en cambio para Buenos Aires no me

querían dar el visado; fui a la embajada y nada, una serie de problemas. Me dijo mi mujer: “Mira, vámonos a... Allí está don Tomás Perrín”, lo conocíamos, y otros amigos. “Pues vámonos a México”. ¿Usted se da cuenta? ¡Qué diferencia!, llegar a Veracruz, todo el mundo hablando español, con lo alegres que son los veracruzanos, con el sol de Veracruz y aquellas casas blancas, y aquel mar y aquella espuma. ¡Y libres, libres, libres!, nadie nos perseguía, todos eran amigos. Se hablaba con una persona: “Señor, ¿dónde puedo tomarme un refresco?”, le trataban a uno como persona. Bueno, no como persona sino como compañero: nadie se preocupaba si era español o era chino o era ruso [se ríe]. Nos metimos en el tren. ¡Aquella entrada por la noche! Aunque era 15 de agosto, a las ocho que salimos ya era de noche; y el olor a las frutas y a las flores, hasta que subimos a la famosa cuesta aquella, la meseta después de pasar Orizaba y de pasar todo eso. En Orizaba nos compramos unos plátanos dominicos, que no conocíamos; una cesta enorme llena de plátanos dominicos, todo por cinco pesos, por ahí debe andar la cesta. ¡Y yo me comí catorce dominicos uno tras de otro!, estaba feliz, los hijos dormidos allí en los asientos. Luego, ver las pirámides de Teotihuacán al pasar con el tren; llegar a México y encontrarnos con don Tomás Perrín, al día siguiente comiendo en su casa, con criados de guante blanco, mantel de Malinas, vajilla de porcelana alemana, cristal de Bohemia; la señora, el hijo, la hija. “¡Dios mío, qué mundo tan diferente!”, tratado bien por todos: “¡No, qué va usted a pagar!, aquí nosotros pagamos”. No es que encontráramos otra vez nuestra patria que era España, sino algo mucho mejor [se ríe]. Y aquí de repente, en lugar de ser uno de tantos, éramos algo extraordinario, alguien que había hecho el favor de venir hasta aquí a enseñarles una cosa que no sabían. ¡Y hay que ver cómo me trataban en el Hospital General!, en fin: estaba yo aterrado, estaba asustado. Le dije a Carmen: “Hija mía, vosotras las mujeres tenéis un sentido de intuición que está muy por encima de nuestra raza”. Compárelo con los argentinos, ¡dónde va a comparar! ¡Y no digo con los canadienses!

MIS *Ya propuesto para este trabajo, usted llega al Hospital General. ¿Qué condiciones encuentra en el Hospital General?*

IC En el Hospital General acababan de hacer la sala de autopsias; sin saber que iba a venir yo, acababan de hacer una sala de autopsias y no tenían quién las hiciese. Había un doctor Tachiquín que las iba a hacer, pero no sabía, no tenía experiencia, él aprendió conmigo. Después, había un pabelloncito que le llamaban los laboratorios ge-

nerales y allí trabajaban, entre otras personas, Manuel Martínez Báez e Ignacio González Guzmán, que eran muy amigos del doctor Chávez y me recibieron como hermanos. En seguida me dieron un cuartito para que yo empezase a trabajar, me enseñaron todo el material que tenían, me empezaron a comprar todo lo que hacía falta, ya encargué mi microscopio bueno, mi gran microtomo para cerebros enteros. Porque me dijeron: “Pida lo que necesite”, y cuando hice un pedido como de trescientos mil pesos de aquella época, como seis millones de pesos de ahora, ocurrió que Cárdenas expropió el petróleo. Y me llamaron de Salubridad y me dijeron: “Mire, doctor, aquí está la lista de lo que ha pedido, lo hemos tramitado inmediatamente”, ¡ya se había pedido!, “pero por favor ponga usted números (uno, dos, tres, cuatro) sobre lo que es más necesario, porque no sabemos qué vamos a poder pagar. Estados Unidos está en contra de que el petróleo ha quedado a los ingleses casi todo y vamos a tener problemas”. Efectivamente, bajó la moneda, en fin, todo el lío que tuvimos con aquello. Pero a mí me compraron todo, ¡absolutamente todo!, hasta el último cortador; no redujeron nada. Así se portaron. Y en seguida me nombraron cuatro ayudantes con su pequeño salario, que les pagaban entonces ciento veinte pesos.

MIS *¿A usted cuánto le pagaban?*

IC 399 era mi salario en el Hospital General. Porque el director ganaba cuatrocientos y nadie podía ganar como el director, y me pusieron 399. Para que vea. En seguida me nombraron profesor de la Universidad y me dieron otros cien pesos [se ríe], y luego profesor del Politécnico y me dieron otros cien pesos [se ríe]. Me hice de repente millonario.

MIS *¿Y daba patología solamente?*

IC Solamente patología. Nunca he hecho más que patología.

MIS *¿Y consultorio particular?*

IC No, nunca jamás. Siempre que me han traído preparaciones ha sido en consulta de un compañero y no he cobrado. Yo nunca he cobrado nada de trabajo privado.

MIS *Dice usted que aquí apenas se conocía la anatomopatología.*

IC Sí, prácticamente no se conocía. Autopsias no hacían más que las médico-legales, y las hacía un doctor Ulrich, que estaba entonces de jefe del anfiteatro del Hospital General, un señor ya muy viejo que murió

muy pronto el pobre. Y este Ulrich no abría los cadáveres ni nada, ni siquiera los desnudaba, nada más hacía una cosa de trámite para firmar el certificado: “Que se ha muerto”. Si no le había dado el clínico un diagnóstico, él lo buscaba abriendo tórax y abdomen rápidamente, un agujerito a ver qué veía. Sabía patología, pero no hacía nada porque no había manera. Así empezamos a trabajar.

MIS *¿Cómo encontró la medicina en México?*

IC

Pues la encontré en los dos extremos. Había un grupo de médicos, y no pequeño: Martínez Báez, González Guzmán, Ignacio Chávez, Francisco de Paula Miranda, el famoso “Chango” Castañeda¹¹ que le llamaban, en fin, como treinta médicos llegué a conocer que eran médicos como cualquiera: sabían explorar, sabían diagnosticar, trataban bien, manejaban bien. Y lo que tenía México siempre era muchos y muy buenos cirujanos; si había por ejemplo quince buenos internistas, había sesenta buenos cirujanos. Se metían con todo y operaban muy bien, con gran habilidad. El mexicano ha hecho muy buena cirugía, con muy buena asepsia, el tratamiento pre y postoperatorio lo manejaban muy bien los cirujanos. Las especialidades son las que andaban cojas; había uno o dos buenos oftalmólogos, había un muy buen ortopedista, en fin, algunos, pero las especialidades estaban un poco dejadas de la mano de Dios. Eso no estaba a la altura de lo otro, no había buenos especialistas. En dermatología estaba uno que todavía vive, no recuerdo el nombre, tiene aspecto de chino, debe ser descendiente de chinos, que es muy inteligente este hombre, sabía una cantidad de dermatología bárbara, pero era el único prácticamente que sabía dermatología.¹² Partos sí, partos y ginecología las dos estaban bien, había bastantes y buenos.

121

MIS *¿No conoció otros médicos en Alemania?*

IC

Mexicanos no. Mexicanos no conocí más que uno que estaba de agregado cultural en la Embajada de México en Berlín, que después fue director del Hospital Infantil de México y que luego fue gobernador de Chiapas o de no sé dónde, es al único que conocí en Alemania y antes de venir aquí. A Manuel Martínez Báez lo conocí cuando estuvo visitando en España a don Tomás Perrín, que aunque era español daba clases a mexicanos. Recuerdo que cuando estuvo el maestro Isaac Ochoterena, que era biólogo, en Valladolid, vienen una docena de muchachos a

¹¹ Su nombre era Gonzalo Castañeda Escobar.

¹² Se refiere a Fernando Latapí.

decirme que querían clases con Perrín. Les digo: “Bueno, ¿y ustedes a cuenta de qué?” “Es que somos mexicanos”. Yo no sabía que eran mexicanos y estaban estudiando medicina en Valladolid. De todos ellos, sólo uno apareció una vez por Cardiología a saludarlo, los demás no sé qué ha sido de ellos. Han pasado muchos años.

MIS *Y los médicos españoles que llegaban como refugiados ¿cómo los recibió usted?*

IC Ahí fui yo de coyote. Como yo llegué el primero...

MIS *Ya estaba usted en casa.*

IC Claro, y todos se enteraron que yo estaba aquí con Chávez y con González Guzmán y con los mandamases y amigos, pues me escribían y me venían a ver: “¡Costero!, ¿qué hago?”, porque venían todos con la familia [se ríe] y una muda, “¿qué hago?”, que no sé qué. Y yo iba a Gobernación a arreglarles los papeles, porque a mí en Gobernación se quitaban la gorra los mozos y me decían “señor licenciado”. De modo que yo [se ríe] iba por Gobernación muy a menudo, continuamente. Y el que me ayudó fue el que estaba de jefe de la Dirección General de Población, que se portó de una manera maravillosa. Yo no he visto hombre más seco, más anti-pático de aspecto, más malacara, pálido, ojeroso, flaco, Ojeda se llamaba. Este es el que resolvía todo y se lo sabía todo, éste me trajo a todos. Me decía: “Costero, ¿usted me promete que este señor es decente?” “Yo le doy mi palabra”. Punto, firmado. Eso es todo lo que me preguntaba.

122

MIS *¿Y a cuántos ayudó a entrar?*

IC ¡Huy, no sé!, no me acuerdo. Traje cubanos, luego traje... [se ríe] ¡si yo he sido coyote! No sé los que he traído, no me acuerdo, es imposible saberlo. Yo tenía en Gobernación una vara alta como no puede imaginarse, y era por Ojeda, que su hijo se casó con la hija de unos refugiados. Ojeda, ya le digo, le dijo al portero: “Siempre que venga el señor Costero, entra sin más explicaciones, esté quien esté aquí”. Y el portero me daba unos sombrillazos que me decía: “¡Señor licenciado, pase usted! ¡Pase, señor licenciado! Está ocupado, pero en seguida se desocupa. Espérese un momentito dentro. Entre usted, porque si no, se enoja y me riñe”. Ojeda así se portó conmigo.

MIS *Entonces prácticamente ayudó a todos los médicos.*

IC No a todos, pero a muchos. Porque sé que vinieron muchos. Tenga en cuenta que si agarra ahora la lista de teléfonos y busca “refugiados es-

pañoles médicos en México”, cuenta 350 en un momento sólo en la Ciudad de México. Vinieron cuarenta mil cabezas de familia, no sé si usted sabe eso, cuarenta mil familias. Y no vinieron más porque no había barcos [se ríe]; si no, se trae Cárdenas a los cien mil que se quedaron en Francia. Eso me lo dijo él a mí. Y en plena guerra, estando Cárdenas en una junta de ministros en el Palacio Nacional, se le antojó a don Manuel Márquez (el oculista, que vino y murió aquí) ir a darle las gracias a don Lázaro porque le había permitido hacer el Ateneo Español; era, claro, un lapsus porque estaba ya muy viejo, tenía ochenta años. Y se fue con el secretario del Ateneo Español y el presidente y el no sé qué a darle las gracias a Cárdenas, sin pedir permiso ni autorización, ni llamar al secretario y que le diese una cita; fue al Palacio directamente y preguntó por Cárdenas. Le dijeron [se ríe]: “Sí, pero está en junta”. “¡Ah, pues cuánto lo siento!, porque venía a hablar con él”. “¿Quién es usted?” “Esta es mi tarjeta”. ¡Fíjese que paró la junta y lo metió en la junta!, que estaban con mapas de Europa y la guerra y no sé qué, que si entraba México en la guerra, que si mandaban soldados o no mandaban; paró a todos los ministros para recibir con toda su paciencia a don Manuel Márquez, que se ponía a hablar y no acababa. Y le aguantó toda la conversación y le dijo: “No se preocupe, muchas gracias, yo por usted lo que quiera, lo que me pida”. Estaba de secretario Domerio Mas, es el que me lo ha contado, que este es comunista, de los comunistas con siete casas y muy elegantes, y muy buena persona. Ahora está jubilado, pero todavía tiene un puesto importante en Syntex. Y el pobre Domerio estaba aterrado [se ríe] porque no paraba Márquez de hablar, delante de él, y todos los ministros esperando que acabase porque habían interrumpido la junta [se ríe]. Esas cosas no se olvidan nunca ni pasan jamás. Así se portó Cárdenas con nosotros.

MIS *¿Usted también lo conoció?*

IC Sí, lo conocí porque estuvo enferma su esposa y yo le hice un análisis. Y claro, me quiso pagar, ¡imagínese, qué barbaridad! [se ríe]. Yo le dije: “¡Si no le cobro a nadie, cómo le voy a cobrar a usted! Ni siquiera me lo agradezca, si yo no cobro. Porque no es ésta mi profesión, yo no soy médico, soy investigador. Dicen que usted me trajo aquí por eso, de modo que cómo le voy a cobrar”. Y me recibió un día en su casa, y luego cada vez que me veía decía: “Este es el aragonés, es uno de los primeros”. De mi nombre no se acordaba, pero siempre me llamaba así. Otra decisión que tomó Cárdenas en nuestro favor fue que, como nadie se podía naturalizar hasta llevar cinco años, un año como inmigrante

y cuatro como inmigrado, y no podía uno ejercer la carrera hasta ser mexicano y revalidar su título, sacó aquel famoso decreto creando la categoría migratoria de refugiado político: que todo español y latinoamericano de habla española que entrase en México con la categoría de refugiado político, porque su vida o su modo de vida corría peligro en su país, tenía los mismos derechos que el mexicano por nacimiento para hacer lo que le diese la gana sin necesidad de naturalizarse. ¡Qué barbaridad!, ¡cómo se puede hacer eso! No lo ha hecho nadie en el mundo más que Lázaro Cárdenas. Resulta [se ríe] que como no éramos mexicanos, el que se compraba algo, por ejemplo una casa, unos muebles, el lavaplatos, no podía ponerlo a su nombre, por años, diez, doce años. Eso lo arregló Alemán: el que llevaba tantos años, borrón y cuenta nueva. Pero al principio, durante muchos años, los refugiados vivían de que sus mujeres se ponían a coser ropa de niños, a tejer, y con eso vivían al principio; las mujeres fueron las primeras que ganaron dinero en general, por lo menos tres de cada cuatro. Hicieron mexicanas a sus mujeres, porque si se nacionalizaban ellos no podían ejercer la carrera si no revalidaban el título [se ríe]. Entonces tenían que ejercer como refugiados políticos, tenían que comprar todo a nombre de su mujer [se ríe], que ella es la que era mexicana, para que no hubiera problemas con él. Y las mujeres se hicieron primero mexicanas y después, claro, todos son mexicanos por ser casados con mexicana [se ríe].

MIS *Doctor, usted que llegó de los primeros refugiados, que vio la situación de la medicina, ¿notó cómo subió de nivel cuando vinieron los médicos españoles?*

IC Sí, sí. No es que subiese la medicina en calidad, subió en categoría, que es distinto. Porque el médico mexicano no cobraba; cobraba unas cantidades mínimas, y el que no le quería pagar no le pagaba y no pasaba nada. Es decir, ¡que un médico mexicano cobrase cinco pesos es que era de risa!

MIS *Eso era en un sanatorio, pero aparte, en el consultorio.*

IC ¡No, no, en el consultorio privado! ¡En el consultorio privado cobraban nada! Los precios de los médicos eran de risa para nosotros. Estábamos acostumbrados a que el que no tenía dinero no pagaba. En España un médico que le decía al paciente: “Son tres mil pesetas”. Y le contestaba: “Doctor, no tengo dinero”. “¿Cómo que no tiene dinero?” “No”. “¿Pues qué es usted?” “Soy albañil”. “¡Hombre, me lo podía haber dicho! Nada, a ver si puede, cuando pueda, lo que pueda, adiós”, los corrían sin más explicaciones. Que alguno venía después con una gallina, con dos doce-

nas de huevos; si era carpintero venía y le hacía una mesa, en fin, o ya le pagaba cien pesetas. Pero no les cobraban. El médico en España no cobraba quizá a la tercera parte de su clientela, no les cobraba, el médico privado, el de prestigio. ¡En cambio al que podía pagar le sacaba los hígados! Don Abelardo Gallego decía que los médicos cuando percutían o cuando auscultaban no oían el corazón, ni si era timpánico el ruido o era... no decían más que: “Éste podrá pagar tres mil o tres mil quinientos”. Y eso es en lo que pensaban, porque cobraban mucho. Y al llegar aquí y darse cuenta que no se podía cobrar tanto, cobraron mucho menos, pero subieron la categoría del médico en ese sentido. Y como casi todos entraron en las sociedades con los de aquí, en grupos y a trabajar en los hospitales juntos, les dijeron: “¡Oigan, no! Desprestigian ustedes la medicina. El que no puede pagar no paga, por supuesto; el médico no puede cobrar por su oficio si el enfermo no puede pagar. Pero si el enfermo puede pagar, ¿cómo le van a cobrar al licenciado fulanito de tal, que tiene ahí millones y millones, cinco pesos de la consulta? ¡No, hombre!, cóbrenle por lo menos quinientos” [se ríe]. Y como vieron que los pagaban se pusieron muy contentos [se ríe] y subió la categoría de médico, fíjese. Después, el médico español ha sido siempre muy formal en el horario, en atender al enfermo, en ir a su casa varias veces, se ocupaba mucho del enfermo; y el médico mexicano no se ocupaba tanto, era un poco más seco, y eso sí lo trajeron los médicos españoles. Como también trajeron la tertulia de café, ir al café por las tardes y discutir y hablar. Y trasnochar: aquí el médico se levantaba a las cinco de la mañana y se acostaba a las ocho de la noche, y al año de venir los españoles ya todo mundo se acostaba a las once [se ríe] y llegaba al hospital a las nueve. Esos fueron los cambios que yo noté.

MIS *¿Pero en cuanto a preparación?*

IC No, a categoría no, porque aquí había muy buenos médicos. Aquí yo no recuerdo ningún médico español que enseñase nada importante a ningún médico mexicano, no recuerdo a ninguno.

MIS *Bueno, usted con esta nueva especialidad...*

IC Bueno, la patología porque no existía aquí entonces. También ganaron mucho las especialidades, que estaban, como le dije, un poco bajas. Pero vino Márquez, que era el amo de la oftalmología en Europa, y se fueron con él y aprendieron una serie de cosas. Y lo mismo pasó con Otero en ginecología y obstetricia; que había muy buenos ginecólogos en México, pero Otero era muy buen médico y les ayudó, y lo toma-

ron un poco como ejemplo. De modo que en algunas especialidades sí hubo alguno que algo quizá enseñase, pero en general no. En cirugía no, nada, idónde se va a comparar! Nuestros buenos *buenos* cirujanos eran medianejos al lado de los de aquí; de los buenos de aquí, claro. Y aquí los españoles se asustaban de cómo operaban. Cuando veían cómo hacían las toracotomías, me acuerdo, se quedaban aterrados diciendo: “¡Pero esta gente en el hospital de Huipulco operan en una mañana seis toracotomías, una detrás de otra!, ¿cómo puede ser? ¿Y no se les muere ninguno de los seis?” “No”, y se quedaban aterrados. Y al revés: aquí los cirujanos aprendieron de los mexicanos. La técnica quirúrgica del mexicano ha sido siempre muy buena y muy original, el mexicano opera muy a su modo. Así como copia mucho la medicina de Estados Unidos, las recetas y los productos farmacéuticos, la cirugía no. A mí los americanos muchas veces me decían, porque sabían que yo no era mexicano de nacimiento sino que era español y llevaba aquí unos meses, y cuando venían aquí me decían: “¡Oiga!, eso que ha dicho este señor en su trabajo, de que ha operado tres mil toracotomías, ¿es cierto?” “Sí”. “¿Cómo ha podido operar tres mil toracotomías?” “No sé, pero ha operado tres mil toracotomías [se ríe]. Si usted que ha operado cien cree que ha batido el récord del mundo, ¡ah, no!, aquí se opera una toracotomía con toda tranquilidad”. “¿Y no tienen muertes?” “No tienen muertes. Se les muere el dos por ciento como es lo normal, no se mueren más”.

MIS *En cuanto a la enseñanza de la medicina, ¿cómo notó la escuela cuando empezó a dar clases?*

IC Baja, muy baja. Había algunos buenos profesores. Había un buen profesor de fisiología, José Joaquín Izquierdo, que era un gran fisiólogo y un gran maestro, pero que tenía la manía de reprobar y tenía muy pocos alumnos. Y en cambio había otro que no era mal profesor y que aprobaba a todos, no recuerdo su nombre; era mucho más viejo, muy buena persona, y era buen fisiólogo, ¡pero daba una clase lenta, monótona!, los chicos no le hacían caso. González Guzmán, por ejemplo, explicaba hematología y sabía una barbaridad, pero les decía a los chicos las cosas de manera que no se le entendía nada, no les explicaba por orden de importancia, no era buen maestro. Don Tomás Perrín sabía muchísima histología, pero no salía del núcleo, se pasaba todo el año explicando el núcleo. De modo que en general la enseñanza en medicina *medicina* no era buena. Después, siempre ha habido muchos estudiantes y pocos enfermos, desde entonces. Y claro, usted no puede decir a un muchacho: “A ver, percuta el tórax de este enfermo. El siguiente, el siguiente, el siguiente...” Puede hacer

seis, pero no puede hacer doscientos, y los chicos no tenían oportunidad de aprender fácilmente. Luego, eran muy informales.

MIS *¿Los alumnos?*

IC ¡Los profesores!, no iban a clase. Había profesores que no aparecían en todo el curso, tranquilamente, o que por lo menos faltaban tres de cuatro clases, o que en lugar de llegar a las nueve llegaban a las diez menos cinco, cuando se tenía que acabar la clase a las diez. Eso era muy común. Tremendo.

MIS *¿Y los estudiantes cómo respondían?*

IC Pues con toda su santa paciencia. Aquí el estudiante es muy aguantador, o era muy aguantador en esa época. Ahora ha dejado la Universidad de ser universidad y ya es una fábrica, entonces hay un sindicato. Había gente estudiosa; el que quería estudiar, estudiaba. Y podía estudiar, porque como los que querían estudiar eran pocos les iba muy bien. Pero la masa en general estudiaba muy poco, muy poco.

127

MIS *¿Y había clases prácticas, iban a los hospitales?*

IC Sí, siempre había clase en los hospitales, estaban los hospitales llenos de estudiantes. Pero en las salas, como no hubiese una enferma muy guapa o algo así por el estilo, un atractivo especial, un enfermo raro, que fuera a haber exámenes, en fin, si no había un motivo un poco especial, el número de estudiantes era muy bajo. Siempre había buenos estudiantes, porque siempre los ha habido, pero ese bueno era un diez por ciento. El resto no se preocupaba.

MIS *Usted con sus alumnos tenía que utilizar el laboratorio, me imagino. ¿Tenían buenos laboratorios?*

IC No, porque yo lo que daba era autopsias. No explicaba la parte microscópica, no explicaba más que la macroscopía. Cuando llegué había profesores para todo. Me dijeron: “¿Qué grupo quiere elegir?”, había seis. “Yo no quiero que echen a un profesor mexicano para ponerme a mí, de ninguna manera”. “Pero no podemos hacer siete, porque son seis días de la semana y es una clase por día de la semana”, así lo tenían organizado, había como unos ochenta muchachos en cada grupo, era grande, “y no podemos hacer un curso nuevo”. “¿Quién explica aquí autopsias?” “¿Autopsias? Nadie”. “Yo les voy a explicar a todos, a los cuatrocientos ochenta. Un grupo el lunes, otro grupo el martes, otro grupo el miércoles... yo hago una autopsia cada día de la semana a las siete de la mañana en el General, para un grupo cada día”.

MIS *No era en la escuela, claro.*

IC No, lo hacíamos en el hospital. Y les pareció muy bien y se creó la cátedra que se llamó de diagnóstico anatómico, por no llamarle de autopsias porque tampoco querían.

MIS *¿Tenían los suficientes aparatos para cortar, para todo?*

IC Sí, sí, el instrumental que se necesita es muy poco y me lo consiguieron en seguida; un instrumental muy bueno, americano, de muy buena calidad. Y aquí había muy buen instrumental ya entonces, sobre todo lo corriente: tijeras, pinzas, cuchillos. Sí, muy bien, no hubo problema.

MIS *¿Aquí ya había la especialidad de médico forense?*

IC Eso casi no, ni existe todavía. Lo hay ahora oficialmente pero hace muy pocos años. Y además yo nunca he hecho medicina forense. He intervenido en varios casos forenses aquí en México y en España, pero fue en secreto. Lo primero que les he dicho: “Mire, usted es médico y es compañero, y yo quiero servirle. Le voy a hacer lo que me pida, pero no me va a nombrar a mí para nada. Y lo voy a hacer sólo delante de usted, lo que yo sé, lo que hago”. Y nunca he figurado como forense, no he querido nunca eso. Ya se puede imaginar qué cantidad de política hay en una autopsia: el juez, el defensor, que si la mató, que si no la mató, que si sí, que no, que si el otro... no, no, no. “Mire, yo soy patólogo. Hago la autopsia y le digo qué lesiones tiene el enfermo, y usted, que es médico legista, las interpreta. Que si la bala estaba de arriba o si estaba de abajo, o si entró para arriba de abajo o de abajo arriba, de eso no sé nada. Yo le digo: Aquí el hígado está estallado. Muy bien. Y efectivamente, aquí en la piel hay un agujero de bala, pues evidentemente aquí otro en la espalda es el de salida. Si esa bala era de cañón o era de pistola, eso es cosa de usted, de armas no entiendo nada. Y no me nombre para nada”. He dictado algunas autopsias, la lesión la he descrito yo y se la he dictado; pero la ha escrito él con su mano, ni siquiera la he escrito yo con la mía, por si acaso. Nunca he querido meterme en eso, nunca, jamás.

MIS *Volviendo a sus cátedras, ¿encontraba los suficientes cadáveres para trabajar?*

IC Sí, de sobra, ¡uh! En el hospital, en mi época, había no menos de catorce muertos diarios, probablemente a veces veinte o veinticinco. Y había días que hacía siete autopsias yo solito, una detrás de otra. Empezaba a las ocho de la mañana y acababa a las seis de la tarde. Porque no hacía más autopsias que las que me pedían los clínicos, pero claro, al princi-

pio estaba de moda y todos querían: “Maestro Costero, mire, que tengo un cadáver”, que no sé qué. “Hay tres delante de usted, de modo que le tocará a las cuatro de la tarde”. “Muy bien, a las cuatro vengo”. Nunca venían, ¡idigo! casi nunca, pero yo le hacía la autopsia. ¡Los domingos!, trabajaba el domingo.

MIS *¿Cómo vio la evolución de la medicina en México, a nivel de medicina y a nivel institucional?*

IC Eso lo han hecho fundamentalmente los clínicos y lo han hecho muy bien. Y ahí a la cabeza estaba el doctor Chávez, con el doctor Baz y con otro grupo de clínicos, como Ayala González, que ya murió; el doctor Gea González; los hermanos Flores,¹³ que todavía viven, que son de Pachuca por cierto, son cirujanos y son académicos de la cirugía, muy conocidos; estos son algunos de los que dieron de repente vigor a la clínica. Porque al principio la gente iba al Hospital General muy poco tiempo. El médico del Hospital General iba, pasaba visita pero como en bicicleta y se marchaba. ¡Es que tenían salarios de cien pesos! Eso, al poco tiempo de venir yo, cambió completamente. Chávez agarró la dirección del Hospital General y dijo: “Esto no puede ser, el médico tiene que estar aquí por lo menos cuatro horas y si puede ocho”, en fin, empezó a arreglar la situación. Arreglaron los pabellones, los pusieron bien, los pintaron, se hicieron nuevos; compraron camas, compraron sábanas, lo cambiaron todo. Porque es que al principio el Hospital General estaba dejado de la mano de Dios. Por ejemplo, había habido cinco o seis contagiados bruscamente de tifo exantemático, cuando hacía mucho tiempo que no se veía tifo en la Ciudad de México. El tifo se contagia por la picadura del piojo, y unos empleados de Teléfonos fueron no sé dónde diablos, por ahí a las afueras de la ciudad a un poste de teléfonos, a arreglar no sé qué, y se volvieron con tifo todos, o si eran doce se volvieron siete con tifo. Se murieron casi todos, y un compañero nuestro murió también de tifo. Y Ruiz Castañeda, que estaba estudiando el tifo exantemático, me pidió que le fuese a tomar unas fotografías y se las tomé. Y después de tomarlas, me fijo en el enfermo y estaba lleno de piojo. ¿Usted comprende que de una enfermedad que se transmite por el piojo, está en el Hospital General un enfermo que lleva tres días y está lleno de piojo? “¡Pero no es posible!” le dije a Ruiz Castañeda. Dice: “¡Ah, no pasa nada!” [se ríe] “¿Cómo que no pasa nada? Yo aquí no vuelvo a entrar en el resto de mi vida. A mí eso sí no me

129

¹³ Se trata de Enrique y Jorge Flores Espinosa.

conviene. Si yo tengo que meterme en un pueblito donde no hay nada y tengo que curar a un tifoso y me contagio, pues me contagio. ¡Pero en el Hospital General!, donde tiene usted DDT y tiene lo que le dé la gana, ¡cómo pueden hacer eso, no!”, imagínese. De modo que se manejaban así. Pero eso duró muy poco, en unos cuantos años había desaparecido. En el año '38,'39 Acapulco era un poblacho, había que ir en coche por una carretera llena de baches y de barrancas, bajar al Cañón del Zopilote, en fin. La gente iba a Acapulco y venía una cantidad de ellos con paludismo de espanto. Yo he autopsiado en el Hospital General gente muerta de paludismo a los ocho días de venir de Acapulco.

MIS *¿Qué efecto tenían las campañas de salud?*

IC

130

Ya las había. Pero había mal del pinto. Luego, cisticercosis en Chiapas; todavía hay, aunque está prácticamente controlada. Esta es una filaria, una filariasis, que la mexicana se llama oncocercosis, había mucha oncocercosis. Había todavía algunos casos de fiebre amarilla, esporádicos, muy pocos. En Veracruz había una cantidad de paludismo de espanto. Luego, no se podía ir a Guadalajara sin volver con tifoidea, era una cosa tremenda. Todo eso desapareció en unos cuantos años. Vinieron Manuel Martínez Báez y gente de categoría de Salubridad, Salvador Aceves, y fueron con la Organización Mundial de la Salud y acabaron con todo eso. Con vacunas, y con dinero que les dieron para el saneamiento de las aguas negras, lo que hubo que hacer; un asunto de especialista, muy complicado, diagnosticando a tiempo y dando la medicina en la cantidad y calidad necesarias, en el momento oportuno, y preparando, como preparó Manuel Martínez Báez, centenares de médicos sanitarios que salieron por todo el país a tratar a los enfermos y a descubrirlos y a evitar el contagio. ¡No, pues acabaron rápidamente con todo ello! El cambio ha sido tremendo. Ahora para encontrar oncocercosis hay que hacer un viaje de expertos a sitios donde haya algunos casos, es muy difícil encontrarlos. Fiebre amarilla ya no hay en México. Paludismo prácticamente no hay en México hace años y años, y así sucesivamente.

MIS *¿También se erradicó la polio, verdad?*

IC

La poliomiелitis también, pero eso fue en el mundo en general por la vacuna Salk. Había mucha más poliomiелitis en Estados Unidos que en México. El mexicano la aguantaba dignamente bien. Estaban los americanos convencidos de que en México había una cantidad tremenda de poliomiелíticos que no tenían síntomas, que no les pasaba nada; en

suma, que el indio aguanta la poliomieltis tranquilamente bien: cojea un poco, renquea un poco una temporada y ya, se repone. En cambio los pobres americanos se quedan en silla de ruedas para el resto de su vida. Esa es la idea que tenían los americanos y es posible que tengan razón. Lo que sí tenemos todavía hoy y no hay quien lo quite es la cisticercosis. No sabemos exactamente de dónde se toma, pero lo más probable es que viene en la lechuga que ponemos en todas las comidas mexicanas, la verdura cruda sin lavar. Es común que el hombre se coma los huevos de la *Taenia solium* y por eso la tenga. En México hay muy poca *Taenia solium*; he hecho como tres mil autopsias y habré visto unas sesenta *faginata*, pero *solium* ninguna. La he buscado con coraje y no la he podido encontrar. En cambio hay 3.8 por ciento de enfermos del Hospital General (desde que llegué hasta hoy no ha cambiado, acaban de hacer estadística) que tienen cisticercos; sin síntomas, pero cisticercos, que no se ha diagnosticado. Y en los estándares de Neurología, donde trabajo ahora, mientras no se demuestre lo contrario, cualquier enfermo con síntomas raros tiene cisticercosis; primero hay que demostrar que no tiene cisticercosis. Tienen cientos de casos de cisticercosis.

MIS *¿En el estómago?*

IC

No, en el cerebro. Los quistes se ponen en los músculos, donde no estorban para nada. Hay muchísimo mexicano que tiene unas bolitas por aquí [señala los brazos y las piernas]. Cuando doy clases y lo cuento, siempre se levantan cuatro o cinco que tienen sus bolas. Es el sitio clásico y ahí no hace daño, pero cuando cae en el cerebro sí. Cisticercosis hay una barbaridad, por la manía de hacerlo todo con las manos. Y lo mismo pasa con las amibas, todo el mundo tiene amibas. Me radiaron a mí y en cuanto disminuí mi resistencia del intestino por la radiación, agarré una amibiasis. ¡Yo, que hiervo todo, cómo agarré una amibiasis! Así que las amibas van en el tranvía, en todos los sitios, y la gente no se lava las manos. Lo hace todo con la mano, todo. ¿Usted ha visto a la Chepita hacer recetas de cocina?¹⁴ Agarra todo con la mano. ¡Y los anuncios de Salubridad de preparar pescado, todo con la mano, por amor de Dios! Lavadas o sin lavar, las manos siempre están sucias. La comida jamás se debe tocar con las manos. Y no hay manera, es inútil. Los berros, todas estas cosas que se comen crudas, que se hace ensalada: la lechuga, la escarola, el jitomate, que están por tierra además; la frambuesa, todo eso es muy peligroso, en todos los países, porque están

¹⁴ Se refiere al programa "Chepina en la cocina", que se transmitía por esos años en la televisión mexicana.

infectadas casi siempre. Hay que tener mucho cuidado. El ideal es, claro, tener mucha limpieza y comer las menos posibles, si es posible no comerlas nunca, sobre todo en países cálidos. Por ejemplo en Francia, en Alemania, en Rusia, allí en algunas épocas las temperaturas son tan bajas que los gérmenes no se multiplican. ¡Pero aquí, con estos calores de estos días! No se debe comer fuera de casa; yo ahora no comería fuera de casa por nada del mundo. Hay que tener un cuidado exquisito aun en casa, porque hay temperaturas ideales para esas infecciones. Y nosotros no nos hemos podido quitar de encima todavía ni la cisticercosis ni la amibiasis. ¡No ha bajado nada, nada, nada!, cuando lo demás prácticamente ha desaparecido. Y no se ha dado con el remedio. Ya están haciendo ahora una campaña muy buena de lavar las manos y todo eso: “Lávese las manos siempre antes de comer, siempre, aunque se las acabe de lavar. Y procure no tocar la comida con las manos”, para eso se han hecho el cuchillo, el tenedor, la cuchara, las cucharas de madera, las pinzas, para eso, para agarrar la comida. Porque además no es que agarre así el filetito para echarle a la sartén, sino que agarra el filete, se lo pone en la mano, lo extiende bien, le da sus golpecitos. Yo en mi propia casa no lo puedo evitar. En mi casa se toma agua hervida exclusivamente, y aireada, etcétera, desde que llegamos a México hasta hoy; pero no tocar la comida con la mano, no la hemos podido convencer a doña Chabe, la que guisa alguna vez, no hay manera. Se han malacostumbrado y es completamente imposible. Mire que se lo digo de buena forma, de mala forma, y nada. En estos climas cálidos el peligro de las manos es tremendo. Pero sí, anda muy mal México, una barbaridad. Eso se lo debemos al que organizó el Seguro Social, que lo organizó de una manera original, muy a la mexicana. En Estados Unidos lo primero que piden es 180 millones de dólares. Aquí no, aquí lo primero que hicieron es ponerse a trabajar, y mal. Agarraron un hospital que hicieron no sé quién, unos particulares, se llamaba Hospital Italiano. Se metieron en el Hospital Italiano, echaron de allí a la gente por las buenas, con ese procedimiento a la mexicana, es decir: “¿Cuánto vale esto?” “Pues esto les va a costar tres millones”. “Tengan uno y váyanse, anda”, los corrieron [se ríe], ni modo, y así sucesivamente. Y a los patrones empezaron a quitarles el dinero por las buenas, pero así, a lo chino como dicen aquí; y a los obreros a quitarles su cuota y a meterles en la cama y a cuidarles, y a meter médicos y a pagar médicos y a pagar todo. Así hicieron el Seguro y el ISSSTE, y después se han hecho las otras pequeñas cosas que hay. Mejoró Salubridad, porque Salubridad ya no podía con todo, ni puede siquiera con lo que tiene.

MIS *¿En qué hospitales ha trabajado usted?*

IC En el Hospital General y en el Instituto de Cardiología, y ahora en el Instituto de Neurología. Estoy jubilado. En el General trabajé siete años, en Cardiología 32 y llevo cuatro en Neurología. No he trabajado en otro sitio.

MIS *Como dice usted, nunca a nivel privado.*

IC Nunca privado. He visitado prácticamente todos los hospitales del país porque no tenían patólogo y les he organizado o les he ayudado a organizar el departamento de patología; y por un motivo o por otro, he ido a dar conferencias, etcétera, conozco prácticamente todos los hospitales, pero nada más de visita. Y en general hoy hay muy buenos hospitales, el Seguro y el ISSSTE hacen buenos hospitales. Y en general el médico mexicano de hospital es buen médico; saben su oficio, saben lo que tienen que hacer y dan un rendimiento muy bueno. La mortalidad de hospital hoy en México es muy baja, es buena como en cualquier sitio. Claro que eso tiene una anécdota [se ríe]. Estando yo en Francia, apareció por el laboratorio de Clovis Vincent un médico francés que se dedicaba a enfermedades infecciosas y que venía de Saigón, donde había estado de jefe de servicio en el Hospital Francés de Saigón. Y le preguntaba el doctor Berdet, que era el patólogo oficial de Clovis Vincent: “Oye, ¿y cómo os va allí con la...?” con la fiebre tifoidea por ejemplo, entonces no había todavía antibióticos. Dice: “¡Uh!, la fiebre tifoidea no hay manera de pararla. ¡Hay una cantidad allí, y hay una mortalidad tremenda! Y no es lo malo que hay mucha mortalidad, sino que no hacemos nada. Lo hemos comprobado con el tiempo, de verdad, no es que lo hemos imaginado. Porque enfrente del hospital está una pagoda, y hay campesinos y gente que en lugar de venirse al hospital se van a la pagoda con su fiebre tifoidea. Y la misma mortalidad hay en la pagoda que en el hospital, el porcentaje de muertos es igual. Es decir, no hacemos nada contra la tifoidea”. En esa época cuando anduve por ahí, el año '36, '37, eso pasaba en Saigón. Nada más imagínese cómo estaban las cosas.

MIS *¿Usted qué aspecto de la medicina mexicana destacaría?*

IC Pues la cirugía.

MIS *¿Y la investigación cómo la ve?*

IC Empezando, a trompicones. Yo creo que se ha cometido un error grave, no sé, ojalá me equivoque; es posible que dentro de poco tiempo se vea

que estoy equivocado, lo cual me pondría muy contento. El error que yo veo es hacerla oficial, organizarla también en sindicato, institucionalizarla. La investigación no se puede institucionalizar, eso es un error garrafal. Lo que hay que hacer es simplemente como me hicieron a mí cuando llegué: “Doctor Costero, usted quiere hacer investigación en anatomía patológica”. “Sí, señor, a eso vengo”. “Muy bien. ¿Qué necesita?” “Esto, esto, esto”. “Ahí está. ¿Qué personal? Ahí está”. Y no meterse en nada: nada de informes, nada de proyectos, nada de perder el tiempo. A trabajar, se acabó. Y al acabar a los cinco años, decir: “Bueno, ¿qué ha publicado, qué ha hecho usted de nuevo?” “Mire, hemos hecho esto, hemos preparado seis patólogos que están en los hospitales, hemos hecho...” “Muy bien”. Estamos conformes, seguimos; no estamos conformes, se acabó nuestro contrato. Es así como se maneja la investigación. Está bien lo que hace el CONACYT de mandar becados al extranjero, pero eso no es la solución, por lo menos por el momento. Porque el becado va a un sitio donde le enseñan a hacer lo que no puede hacer en México, así que perdemos el tiempo. Se van allí y están un año, están dos, están tres, se gastan el dinero y aprenden, y después vienen aquí y dicen: “Bueno, ahora necesito que me compren el instrumental, lo necesario para hacer lo que he aprendido allí” y no se lo compran. ¡Entonces para qué diablos lo han mandado!, que no los manden a lo que no vayan a poder hacer aquí. Hay que decir: “¿Qué quiere estudiar en el extranjero?” “Mire, voy a ir a la clínica de tal, voy a estudiar...” qué sé yo, a tratar, qué le diré, la cisticercosis. “Muy bien. Vaya usted a Egipto que hay mucha cisticercosis, a ver si aprende allá a tratarla y nos lo arregla acá”. Eso se entiende muy bien. Pero que vayan allí a enseñarles cómo se maneja un aparato que vale siete millones de dólares, si aquí desde que lo piensan comprar hasta que lo compran ya no existe, ya se ha hecho viejo, ya no sirve. De manera que tengo la impresión de que las becas no se pierden totalmente, es un esfuerzo loable y positivo, pero con una positividad muy baja. Yo he visto becados que han regresado de California y de los grandes sitios, que no han podido hacer lo que han aprendido, sencillamente no. Han necesitado material por ejemplo, lo han tenido que pedir a California; han necesitado hacer una determinación y se han tenido que ir a hacerla a California porque no está el aparato aquí.

MIS *¿Cómo ve usted la investigación del cáncer aquí en México?*

IC Bueno, de investigación del cáncer aquí no se hace nada. Lo que se ha hecho son esfuerzos muy loables, porque los pobres trabajan con lo que tienen y eso es muy respetable. El que hace lo que puede no está obligado a más, pero los que pueden hacer, sí. Ese tipo de investigación es

muy especial. Yo he trabajado en el Instituto del Cáncer en Madrid y conozco el problema y sé lo difícil que es, es muy complejo. Creo que tenemos que empezar por lo más fácil. El cáncer empieza porque no es *el* cáncer sino que son *las* docenas de cánceres; son muchos, muy diferentes, por tanto no se pueden tratar como una sola cosa. De modo que hay que empezar por tratar el cáncer de mama, o el cáncer de útero, que tenemos mucho en México; las radiaciones y la cirugía, que lo saben hacer aquí igualmente, no hace falta que manden gente. También por el estilo: cáncer de tiroides. Una variedad, dos variedades de cáncer juntas. Pero de eso a que manden a estudiar así, *el* cáncer en las ratas, a ver qué pasa si poniendo... eso no, lástima de dinero, eso no tiene porvenir. Eso no lo puede hacer más que un país muy rico, no lo podemos hacer nosotros. Eso es perder el tiempo y destruir a la gente. Fíjese que la gente, incapaz de hacer nada en un caso de esos, aprende a mentir, aprende a ocultar, aprende a engañarse a sí mismo. Porque no lo hace con mala intención, de verdad se creen que son ya los... eso son mitos, y perjudica. Aquí mucha gente, digo, veinte, veinticinco muchachos en los últimos tres años me han venido a preguntar: “Maestro, tengo oportunidad de conseguir una beca”, por ejemplo de CONACYT, “¿qué cree que debo irme a estudiar? Soy médico”. Siempre les he dado el mismo consejo: “No busque usted *qué*, sino busque *quién*. Agarre la revista *Trends*, y sus centavitos, sus ahorros, y vea quién es el que está trabajando en una investigación que está en progreso. Usted agarra una revista y lee que en el laboratorio de Carolina del Sur el señor Smith y el señor Chi King, porque ahora hay más chinos allí que americanos, y el señor Nosécuantos, rumano, porque ya sabe cómo es Estados Unidos, seis están trabajando en algo que está dando resultados, lo que sea, un modo nuevo de tratar la poliomielitis o lo que sea. ¡Váyase con ellos y meta la cabeza allí! ¡Métase de achichinle, aunque no le paguen, aunque tenga que comer *hot dogs*, no se preocupe! Es la única manera de hacer investigación, si no, no la hace. Si lo que quiere es regresar a México dentro de un año, de dos, de tres a ocupar un puesto porque tiene un tío poderoso, gobernador de Chihuahua, y quiere que le den un puesto en Chihuahua de jefe de hospital, entonces sí, váyase al Memorial Hospital, a la Rockefeller, adonde quiera. Pero si quiere hacer investigación, eso es otra cosa. Vaya con un investigador que está trabajando y produciendo”. También varios han venido: “Maestro, yo quisiera venir a trabajar con usted”. “Le voy a decir por qué no [se ríe]: porque ya no trabajo. Estoy jubilado y dedicado a escribir lo que he estudiado y he visto en los años anteriores, en mis 53 años de trabajo, y lo tengo aquí. Tengo mi material y lo estoy

revisando y lo estoy publicando. A menos que me vaya a ayudar a escribir a máquina, a corregir las faltas de ortografía, a corregir las pruebas de imprenta, ya está hecho. Ya no estamos haciendo nada aparte de eso.

MIS *¿Ya no da clases, doctor?*

IC No. Voy a Neurología a enseñar técnicas y a hacer tesis con alumnos de biología, no médicos. Porque los médicos no quieren ya trabajar por el poco salario que les pagan y no pueden hacer otra cosa, tienen que dedicar tiempo completo; de lo contrario, cuando mucho ganan cuatro mil quinientos pesos. En cambio los biólogos y las biólogas, con toda la tranquilidad, vienen, hacen su tesis, consiguen su maestría. Algunos tienen una clase por ahí, por los institutos esos, el C.D.H. o no sé qué, esas escuelas que hay por todos lados, que tienen una cantidad de alumnos espantosa...

136

MIS *C.C.H.*

IC ¡C.C.H. o lo que sea, no sé cómo se llama eso!, les oigo hablar a ellos. Y ahí les dan otros seis mil pesos o cinco mil pesos por dar dos o tres horas de clase al día o a la semana, como sea, se las arreglan y ahí van defendiéndose también. Después hacen el doctorado, les suben el salario porque ya son doctores, y hacen carrera de maestros y tan tranquilos. Y eso les estoy enseñando, la biología. Estamos estudiando gusanos, caracoles, peces, ranas, ahí en el Instituto de Neurología, trabajando con animales, anatomía comparada. A mí me dejan hacer lo que me dé la gana, con esa condición fui: “Yo vengo a hacer aquí lo que quiera, si no, no voy”. “¡Sí, venga usted!, haga lo que quiera”. Eso es lo que hacemos y están felices y contentos. Ahora tenemos un matrimonio gringo: ¡están locos!, están entusiasmados. Primero por México, que les ha gustado mucho, y luego con el trabajo que hacemos nosotros, un modo de trabajar muy distinto al americano y unas técnicas muy diferentes. Y son hábiles porque están aprendiendo bien, están muy entusiasmados.

UNA FILOSOFÍA DE LA VIDA

MIS *Doctor, ¿nos puede decir a qué asociaciones médicas pertenece o ha pertenecido?*

137

IC Bueno, vamos a ver qué memoria tengo [se ríe]. Haciendo un poco de historia, pertencí a la Sociedad Médico-Quirúrgica de Madrid, Sociedad Médico-Quirúrgica de San Sebastián¹⁵ y Academia de Medicina de Barcelona. Son las tres sociedades a que yo pertencí en España hasta el año '37 que salí de allí. Además fui miembro de la Academia de Medicina de Valladolid. Que yo me acuerde, esas fueron las conexiones que tuve en España. Aquí soy miembro de todas las sociedades médicas de los estados, de todas, no creo que falte ninguna: de la de Guadalajara, de la de Ciudad Juárez, de la de Monterrey, de la de Puebla, etcétera; más todas las de México: la de Oftalmología, la de Otorrinolaringología, la de Endocrinología [se ríe], por supuesto la de Cardiología, claro, la de Neurología y Neurocirugía, otra que se llama de Neurología no sé qué,¹⁶ en fin, lo mejor es buscar mi *curriculum vitae* y leerlo, porque si no, no me acuerdo. Soy miembro también prácticamente de todas las sociedades de cardiología y de anatomía patológica de cada uno de los países latinoamericanos: centroamericanos y sudamericanos, porque he viajado por ellos y siempre me han hecho miembro, unas veces honorario, otras veces extranjero, otras veces simplemente miembro normal, según les va bien. Luego, de academias hay dos muy importantes en Latinoamérica que son la de Panamá, que soy miembro honorario, y la de Colombia. De Perú lo que tengo son dos medallas, una que se llama Carrión y la otra no sé, no me acuerdo.¹⁷ Eso hay

¹⁵ El nombre correcto es Academia Médico-Quirúrgica de Guipúzcoa.

¹⁶ Se trata de la Sociedad Mexicana de Neurología y Psiquiatría.

¹⁷ Son las medallas de la Orden Hipólito Unanue y de la Orden Daniel A. Carrión, otorgadas a Costero por la República Peruana en 1963 y 1965, respectivamente.

que mirarlo en el *curriculum vitae* porque jamás lo he vuelto a mirar. Tengo un cajón ahí lleno de pergaminos [se ríe] y de medallas para el caso propio. Porque esa es una cosa muy común, cuando uno va a dar unas conferencias, que le nombren algo. Y sí tiene interés, pienso yo, de sociedades internacionales. Por ejemplo he sido miembro del Comité Consultivo Científico de la Organización Mundial de la Salud y soy miembro permanente del Comité Especial de Cáncer de la Organización Mundial de la Salud. Después, hay una sociedad de sociedades de patología de todo el mundo y soy también miembro oficial de ella.¹⁸

MIS *¿Y ahí participa con trabajos?*

IC

138

No, es simplemente como miembro consultivo. De manera que yo recibo de cuando en cuando, dos, tres, cuatro veces al año, una documentación en la que me consultan algo: sobre un medicamento que se ha sacado contra el cáncer y hay polémica; sobre la clasificación de ciertos tumores que no saben qué hacer con ellos (porque a mí me han tomado por el tema de los tumores sobre todo, a pesar de que yo he hecho fundamentalmente sistema nervioso y cardiovascular); después, cosas de becas, que se va a dar una beca a un señor de las Islas Fidji o algo así, que este señor tenía tales méritos, que qué me parecía a mí. De modo que eso es miembro consultivo, no tiene salario, no tiene nada, nada más es un honor. Y ocasionalmente le invitan a alguna reunión y pagan los gastos, pero eso es muy pocas veces; creo que habrán sido diez veces en mi vida que me han invitado a reuniones de ese porte. En cambio soy miembro honorario de todas las sociedades de patología, que no son más que cinco, de los Estados Unidos, que son la American Association of Pathologists and Bacteriologists, la International Academy of Pathology,¹⁹ la Academy of Pathology o algo así... también habrá que mirar de algunas el título exacto en el *curriculum vitae*, pero de todas hace muchos años que me nombraron miembro honorario, extranjero, normal, etcétera. Eso me sirvió mucho una vez que me tomaron por contrabandista [se ríe], ieso que pasa en las aduanas! Veníamos de Europa Carmen y yo e íbamos a ver a la hija en Ann Arbor antes de llegar a México, a quedarnos una semana con ella. Volamos directamente en un vuelo que se acababa de estrenar entonces, hará unos ocho años, nueve, que es Londres-Detroit, que tenía la enorme ventaja de no pasar por Nueva York, para nosotros que no teníamos que ir ahí

¹⁸ Se refiere a la World Association of Pathology Societies.

¹⁹ Las otras tres sociedades son: la American Association of Clinical Pathologists, el College of American Pathologists y la World Commission on Anatomic Pathology.

para nada. Con lo horroroso que es Nueva York en un vuelo de esos, que uno no sabe a qué hora llegará, a qué hora le dejarán bajar, y a qué hora después de bajar le dejarán subir [se ríe]. Porque están las pistas que es un desastre, siempre hay una cola allí. Al principio, Nueva York era el nudo clásico con Europa, pero ya lo cambiaron y lo dividen en lo que pueden. Y hay un vuelo muy bueno de la British que levanta en Londres y baja en Detroit, y como íbamos a Ann Arbor, que el aeropuerto está a mitad de camino entre Ann Arbor y Detroit, sólo que hacia Ann Arbor no hay casi tráfico y hacia Detroit mucho [se ríe], pues bajamos en Detroit. Allí habíamos llegado muchas veces, porque mi hija ha vivido en Ann Arbor por años. Estaba esperándome mi yerno, que es médico, ya naturalizado, etcétera, con todas las de la ley, y me dice: “Tiene una cosa muy graciosa, porque se perdió el equipaje”. Me llamaron, que no aparecía mi equipaje. Digo: “Bueno, usted dirá qué hago”. “¿Va a seguir el viaje a algún sitio?” Le digo: “No, me voy a quedar ocho días aquí en Ann Arbor”. “¡Ah!, entonces no tenemos problema. El equipaje viene en el vuelo nuestro de mañana a esta misma hora y, sin ningún gasto, se lo vamos a llevar a su casa. Dénos su dirección y se lo mandamos”. “Bueno, voy a casa de mi hija y de mi yerno, de manera que él me presta una pijama y eso, no hay problema ninguno”. “Menos mal”. Pero me llamó la atención que veía allí mucha gente. La señorita apuntó todos los datos y me preguntaron que por qué había tomado yo ese vuelo. Y se lo expliqué, digo: “Pues porque vengo a ver a mi hija y para qué voy a ir a Nueva York, que es el vuelo ordinario, y de Nueva York a Detroit, vine directamente a Detroit”. “¡Ah, claro!, sí, tiene razón. ¿Y a Londres desde dónde llegó?” “Yo llegué desde Ginebra porque vengo de la Organización Mundial de la Salud, soy médico y soy miembro de la Comisión Ejecutiva”. “¡Ah!, usted es miembro de la Comisión Ejecutiva de la Organización Mundial de la Salud”. “Sí, señor”. “¡Ah, caramba!, es un médico muy distinguido”. Le digo: “Muy distinguido. Fui profesor de la Universidad en la Facultad de Medicina en México y hace cuarenta años que explico patología”. “¡Ah!, entonces será miembro de alguna sociedad americana”. “Espere un momento”. Echo mano al bolsillo y que le saco mis credenciales [se ríe], mandan una credencial cada año, la vieron y se quedaron... y ya no me dijeron nada. Eso me sirvió de muchísimo, me sirvió de quedarme nada más sin la maleta. Y después a la salida fue muy divertido, porque ya salíamos creyendo que nos íbamos sin maleta pero nos íbamos, cuando salió un señor del FBI. Me enseñó su credencial, su huevo frito [se ríe], una chapa que llevaba muy hermosa: “¿Quiere hacer el favor de seguirme?” “Cómo

no”. Le dije a Carmen: “Adiós, hija mía, no sé si nos volveremos a ver” [se ríe]. Conque me metió en unas oficinas y en cuanto oyó mi inglés se dio cuenta que no era la persona que buscaba. Después ya nos enteramos que buscaban a un griego que se dedicaba a pasar cocaína y por lo visto yo me parecía al griego. Me parecería, pero hablaba el inglés con otro acento completamente distinto al mío, y el del FBI sí lo sabía. Y para quedar bien conmigo y no decirme nada: “¿Trae la factura de su cámara?”, que llevaba colgada mi cámara. Le digo: “Pues la verdad no, porque hace tantos años que la compré”. Era una Leica M3 que llevaba por lo menos diez años con ella y ya no se vendía ese modelo. “No viaje nunca con una cámara de ese porte sin llevar la factura”, que no sé qué. Le digo: “¡Quién sabe dónde esté la factura!”, me di cuenta que era una excusa, me saludó muy fino y muy amable. Mi yerno al día siguiente armó un escándalo en el hospital y averiguaron que me habían tomado por un griego [se ríe]. ¡Ah, eso sí!, me descosieron la maleta mía y la de mi esposa. La volvieron a coser, volvieron a hacer los paquetes, pero nos revisaron la maleta con todo cuidado a pesar de que no era griego. No sé lo que le hubiesen hecho al griego [se ríe].

MIS *Y también pertenece usted lógicamente a la Academia Nacional de Medicina.*

IC Sí, fui presidente.

MIS *También sacó, según lo que sabemos, un Premio Nacional de Ciencias.*

IC Sí, me dieron el Premio Nacional de Ciencias creo que en '72. No me acuerdo, yo soy muy distraído para cifras y para números. Esas cosas de los premios demuestran más la generosidad de la gente que lo confiere que el mérito del que lo recibe. Aunque, claro, el que lo recibe generalmente no es un cualquiera sino alguien que se ha distinguido. No es el que se ha distinguido más; es el que reúne una serie de circunstancias. Mire, yo un día me entretuve en revisar los premios Nobel de medicina, desde el año 1901 o '2 que dieron el primero hasta el actual, y encontré así, nada más de vista, siete cuyo trabajo por el cual le habían dado el Premio Nobel ya no sirvió para nada [se ríe]. No es que no sirviese entonces, en aquel momento representó un escalón muy importante, pero no fue permanente. Fue un escalón transitorio, porque en seguida cambió todo.

MIS *Doctor, ¿qué es para usted el derecho a la salud?*

IC Bueno, el derecho a la salud es algo que tiene la calidad más elevada de lo humano. Yo creo que no hay nadie, ningún ser vivo que se

pueda ocupar de la salud como se puede ocupar el hombre. Y el cuidar de la salud de los demás es la verdadera medicina. Que yo sepa, el primero que hace siglos tiene esa idea es el chino. No sé si será cierto, mis informaciones históricas siempre son un poco inseguras, pero tengo entendido que en China se pagaba al médico cuando estaba uno sano y se le dejaba de pagar cuando se enfermaba. En fin, el médico era el que cuidaba la salud de las personas, no el que curaba la enfermedad. De todas las maneras, es mucho más económico y efectivo cuidar de no enfermarse, que enfermarse y curarse después. La medicina preventiva, que todavía desgraciadamente está muy retrasada, es el porvenir de la medicina. La medicina debe acabar, se supone. Porque, claro, habrá enfermedades, nunca se suprimirán todas, pero disminuirá muchísimo el número de médicos y de tratamientos, el tiempo de tratamiento, eso disminuirá, como está disminuyendo continuamente. Y en cambio aumentan las precauciones que se toman. Los resultados no son muy brillantes, tienen que mejorar todavía. Lean ustedes la legislación que hay por ejemplo para los alimentos enlatados, los alimentos conservados, los alimentos en transporte, las condiciones que tienen que cumplir; con eso se ha conseguido una barbaridad. Todavía en mis tiempos de joven, en lugar de tener refrigerador teníamos fresquera, que era un cajón puesto en una ventana donde corría el aire al norte y que estaba menos caliente que el resto de las habitaciones, donde guardábamos los alimentos que eran de un día para otro. El refrigerador ha sido un avance bárbaro en la prevención de la enfermedad, porque la mayor parte de las enfermedades de aquella época eran infecciosas, y la mayor parte de los gérmenes infecciosos no se pueden multiplicar a temperatura que no sea superior a veinte grados celsius. De manera que teniendo el refrigerador, que está como a ocho o diez grados, prácticamente los alimentos se conservan de una manera permanente. Luego, desde Pasteur se aprendió a pasteurizar, es decir, a matar a las bacterias sin descomponer el alimento, sin quemarlo ni hervirlo, nada más calentando y enfriando, calentando y enfriando (se mueren de pulmonía, digo yo en broma [se ríe]), así se hace la pasteurización. Y después, hoy se sabe cerrar herméticamente con máquinas al vacío y ahí los alimentos se conservan sin ningún inconveniente. Una buena botella de leche, bien pasteurizada y bien cerrada, le dura años sin que se pudra, hasta que la abre; lata de polvo, ni hablar. Hoy eso está tan avanzado que se evita muchísimas enfermedades.

MIS *Y por otro lado vienen otras enfermedades, por decirlo así, nuevas.*

IC Bueno, sí. Vienen otras enfermedades que aún no conocemos bien y que las estudia sobre todo la Organización Mundial de la Salud. Ahí es donde yo me enteré de los miles y miles de dólares que se gastan en los aditivos. Para conservar los alimentos se les ponen sustancias conservadoras, y de ellas unas son inocuas y otras no, sobre todo tomándolas durante años. No le pasa a uno nada si la toma tres veces, pero si son [se ríe] trescientas mil porque lo toma diario, eso ha producido intoxicaciones. Claro que comparado con las muertes que se producían antes, cuando, por un lado, no llegaba el alimento porque se descomponía, y por otro porque venía infectado, pues es una ventaja bárbara, tremenda, excesiva. Ahora los aditivos alimentarios son manejados con mucho cuidado. Estudiarlos es difícil y requiere mucho dinero; todavía no tenemos una buena técnica, eso tiene que mejorar. De todas las maneras hoy, como está, es muy útil. Hay muchísimos aditivos, no se puede imaginar, cientos de sustancias que se emplean como aditivos para la conservación. Yo comprendo que es necesario poner un aditivo para que la leche no se pudra, no se descomponga. Pero no entiendo qué necesidad hay de poner al jugo de tomate, por ejemplo, un aditivo para que siga colorado, no lo entiendo, sobre todo si además le cambia el sabor. Se debe tomar tomate no porque es rojo, sino porque sabe a tomate, digo yo [se ríe], este es mi modo de pensar. Me han explicado allí en la Organización Mundial de la Salud que si a la gente le da el tomate de otro color, ya no lo lleva, se ha acostumbrado. Entonces el comerciante, que es el que lo vende, dice: “Este aditivo no me sirve, porque se conservará todo lo bien que ustedes quieran el sabor y la capacidad alimenticia del producto, pero la gente no lo compra”.

MIS *Hay mucha propaganda en contra de los alimentos enlatados, ¿es cierto?*

IC Sí, sí, con razón, pero no es por la lata. La lata hoy se ha estandarizado muy bien, el metal se trabaja muy bien. Al principio hubo intoxicaciones, sobre todo con el plomo, el estaño que empleaban para cerrar. Hubo problemas, como es natural, eso pasa siempre al principio con cualquier envase que se emplee. Ha pasado con el plástico: se han ahogado los niños metidos en una bolsa de plástico en un supermercado, quién iba a pensar eso. Bueno, pues esas cosas pasan. Pero inmediatamente se hace la propaganda y se evitan, y eso es un pago barato al progreso, a la civilización. En cambio, lo que no está tan claro es que algunas gentes hacen propagandas dañinas, es muy común, le voy a decir dos ejemplos inmediatamente, y no hay manera de evitarlo. Des-

de que soy médico, hace [se ríe] cuarenta y cinco años, cincuenta años, siguen los mismos problemas con los azucareros y los tabacaleros. Los azucareros, empeñados en que no se vendan las sustancias dulces que no sean azúcar. De modo que primero fue la época de la sacarina. Salió la sacarina, y los azucareros, que tienen muchos millones (ya sabe usted lo que dijo el presidente: todas las casas del Paseo de la Reforma las han hecho los azucareros), pagaron a los periódicos y a las gentes para que hicieran una campaña, que es cierta, de que la sacarina no es un alimento, no da calorías; y que los niños compraban el azúcar y los dulces porque tenían calorías y por eso eran buenos, y para los adultos era un alimento, y que la sacarina no tenía alimento. Eso era cierto; se prohibió la sacarina porque era una estafa, engañarle a uno. Pero resulta que todo cambió cuarenta años después: ahora hay que estar flaco y hay que poner, en lugar de azúcar, sacarina para que sepa dulce pero no engorde. Y entonces han dicho que la sacarina produce cáncer, lo cual es mentira, rigurosamente mentira. Para que la sacarina produzca cáncer en las ratas, se necesita darles una cantidad de sacarina que [se ríe] se muere uno. El agua también es muy tóxica: tírese de cabeza al mar y esa agua es muy tóxica [se ríe]. No se trata de eso. Y lo mismo han hecho los tabacaleros pero al revés. El tabaco es la única sustancia que consume el hombre rigurosamente cancerígena y que la consume en grandes cantidades, no hay manera de dejar de venderla. Y no es posible convencer a los tabacaleros de que hay cientos de miles de millones de especies vegetales y que tiene que haber otro vegetal tan bueno como el tabaco y que no sea cancerígeno, que lo busquen, que dediquen una parte de sus muchísimas ganancias a buscar eso. Los ingleses han intentado emplear lechuga y otras cosas, sin resultado hasta ahora. No lo han tomado con coraje. Les sale más barato ponerle boquilla, que no sirve para nada, no sirve para evitar el cáncer. Y en el gobierno no hay quien se atreva, o la Organización Mundial de la Salud, nadie se atreve a prohibir el tabaco, ¡que es mucho peor que la marihuana, y muchísimo peor que la cocaína y que la morfina! Sin embargo la cocaína y la morfina, como no ganan dinero con ellas [se ríe], las han prohibido, y qué bueno, pero el tabaco no hay manera de prohibirlo, fíjese qué raro. Hace mucho menos daño la marihuana, sin comparación de ningún orden.

MIS *¿Y los productos enlatados?*

IC Los productos enlatados lo que tienen de malo es el aditivo. Es decir, no es sólo por ejemplo jugo de tomate metido en una lata, esterilizado y cerrado, no; tiene una serie de sustancias que le han añadido, en can-

tidades generalmente muy pequeñas, pero algunas de ellas son peligrosas y, sobre todo, con el tiempo el organismo reacciona. En Estados Unidos, que se emplea tanto la lata, mi hija me escribe continuamente: “¡Ya me agarraron los niños otro virus! Fulanito, menganito...”, tiene seis, dos o tres se han pasado la noche vomitando y al día siguiente ya se han puesto buenos. ¡Ese es el aditivo, ese qué va a ser un virus! Pero los del aditivo ganan el dinero tan bien, que pagan para que se diga que es un virus. Nadie ha demostrado que haya un virus, ni de lejos. Son los alimentos enlatados. De todas las maneras no cabe duda que el enlatado de los alimentos es un gran progreso, porque se habla de que el mundo tiene un porcentaje enorme de gente, más de la mitad, que no comen lo que deben. Pero lo cierto es que nunca ha comido la gente tan bien como ahora, que me perdonen; comen mal pero comen mejor que antes, hemos salido ganando. Y hemos salido ganando gracias a eso, a que podemos hoy transportar, conservar y enviar alimentos que antes se pudrían, había que meterlos al agua, había que llevarlos al río. Eso no quiere decir que no tengamos que mejorar. Vamos a averiguar, como lo hace la Organización Mundial de la Salud, qué aditivos son inadecuados y cómo se pueden sustituir poco a poco. El alimento enlatado es una manera estupenda de dar de comer a la gente. Yo por ejemplo, que he vivido las dos guerras mundiales y una guerra civil, sé lo que son las latas, el poder yo mandar desde aquí a España cuatro cajones de veinte kilos cada uno de latas alimenticias para que mi madre y mis hermanos pudiesen comer y pudiesen cambiarlas por otros alimentos [se ríe] a los vecinos. Imagínese, ¿qué iban a hacer? Comer el cocido evacuado, como decían ellos, que no tenía ni garbanzos ni patatas ni carne ni aceite [se ríe]. De modo que es un gran progreso lo de la lata, pero hay que intentar mejorarlo porque tiene todavía inconvenientes.

MIS
IC

Doctor, ¿qué nos puede hablar del control de la natalidad?

Bueno, primero no me gusta la palabra *control* porque es inglés y nosotros tenemos *regulación*, que es la palabra castellana clásica para eso. O lo que decimos con mucho gusto, la natalidad voluntaria, o de otra manera muy bonita también, la planeación familiar. Creo que hay dos puntos de vista que la gente no maneja. Lo que se dice en los periódicos todos los días, no hay por qué repetirlo: es evidente que el mundo está aumentando en habitantes a una velocidad [se ríe] realmente pavorosa, desenfrenada; eso es cierto, no son bromas de las estadísticas, es realidad. Pero eso se debe más a que ha mejorado la alimentación, a que ha mejorado la medicina y hoy el promedio de vida es muchísimo

más largo, a que ha mejorado el nivel de vida y por lo tanto la gente vive mejor. Como come mejor y vive mejor, tiene más hijos. Eso es natural. Todas las especies que conocemos de animales y de plantas, en cuanto no tienen buena alimentación y buen clima decrecen, y cuando la tienen buena crecen. Pasa igual. Pero aparte de eso que sabe todo el mundo, hay dos cosas que yo creo que no se ven con claridad y que yo me atrevería a nombrar aquí. Primero, que como dijo muy bien un senador inglés, un viejito, cuando estaban discutiendo este problema en la cámara en Inglaterra: “Pues señores, no sé por qué estamos gastando tanto tiempo en esto. Yo no me acuerdo haber tenido ninguna información de que Casanova tuviese ningún problema con las muchísimas mujeres con las cuales tuvo relaciones. Con esto quiero decir que la gente aprende a no tener niños muy fácilmente, sin necesidad de ir a ninguna escuela, ni tomar píldoras, ni buscar ni saber las hormonas sexuales ni el ciclo sexual ni nada, y eso se ha hecho toda la vida. Y la gente que ha sabido y ha querido y ha hecho con éxito ese control natural de la natalidad ha sido la gente culta. De modo que el primer problema para que se detenga, y seguramente la única solución para que la natalidad se mantenga en un equilibrio natural, es subir la cultura de la gente [se ríe]; en cuanto suban la cultura de la gente, se acabó, no hay problema”. Lo que pasa es que subir la cultura de la gente, primero, es muy caro; segundo, es muy difícil, y tercero, tiene muchos enemigos. Porque hay muchísima gente que no puede vivir si no es del trabajo de los demás y quiere pagarlo mal, y no entiende que no le conviene y se oponen a eso. Les dan la pastilla, se la pagan, antes que enseñarles geografía y astronomía y gramática, y a vivir. Enséñeles usted todo esto y verá cómo no tienen tantos niños, automáticamente.

MIS *¿Y son malos, según dicen, los anticonceptivos?*

IC Hay de todo. Existe un prejuicio. Mucha gente, cuando una mujer tiene un niño deforme o enfermo, lo relacionan con una enfermedad del padre o de la madre, o con la píldora, con el medio anticoncepcional, pero no hay nada seguro de eso. Quizá sí haya una cierta acción, aunque es muchísimo peor que una mujer esté fumando durante todo el embarazo por ejemplo, que es una cosa bien común, o que esté durante todo el embarazo haciendo barbaridad y media, acostándose tarde, bebiendo bebidas alcohólicas fuertes, comiendo a lo bruto, o peor, algunas mujeres haciendo trabajos físicos muy duros, eso es mucho peor que todo lo demás y lo hace la gente continuamente. Y ha pasado siempre igual, por eso ha habido abortos y por eso ha habido monstruos; los monstruos no

los hemos inventado nosotros, las monstruosidades en el hombre se conocen en la historia. De manera que sí podría haber alguna influencia, pero no es eso lo importante, no es lo determinante.

MIS *Y hablando del aborto, ¿cuál es su opinión?*

IC ¡Ah!, yo creo que no se debe producir el aborto de ninguna manera. Soy completamente enemigo del aborto. A mí me parece el aborto como la eutanasia. No digo que el aborto en sí y la eutanasia en sí sean algo malo, lo que digo es que el médico no puede hacer eso. Eso lo podrá hacer el verdugo, o [se ríe] la patrulla de fusilamiento, o alguien que se dedique a matar, el carnicero, el del rastro.

MIS *¿Pero si es necesario para que viva la mujer, la madre?*

146 **IC** No, eso es diferente, eso es un tratamiento, eso siempre se ha aceptado. Se intenta salvar al fruto hasta donde se pueda, pero primero hay que salvar a la madre, eso desde luego. ¡Eso se ha hecho siempre, vamos, desde que existe la medicina! El aborto que se llama terapéutico es otra cosa, ese hay que hacerlo, ese ya desde san no sé qué, que es clásico en la historia sagrada que nació por cesárea, por eso se llamó Nonato, porque no nació sino que lo nacieron; desde entonces se ha intentado salvar al fruto cuando la madre está enferma y salvar a la madre. Si se puede salvar a los dos, qué bueno; si no, primero la madre. Y eso está aceptado en todas partes, no hay diferencias de razas ni de nada, eso no es problema. El problema es el aborto vicioso, la persona que se dedica a una vida sexual anormal, generalmente pagada, es decir prostitución y que lo arregla con el aborto. Eso sí no, eso no se puede hacer. Porque además el aborto una vez, dos veces tiene muy pocos riesgos si se hace en un sanatorio. Cuando yo viví en Alemania el aborto costaba cien marcos. Todos los estudiantes sabíamos muy bien que a ver qué hacíamos porque el estudiante, el hombre es el que pagaba. En Alemania la moral, la ética de la época era que todo lo que pasaba entre un hombre y una mujer, la culpa la tenía el hombre, la responsabilidad; automáticamente, no había discusión, era muy sencillo. Como en Francia, cuando dos se pelean, la culpa la tiene el primero que pega [se ríe], esas leyes que son tan sencillas. Llega el guardia y dice: “¿Quién pegó primero?” “¡Este fue el del primer puñetazo!” “¡Al bote!”, y al otro lo dejan. Pues allí igual: “¿Quién es el culpable?” La chica: “Fulanito”. “¡A pagar!”, sin más explicaciones [se ríe]. No hacían el aborto en el hospital; lo hacían en la casa particular y lo terminaban en el hospital. Y eso no se consideraba nada anormal, era una cosa corriente. Pero no es ese

el procedimiento. Es peligroso, es caro a fin de cuentas porque, imagínese, la gente que se dedica a eso llenaría los hospitales, gente que no necesita estar en los hospitales. No, eso no es una solución. La idea es evitar la fecundación en sí. El problema grave, que tampoco la gente le pone atención, o por lo menos no lo dice, es que no hay instinto como el instinto sexual que esté en el hombre (y en los animales también, claro) tan pegado a nuestro sistema nervioso alto, a la corteza cerebral, de criterio, de sensibilidad, de ética. Es decir, y perdone que le hable con cierta rudeza, estar uno enamorado y casarse con su novia y llegar a quedarse solo con ella, a entregarse el uno al otro, y empezar a tomar medidas anticonceptivas [se ríe], a mí me parece horrendo. Me parece tan horrendo como hacer un sindicato en la Universidad, son dos cosas incompatibles. ¡Cómo le vamos a quitar al amor la espontaneidad, por Dios, cómo se puede hacer eso, es un crimen! Lo más hermoso de la vida del hombre es la vida sexual, porque es el instinto más fuerte, que abarca todo el organismo entero, completo. Y empezar a tomar medidas de este porte o del otro, no sé, a mí me parece que es inadecuado, que no hay derecho a eso. Me parece por eso que la planeación familiar debe buscarse, que lo hay. Yo no sé si lo sabía Casanova, pero lo sabe muchísima gente. Hay medios muy sencillos, muy naturales y muy fáciles para evitar la natalidad, desde la goma preventiva en el hombre, que es tan barata, tan sencilla y tan fácil que la debían de enseñar a usar a los niños en cuanto llegan a la edad adúltera [se ríe], debían enseñarles a usar el preservativo; desde el preservativo, que es tan sencillo y tan fácil, tan cómodo y tan bueno. O la caperuza que le ponen a la mujer, de hule también, que no es tan eficaz porque se desprende muy fácilmente y el cuello uterino es muy sensible al carcinoma; y aunque nunca se ha demostrado que la caperuza protectora en la mujer sea causa de cáncer del cuello, le da a uno un poco de miedo que sí pudiera serlo. Es suficiente eso. Las francesas inventaron lo que ellas llamaron *la guitarra*, que es el bidet, y simplemente se lavan inmediatamente después de la relación sexual y con eso disminuye el noventa por ciento de natalidad normal al organismo. Porque además, con toda razón se ha dicho que el medio anticonceptivo debe ser, primero, inocuo; segundo, cómodo, es decir [se ríe] no tener uno que hacer cálculos con la computadora, ni hacer líos, ni buscar la pastilla, eso no tiene sentido; y tercero, no tiene que tener riesgos como el cáncer, o producir una enfermedad, una irritación o lo que sea, o de cambiar la cosa del instinto, por amor de Dios. Yo siempre me acuerdo que hay un cuento muy bueno, que se lo recomiendo si le interesa esto de las relaciones sexuales,

cómo diríamos, programadas, que es de Fernández Flores, “Los novios”, que está él declarándose a ella, diciéndole lo hermosa que es, lo que la quiere, y de repente las tripas de él hacen “ícor cor cor!” Se estropea todo. La visita amorosa acaba en nada, porque cada vez que el hombre se pone más romántico, las tripas empiezan a hacerle “ícor cor cor, cor cor cor!” [se ríe]. Y eso explica muy bien cómo el amor exige una entrega tan completa que cualquier cosa lo estropea, le quita su quintaesencia, su valor. Es absurdo eso. Me contaba también una vez un amigo, esto sí es cierto, que se había marchado una vez con una señora del oficio que se había encontrado por ahí, y se había llevado el mayor desencanto de su vida. Porque cuando el hombre se estaba haciendo la ilusión de que tenía en sus brazos, qué sé yo, a una virgen, o a un ángel, algo delicioso, estaba jovencillo el muchacho, le dijo: “¡Ahora sí, cayó el gobierno!” Porque había un periódico pegado en el techo donde decía [se ríe] que había caído el gobierno, y la otra estaba pensando en que había caído el gobierno. Eso es transformar el amor en bestialidad, es darle un carácter bestial al amor, cuando es algo tan delicado, tan hermoso y tan precioso, es lo mejor de la vida del hombre. De manera que por eso yo pienso que los medios que los médicos enseñan a los matrimonios para disminuir el número de hijos lo tienen que manejar con mucho cuidado. Y tienen que tomar en cuenta esas cosas, que en el amor está involucrada la corteza cerebral, por eso lo que se piensa, lo que se hace, es fundamental, que no se puede, digo yo, llegar una mujer y meterse en una alcoba con ella y salir a los diez minutos tan contentos, chiflando por la loma, no se puede. Eso no es el amor, eso no tiene nada que ver; eso es una barbaridad, es estropear lo mejor de la vida. Por eso el buen conquistador, el buen lobo que dice la gente ahora, eso que venía una vez, nada menos, en una revista que se llama *Claudia*, que es una revista que entra en todos los hogares; y decía que el ideal de una mujer joven es encontrarse a un caballero, de algo mayor edad, muy educado, que la saca de paseo y se la lleva a Europa. Allí le presenta a sus amigos, otras parejas más o menos parecidas, la lleva a la ópera y al teatro y a un hotel de lujo, y van allí y se divierten mucho, y van por el Sena y por el Támesis en barca y lo pasan muy bien. Y después, ya cuando se han tomado confianza, él la mete en el baño, la ayuda a bañarse, le lleva una copa de champaña a la tina y después se van a la cama. ¡Venían retratados! muy formalmente allí en la revista, que estaba yo suscrito, y rompí la suscripción y les puse una carta que les dije: “No me vuelvan a mandar eso”. Y después se despedían y a ver si a otras vacaciones podían encontrarse otra vez, al año siguiente. ¡Por

amor de Dios, eso no! Pero de todas las maneras eso indica cómo el lobo, el buen conquistador, sabe que la mujer necesita mucho preparativo para querer, para amar, para la relación sexual. Y si uno le dice: “Espérate un poquito, que voy a ponerte una inyección, o te voy a dar una pastilla, o te voy a dar...” Le recomiendo que vea una película inglesa muy buena que se llama “Prudencia y la píldora”. Yo quiero advertirle que el matrimonio sin hijos no es que sea la catástrofe ni muchísimo menos, pero no es matrimonio. Comprendo que el matrimonio con veintisiete hijos tampoco es matrimonio, ya es un zoológico [se ríe], es diferente. Pero el matrimonio necesita los hijos, y pienso que el mínimo y quizá el máximo, el número ideal diríamos, son cuatro. No porque yo tenga cuatro, por casualidad tengo cuatro, dos parejas. Ese es el equilibrio. Tener sólo uno, muy malo; tener dos, peligroso. Y hay que tener cuatro seguidos: uno, dos, tres, cuatro. Ese es el ideal, dedicar seis años a tener hijos, sobre todo la mujer. Y es esencial que la mujer, en cuanto tiene un hijo (usted no tiene todavía ninguno, pero los va a tener en seguida, espero), se debe a sus hijos hasta que los hijos empiezan a discurrir por su cuenta y se van ellos solos. Eso es esencial. El día que la mujer se ocupa de su hijo, se acabó todos los líos que están pasando de la drogadicción, de los asaltos; esas cosas no existen en los hijos criados con su madre. Los tiene que criar la mamá, y les tiene que morder las nalguitas y les tiene que morder el ombligo, y tiene que hacerles cosquillas y echarlos al aire, pasearlos y estar todo el día pegada a ellos cuando son pequeños. Los primeros meses de la vida del niño son decisivos para toda su vida, decisivos, en su trato con la madre sobre todo. También el padre; si el padre contribuye, mejor, pero sobre todo la madre, eso es esencial. No hacer nada, nada, nada, nada más que el hijo. No hay nada, absolutamente nada que quitarle al hijo, ni un minuto. No digo yo tanto, como se hacía antes, de dormir en la misma cama y eso, porque es inconveniente desde el punto de vista higiénico, pero sí, el niño sabe que si hace “imm!” ya está la mano de la madre encima. Eso es fundamental. De modo que perdone que insista sobre ese tema, eso es el abc. Tenga usted uno, tenga treinta, tenga doce, planeo o no lo planeo, si lo tiene, usted se debe a su hijo, eso desde luego. Y yo creo que un matrimonio que no tiene por lo menos dos hijos, como máximo seis, no es un buen matrimonio. El matrimonio es el criar a los hijos. El amor no es eso, es otra cosa diferente. Como alguna vez me dijo una señora viejita en Valladolid, viéndonos a Carmen y a mí con Margarita, que no teníamos más que la primera niña, me dijo algo muy curioso: “¡Cómo se nota que esa niña es hija del amor!” No sé en qué lo

notó. Que el padre y la madre estábamos pendientes de la hija, nos entendíamos muy bien con ella, nos dedicamos a ella exclusivamente, como nos dedicamos después a los cuatro hijos. ¡Cuando hemos tenido hijos, los hijos han sido los primeros, los segundos, los terceros y los cuartos!, todo, ellos nada más. Hasta que pasan; muy pronto, desgraciadamente, los hijos se independizan, nos independizamos en seguida. En cuanto tienen cinco años ya tienen su personalidad, hay que dejarles libres mucho tiempo. El colegio durante dos horas, durante cuatro horas, durante seis, hablar con otras gentes, tener otras ideas, eso tiene que ser necesariamente. Acapararlos después es una barbaridad. Hay que ayudarles suavemente, cuidadosamente, eso es muy difícil; hay que ayudarles pero dejarles sueltos, sueltos, sueltos, libres, libres, muy libres. Castigarlos, muy poco; premiarles, muy frecuentemente. Y no castigarlos más que cuando ponen en peligro su vida, moral o material. El día en que tenga un niño y lo encuentre asomado a la ventana subido en una silla, acérquese por detrás y dele una nalgada ¡pero dura!, que no se le olvide en su vida, para que no se vuelva a asomar a la ventana. Eso no tenga ningún cuidado en darle. Y el día que el niño haga una atrocidad, que a veces los niños lo hacen por copiar a los compañeros del colegio, de la calle, lo que ha visto, una conducta mala, la que sea, dele una bofetada bien dada y no se arrepienta usted; y si le vuelve, dele cuatro. Nunca más le pegue. Yo a mi hijo José Luis le pegué una vez, y le pegué ya hombrecito. Él fue primero al Colegio Americano, y al acabar la primaria se marchó a la secundaria del gobierno y ya me vino y me dijo: “Papá, yo no vuelvo a la secundaria”. “¿Por qué?” “Porque aquello es un relajo. Me quieren pegar, me persiguen, me quieren cortar el pelo, me insultan, y yo no voy al colegio a eso, voy a estudiar”. Y le digo: “Tienes toda la razón, hijo mío, y eso seguramente es una pena que ocurra, pero la vida tiene cosas a las que hay que enfrentarse. El día que llueve y no tienes paraguas, te tienes que mojar; y el día que te resbalas por una cuesta y bajas, te haces una rueda y procuras hacerte los menores chichones pero ahí vas para abajo, ni modo. Y ahora tú vas allí y le rompes la cabeza al que te toque. Tienes autorización de tu padre; yo te llevo a la cárcel buena comida y te voy a acompañar y lo que quieras, pero rómpele la cabeza, sin más explicaciones y se acabó todo”. “¡No, papá, que eso no lo puedo hacer yo!” Le di dos bofetadas. Fue al colegio y no tuvo que romper la cabeza a nadie, jamás tuvo problemas con nadie porque les dio cara. Él lo que no estaba acostumbrado era a dar cara a una pelea. Había ido a otro colegio, de otra manera, otra educación, pero en cuanto se dio cuenta del asunto apren-

dió. Eso no se lo tuve que decir a mi hija Maricarmen, a la pequeña, eso salió de ella. Que un día la estaba peinando su madre en el baño y llevaba un ladrillo en la mano, le digo: “Hija mía, vas a dejar caer el ladrillo, vas a romper la tina. ¿Para qué llevas ese ladrillo?” Dice: “¡No, no, papá, no lo quiero soltar!” “¡Pero hija mía, si te vas al colegio! No vas a llevar al colegio el ladrillo”. “¡Sí!” “Pero hija, ¿para qué lo quieres?” Dice: “¡Ah!, porque si no, me fastidian”. De modo que ella se llevaba un pedazo de ladrillo para ver quién [se ríe] se atrevía a fastidiarla: que le levantaban las faldas, que le hacían no sé qué. Y para eso llevaba el ladrillo. Eso salió de ella [se ríe], cada uno tiene su genio. Aquí hubo que decirle: “¡No, hija mía!, no lles ladrillo. Mira, lleva otra cosa pero no ladrillo, puedes llevar otra arma menos contundente” [se ríe], podía matar al otro. De manera que es importante eso.

MIS
IC

Doctor, ¿cómo considera que debe ser la relación médico-paciente?

Yo en realidad no he sido nunca médico, médico de pacientes, aunque he tenido muchos pacientes. En realidad, sin haber sido médico he tenido muchos pacientes. Y quizá por eso, porque no he sido médico, no he recetado, no he diagnosticado, he tenido siempre exagerada la relación íntima, cómo le diré, sentimental del médico al paciente, que sí se dio. Mire, en el momento en que el médico entra en el cuarto del paciente, el paciente mejora, o no es médico, o no es paciente [se ríe]. Es decisivo. Entender al enfermo como persona es noventa por ciento del tratamiento médico. Con eso no se curan los enfermos, se necesita el diez por ciento de los medicamentos. A veces los medicamentos también matan, lo que no mata nunca es el trato. En fin, generalmente si el médico es un buen médico, el medicamento es necesario; si lo usa bien es estupendo, esa es la medicina. Pero el noventa por ciento es el modo de dárselo y explicarle las cosas y estar en contacto con él, y que el enfermo sepa que puede decirle a su médico y hablarle y buscarle en el momento que lo necesite. Eso es esencial. Y ahora que hacemos la medicina institucional, el equipo entra dentro del médico. No tiene que ser precisamente el jefe del servicio; puede ser el interno, puede ser el residente, la enfermera, el segundo de a bordo, el tercero, el cuarto, el que sea, pero tiene que haber siempre una persona del equipo médico al lado del enfermo, que responda a lo que él necesite. Hay que ver cuánto angustia a un enfermo un hecho que no tiene ninguna importancia; tiene una enfermedad muy grave y su enfermedad no le importa porque no la entiende, en cambio le duele una muela y arma un escándalo espantoso. ¿Por qué? Porque le duele. Y entonces hay que

explicarle: “Mire, no se le puede sacar la muela porque le pasa esto”, explicarle, la gente entiende muy bien y obedece perfectamente. Y es bien seguro que, la mayor parte de las veces, entra el médico o la enfermera a ponerle una inyección al enfermo que está gritando de dolor, y no ha hecho más que pincharle y ya se le quitó el dolor, a veces hasta sin pincharle. Y con mucha frecuencia incluso le ponen un placebo que le dicen, una sustancia inocua que no tiene efecto ninguno y que quita el dolor estupendamente bien. Yo siempre recuerdo el que no podía dormir, pero no quería tomar pastillas para dormir. Y cuando ya se decidió a tomarlas, fue con el médico y le dijo: “Mire, llevo años que no duermo bien; la noche que me da por no dormir, no duermo, no hay manera”. Y le dice el médico: “Mire, cuando le pasa eso tiene usted hasta las diez, hasta las once, en fin, la hora que le parezca bien, tome estas pastillas tranquilizantes. Verá que va muy bien, no le hacen daño. Ya se pasó la época de los somníferos, que eran tóxicos y se acostumbraba uno. Ahora no pasa eso, puede tomarlo sin ningún problema”. Conque efectivamente, el otro le dijo a su mujer: “Bueno, a ver cómo me va. ¿Qué hago? Porque tomarlas, si a lo mejor me voy a dormir...” “No, mira, yo te pongo aquí tu vaso de agua y en el plato tu pastilla y la tienes en el buró. Si ves que no duermes, te tomas la pastilla y te bebes el vaso de agua y ya”. Conque ¡caramba!, al otro día se levanta y dice: “¡Qué idiota he sido! ¡Años sufriendo!, cuando resulta que en cuanto me tomé mi pastilla y me bebí mi vaso de agua, a los veinte... ¡qué!, a los cinco minutos me había dormido, y he dormido catorce horas seguidas como un tronco. ¡Qué maravillosa es la medicina, cómo ha mejorado!, ¡qué bruto soy!” De repente dice su mujer: “¡Mira!” y está el plato con el vaso vacío y la pastilla, “¿cómo, pues qué te has tomado?” Un botón que había puesto su mujer en el plato porque se le había caído del camisón: se había tomado el botón [se ríe]. Esto pasa frecuentemente. La participación psíquica en la enfermedad es tremenda. Pero además no se dan cuenta la mayor parte de los enfermos, ni la mayor parte de los médicos. Si usted consuela al enfermo y le explica las cosas, la enfermedad queda en su lugar. Y ocupa muy poco espacio; en general una enfermedad ocupa poco espacio.

MIS *Bueno, sí, pero hay muchas circunstancias que han hecho que el médico actualmente, sobre todo en las instituciones grandes, no tenga una relación con su paciente sino que lo vea como un número.*

IC No: no lo ve, ino lo ha visto nunca al enfermo! A ese no lo ve nunca. Pero fíjese que no hay que confundir al jefe de servicio, que es el que tiene la responsabilidad de la curación, con el que trata al enfermo. El

enfermo necesita alguien que le atienda, en quien tenga fe. Es decir, hoy la medicina no es de un médico y un paciente: es de un grupo de pacientes con un equipo médico. El trato es diferente. Lo que cada paciente necesita es tener por lo menos una persona, ojalá fueran tres, en las que tenga confianza, que saben medicina; que saben lo que le pasa, saben su tratamiento, saben su enfermedad, que lo están cuidando. Pero eso lo hace mucho mejor una enfermera. En mis tiempos juveniles lo hacían monjas, y había monjas que yo creo que no sólo salvaban la vida sino que mandaban al cielo, incluso, a los que se morían, con felicidad, porque sabían tratar al enfermo. No eran médicos, ni sabían nada de medicina aquellas pobrecillas monjas; eran ese complemento psíquico que es esencial. Les tenían fe: “¡Madre, madre!”, llamaban a la madre, hermana a veces le decían, pero generalmente madre: “¡madre, mire, que me duele!” “A ver, hijo, te voy a poner una inyección”. Ya. Ellas hacían ese papel. Eso no lo puede hacer el neurocirujano. ¿Usted cree que el cirujano, que tiene que hacer tres operaciones en una mañana, que una le lleva cuatro horas, otra le lleva media hora, otra le lleva dos horas, se puede entretener en hablar al enfermo y decirle: “Mire, el tumor que usted tiene...?” No. No es el oficio de él. Él lo que tiene que hacer es operar bien. Y exactamente lo mismo el boticario: el boticario lo que tiene que hacer es venderle la receta de verdad, sin falsificar y si es posible barata, pero no consolar al enfermo. Al enfermo lo tiene que consolar el que está con él a su lado. Por ejemplo, yo cuando voy al sanatorio, ahora que estoy enfermo, lo primero que pido es enfermera especial; es el dinero mejor gastado en el sanatorio. Cobran, cobran bien, y hacen bien, pero yo tengo día y noche enfermera a mi lado y con eso estoy tranquilo. Porque yo le digo, si me pasa algo: “Agarre el teléfono y llame al doctor fulano y dígame que quiero hablar con él”. Me lo busca, lo pone y le digo: “Oiga, doctor...” Ese es su papel. Yo no lo puedo hacer; si llamo y él tiene que venir de afuera y le llaman de otro lado... eso lo hace la enfermera especial. Además la enfermera tiene una ventaja sobre el médico: es joven, es guapa, es simpática, la mayor parte del tiempo no tiene nada qué hacer y uno tampoco, charla con ella, se divierte uno mucho, pasa el tiempo muy a gusto, ¡qué más puede pedir! De modo que la relación médico-enfermo ha cambiado considerablemente, pero sigue siendo lo más importante en el tratamiento de una enfermedad. El noventa por ciento, a mi juicio, está en ese modo de organizar bien, en el sanatorio, en la institución, donde sea, organizar bien esa relación médico-enfermo, que es el médico a través de su equipo. Pues señor, si hoy en un banco quien hace las rela-

ciones públicas no es el director del banco, es una señorita muy guapa, muy elegante, muy culta y muy simpática, esa es la que hace las relaciones, esa es la que consigue a los clientes, no el director. Aquí pasa igual. Eso de pensar que el médico jefe tiene que estar perdiendo su tiempo hablando con el paciente. ¿Sabe lo que es un enfermo hablando, el pobre cuando está angustiado? Se pasa horas y horas hablando. Eso no lo puede hacer el médico jefe. El médico jefe debe ir, debe verse, hablar con el enfermo cuando menos un ratito y decir: “Señor, ayer le operé a usted. Mire, pasó esto, está muy bien”, todo lo que él pueda hacer, porque el enfermo sabe que es el jefe, es una autoridad y lo escucha con más respeto. Pero tiene que haber otra persona que está con él todo el día y toda la noche, que sabe lo que ha hecho el médico, y se mantiene en contacto y está de acuerdo con él, eso es lo importante. Lo que no se puede es hacer la relación así, de persona a persona, es imposible. Muchísimos enfermos felizmente no ven al cirujano nunca en su vida, no saben quién les ha operado, no tienen ni idea, ni falta que hace, es igual.

**MIS
IC**

Doctor, ¿qué nos puede hablar de la patología de la pobreza?

Eso también se ha exagerado mucho. Que hay pobreza, no cabe ninguna duda; que es una vergüenza que haya pobreza, no cabe ninguna duda; que todos nos debemos de sentir responsables de la pobreza de los demás, no hay ninguna duda. Es una vergüenza que haya pobres, como los hay, y es cierto que a todos nos toca una parte importantísima de la responsabilidad de esa pobreza. Pero es un hecho que nunca ha habido menos pobreza que ahora, ¡nunca! ¡Por Dios!, lea las novelas clásicas del siglo XVIII, del siglo XIX, ¡las de principios del siglo XX!, no tiene que irse muy lejos: la gente se moría de hambre, no comía por días. Claro que aquí hay personas así. He tenido un discípulo que le he dicho: “Tengo hambre, ¿vamos a tomar un bocadillo?” “Maestro, no me diga que tiene hambre. Usted no sabe lo que es hambre”. “¿Pues qué es hambre?” “Mire, hambre es ir por la calle y tenerse uno que tirar al suelo para no caerse de mareo porque lleva uno cinco días sin comer”. Era un discípulo mío que lo había sacado yo de Tepito; vino un día a ofrecermelo el tipo de trabajo que hacía él y le di trabajo en el instituto y se hizo médico. Bueno, entonces sí hay hambre, y ese hambre no debe haberlo. Pero antes era muy común. ¡Por Dios!, los pobres en España, en la carretera, líneas de pobres: ¡ide pobres, pobres, pobres!, que un currusco de pan se lo comían según se lo daba usted. ¡Ahora es muy, muy diferente! Hace ocho días que me pasó, no me acuerdo dónde, vi una indita de estas “marías”, una maría. Me dijo: “Señor, ¿me quiere

dar un peso?” Y el señor que estaba conmigo, que estábamos en una tienda, le dijo: “Vente aquí al jardín, me barres el jardín y te doy veinte pesos”. Se fue. No quiso barrer el jardín por veinte pesos, que era pequeño, no vaya a creer que eran dos kilómetros cuadrados, eran ocho metros cuadrados. ¡No, la diferencia es muy grande! Hay hambre, no debe haberla, es una vergüenza que la haya, lo vuelvo a repetir todas las veces que haga falta. Pero no es un problema tan exagerado como se dice; todos quizá lo debemos exagerar para que de esa manera lo tomemos más en serio, pero no. Además a mí me han pasado cosas. Por ejemplo, al poco tiempo de llegar a México teníamos casa con jardín, y cuando empecé a tener un poquito de dinero tuvimos un jardinero. Era ya mayor, manejaba las plantas muy bien. A nosotros si nos crecen los geranios ahora es por casualidad, porque no salen más que hormigas, somos muy malos como jardineros. Y el jardinero cuidaba el jardincito, que como estaba delante de la casa, Carmen quería que estuviese mono. Y venía una vez a la semana y ese día comía en casa. Y yo hice varias experiencias con él, de sacarle un huachinango al horno que estaba pero de llorar: “¿Quiere probar este huachinango?” “No, señor”. “¿Qué quiere usted?” “Pues nomás frijolitos”. No había manera. Eso quiere decir que hay que educar a la gente, y ya lo ha hecho el gobierno mexicano. Yo sé que el gobierno hace muchos años enseña cocina a las niñas en las escuelas: a cocinar pescado, a cocinar verdura, a cocinar carne, para que coman con un poco más de variedad. ¡Adónde se va a comparar!, ¿es que hay algo más maravilloso en el mundo que el pan dulce en México? ¡Se caen de espanto los ingleses, los alemanes, los rusos! Cuando vinieron aquí los rusos al eclipse total de sol, le tocó a mi hijo Rafael acompañarles, le nombraron edecán de los rusos y se estuvo con ellos todo el tiempo. Como es soltero y es un bohemio, y no le importa nada de nada, se estuvo quince días en el cerro tan tranquilo [se ríe]. Porque los otros quieren estar con su esposa, o con la novia, o con la mujer, o con la hermana, con el padre, con la madre en su casa, por lo menos cada tres o cuatro días, y resulta que él, como está solo, lo mandan siempre a hacer eso, y lo mandaron con los rusos. Y lo que me reí oyéndole contar sus aventuras con los rusos fue estupendo. Por ejemplo, descubrieron los rusos que el chocolate se hace líquido. No lo conocen más que en forma de bombones, de los cuales nos trajeron una caja, porque ahí son carísimos y creyeron que ese era el regalo más hermoso que podían hacernos, unos bombones de chocolate. Cuando vieron aquí el chocolate [se ríe] en toneladas, y que se podía untar con bizcochos y con pan, dijeron que iban a poner una chocolatería inme-

diatamente en Moscú [se ríe], que era un negocio que no existía allí. En eso de la comida influyen muchos factores que manejan muy bien los especialistas. Y es difícil cambiar, eso lo sabe todo el mundo: lo primero de que protesta uno cuando cambia de país es la comida. Porque nos acostumbramos de niños a un cierto tipo de alimentación, que no siempre es la adecuada, y aunque sea la adecuada, es diferente en cada país. Me acuerdo que aquí vino un canadiense, le llevamos a Prendes y dijo: “Yo quiero comer lo mismo que está comiendo aquel señor”. Era un señor que estaba chupándose los dedos, comiéndose un platillo muy agradable de aspecto. Conque el pobre se lo trajeron, lo comió y dijo: “¡Qué cosa más deliciosa!, ¿qué es esto?” Y todos estábamos muy callados: “Pues... son criadillas”. “¿Y eso qué son?” “Es de ternera. Ternera”. “Bueno, ¿pero qué parte de la ternera es?” Y entonces el camarero que estaba sirviendo le dijo: “Señor, son los testículos”. Vomitó. Los prejuicios. Como cuando venimos nosotros de España y nos dieron gusanos de maguay [se ríe]. Pues sí. Todo eso tiene una serie de líos y de problemas, pero eso los especialistas lo saben manejar muy bien. Hoy hay organizaciones mundiales, como esta que depende de la UNESCO y que se dedica a la alimentación y van enseñando a comer a la gente. Hay dos cosas. Primero: divertirse comiendo, que yo lo he intentado hacer, que la comida sea, como toda la vida, agradable. Pero también hay que saber tomar sustancias alimenticias, que le mantengan a uno bien, aunque no sean precisamente sabrosas, no sean al gusto. Como hacen con los astronautas: no les ponen costillas de carnero, ni lechón asado, sino les dan todo condensado para que se mantengan bien.

MIS *Quisiera que me explicara sus conceptos de salud, vida y muerte.*

IC Pienso que la salud se podría definir como una cenestesia eufórica, y perdón que emplee palabras técnicas. Es decir, sentimos nuestro cuerpo, que es la cenestesia, la sensación que tenemos de nuestras vísceras, que es generalmente inconsciente o por lo menos no es fina, no es detallada, no la podemos cambiar a voluntad; esa sensación que tenemos de estar bien, de sentirnos bien, que nos produce euforia, que nos produce alegría, contento, ganas de vivir, de trabajar, ese es el estado de salud. Aunque tenga uno el corazón a la derecha en lugar de tenerlo a la izquierda, o el hígado a la izquierda en lugar de a la derecha, o que tenga tres bazos en lugar de uno, o dos riñones en herradura en lugar de tener dos riñones separados, y así por el estilo. Uno se despierta y ve la vida bien. ¿Por qué? Porque se siente bien, eso es lo importante. Y eso puede pasar siendo por ejemplo uno ciego o sordo o sordomudo,

o haber tenido una parálisis infantil y tener una motilidad muy reducida; si no produce dolor ni le produce a uno sensación de inferioridad, si se adapta a ello. Porque el problema es de adaptarse, y la materia viva, e incluso el encéfalo, el cerebro, es de una capacidad de adaptación bárbara. Yo tengo ahora un americano que vino aquí, casado, que saliendo un día de su casa le dieron un tiro. Un tío loco, de esos que andan por ahí por los Estados Unidos tirando tiros por la calle, le rompió la columna vertebral y ahí va en silla de ruedas. Con esa va a todas las partes. Se fue a Teotihuacán; no subió a la pirámide, claro, pero anduvo por todos los sitios. Se va de viaje. Tiene un coche especial, con autorización para guiarlo, que lo puede manejar sin mover las piernas. ¡Y está alegre y contento y feliz!, muy contento. Su esposa es muy simpática, muy bonita, le quiere mucho, le trata muy bien, le trata con mucho cariño. Es muy inteligente, trabaja muy bien, está trabajando con nosotros varios meses. En fin, se puede tener salud, a pesar de tener defectos. Y la salud mental es más importante que lo físico, mucho más. No se le puede considerar saludable a una persona con una mentalidad anormal, es muy difícil. Yo puedo decir que ese muchacho paralítico goza de buena salud. En cambio una persona que tiene manía persecutoria o paranoia y comprende mal lo que pasa, o que cree que está enfermo sin estarlo, cosa muy común, ese no se puede decir que está sano de ninguna manera, está seriamente enfermo aunque no tenga nada. Nada que le pueda uno ver; no se le ve una lesión, pero hay un problema funcional. Esos estados del cerebro, psíquicos o psiquiátricos, son tremendos. Eso es lo que creo que está más lejos de la salud. ¿Qué más preguntaba usted?

MIS *La vida y la muerte.*

IC La vida es un engaño, porque tenemos una serie de percepciones equivocadas. Tenemos los sentidos clásicos, y otros que no tienen nombre pero que todos conocemos, por lo cual nos damos cuenta de lo que pasa a nuestro alrededor. De ordinario nuestro cerebro comete una gravísima falta al interpretar las cosas, y es considerarse en el centro del universo. Sin querer, todos nos consideramos en el centro del universo, creemos que todo gira alrededor de nosotros. Y yo digo en broma, porque soy bromista y me gusta la paradoja, me parece que se entiende mejor que la verdad, que la gente no sabe que tenemos los ojos al revés. Es decir, en nuestra retina lo que está abajo se pinta arriba y lo que está arriba se pinta abajo: el suelo está en la parte alta y el techo está en la parte de abajo. Y no sólo eso, sino que la retina, que es como una placa

fotográfica, no está mirando a la luz, está de espaldas a la luz. Y el nervio óptico atraviesa la retina y se extiende por todas sus capas. Lo que vemos, la imagen que el cristalino y las leyes ópticas nos pintan en la retina, nos lo pintan en la cara posterior, atravesando toda la arquitectura de la retina que según Cajal tiene once capas. De modo que lo que vemos no es verdad, no es exacto. Si tuviésemos la retina hacia adelante, como Dios manda diría yo, seguramente tendríamos una actividad visual mucho más alta. Pienso, no lo sé; nadie lo sabe porque nadie lo tiene así. No sólo eso, sino que tenemos que, mentalmente, dar vuelta a la imagen porque la recibimos invertida. Y después, no tenemos más que dos ojos, de manera que no tenemos visión estereoscópica más que a una distancia corta, porque además los ojos están muy cerca el uno del otro. Debíamos de tener los ojos en la mano para poder hacer así [separa los dedos de las manos] y poder ver el relieve a quinientos metros y no sólo a cinco, pero no tenemos más que dos y en un plano horizontal. Y no tenemos el plano vertical, no vemos el relieve vertical, por eso se cae uno por las escaleras. Siempre que no conozca una escalera y pueda subir, suba y no baje. Porque al subir la ve y al bajar no, y se equivoca de altura y se cae; hay un escalón más alto que otro y usted no se entera hasta que se ha caído. ¡Nuestros oídos!, son tremendamente limitados. Oyen sólo un grupo de sonidos muy reducido y nos engañan. Porque hemos perdido las orejas móviles; esas orejas móviles que tiene el burro, o que tiene el conejo, las hemos perdido. Y nos defendemos gracias a que sumamos el oído con la vista, que es buena, nuestra vista es buena. No tan buena como la de los pájaros, desde luego. Un águila ve un conejo cuando va a mil quinientos metros de altura, y cae sobre el conejo desde los mil quinientos metros; nosotros [se ríe] a mil quinientos metros de la tierra no vemos el conejo ni de lejos, ni nos imaginamos que está el conejo. Las aves tienen una actividad visual estupenda, su retina es mucho más compleja que la del hombre. Como el olfato del perro: es mucho más fino que el nuestro, mucho más complicado; depende de un órgano especial que se llama de Jacobson. Y así sucesivamente. Los peces tienen una cantidad de órganos sensitivos que nosotros no tenemos. Pero con nuestros órganos de los sentidos, que es de lo que estamos hablando, tenemos una noción equivocada de la vida; con la experiencia la vamos afinando, pero estamos equivocados. Si usted le dice a un campesino que el sol es tantas veces más grande que la luna, le dirá: “Son iguales, la diferencia es muy pequeña. Al revés: la luna tapa al sol, es más grande la luna”. No tiene ni idea de la distancia a que está el sol; hay que aprenderlo todo eso. Y en muchas cosas, las personas que

tenemos una cultura más o menos amplia nos manejamos con un poco menos inexactitud. ¡Pero por Dios!, vea usted a los dictadores, a los ricos *ricos* cuando se lo han ganado sin trabajar; y a mucha gente normal y corriente, inteligente, ¡qué errores comete tan espantosos! El primer error es que lo que hacemos es lo mejor del mundo, es decir somos el ombligo del mundo. No es verdad eso, es un error muy grande. Vivimos una vida falsa, una vida de egoísmo, una vida equivocada. No somos nada. Acaban de ver los astrónomos, lo ha leído en el periódico seguramente, ese agujero negro que no se sabe lo que es. Por ahí por el universo hay, a unas distancias espantosísimas que no las podemos ni imaginar, unos sitios donde no hay nada. No se puede ver nada, con nada; ni entran los rayos X, ni entran los ultravioletas, ni el láser, ni la luz, ni nada. Se llaman agujeros negros. Han descubierto un agujero negro en una galaxia que está en un grupo de siete. Cada galaxia, como la nuestra, como la Vía Láctea, está a... no me acuerdo bien, en fin, la cifra es tan grande que da lo mismo, algo así como a cinco mil millones de años luz. ¿Usted se da cuenta qué somos? ¡Pero qué somos nosotros, por Dios!, eso lo deberían enseñar [se ríe] el primer día en la escuela: “Eres una partícula”, no tenemos palabra en castellano para decir algo más pequeño, “de modo que no te des importancia ni te pelees con la otra partícula” por el amor de Dios, que es de risa. Eso de creernos tan importantes y emperrarnos a que la gente que más queremos, nuestros hijos, hagan las cosas como nosotros las hacemos porque nos parece que así están bien hechas, ese es el error más grave que ha cometido el hombre y que lo comete todos los días. Hay que ver al hijo y respetar su opinión, y encauzarlo, decirle: “Mira, si haces eso te puede pasar esto”. Y darle la nalgada, como le he dicho, el día que se juega la vida, esto es diferente. Pero dejar su mentalidad, porque eso es lo maravilloso del hombre. Todos los hombres nos creemos tan importantes, nuestro cerebro nos engaña de tal manera tan horrenda y tan *tan* espantosa que nos hace creer que por qué nos morimos. ¿Por qué nos morimos? ¿Cómo es posible que lleguemos a ver, a escuchar, a amar, a crecer, a tener familia, a hacer casas, a levantar puentes, a echar cohetes a la luna, y nos vayamos a morir, todos, sin remisión? Nadie sabe por qué nos morimos. ¿Qué es la muerte? La muerte es la manera de defender la especie. Si no nos muriésemos nos haríamos, no viejos, porque no quiero tampoco decir que nos arrugásemos, ni que nos fallasen las piernas, ni hiciésemos bien la digestión, ni se nos pusiera el pelo blanco, no: vamos a suponer que nos quedaríamos como a los treinta y cinco años. Bien. Pero el mundo cambia, y para cambiar nosotros con el mundo nos tendría que ir creciendo

el cerebro en forma proporcional, de modo que acabaríamos con una cabeza tan grande como el globo terráqueo, o no podríamos vivir. Porque los jóvenes nos comerían de todas *todas*, les serviríamos de estorbo: los jóvenes nos matarían. De manera que la inmortalidad es imposible. La inmortalidad es la ventaja que tiene la especie, lo que se conserva es la especie. Yo soy inmortal porque provengo de mis padres y de mis ancestros, de quién sabe cuántos miles de millones de siglos; soy la mezcla de miles de millones de personas y partes de personas, de cromosomas que decimos ahora, RNA, de ácido ribonucleico y desoxirribonucleico [se ríe] de otra cantidad tremenda de personas que vivieron y que viven hoy, sumadas en partes de mí, y yo lo transmito a mis discípulos. Esto que yo le estoy contando es una parte suya ahora, de aquí en adelante; y lo que me cuenta a mí es una parte de usted en mí, y eso es lo que hace conservar la especie. Y el mundo lo que conserva son especies, no individuos; el individuo para el mundo no existe. Y el individuo se cree lo más importante [se ríe] y no es más que una cosa transitoria, imagínese si es equivocación grande pensar en la inmortalidad. Y lo que tiene uno que darse cuenta y enseñar a la gente, que no lo enseña nadie, a mí nadie me lo ha enseñado y yo he procurado enseñárselo a todas las personas que he querido, que he tenido bajo mi humilde responsabilidad: lo importante del hombre es lo que llamamos personalidad. Se da mucho más que en los animales, aunque no exclusivamente, pero es muy desarrollado al lado de esa misma cualidad de los animales. Y hablamos de animalidad. No cabe duda que los perros no son iguales entre sí, ni los gatos, ni las gallinas. Tenga usted un día ocho gallinas en casa y verá que las ocho son diferentes; si las estudia un poco, va a ver que son diferentes. Lo que sea: los pájaros, todo, pero las diferencias no son tan grandes como las nuestras. Es decir, podemos asegurar (que es difícil eso en biología) que no ha habido en el mundo dos personas idénticas jamás, ni las habrá nunca. La cantidad de elementos que entran en la combinación para formar un ser humano, con su parte psíquica y su parte física entera, es tan grande que prácticamente no hay posibilidad de darse dos idénticos, aunque sean gemelos uterinos, no importa; la diferencia será menor, podemos decir que son iguales, comparado con las diferencias de los otros, pero son diferentes. Somos individuos, y eso es lo que tenemos que cuidar, nuestra individualidad, nuestra personalidad. Y matar en el hijo la personalidad es la mayor barbaridad del mundo. Hay dos cosas que no se pueden hacer nunca, que son crímenes que debían de castigarse verdaderamente de una manera especial, creo que sería bueno mandarles en un cohete que dé vueltas alrededor del

sol, algo así: al que le limita a la gente, a su compañero, la individualidad, al que le quita la fe, en lo que sea: el que cree en su marido, el que cree en su esposa, el que cree en su hijo, el que cree en Dios, el que cree en la Virgen, el que cree en la naturaleza, el que cree en su fortaleza, no importa en qué, pero tiene fe. La fe es lo que hace al hombre, lo que le da calidad de hombre. Y después, esa fe es diferente en cada persona, por lo tanto es una fe individual, y esa individualidad no se la puede quitar. Si tiene un hijo, y el hijo se dedica a abrirle las tripas a las ranas, debe explicarle que las ranas son individuos vivos y que no debe de matarles, porque se comen a las moscas y todo eso, y hasta se lo puede explicar científicamente. O sencillamente decirle: “Es una barbaridad, no debes hacer eso. La vida es sagrada, todos tenemos derecho a vivir”, según la edad del niño, el momento. Usted es una persona educada y se va a saber manejar, un día explicarle: “No hagas eso, me produces un gran disgusto”, el chico le quiere, no le quiere disgustar. Puede usted hacer lo que sea para que no haga barbaridades gordas, pero no le cambie la personalidad nunca. Si al chico le gusta la música, que toque un instrumento, que no se morirá de hambre. Nunca se morirá de hambre, ni le faltará la vida, ni vivirá mal, ni será infeliz, si hace lo que le da la gana. Que a última hora es lo que va a hacer [se ríe]; a última hora, se empeñe usted como se empeñe, hará lo que él quiera, porque es el instinto y el hombre vive de instintos. Si el hombre viviese sólo de discutir, se acabaría la humanidad en cuarenta y ocho horas; no hay cosa que más nos destruya que nuestra inteligencia. Yo siempre le digo a la gente: “Hijo mío, cuando tengas un problema serio, dale vueltas, piénsalo. Procura decidirte lo más tarde que puedas con las mejores condiciones, pero con la mano en el corazón, no con la mano en la cabeza. Guíate por tus sentimientos, es decir guíate por tus instintos”. El instinto es una serie de vías nerviosas que nos hemos creado y nos hemos heredado por cientos de miles de millones de años a través del material genético. Y cuando eso nos ha durado hasta ahora, quiere decir [se ríe] que es lo que nos ha hecho vivir. De modo que yo siempre digo: el instinto es esencial. “Es que me quiero casar con fulanito de tal”. “Bueno, pues por mí cástate”, a mis hijos. “¿Hay alguna razón especial por la que te quieras casar con Maruchi?”, le dije a José Luis, por ejemplo, “¿por qué te quieres casar? ¿Quieres tener esposa, quieres tener casa, quieres tener hijos, quieres tener un hogar?” “No, papá: no puedo vivir sin Maruchi”. “Cástate mañana [se ríe], no discutas más. Si me dijeras: ‘No, es que es una chica muy rica y nosotros no tenemos dinero y yo aspiro a ser banquero’, te diría: ‘Piénsatelo primero, porque es posible que tenga

mucho dinero y no veas un solo centavo y no tengas más que disgustos’, y te puedo dar [se ríe] una serie de buenos consejos. Pero si lo que tú me dices es instinto, ‘no puedo vivir sin Maruchi’, a ti te gusta, sientes que la quieres, ya no hay nada que discutir, se acabó el cuento”. Contra eso no hay nada, no hay ningún argumento. De manera que fíjese usted dónde hemos ido a parar. La vida es un engaño; un *autoengaño*, no un engaño. Hay que saber gozar lo que nos produce euforia, satisfacción, educarnos para disfrutar mejor de la vida. El señor que se va a dar la vuelta al mundo y no sabe geografía, ni sabe historia, ni sabe pintura, ni le han enseñado nada de música, se da una aburrida espantosa. Va de tienda en tienda comprándose calcetines. En cambio, ¡qué diferencia!, un señor que ha estudiado la historia del mundo y sabe, le lleva a Roma, le lleva a Grecia. Yo tenía un amigo, hace años que no lo veo pero vive todavía, que me contaba su vuelta al mundo. Hasta una película tomó, se compró una Super 8 (que no ha hecho en su vida fotografías, hizo lo que pudo, pobre), y nos dio durante tres noches de cenar para enseñarnos toda la película que había tomado en la vuelta al mundo con su mujer, y nos enseñaba y nos decía por ejemplo: “Fíjense”, en Grecia, “¿ven ustedes esos escalones aquí en ese templo? Ahí es donde Bruto mató a Nerón”. Después le preguntaron: “Bueno, pues sí, queman los cadáveres en la India, ¿qué hacen con los huesos?” Dice: “No es problema ninguno. Como allí las vacas son sagradas, vienen y se los comen” [se ríe]. ¿Se imagina a las vacas comiéndose los huesos? [se ríe] Un herbívoro con una panza así de grande, que no tiene panza sino cuajar, de tanto comerse los huesos. ¡Y qué cosas! Digo, eso que me acuerde, porque todo fue así ¡continuamente! Nos habló largamente de la historia de Prosperina, y cuando acabó la historia de Prosperina nos dimos cuenta que era Proserpina, que le llamaba él Prosperina. Claro que también la ubicó, quién sabe, en la Indochina o no sé dónde. ¡Cómo va a comparar! Se entiende al niño de doce años que por primera vez le llevan a oír Las Walkirias; ¡pero la señora aquella que decía: “Ni siquiera se ha cambiado de vestido la primera actriz”! [se ríe], no se puede. Cada cosa necesita su tiempo. Hay que educar a la gente para que goce de la vida, no para que se gane el dinero. El dinero es otra horrenda entelequia. Es extraordinariamente útil para la vida de relación; ha sido un gran invento, desde los dinares, el dinero antiguo. Pero es una entelequia, es decir, es un símbolo y no hay que tomarlo más que como símbolo. ¿Qué adelanto yo con tener 150 mil millones de dólares en el banco? Nada. Lo que quiero es tener salud, y si quiero comprarme un par de zapatos podérmelos comprar. Yo soy riquísimo, por lo menos rico. ¿Por qué? Porque tengo

más dinero del que necesito. He vivido con una mínima cantidad de dinero con mi mujer y dos hijos en París, como le dije a usted, con mil quinientos francos al mes, y vivíamos felices. Porque necesito muy poco. Soy muy afectivo, necesito afecto. Es lo que le digo a Carmen siempre: “No te pido más que una cosa: no me dejes solo”, hemos vivido juntos toda la vida, desde que ella tenía ocho años y yo diez, “no me dejes solo. Sí, tienes que irte a ver a la hija un mes, bueno. Pero no me dejes solo: agarra el teléfono, háblame. Te necesito para vivir. Eres mi complemento natural, qué le voy a hacer, lo siento mucho”. Eso para mí es esencial. No necesito la carne de puerco, ni la de ternera, ni los frijoles; comer, yo como lo que me pongan por delante si tengo hambre. Y si me hace falta pasar sin comer unos días, me paso unos días sin comer muy tranquilamente. Soy muy afectivo, y el hombre en general es así. La mayor parte de las personas de mala índole, que matan, que son asesinos, que roban, que cometen barbaridad y media, que violan a las mujeres, que hacen las atrocidades que hoy vemos todos los días, es gente que no tuvo madre, fíjese lo que le digo, y no lo digo en el sentido mexicano sino en sentido biológico. Es decir, que no le mordieron las nalguitas recién nacido y que no le dieron de mamar y que no le besaron ni le echaron al aire; eso no lo tuvo, seguro, por primera cosa. Y segundo, que le quisieron quitar su personalidad, le impidieron desarrollarse normalmente, ayudándole y diciéndole: “Mira, el límite de la personalidad es los demás. Lo que no puedes hacer es molestar a todos, a la gente, eso no lo puedes hacer. Si ahora quieres tocar el radio y son las cuatro de la mañana y arriba y abajo hay vecinos, no puedes tocar el radio por educación. Espérate que sean las doce del día y entonces tocas lo que quieras”, en fin, eso hay que enseñarlo, “para que a ti no te molesten, porque tenemos que convivir. El hombre es un animal gregario, que tiene que vivir junto; el anacoreta es un anormal”. Hay que enseñarles eso, que lo aprende la gente y se da cuenta que se puede muy bien vivir sin molestar a los demás. Y si uno molesta ¡pues hombre!, procurar disculparse y compensarlo en alguna forma; de repente le da un pisotón a una persona en la calle, le dice siquiera “usted perdone”. Pero no quitarles la personalidad, eso es esencial; la personalidad y la fe, que van juntas. Porque la personalidad es en realidad una forma de fe, de fe en uno mismo. El que tiene fe en sí mismo, el que no está solo cuando está solo, el que no se siente abandonado en la soledad, ese es el que es feliz y eso es todo. Por ejemplo, en la guerra estuvimos Carmen y yo cuatro meses sin saber el uno del otro, pero yo me sentía seguro de que estaba pensando en mí, y ella segura de que yo pensaba en ella. Y eso es una compañía tan

grande como estar abrazados dándonos besos. Ella está sufriendo, pensando que no sabe de mí, que no sabe lo que me ha ocurrido, si estoy vivo o muerto; y yo estoy angustiado sin saber si está sana, enferma, qué le pasará a los niños, qué hará, cómo se las arreglará. Ese sufrir, si usted quiere, ese conjunto de seguridad, de fe de saber qué pasaba, esa es la felicidad. Lo demás, tonterías.

MIS *Doctor, ya para terminar, ¿cómo considera el futuro de la medicina en México?*

IC Pienso que todo lo que se habla del futuro es perder el tiempo. Por eso es futuro, porque es imprevisto; el pitoniso y la pitonisa es un truco. Yo además soy lo más contrario para eso. Conozco personas que son capaces de predecir ciertos hechos con una tremenda seguridad y aciertan, las conozco, las he tratado. Yo no tengo ese sentido, vivo el presente. Y el presente de la medicina es prometedor. Ha pasado una época difícil, una época de cambio, y todas las épocas de cambio, revolucionarias, son difíciles, pero está en muy buen camino. Le voy a contar una cosa. He organizado un grupo que se llama “Mi tertulia”, como lo hacían mis maestros. Y recibo una vez a la semana a doce jóvenes, que no conocía a ninguno y que han venido espontáneamente, a través de amigos que se lo han avisado, y hablamos tres horas, desde las ocho hasta las once, en la noche, los miércoles, allá en mi leonera. Compré un pizarrón, una pantalla pequeña, tengo mi aparato de proyección para enseñarles imágenes. Como todos somos médicos o biólogos, vamos a parar a la biología, a la medicina, que es lo que todos sabemos. Pero sin pensar, hablando, ahí se habla de todo: de música, de pintura, la clásica tertulia de café de Madrid que se ha perdido, es una pena. Eso lo entiende muy poco la gente. Porque yo les explico: “No venimos a discutir. Venimos a aprender a expresar nuestras ideas, a explicárselas a los demás, sin ánimo de convencerles sino simplemente con ánimo de expresarnos”. Que la gente lo ha perdido; no dice más que lugares comunes, no sabe emplear palabras nuevas, no sabe crear ideas, no hace más que repetir frases hechas, y eso alguien tiene que no hacerlo. Yo entiendo que no todos van a ser Séneca, pero tiene que haber jóvenes que lo aprendan. Y son jóvenes todos, ninguno tiene cuarenta años. “Tienen que aprender a expresar sus ideas, a defenderlas honradamente, a respetar las de los demás, a escucharlas con atención y a aprovecharlas. Y a tener fe en sí mismos; que aprendan ustedes, oyendo a los demás y oyéndose a sí mismos, a tener confianza en su mente, y cuando piensen una cosa y la lleguen a creer, tengan fe. Sin fe no se puede vivir. No estén pendientes continua-

mente de la intimidación que llueve sobre nosotros por todos lados. No les digo que se vayan a la plaza pública a echar discursos como hacen en Hyde Park, en Londres, no soy capaz. Pero dentro de ustedes mismos, que sientan la felicidad, la euforia, el gusto de vivir, la satisfacción de vivir. Yo estoy enfermo y voy a vivir poco tiempo, y la satisfacción al morirme es, primero, que me quiero morir antes que mi familia. No quiero ver morir a mi mujer, no quiero ver morir a mis hijos, se lo digo sinceramente, prefiero morirme el primero. Lo que no quiero es sufrir; si me duele, que me metan morfina o lo que quieran, lo que les dé la gana. Ya a veces me ha dolido el estómago y he pasado muchos disgustos como todo el mundo y ya tengo bastante; si me puedo evitar eso, mejor. ¡Pero morirme, me tengo que morir!, para qué voy a protestar si no tiene remedio, es una tontería. La satisfacción que me queda es eso: que no he interrumpido la vida de nadie, que he procurado, por lo menos conscientemente, ayudar a vivir a todo el mundo de buena manera y que me ha ido muy bien, que yo he sido muy feliz. Pobre, he sido muy feliz; con dinero, he viajado como un potentado y después me he vuelto a casa a trabajar al día siguiente desde la mañana hasta la noche, tan tranquilo y tan bien. Y no he querido el dinero. El dinero a mí me parece que, cuando se tiene en exceso, es tremendamente perjudicial, es demoledor, antihumano. Por ejemplo, el día que me enteré que Picasso cuando se murió había dejado no sé cuántos millones de dólares, no lo entendí. Digo, ¿pero qué no era comunista? ¿Cómo puede ser que un hombre con unas ideas políticas de apoyar al pobre, al obrero, tenga esa cantidad de dinero, y haya tenido no sé cuántas mujeres y no sé cuántos hijos y no sé qué líos familiares? No digo si pintaba bien o mal; he visto cuadros de Picasso magníficos, he visto monos de Picasso asquerosos (a mi modo de ver, que me perdone Picasso y los que entiendan de eso, yo no entiendo de pintura), pero eso no me importa. La personalidad de Picasso se me cayó al suelo cuando murió y me enteré de una porción de cosas de él. No hay derecho a eso. Creo que lo importante es haber cumplido uno con su labor como hombre, como humano, como persona y se acabó el cuento. A mí muchas veces me han hecho bromas con eso de las chicas, la manía que hay en los hombres de irse detrás de las chicas. No sé, a mí me ha parecido eso una barbaridad. Se lo he dicho a mis compañeros: “Bueno, ¿pero tú no estás casado?” “Pues sí, estoy casado ¿pero eso qué tiene que ver?” “¿Cómo qué tiene que ver? ¿Es que te casaste con una señora que te trajo tu papá para que te casases con ella, por razones de otra índole, o estás enamorado de tu mujer?” “No, no, yo me enamoré de la chica, tuvimos un amorío ícomo el de Romeo y Julieta!” “¿Cómo te

metiste con otra mujer? No lo entiendo”. “¡No, pero es que me fui de viaje y llevaba un mes solo!” ¡Hombre!, yo he estado de viaje seis meses solo y no se me ha ocurrido eso [se ríe]. Es decir, me parece que me haría un daño espantoso. No se me olvidaría nunca, el día que yo abrazase a mi mujer, que había tenido en mis brazos a una prostituta. A mí eso no me [se ríe] cabe en la cabeza, sencillamente. Y yo comprendo que la gente ya no crea en Dios, pero no entiendo que haya quien insulte a Dios, eso me parece la blasfemia más feroz. ¿Por qué va a insultar a Dios si no cree en él? [se ríe], no tiene sentido. ¿Por molestar a los que creen? Eso es una bestialidad. Si usted no cree en que Dios es un señor con barbas que está sentado en una nube, yo tampoco, pero tendrá una idea del mundo, de la humanidad, de lo que está alrededor, ino se creará usted dios! Porque el único ateo es el que se cree él dios, ese es el único ateo de verdad. Los demás, esos simplemente no pueden ser ateos. Hay un ser muy superior a uno [se ríe], por lo tanto no le llamará dios, le llamará padre, o le llamará abuelo, o le llamará jefe, lo que sea. Yo no sé, quizá estas ideas que le cuento sean un poco estrambóticas y estén fuera de lugar: las corta con la tijera y se acabó. Pero eso no puede ser. A mí cuando me han dicho que cómo puedo ser un marido fiel: “Si no soy un marido fiel, soy un marido enamorado”, eso es todo, no tengo que hacer ningún esfuerzo, al contrario. Cuando alguna se me resbala, como dice la gente, porque de repente las chicas son enredadoras y les gusta que les piropeen y sentirse halagadas y que les hagan regalos, que les demuestren cariño y que les demuestren atracción y sentirse muy sexis, generalmente me he defendido muy bien sin ningún problema. No sé si le conté, porque para mí fue un suceso muy especial, lo que me pasó en un banco. Llevaba yo cuentas del Instituto de Cardiología, que eran millones, y tenía en el banco un alto empleado que se encargaba de atenderme. El doctor Chávez me tenía fe y me autorizaba para manejar las cosas, me tenía confianza. Pero aquel día el empleado estaba ocupado y lo que yo tenía que resolver era una bobada. Entonces me dijo: “Mire, doctor, estoy de tal manera ocupado, estoy loco, tengo un problema endiablado”. Llamó a una señorita que estaba en una mesa: “Atienda al doctor Costero. Ya sabe de qué se trata”, por lo visto le había hablado antes, sabiendo que yo iba a ir. Conque me fui a hablar con la señorita. Y cuando estaba hablando con ella, arreglando los papeles, entró en el salón, que era inmenso y con mucho lujo, una joven muy sexi, organofísica que decía un amigo, con muchas curvas, con mucho escote y muy bien vestida, muy llamativa, que revolvió todo el banco. Habría veinticinco hombres sentados en distintas mesas, aparte de otras veinte mujeres, y de los veinti-

cinco hombres por lo menos dieciocho se levantaron a atenderla, porque sí, estaba descomunal la muchacha. Y la que estaba conmigo se puso pálida, ise le notaba un coraje! No sé quién sería aquella señora, una cliente, supongo, del banco; hasta artista, pero de baja estofa, diría yo. No la conocía, no sabía quién podía ser; a lo mejor era una persona decente, pero no lo parecía. El caso es que allí todos atendiéndola. ¡Y se puso la pobre muchacha, que no sabía ni lo que me decía ni lo que hacía! Era una señora de unos treinta y ocho años, casada (me lo contó después, nos hicimos muy buenos amigos), bonita, bien vestida, elegante, fina, educada, culta, una persona inteligente. Y cuando se fue la otra le dije: “Veo que ha hecho un coraje, una muina al entrar esta [se ríe] individuo que acaba de salir”. “Tiene razón”. “Mire, todos lo que se han levantado y los que se han quedado sentados y yo, todos, vemos en esa mujer el ideal para pasar con ella ocho días en Acapulco. Eso es lo que vemos en ella, ni un centímetro más, ni un centímetro menos. En cambio, todos los que la vemos a usted vemos a una matrona romana, madre de nuestros hijos y dueña de nuestra casa. ¿Le va a tener envidia?” Se puso a llorar. ¡Es absurdo que la gente se deje llevar por esas cosas tan superficiales! ¿Pero qué mérito tiene que un hombre, dos, cincuenta, ochenta, como los perros en la calle cuando la perra está en celo, se echen sobre una prostituta de esas? Si eso es lo peor que se puede hacer del instinto sexual, eso es lo más vergonzoso; vergonzoso para ella, que ella provoque eso, porque lo provoca y los otros no lo pueden evitar, el instinto sexual es muy fuerte. Yo también me hubiese ido con ella a Acapulco [se ríe], no había problema ninguno. Eso es lo que yo le hubiese propuesto, nadie le hubiese propuesto algo diferente: “¿Usted quiere eso, que le propongan cada uno de éstos llevarla una semana a Acapulco?” De modo que nos engaña la vida. Porque nos engaña el cerebro, nos engañan los sentidos, tomamos las cosas en un valor que no tienen. Eso es lo que nos pasa con el dinero. Siempre he dicho: si Dios me da vida todavía dos o tres años (no voy a decir que más, es posible que no viva ni uno) y me dieran el Premio Nobel y me dieran un millón de pesos, ¿sabe lo que haría? Agarrar a mi esposa y a mis colaboradores y marcharnos a dar la vuelta al mundo hasta que se acabase el millón, y volvernos a trabajar todos otra vez como si no hubiese pasado nada. Nada de guardar dinero. “Nos han dado un premio, todos lo hemos ganado”, mi esposa haciéndome la comida y cuidándome bien, y mis colaboradores teniendo los cortes y montándolos, y aguantando mis malos genios, que también los tengo de repente, “vamos a divertirnos. Nos vamos a una tienda, al Palacio de Hierro, nos compramos trajes de etiqueta, seis pa-

res de zapatos, etcétera, ¡y agarramos un barco y nos vamos a dar la vuelta al mundo! Yo no he bailado en mi vida: les prometo bailar con todas las chicas y comer, y aunque reviente y no llegue a acabar la vuelta al mundo”. No es que desprecie el dinero, pero no me lo guardo, de ninguna manera. A mí me parece que el dinero es una entealequia. Me desespera por ejemplo que yo diga: “Necesito un microscopio electrónico” (no yo, lo necesita el Instituto de Cardiología) y Chávez, que es un hombre muy inteligente, diga: “Es verdad, tiene razón. Vamos a comprarlo”. Chávez, con toda su fuerza, no ha podido conseguir el medio millón de pesos que costaba el microscopio electrónico. En aquel momento, no sé, el secretario de Salubridad no era muy amigo de él, tenía ganas de hacerle la santísima si podía, etcétera, etcétera, todo lo que ocurre en la vida entre los políticos. Los otros que tenían dinero no se atrevían: “Hay que esperar, hay que esperar”. Y se fue pasando un año, se fue pasando otro año y no se compraba el microscopio. Ya después compraron dos y luego tres. Bueno, pero se pasó el tiempo. Y sin embargo hay una guerra, ya lo ve: cientos de miles de millones de dólares en balas. ¡Por amor de Dios!, ¿dónde está el dinero? A mí cuando alguien me dice: “No hay dinero para eso”, me río siempre [se ríe]: “Mejor dígame ‘no quiero darle dinero para eso’, no me diga que no hay [se ríe] porque eso no me lo puede hacer creer. El dinero es un papel; usted tiene que poner una firma y es trámite. Pero por las razones que muy buenamente tenga y que yo respeto, no lo quiere gastar en eso. Me parece muy bien. Usted tiene una responsabilidad que cumplir, cúmplala a su gusto, yo no le voy a cambiar su responsabilidad. Pero no me diga que no hay, eso sí no”.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

- Academia de Medicina de Barcelona (España): 137
Academia de Medicina de Panamá: 137
Academia de Medicina de Valladolid (España): 137
Academia Médico-Quirúrgica de Guipúzcoa (España): 137
Academia Nacional de Medicina (México): 16, 140
Academia Nacional de Medicina de Colombia: 137
Acapulco, Guerrero, México: 130, 167
Aceves Parra, Salvador: 130
Achúcarro, Nicolás: 54
Aconcagua, volcán (Argentina): 96
África: 12, 48, 96
Alcalá, calle (Madrid, España): 52
Alemán Velasco, Miguel: 124
Alemania: 16, 21, 23, 36, 37, 59, 62, 63, 65-72, 76, 78, 79, 86
90, 92-96, 100, 102, 104, 105, 121, 132, 146
América: 12, 96
American Association of Clinical Pathologists: 138
American Association of Pathologists and Bacteriologists
(Estados Unidos): 138
Andalucía, España: 33
Ann Arbor (Estados Unidos): 138, 139
Aragón, España: 9, 33, 34, 43
Argentina: 31
Aschoff, Ludwig: 94, 95, 97, 102
Asia: 12, 96
Ateneo Español (México): 123
Atocha, calle (Madrid, España): 55

Austria: 21, 36
Ayala González, Abraham: 129

B

Báltico, mar: 87
Banque des Basses Pyrénées (Francia): 113
Barcelona, España: 8, 10, 80, 137
Basilea, Suiza: 95
Bayona, Francia: 110, 112
Baz Prada, Gustavo: 129
Beiris, Francia: 111, 112
Berdet, Henri: 132
Berlín, Alemania: 37, 66, 78, 83, 85-87, 104, 121
Bilbao, País Vasco, España: 5, 6, 34, 110
Bohemia, República Checa: 119
Buenos Aires, Argentina: 115, 118
Burgos, Castilla, España: 1-3, 34, 112

170

C

Cajal, Santiago Ramón y: 40, 54, 55, 84, 98, 158
Canadá: 118
Cantábrico, mar: 10
Carde y Escorial, fábrica de carros de ferrocarril (España): 10
Cárdenas, Lázaro: 120, 123, 124
Carolina del Sur, Estados Unidos: 135
Carrión, medalla (Perú): 137
Casablanca, Marruecos: 111
Caspari, Wilhelm: 40, 72, 98, 99
Castañeda, Gonzalo (“Chango” Castañeda): 121
Castellana, Paseo de la (Madrid, España): 54, 55, 59
Castilla, España: 1, 3, 33
Castillejos, José: 59, 66
Cerveruca [Almirante Cervera], barco: 109
Chávez Sánchez, Ignacio: 114, 115, 120-122, 129, 166, 168
“Chepina” [Peralta], programa de televisión (México): 131
Chiapas, México: 121, 130
Chihuahua, México: 63, 135
China: 67, 96, 111, 141
Christeller, E.: 84
Cinco de Mayo, calle (DF, México): 117

Ciudad de México (Distrito Federal, México): 10, 123, 129
Ciudad Juárez, Chihuahua, México: 137
Claudia, revista (México): 148
Colegio Academia de San Fernando (Bilbao, País Vasco, España): 5
Colegio Americano (DF, México): 150
Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH, UNAM, México): 136
Colombia: 137
College of American Pathologists: 138
Comité Consultivo para la Investigación Científica (OMS): 138
Comité Especial de Cáncer (OMS): 138
Consejo de Ministros (España): 53
Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT, México): 65,
134, 135
Consulado Español en Alemania: 73, 74
Costero, familia: 1-4
Costero Gracia, José Luis: 150, 161
Costero Gracia, Margarita: 87, 114, 149
Costero Gracia, Maricarmen: 150
Costero Gracia, Rafael: 114, 155
Costero Martínez, Miguel Isaac: 1
Costero [Martínez], Eduardo: 2, 30
Costero [Martínez], Alfredo: 2, 30
Costero [Tudanca], Pilar: 2
Costero [Tudanca], Carmen: 2
Costero [Tudanca], José Luis: 2
Costero [Tudanca], Eduardo: 2
Costero [Tudanca], Eduardo (segundo): 2
Coventry, Inglaterra: 115

171

D

Delikatessen, tienda de comestibles: 72
Detroit, Estados Unidos: 138, 139
Dinamarca: 36
Dirección General de Población (Secretaría de Gobernación, México): 122

E

Egipto: 134
Ehrlich, Paul: 100
El Colegio de México (México): 93
El Pardo, Madrid, España: 2

El Retiro, parque (Madrid, España): 52
Embajada de México en Berlín (Alemania): 121
Embajada de México en París (Francia): 113
Escuela de Artes y Oficios (Zaragoza, España): 58
Escuela Médico Militar (México): 107
España: 1, 3, 4, 6, 10, 12, 13, 21, 23, 27-31, 33, 34, 36, 38, 51-53, 69, 70, 73, 75, 80, 85, 86, 93, 94, 96, 97, 100, 107-110, 113, 115, 119, 121, 124, 125, 128, 137, 144, 154, 156
Estados Unidos: 16, 19, 21, 36, 63, 67, 120, 126, 130, 132, 135, 138, 144, 157
Europa: 21, 36, 60, 70, 95, 123, 125, 138, 139, 148
Exmouth, barco: 109

F

172

Facultad de Ciencias, Universidad de Zaragoza (España): 38
Facultad de Medicina, UNAM (México): 9, 97, 139
Facultad de Medicina, Universidad de Madrid (España): 62
Facultad de Medicina, Universidad de Sevilla (España): 23
Facultad de Medicina, Universidad de Valladolid (España): 54
Facultad de Medicina, Universidad de Zaragoza (España): 27, 29, 42, 46, 57
Falange Española Tradicionalista y de las JONS (España): 114
Federal Bureau of Investigation (FBI, Estados Unidos): 140
Fernández Flores, [Wenceslao]: 147
Ferrocarriles Nacionales de España: 1-4, 14, 30
Filipinas: 2, 113, 118
Fischer, Albert: 86, 97
Fischer-Wasels, B.: 97
Flores Espinosa, Enrique: 129
Flores Espinosa, Jorge: 129
Francia: 10, 21, 23, 25, 36, 66, 67, 100, 103, 109, 111, 112, 118, 123, 132, 146
Frankfurt del Main, Alemania: 41, 69, 70, 72, 78, 98, 99, 194
Friburgo, Alemania: 94, 95

G

Gallego, Abelardo: 37, 51, 86, 104, 125
García Valdecasas, José María: 53
Gea González, Manuel: 129
Ginebra, Suiza: 139
Goebbels, Josef: 68, 91

González Guzmán, Ignacio: 120-122, 126
Gracia de Costero, Carmen: 69, 72, 73, 78, 87, 90, 109, 112, 114, 115,
117-119, 138, 140, 149, 155, 163
Grecia: 162
Groenlandia: 118
Guadalajara, Jalisco, México: 130, 137
Guardia Civil Española: 112
Guillermo II, káiser alemán: 74, 75

H

Hamburg American Line, transportadora marítima: 115
Heidelberg, Alemania: 92
Hipódromo (Madrid, España): 55
Hitler, Adolf: 66, 68, 74, 78, 82, 83, 85, 86, 89-92
Hospital Francés (Saigón, Vietnam): 132
Hospital General (DF, México): 64, 105, 117, 119, 120, 129-132
Hospital General (Madrid, España): 52
Hospital Infantil (México): 121
Hospital Italiano (DF, México): 132
Hospital Juárez (DF, México): 105, 106
Huesca, Aragón, España: 34
Huipulco, sanatorio (DF, México): 126
Hyde Park (Londres, Inglaterra): 165

173

I

India: 96, 162
Indios Verdes, estación de metro (DF, México): 70
Inglaterra: 21, 36, 67, 115, 145
Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado
(ISSSTE, México): 15, 64, 105, 132
Instituto del Cáncer (Madrid, España): 37, 50, 99, 135
Instituto Ehrlich (Frankfurt, Alemania): 69, 79, 97
Instituto General y Técnico de Zaragoza (Zaragoza, España): 6, 57
Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS, México): 15, 64, 105, 132
Instituto Nacional de Cardiología (México): 62, 82, 115, 122, 132,
166, 168
Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía (México): 131, 132, 136
Instituto Politécnico Nacional (México): 58, 120
International Academy of Pathology (Estados Unidos): 138
Irún, España: 110

Italia: 21, 36, 66, 67, 100
Izquierdo Raudón, José Joaquín: 126

J

Jabonero, Vicente: 107
Japón: 96
Jiménez Díaz, Carlos: 56
Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas
(Madrid, España): 50, 53, 56, 61, 65, 66

K

Keyserling, Hermann, conde de Keyserling: 31
Kolle, Wilhelm: 97, 98

174

L

La Charité, hospital (Berlín, Alemania): 104
Las Walkirias, ópera: 74, 81, 162
Latinoamérica: 137
Lausanne, Suiza: 23
Leitz, casa de aparatos de óptica (Wetzlar, Alemania): 59, 60, 100
Llombart Rodríguez, Antonio: 58, 59, 111, 112
Londres, Inglaterra: 115, 138, 139, 165
López García, Leopoldo: 54
López Mateos, Adolfo: 26
López Portillo, José: 92
Los novios, cuento: 148
Lozano, Ricardo: 40
Luceni, Zaragoza, España: 2
Luna, Álvaro de: 54

M

Madero, calle (DF, México): 25
Madrid, España: 2, 8, 9, 33, 37, 38, 47, 49-54, 56, 62, 94, 99, 135,
137, 164
Main, río (Alemania): 41, 69
Malinas, Bélgica: 119
Marañón, Gregorio: 24, 57
Márquez, Manuel: 123, 125
Martínez Báez, Manuel: 120, 121, 130
Mas, Domerio: 123

Maynar, Jesús: 39, 40, 72, 74
Medina del Campo, Castilla, España: 4
Mediterráneo, mar: 10
Memorial Hospital (Estados Unidos): 135
México: 10, 16, 31, 33, 36, 42, 53, 62-64, 74, 78, 92, 93, 100, 105, 106, 113,
115, 117-119, 121-124, 125, 128-135, 137-139, 155, 164
Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes (España): 53
Miyares, café (Madrid, España): 52
Monterrey, Nuevo León, México: 137
Montreal, Canadá: 118
Moscú, Rusia: 156
Muniesa, Augusto: 41, 56, 57, 65
Muniesa, José María: 41, 57, 58, 65
Museo de Historia Natural (Madrid, España): 55

175

N

Navarra, España: 34
Negrín, Juan: 53, 60
Nueva York, Estados Unidos: 17-19, 53, 90, 138, 139

O

Ochoa, Severo: 53
Ochoterena, Isaac: 121
Ojeda, funcionario: 122
Organización Mundial de la Salud (OMS): 130, 138, 139, 142-144
Orizaba, Veracruz, México: 119
Otero, Alejandro: 125

P

Pachuca, Hidalgo, México: 129
País Vasco, España: 13, 34, 109
Palacio de Hierro, tienda (DF, México): 117, 168
Palacio de la Magdalena (Santander, España): 108
Palacio Nacional (DF, México): 123
Panamá: 137
París, Francia: 66, 67, 114, 115, 163
Partido Acción Nacional (PAN, México): 74
Partido Comunista Español: 13
Partido Republicano (España): 13
Partido Socialista Obrero Español (PSOE): 13, 53

Paseo de la Reforma (DF, México): 143
 Pasteur, Louis: 141
 Pathologischesmuseum (Berlín, Alemania): 84
 Paula Miranda, Francisco de: 121
 Perú: 137
 Perrín, Tomás Gutiérrez: 113, 115, 117, 119, 121, 126
 Picasso, Pablo: 165
 Pinar, calle del (Madrid, España): 55
 Portillo de Valladolid, España: 53, 54
 Portugal: 10
 Potrero del Llano, barco: 114
 Premio Nacional de Ciencias (México): 140
 Premio Nobel: 53, 55, 140, 167
 Prendes, restaurante (DF, México): 156
 Proserpina: 162
 Provincias Vascongadas (*véase* País Vasco)
 Puebla, México: 137

Q

Quetzalcóatl: 83

R

Ranvier, Louis Antoine: 54
 Redondo, Onésimo: 114
 Reichert, casa de aparatos de óptica (Wetzlar, Alemania): 59
 República Vasca (*véase* País Vasco)
 Residencia de Estudiantes (Madrid, España): 52, 53, 55
 Reyes, Alfonso: 15, 55
 Río Hortega, Pío del: 40, 47, 50, 51, 53-55, 57-61, 62, 64, 65, 86, 113, 115, 118
 Rivera, Diego: 61, 67
 Riviera, glorieta del (DF, México): 65
 Rocasolano, Antonio de Gregorio: 40
 Rockefeller, fundación (Estados Unidos): 135
 Rockefeller Center (Nueva York, Estados Unidos): 90
 Roma, Italia: 67, 162
 Rössle, Robert: 83-86, 103, 104
 Royo Villanova, Ricardo: 62
 Ruiz Castañeda, Maximiliano: 129
 Rusia: 111, 132

S

- Saigón, Vietnam: 113, 132, 133
Salas, Maximiliano: 107
Salk, vacuna: 130
San Juan de Luz, Francia: 110
San Lorenzo, río (Canadá): 118
San Sebastián, País Vasco, España: 34, 112, 137
Sanborn's Hermanos, tienda (DF, México): 25
Sanjurjo Sacanell, José: 108
Santander, España: 2, 81, 108, 110, 112
Sauerbruch, Ferdinand: 85
Schering, laboratorio médico (Alemania): 92
Secretaría de Gobernación (México): 122
Secretaría de Salubridad (México): 120, 130-132, 168
Segunda República Española: 13, 14
Seguro Social (*véase* Instituto Mexicano del Seguro Social)
Sena, río (Francia): 113, 148
Servicio Médico Forense (SEMEFO, México): 64, 106
Sevilla, España: 8, 23
Sociedad Médico-Quirúrgica de Madrid (España): 137
Sociedad Mexicana de Cardiología: 137
Sociedad Mexicana de Endocrinología y Metabolología: 137
Sociedad Mexicana de Neurología y Neuropsiquiatría, 137
Sociedad Mexicana de Neurología y Psiquiatría, 137
Sociedad Mexicana de Oftalmología: 137
Sociedad Mexicana de Otorrinolaringología: 137
Staatbahn, ferrocarril aéreo (Berlín, Alemania): 87
Suárez López, Francisco: 110
Suecia: 21, 36
Suiza: 23, 69, 95
Syntex, Instituto (México): 123

T

- Tachiquín Medrano, Álvaro: 119
Támesis, río (Inglaterra): 148
Tejeda, Adalberto: 114
Tello y Muñoz, Jorge Francisco: 62
Teotihuacán, pirámides (México): 119, 157
Tepito, barrio (DF, México): 154
Teruel, Aragón, España: 34

Testut, Jacobo: 35
Tudanca, familia: 2, 3
Tudanca, Santander, España: 2
Tudanca Lambarri, Ángela: 1

U

Ulrich, Ernesto: 120, 121
Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO): 156
Universidad de Berlín (Alemania): 84
Universidad de Burdeos (Francia): 66
Universidad de California (Estados Unidos): 134
Universidad de Frankfurt (Alemania): 97
Universidad de Lyon (Francia): 66
Universidad de Madrid (España): 94
Universidad de París (Francia): 66
Universidad de Valladolid (España): 34, 54
Universidad de Zaragoza (España): 27, 31, 34, 49, 62, 85
Universidad Internacional de Verano (Santander, España): 108
Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM, México): 120, 127, 139, 147

178

V

Valdecasas (*véase* García Valdecasas)
Valdecilla, casa de salud (Santander, España): 108
Valencia, España: 8, 58
Valladolid, España: 34, 51, 53, 54, 107-109, 112, 114, 121, 122, 137, 149
Velasco, calle (Madrid, España): 55
Venecia, Italia: 67
Veracruz, México: 114, 117, 119, 130
Vincent, Clovis: 113, 115, 118, 132
Virchow, Rudolf: 62
Vitoria, [País Vasco], España: 34
Volmar, Frieda (Fräulein Volmar): 82

W

Wetzlar, Alemania: 59
World Association of Pathology Societies: 139
World Commission on Anatomic Pathology: 138

Z

Zaragoza, Aragón, España: 2, 4-8, 10, 14, 20, 22, 27, 30, 32-34, 46, 49, 58, 62, 85

Zaragoza, distrito universitario (España): 34

Zeiss, casa de aparatos de óptica (Alemania): 37, 59, 100

Zopilote, cañón del (Guerrero, México): 130

NOTAS



NOTAS



Este libro fue editado y producido por Intersistemas, S.A. de C.V.
Aguilar y Seijas 75, Col. Lomas de Chapultepec, 11000 México, D.F.
Teléfono 5520 2073. Fax 5540 3764. intersistemas@intersistemas.com.mx
Esta edición terminó de imprimirse en enero de 2014
en Surtidora Gráfica, Calle Oriente 233 No. 297, Col. Agrícola Oriental,
México, D.F. Hecho en México.

La Academia Nacional de Medicina se congratula de festejar su sesquicentenario publicando, con el apoyo de CONACYT, una colección de libros de contenidos variados sobre temas trascendentes analizados desde diferentes perspectivas, que seguramente será lectura muy interesante para la comunidad médica no sólo de México sino también de otras latitudes en esta era global.

En los temas se entrelazan vivencias, pensamientos, ideas, inquietudes, sentimientos, todos escritos con erudición y amplio sentido humano y humanístico que se convierten en una aportación cultural y científica que exhibe la riqueza de experiencias de sus autores, quienes viven (o vivieron) en entornos fascinantes, enfrentando realidades y avances científicos y tecnológicos que los obligaron a desmitificar el halo con que habían sido cubiertos en el pasado para afrontar con objetividad los retos del nuevo milenio.

Con esta docta amalgama temática, la Academia Nacional de Medicina, fundada en 1864, honra la memoria de sus fundadores, notables pioneros del surgimiento de la medicina mexicana moderna.



150Años

ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA / MÉXICO

